
Serie
Nuevas
Oportunidades
1
Un Lugar
Llamado
Hogar
EMILY YOUNG

Un Lugar Llamado Hogar

.

Serie segundas oportunidades, 1

EMILY YOUNG

Gold Publications

©EMILY YOUNG

Título original – Un lugar llamado hogar

Primera edición, 2024

Todos los derechos reservados.



Sinopsis

Él era el único que podía ayudarla, ¿pero cómo podría confiar en un convicto?

Viuda y con dos hijos, Miriam necesita con urgencia alguien que le ayude con la granja. Desoyendo los consejos de sus conocidos, y tras rechazar la propuesta de matrimonio del hombre más poderoso de su comunidad, decide pujar en una subasta por los servicios de un convicto.

Encadenado, herido y de aspecto salvaje, Miriam siente nada más verlo una atracción que amenaza todas sus creencias puritanas.

Jonathan Colberth pasó de tener un futuro brillante en el ejército, a ser condenado por traición y vendido como un animal en pública subasta.

Ahora solo desea escapar, hasta que ante él se presenta una mujer que no parece tenerle miedo. Una mujer que con su gran corazón y espíritu férreo es capaz de sanar sus heridas, y de enseñarle que es posible amar y encontrar un hogar junto a ella.

Pero, ¿podrá dejar atrás el pasado y con ello todo su odio y su remordimiento? ¿Será Miriam capaz de seguir los dictados de su corazón, a pesar de tener a todos en su contra?

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Epilogo
Notas

Capítulo 1

Connecticut, agosto de 1757

-¿De verdad vamos a comprar un hombre, mamá? Si es así, es mejor que no sea ese de la subasta. Parece desesperado. —La aguda y joven voz del muchacho era tan dulce como el agua clara corriendo sobre piedras lisas en un día de verano... y tan penetrante como el viento invernal.

Miriam Winthrop alisó las cintas de su bonete y se permitió una sonrisa irónica, dirigida hacia abajo.

—Calla, niño. Observaciones tan francas deben hacerse en un tono de voz apropiado. Un tono más bajo.

—He oído decir que hubo un criminal convicto que escapó de la horca por su amistad con el General Pakenham. Will Sutcliffe dice que el magistrado de New Haven consideró que los graves defectos de carácter que exhibía el prisionero podían superarse mediante la servidumbre. ¿Es eso cierto, mamá?

—No lo sé, David, pero si el alma de un hombre puede salvarse, y se le impide cometer más atrocidades o actos perniciosos a través de tal concesión, entonces dé gracias al Señor.

—¿Qué tiene que ver la fe con los actos perniciosos?

Los ojos verdeazulados que se encontraron con los de ella parecían tan serios. Un suave calor brotó en Miriam. Estaba muy bien animar a los niños a resolver las cosas, responder a sus preguntas con sinceridad y ayudarles a desarrollar sus facultades de razonamiento independiente. Sólo que de vez en cuando desembocaba en algo así, y las opiniones de un niño de nueve años sin pelos en la lengua daban lugar a una queja en la casa de reuniones de que Miriam Winthrop era una madre inadecuada.

—Más de lo que imaginas, David. Sin embargo, la pobre criatura ya tiene suficiente humillación que soportar, y es imposible evitar oír tus comentarios hirientes incluso a veinte pasos de distancia.

—Un convicto no tiene derechos. —David bajó la voz, pero su expresión era inflexible. Puede que sólo tuviera nueve años, pero tenía sus propias ideas sobre el bien y el mal.

Miriam acarició ligeramente el cabello castaño de su hijo.

—Calla. No está bien que hables tan poco amablemente.

David retrocedió, no queriendo ser tocado.

—Pero, mamá, hay demonios malignos en los ojos de ese. La leche se cuajaría en el cubo si ese hombre la mirara como te está mirando a ti.

Miriam apretó la mano y respiró hondo.

—Eso bastará, David. No es propio de un caballero hacer comentarios groseros —dijo machaconamente—. Deberías avergonzarte por tan odiosas afirmaciones.

David pareció un poco sorprendido por su vehemencia. Se sonrojó y agachó la cabeza.

Permaneció pasivo, pero a pesar de ello había en él una sugerencia de resistencia.

—Lo siento, mamá, pero no creí que quisieras invertir en uno de los secuaces de Lucifer.

Miriam hizo un movimiento brusco e involuntario, luego se contuvo.

Le pareció mejor no reconocer una burla tan innoble. A pesar de sí misma, deslizó una mirada hacia los prisioneros atados y los sirvientes que esperaban a ser vendidos.

Y se quedó completamente quieta.

El hombre encadenado al bloque de subasta estaba casi desnudo. La andrajosa prenda que le servía de camisa estaba tan rota, tan hecha jirones, tan llena de rasgaduras que apenas servía para su propósito, apenas cubría el macizo pecho o los musculosos brazos que asomaban por los agujeros. Incluso sus calzones eran casi indecentes.

Miriam coloreó un culpable escarlata, dándose cuenta de hacia dónde se desviaban sus ojos. Su mirada se desvió hacia el rostro del delincuente.

El rostro del hombre, sin afeitar y curtido por la intemperie, tenía un aspecto indómito y primitivo, como el de alguien nacido para el desierto. La miraba fijamente, su expresión fría, compuesta, un estudio de odio y desafío. Su ceño fruncido era desconcertante.

A través de una maraña de pelo, las cejas oscuras se alzaron arrogantemente mientras él la encaraba. Sus ojos leonados se encontraron con los suyos, clavados en ella con una concentración que parecía atravesarla.

Miriam sintió como si vieran demasiado. Ellos la hicieron vívidamente consciente de su rostro enrojecido y de la indelicada familiaridad de su escrutinio.

Aun así, no se movió. No estaba segura de haber podido hacerlo aunque lo hubiera intentado.

Tenía la columna rígida como un póquer y sus piernas se negaban a obedecer sus órdenes.

La pura fascinación la inmovilizó mientras miraba a la desaliñada criatura que tenía ante sí con descarada curiosidad. Se sintió paralizada, como un conejo enfrentado a un puma.

Era magnífico incluso cuando estaba allí ante la cuadra en provocativo descrédito, las muñecas trabadas con grilletes de hierro, las piernas arriostradas para mantener el equilibrio, un insolente Lucifer rozado por unas alas oscuras e invisibles.

Miriam experimentó una extraña e insoportable debilidad, como si algo muy dentro de ella se hubiera deshecho. Un latido de excitación, tan intenso como la repentina constatación de la presencia de un enemigo, se enroscó en su vientre.

No hizo ningún movimiento, pero parecía que todo su cuerpo se tensaba para combatir, sin ser visto, la ondulación de los músculos contrayéndose para un resorte. Aunque permanecía inmóvil, parecía amenazador.

Había algo peligrosamente parecido a un lince en aquella mirada ardiente, algo tan deliberadamente intencionado que parecía formidable. Aquellos ojos dorados brillaban con una intimidad y una conexión que ella sintió en todo su ser, con un rubor de doloroso placer.

Una vez más, las pestañas de Miriam parpadearon. Imágenes indescriptibles rugieron en su cabeza. Pensamientos que había encerrado con seguridad se arrancaron de sus amarras, arremolinándose en caótico desorden. Y con ellos llegó la duda.

No debería haber venido.

Debería haber hecho caso a los mayores.

Estas pobres criaturas iban a ser vendidas como caballos al mejor postor, para convertirse en piezas de propiedad y ser utilizadas como mano de obra forzada hasta la expiración de sus condenas. Al comprar a un hombre así, aunque fuera un sirviente contratado y no un esclavo, ¿no estaba consiguiendo una carga demasiado grande?

Cada fibra de su ser le gritaba que se retirara, que renunciara a su insensato sueño de independencia, a su deseo de mantener su tierra frente a todos los que la codiciaban. Si fuera una mujer verdaderamente respetable, se conformaría a los deseos de los ancianos. ¿Por qué era eso tan difícil?

Volvió a centrar su atención en el hombre comedido y su mundo se inclinó enfermizamente. De nuevo el color se encendió y murió en sus mejillas.

Por un instante ella también tuvo tanto miedo como lo había tenido su hijo David. Su corazón dio un rápido y duro latido y ella contuvo el aliento por un momento, suspendida, esperando.

Entonces se recordó a sí misma que aquel hombre no era más que un convicto, a punto de ser subastado al mejor postor. Y ella había recorrido un largo camino en los diez largos años de su matrimonio con Samuel Winthrop. Ya no sometería sus propios deseos y opiniones a los de ningún hombre.

Aun así, este espasmo de respuesta inoportuno y casi doloroso era desconcertante. No tenía sentido. Ella no era ajena a la forma masculina. Había sido esposa y curandera, y sabía cómo era un hombre. Sin embargo, nunca había sentido esta locura interior, esta euforia femenina y prohibida.

Todo el cuerpo de Miriam enrojeció de vergüenza.

Samuel, amable y buen marido que había sido, no había tentado su carne débil y pecadora. Samuel no había sido ese tipo de hombre crudo y egoísta. Austero y recto, Samuel había buscado su redención en la oración.

Un puño frío atenazó las entrañas de Miriam al darse cuenta de que el malhechor que tenía ante sí no contemplaría una idea tan tonta.

Él tomaría lo que necesitaba, le daría lo que ella quería.

La idea la golpeó con tal fuerza que Miriam estaba segura de que su conmoción se reflejaba en su rostro, pues una extraña luz destelló en los ojos leonados del hombre, haciéndolos brillar de repente, acaloradamente, dándole la apariencia de algún animal depredador. Ella se estremeció, atenazada por la aterradora sensación de que él podía ver en los recovecos interiores de su mente.

Había algo en él. Algo elemental. Algo... peligroso. Sin embargo, el peligro era un acicate. Le hacía a uno sentirse vivo. Parecía que hacía mucho tiempo que no se sentía viva de verdad.

Una confusión de pensamientos insidiosos a medio formar se precipitó por la cabeza de Miriam, uno superpuesto a otro. Si tan sólo... No, desear era una debilidad que se había cuidado toda su vida de no permitirse.

Samuel había muerto hacía cuatro meses y Miriam se consideraba demasiado joven para ser irreprochable. Lo había dicho el diezmador designado por los ancianos para velar por la moral de las familias asentadas en Green Valley. También había decretado que las gemelas, aunque hacía poco que habían dejado las enaguas, no eran mantenidas en la debida sujeción por su madre.

Dadas las circunstancias, los ancianos aconsejaron contraer un segundo matrimonio. Un marido se encargaría de las pesadas tareas de desbrozar el bosque y labrar la tierra. El diezmero, siempre dispuesto a servir al Señor y obtener un beneficio aparte, se había ofrecido como candidato.

No había muchos hombres solteros de posición y capacidad adecuadas en la pequeña comunidad, y el diezmero era eminentemente apto para la tarea. Su demanda contaba con la sanción de los ancianos, pero ¿hacía eso correcto que ella se casara con él?

Miriam rehuía atarse a cualquier hombre. El matrimonio cedería su tierra y su cuerpo a su marido. La piel se le ponía de gallina cuando contemplaba las intimidades del lecho matrimonial

con Amos Saybrook. Entonces, ¿por qué este hombre desaliñado, sucio y sin principios no le causaba esa repulsión?

De repente, allí de pie bajo el sol del verano, se tensó y tembló. Era una sensación extraña, como si su alma inmortal estuviera en peligro.

Todo mentira, por supuesto, pero por un instante Miriam se sintió aterrorizada. No por sí misma; ella ya no importaba. Más bien por los hijos que la necesitaban, que sólo la tenían a ella.

Con un esfuerzo, bajó los ojos. Era imposible mirar al convicto sin experimentar esa tonta distracción. Realmente, ¿qué importaba que una pudiera sentirse turbada por la visión de la carne desnuda de un hombre?

Era pura respuesta biológica, nada más. Miriam se dio la vuelta, reprochándose a sí misma su inquietud y descontento. La castidad era algo admirable si tan sólo ella quería que así fuera. Se obligó a relajarse, utilizando toda reserva de fuerza de voluntad para controlar su temblor.

De algún modo, sacó de su bolsillo una hoja doblada de papel grueso. Era un folleto impreso. Lo abrió y lo leyó por vigésima vez.

Enumerados para la venta había quince hombres y una mujer.

—Creo que tal vez un sirviente que sepa cortar madera y arar los campos sería una adquisición más valiosa para Green Valley que uno cuyas necesidades estén a medio camino entre la condenación y la salvación, David.

Miriam hablaba casi mecánicamente. Intentaba calcular, a partir de las breves descripciones dadas, el número de lote del hombre de los ojos de tigre. ¿Era el lote 16? El pie de foto decía: Varón. Edad aproximada 30 años. Antiguo ayuda de cámara de Lord Brougham. Vendido por orden suya.

No. Este hombre no era un ayuda de cámara. Era demasiado elemental.

Aliviada, volvió a doblar el papel.

—En cualquier caso, no creo que el hombre de la subasta esté en venta, David. No hay nadie en la lista que se parezca a él.

—¡Quizá esté aquí para colgarlo de la horca, o azotarlo, o ponerlo en el cepo!

—¡David! ¡Tan excesivo afán por cualquier forma de castigo bárbaro no es digno de ti!

—¿Cuál, David? ¿El que está atado como una bestia? ¡Seguro que da miedo! —La voz aguda y joven de Daniel era un eco de la de su gemelo.

Con cautela, Miriam volvió a mirar al hombre. No, sus ojos no se arrugaron ni engañaron. Si era una bestia, era magnífica, por muy mugriento que estuviera.

Los rizos rebeldes de su pelo desgreñado y el crecimiento de una rígida barba negra no podían disimular la elegante forma de su cabeza y su mandíbula. El sol, al brillar sobre el crujiente vello oscuro de su pecho, revelaba una poderosa musculatura. De hombros anchos y miembros fuertes, el hombre parecía ser un buen trabajador.

Con esfuerzo, Miriam apartó los ojos del hombre y habló a su otro hijo. Sus palabras eran suaves pero firmes con autoridad.

—¡Daniel! No es una bestia, sino una persona.

A pesar de la suave reprimenda, Daniel dio un pisotón en un gesto que seguramente no había aprendido en la casa de reuniones.

—Entonces, ¿por qué está atado como una bestia?

Miriam vaciló, buscando una explicación adecuada. De pie a sotavento de la subasta, el hombre parecía muy grande e intimidante. Era demasiado consciente de su tamaño y su fuerza... y de algo más.

Inevitablemente, pensó en los ancianos, y su rostro se inundó de hirviente vergüenza ante sus inicuos pensamientos. Respirando hondo, reunió sus sentidos y retrocedió un paso, consciente de que estaba temblando. La única forma de afrontarlo era de frente. En consecuencia, se irguió y miró directamente a los ojos leonados, que la estaban evaluando tan minuciosamente como ella a él.

—El hombre ha ofendido a la sociedad y debe pagar sus deudas. —Su voz era tranquila, pero estaba segura de que su rostro estaba encendido cuando le dio la espalda al subastador.

—¿Tenemos suficiente dinero para comprar un sirviente de bonos, mamá?

Todavía enfadada consigo misma, la mano de Miriam se levantó instintivamente hacia su garganta.

Tenía diez billetes de cinco libras y una preciosa moneda de oro. ¿Sería suficiente?

—Si Dios quiere que así sea.

Miriam conocía sus propios activos y pasivos, y la aceptación mansa no estaba en la lista. Sí intentaba tomar el centro inquieto que había descubierto en su interior y hacer de él quietud y serenidad. Lo intentó. El Señor sabía que lo había hecho.

Pero la oración y la penitencia no fueron suficientes para sofocar la molesta energía que había en su interior. Había algo en su interior, alguna fuerza que la impulsaba, que le hacía desear desafiar las convenciones, ser su propia mujer, independiente de cualquier hombre. De reír en voz alta como lo había hecho antes de su matrimonio con Samuel Winthrop.

Miriam suspiró. Tales cosas nunca podrían ser. La vida avanzaba, nunca retrocedía. Samuel había muerto. Sus hijos gemelos, Daniel e David, necesitaban orientación.

De alguna manera, ella debía llevar a cabo las palabras de Dios con mansedumbre. Sin embargo, Dios mismo no había dado instrucciones claras sobre el camino correcto. Y Miriam no estaba convencida de que los ancianos supieran más, simplemente porque eran hombres. Ella sabía que no era ni ignorante ni simple, y llegaba un momento en la vida de una mujer en el que tenía que dejar de ser sensata, en el que tenía que levantarse y hacerse valer...

Ese momento había llegado.

Si no deseaba casarse con Isaac Saybrook, no lo haría.

Tomada su decisión, Miriam sintió como si se hubiera quitado un oscuro peso de encima. Tomó conciencia del mundo que la rodeaba. Como un torrente de oro fundido, la luz del sol se derramaba en el mercado abierto, intensificando los olores limpios y penetrantes de los animales de granja, las verduras recién recogidas, el cáñamo y el queso maduro.

Consternada, Miriam también divisó una figura pequeña, parecida a un terrier, con el pelo rubio y una mandíbula delgada y saliente que se apresuraba hacia ella.

—¡Esta idea tuya es repulsiva, Miriam! —espetó la recién llegada—. Estos son los inadaptados de la sociedad. ¿Seguro que no degradarías la memoria de nuestro pobre y difunto Samuel sustituyéndolo por semejante basura?

El resentimiento se agitó en el interior de Miriam Ni una sola vez se había dirigido a otra criatura en el tono insolente que Leah Saybrook empleaba con ella. Miriam podía ser testaruda, desafiante y actuar a menudo sin pensar, pero siempre decía la verdad tal como la veía.

—El simple hecho es que Samuel está muerto. Precisamente por eso necesito un hombre en el lugar.

—Necesitas un marido. David y Daniel necesitan una mano fuerte para que aprendan a distinguir el bien del mal y den la espalda a todos los malhechores.

¡Oh, la insolencia de la mujer! Miriam temblaba por dentro, pero se mantuvo firme.

—Eso bastará, Leah Saybrook. No necesito tus consejos sobre cómo llevar mis asuntos. Ahora que Samuel se ha ido, mi vida es mía para hacer con ella lo que quiera. He educado a mis dos hijos para que teman al Señor y nunca tomen Su nombre en vano. Si decido comprar un sirviente, lo haré y punto.

—Los ancianos se indignan más con cada acción imprudente. ¿Por qué estás tan obsesionada con la independencia? —Leah agitó los brazos con rabia. El color ardiente inundó su rostro y soltó una risita extraña y jadeante—. Me temo que Isaac pensará que has contraído una licencia de tus sentidos al seguir un curso tan insensato.

Una furia de resentimiento poseyó a Miriam, pero sintiendo que su autocontrol se tambaleaba, no se atrevió a dar rienda suelta a sus sentimientos. Se alegró al oír que su voz no contenía más que un tierno reproche cuando respondió:

—Prefiero tener un sirviente, aunque sea el cebo del diablo, que otro marido.

Si cabe, la hermosa piel de Leah Saybrook se encendió con más intensidad.

—No hay necesidad de ser tan altanera, Miriam Winthrop. Mi hermano pide casarse contigo sólo porque se siente en deuda.

Miriam reprimió una réplica airada y permitió que su rostro brillara tanto como si se hubiera tragado un trozo del sol de verano.

—Entonces dígale de mi parte que no tiene por qué sentirse en deuda. La muerte de Samuel fue causada por su propia insensatez, no por una represalia porque Isaac Saybrook considerara oportuno pedir matrimonio a su mujer tras su muerte.

Aunque una sonrisa burlona se formó en los carnosos labios de Leah, había un matiz de fastidio en su voz.

—Tienes la arrogancia del mismísimo Belcebú, Miriam. La única forma de que conserves tus tierras es casándote. Es difícil encontrar buena ayuda, e Isaac está dispuesto a hacerse cargo de tus dos hijos infernales y criarlos como si fueran suyos. Tienes que pensar en su futuro.

Miriam luchó por controlar su ira. Levantó ligeramente los hombros y sus delicados orificios nasales se encendieron. Sus ojos se entrecerraron.

—Mis hijos son asunto mío, igual que mi tierra es mía. Tengo la intención de mantenerlo así.

—¿Te llevarías a un convicto a alojarse contigo? ¿Qué dirá la gente? —La voz de Leah se convirtió en un siseo.

—Que soy tan tonta, como hacen siempre.

—¿E Isaac?

Miriam hizo un movimiento brusco, un gesto casi apasionado, antes de convertirse en un leve encogimiento de hombros.

—Imagino que dirá lo mismo.

—Pérfida criatura. ¡Vivir sólo en la carne!

La injusticia quemaba a Miriam. Nunca había habido dejadez en su moral. ¿No había jurado Samuel a ambos el celibato después de que el nacimiento de los gemelos hubiera sido decretado por los ancianos como resultado de una fornicación excesiva? Y ni una sola vez en nueve largos años habían roto ese solemne juramento.

Juntó las manos delante de ella.

—Eso no es muy generoso por tu parte, Leah Saybrook. ¿No te dijeron las lecturas bíblicas que no se debe juzgar a los demás?

—¿De qué sirve intentar razonar contigo, Miriam Winthrop? Te has decidido por un delincuente antes que por un ciudadano respetado. —La voz de Leah era más fría y dura que el

grueso hielo que se formaba en el río durante los meses de invierno.

—Aun así, me arriesgaré —resolvió Miriam—. Un graduado de la prisión de New Haven es mejor propuesta que Isaac. —Levantó la mano e hizo un gesto aireado, expresivo de un pesar semihumoroso—. Prefiero alojar a un convicto auténtico, con el pelo que parece maleza del pantano y que apesta a ciénaga, que a un hombre astuto y avaricioso que sostiene la Biblia en una mano y manosea la pierna de una chica con la otra.

Miriam se volvió hacia el bloque de subastas para ocultar su rostro, sabiendo que debía de estar rojo como una cereza. ¿Cómo se le habían escapado esas viles palabras de la boca? Para ella no era nada si Isaac Saybrook era un lascivo mujeriego empeñado en acostarse con todas las chicas de la Mancomunidad de Connecticut.

Aun así, no era propio de ella ser tan grosera, ¡y qué ejemplo tan despectivo estaba dando a sus hijos! Miró a los chicos, levantando las cejas en mudo interrogatorio, pero ellos estaban afanosamente rascando mechones de hierba y no parecían notar nada raro.

—La lengua es un mal rebelde, lleno de veneno mortal, Miriam Winthrop. —Había algo más que una pizca de agudeza en la réplica de Leah—. Vivirás para lamentar tus malvadas palabras. Informaré de tus repugnantes mentiras a los ancianos de la iglesia, y veremos lo altiva que eres cuando te veas obligada a pedir perdón ante toda la casa de reuniones.

Bruscamente, Leah se dio la vuelta y se alejó, ligera de pies, veloz como un pájaro. Un duro nudo de ira se formó en la garganta de Miriam. Se había ganado un enemigo allí, lo sabía, cuando antes había considerado a los Saybrook como amigos.

Se encogió de hombros mentalmente. No había remedio. Ahora que había sido tan tontamente franca, se veía obligada a rechazar a Amos antes de tiempo.

Al diablo con todo el estúpido asunto de asistir hoy al mercado, en cualquier caso. De no ser por la imperiosa necesidad de conseguir un jornalero, no habría tenido que enfrentarse a Isaac Saybrook hasta el domingo.

—¿Miriam? —La voz de Thirza Arnold, su vecina y amiga, irrumpió en su ensueño—. Pareces un poco compungida. ¿Estás bien?

—Sí. —Con un movimiento de cabeza, Miriam se obligó a volver al presente. Su voz permaneció cuidadosamente casual—. Chicos, id con la señorita Arnold y ayudad a montar el puesto de refrescos. Ocupaos de Jemima. Me reuniré con vosotros después de la subasta.

David y Daniel cogieron obedientemente de la mano a Jemima Arnold, de cinco años, y siguieron sedosamente a Thirza. Miriam se alegró de ver el bonito rostro de la niña tan animado y alegre. Últimamente Miriam había empezado a sentir punzadas de ansiedad por Jemima, pero pudo desterrarlas al menos por hoy, pues parloteaba con los chicos como un pájaro alegre.

Miriam se volvió hacia el bloque de la subasta. Todo en su interior se resistía a la tarea que tenía por delante. Mimaría su conciencia hasta la conferencia del domingo, y para entonces ya sería demasiado tarde para que los ancianos interfirieran.

Jonathan Colberth se lamió los labios, un gesto que hablaba más de la impotencia común que de su origen aristocrático. El calor fundido del sol golpeaba su cabeza, despertando un dolor sordo, algo que sólo notó vagamente. Nada durante varios días había tenido el poder de alterarle o preocuparle. No desde que había intentado escapar y había recibido un golpe en la cabeza con

una cadena por sus esfuerzos.

Había estado a la deriva en un paisaje gris y sin vida que no tenía puntos de referencia seguros y del que no parecía haber liberación. Si pensaba en algo concreto durante algún tiempo, el zumbido de su cabeza comenzaba de nuevo.

En el fondo de su mente, sabía que iba a ser vendido, como una bestia en el mercado. De algún modo, eso ya no parecía importar. Nada importaba. Estaba demasiado cansado, demasiado fatigado como para preocuparse.

Fue el sonido de la voz soprano de un niño el que penetró en el vacío incoloro, despertándole de una inercia sin fin, trayéndole de vuelta al presente. Se aferró al sonido. Oyó la suave respuesta de la mujer, cálida como la miel, desde muy lejos.

Fue el anhelo de conocer a la dueña de aquella voz dulce y femenina lo que le hizo abrir los ojos. Ella estaba allí de pie, una cosa de infinita delicadeza, tan exquisita en su gracia de hada. Una piel pálida teñida de rosa, unos pómulos altos, una barbilla delicada y unos ojos de un verde azulado bordeados de pestañas de hollín realzaban su imagen feérica.

Su misma frescura era un peligro que le ponía en guardia. Había una falta de humildad en aquellos extraños ojos color mar, que se sentían extrañamente bajo la cofia con capucha que la mayoría de las mujeres puritanas llevaban para ocultar su cabello de los ojos de los hombres. Su sencillo vestido negro le daba un aire pintorescamente recatado que quedaba desmentido por el corpiño redondeado y la diminuta cintura. Era una mujer a la que apreciar, no a la que despreciar.

Lo miró sin miedo ni pudor y luego se transformó en una auténtica lasciva, con los labios carnosos abiertos, como si fuera a comérselo para cenar. Sus cejas se arquearon en una repentina sospecha.

Parpadeó, tratando de ordenar sus pensamientos, pero de pronto su mente se remontó a la terrible matanza de los milicianos cuando luchaban en retaguardia contra los franceses. Los cañones les habían acosado durante todo el día anterior. Se había convertido en una cuestión de necesidad silenciar esos cañones. Así que se había hecho el esfuerzo, un esfuerzo glorioso coronado por el éxito.

¿Cuánto tiempo había pasado desde el combate de Beaver Creek? Había sido una batalla desesperada, en la que no se había pedido ni dado cuartel. Mano a mano y cara a cara habían luchado, con salvajes juramentos y espantosas carcajadas.

Jonathan recordó la terrible noche en que lo habían metido en la prisión de New Haven, la espantosa mañana del juicio y la peor pesadilla de todas, la tarde en que todo su mundo se había desmoronado... Y ahora estaba aquí, encadenado como un esclavo en el mercado.

Durante un interminable, agónico e íntimo momento, la mujer le sostuvo la mirada.

La tensión parecía vibrar en el aire, tan fuerte como las armas durante un combate.

Entonces ella tocó con la mano una de las dos cabezas de color cobrizo que rebotaban bulliciosamente a su lado. Él reconoció la relación inmediatamente. ¿Cómo no iba a hacerlo? Los chicos eran ella en robusta miniatura masculina. Sin duda, su pelo también era rojo.

Entonces cayó en la cuenta. ¡Estaba casada!

Por alguna absurda razón, una oleada de traicionera decepción estuvo a punto de abrumarle. Jonathan cerró los ojos, incapaz de soportar el afecto no fingido de este pequeño retablo doméstico.

Pasó el tiempo. No sabía cuánto tiempo, pero el sol estaba alto y una sed furiosa le quemaba diabólicamente.

Poco a poco, fue consciente de la actividad a su alrededor. ¿Dónde estaba él en la

desordenada masa de movimiento? ¿Estaba cabalgando a toda velocidad para escapar de los salvajes, o intentaba frenar la aterrorizada retirada?

Un ardiente rayo de dolor le quemó la sien mientras sacudía la cabeza, aclarando su visión.

La subasta había comenzado. La puja fue lenta al principio, luego empezó a cobrar velocidad. Se alzaron los brazos, se agitaron las cabezas, se asintió con la cabeza. Los hombres gritaban y las mujeres ocultaban sus expresiones tras sus abanicos.

Uno a uno, los demás sirvientes de enlace ocuparon su lugar en el bloque de madera y fueron vendidos al mejor postor. Entonces llegó su turno. Torpemente, con los brazos y las piernas aún encadenados, le llevaron a ponerse de pie ante los numerosos rostros que le miraban, con miedo y temor en sus caras. Varias mujeres jadearon y levantaron sus abanicos.

—¿Es usted el hombre conocido como Jonathan Gabriel Colberth?

Jonathan se quedó de pie sin responder. Sólo la expresión de sus ojos indicaba que había oído la pregunta.

El puritano de nariz larga que hacía de subastador le miró fijamente, esperando una respuesta. Al no obtener ninguna, golpeó el bloque de madera con su bastón.

—¡Respóndame! ¡Yo soy la ley en este condado!

Hubo un zumbido de excitación. Los abanicos se abrían y cerraban con un clic. Conversaciones susurradas tenían lugar detrás de ellos.

—Sí, soy Jonathan Colberth. He dispensado mi ración de muerte. Así que cómpreme, si no teme ser asesinado en su cama.

Las palabras sonaron impulsivamente y fueron recibidas por un profundo silencio. Ni una mano del público se levantó, ni una voz habló.

Entonces una mujer se levantó y se encaró con Jonathan. ¡Era ella! Él tenía una vaga esperanza de haberse equivocado en su intención, pero cuando ella le sonrió, una pequeña sonrisa peculiar, esa ilusión se desvaneció. Se quedó allí de pie, con la cabeza inclinada hacia un lado, dirigiéndole una mirada escrutadora. Jonathan le devolvió la mirada con una violenta desaprobación.

Juntando las manos, se volvió hacia el subastador. Con su voz suave y melódica, como si midiera cuidadosamente cada palabra, hizo su puja.

—Ofrezco cincuenta libras por el criado de la fianza, Jonathan Colberth.

Se hizo un silencio acallado. Nadie se movió. El tiempo quedó suspendido hasta que el subastador golpeó el poste tres veces con un mazo de madera.

—Vendido... a la señora Miriam Winthrop.

Capítulo 2

-¡David! ¡Daniel! Al carro. Apúrate ahora, y dejar suficiente espacio para el señor Colberth. ¿Está listo, señor?

Jonathan oyó las palabras desde muy lejos. Bailaban en el aire, una tras otra, como suaves notas de música, separadas y etéreas, colgando allí, girando hacia el infinito, su...

—Señor Colberth, por favor, debemos irnos ya, o no llegaremos a Green Valley al caer la noche.

Lentamente, al parecer, Jonathan fue consciente de una mano que le tiraba de la manga.

Entonces penetró el significado y se sobresaltó como de un profundo sueño. El tintineo de las cadenas sujetas a sus muñecas y tobillos le recordó su difícil situación. Se miró los pies.

—No puedo.

—¿No puede? ¿Cómo que no puede? ¡Lo hará! ¡Debe hacerlo! ¡No puede ser de otra manera!

Jonathan sintió que la fuerza menguaba de sus piernas. Sentía los pies de plomo. Le dolía el cuerpo y la cabeza le daba vueltas. El agotamiento golpeaba un tatuaje familiar detrás de sus ojos y sabía que su mente se tambaleaba sobre un abismo bostezante. Parpadeó, intentando que su cerebro volviera a funcionar.

—Le ruego que me disculpe, señora, pero estos grilletes harán que me resulte extremadamente incómodo atender la carreta en caso de accidente. Sería mejor para todos que ordenara que me los quitaran antes de nuestra partida.

Frunció el ceño. Su voz era sorprendentemente clara y firme, a pesar de que estaba necesitando una gran concentración para evitar que el dolor de su cabeza le abrumara.

—¡No! ¡No me tome por tonta! —Miriam hizo una pausa y añadió—: ¿No podría ir hasta el carro de rodillas, señor Colberth?

El hombre miró por un momento su cofia bordada a mano. Gruñó, un sonido extraño, suave, salvaje y sin aliento. Carraspeó dos veces y pareció que le costaba hablar.

Había un brillo rojo en sus ojos dorados, a pesar de su postura orgullosa. Le recordaba a un animal atrapado y salvaje, feroz e irracional, dispuesto a arremeter incluso contra una mano amiga.

Su primer instinto -extender esa mano- fue inmediatamente reprimido.

En su lugar, se agarró al borde de hierro de la rueda de la carreta para apoyarse. No parecía capaz de moverse.

Jonathan se balanceó un poco, levantó la vista, encontró los ojos verdeazulados, concentrados. Con la vista clara ahora, dio un paso inseguro hacia delante y se inclinó desde la cintura, con cuidado, formalmente, correctamente. No tenía una sensación consciente de control sobre sus movimientos, pero sentía como si unas cuerdas movidas por manos invisibles lo pusieran en marcha y lo detuvieran.

—Soy un siervo, he jurado bajo pena de muerte servirle, señora. Sus deseos son órdenes para mí. Pero aunque esté encadenado, no me pondré de rodillas, señora Winthrop. Nunca de rodillas.

La bravuconada conmovió el cálido corazón de Miriam. Para ser sincera, lo agradeció. El miedo no era una herramienta con la que ganarse la vida en este desierto, y Miriam Winthrop tenía la intención de utilizar a este hombre para mantener su tierra contra todos los que la codiciaran para sí.

—Señor Colberth, no le pido que se arrodille ante mí. Sólo le pido que suba a la carreta.

—¡Y yo digo que no puedo realizar tal hazaña cuando estoy atado como una bestia!

Si hubiera sido uno de sus vástagos, le habría dado una fuerte cachetada para que entrara en razón.

—No ha hecho ningún intento de hacerlo, señor, así que ¿cómo sabe si puede o no puede?

Se acercó a ella, de modo que tuvo que inclinar la cabeza para verle la cara. Con la espalda apoyada contra el vagón, levantó una mano delgada como si quisiera apartarle. Él se inclinó hacia delante lenta y deliberadamente, empujando contra su mano, obligándola a retroceder, atrapándola finalmente entre su cuerpo macizo y sus suaves pechos.

Miriam respiró con dificultad, dominando el pánico. Sus labios se abrieron sin sonido. Se sentía tomada, poseída, completamente cautiva. Un débil temblor comenzó en la comisura de su boca.

—¿Puede...? —Se humedeció los labios secos con la punta de la lengua y volvió a intentarlo —. ¿Quiere decir que no puede...?

Los ojos de Jonathan Colberth se entrecerraron brevemente, como si oyera el rastro de miedo en su voz.

—Que me quiten los grilletes, señor Winthrop.

Fue una orden, tajante y decisiva.

Con un sobresalto, Miriam se dio cuenta de repente de que cada nervio de su cuerpo era consciente del desafío que había en él. Y, sin embargo, no estaba verdaderamente asustada. Podía ser formidable, pero ella no percibía en él la maldad que veía en Isaac Saybrook.

Con los ojos muy abiertos y ansiosa, le miró fijamente, buscando algún tipo de orientación. La mirada del hombre se clavó en la suya, con una intencionalidad que era casi alarmante. Nunca antes había visto una resolución descarada en la mirada de un hombre, pero la reconoció al instante.

Un estruendo profundo y vibrante resonó entre sus dedos. Sintió que un cálido cosquilleo la recorría, agitando todas sus terminaciones nerviosas, como una brisa de verano agita las hojas. Su espalda y sus hombros se tensaron. Aspiró un aliento estrangulador.

Incapaz de sostenerle la mirada por más tiempo, bajó la cabeza.

—Si se aparta un poco, señor Colberth, haré que uno de mis hijos me pase una herramienta.

Con las manos entrelazadas detrás de él, Isaac Saybrook observó a Miriam enhebrar su camino hacia su carreta. En su modesto vestido negro, con su cuello blanco almidonado que le llegaba hasta la barbilla, y con una cofia negra que le ocultaba todo el pelo, aún tenía un aire de engreída que le sentaba mal.

Tras ese pensamiento vino otro que habitó más tiempo en su mente.

Leah había acudido a él con su historia de ultraje. La franqueza de Miriam le resultaba molesta y tenía los modales de una fulana, pero tenía tierras, tierras valiosas, y un espíritu que él

disfrutaría domando.

Isaac escudriñó a la multitud que disminuía rápidamente. Hoy no habría desfile de la milicia. La multitud ya había presenciado un espectáculo mejor, y tanto el público como los soldados aficionados partían hacia sus lejanos hogares antes del anochecer.

Frunció el ceño, pensando en los pobres y miserables especímenes que habían estado dispuestos a venderse por el precio del pasaje a las colonias americanas. Sabandijas y basura en su mayoría. Paganos a ultranza para colmo. Probablemente nunca en su vida habían ido a la iglesia. No eran mejores que una manada de salvajes.

¡Mira al grandullón! Arrastrando los pies como un anciano, como si estuviera tan cansado que apenas pudiera mantenerse en pie. Y Miriam Winthrop prefería llevarse a esa basura en lugar de a un hombre bueno, temeroso de Dios y respetuoso de la ley como él.

Si hubiera algo que Isaac pudiera hacer al respecto, bueno, entonces sería diferente. ¿Pero no había eliminado ya a su amigo, Samuel Winthrop, y hecho creer que lo habían hecho esos malditos pequots[1] ladrones?

Su ira creció hasta alcanzar un nuevo pico, casi de frenesí. Leah podría despotricar e instarle a tomar lo que quería, pero él sabía que no era así. Detrás de esos luminosos ojos verdeazulados y esa voz suave, Miriam Winthrop tenía una mente independiente y una voluntad fuerte.

Y su voluntad decía no a la entrega de sí misma... por el momento.

Una astuta y maliciosa voz femenina habló tan cerca de su oído que Isaac dio un respingo.

—Parece que todas tus confabulaciones e intrigas han sido en vano, hermano Isaac. La paloma ha escapado.

—Mía es la venganza, dice el Señor.

A pesar de sus esfuerzos por mantener la calma, el ego alterado de Isaac se traicionó a sí mismo en su voz, y la cabeza de Leah se levantó bruscamente.

—Podría ser beneficioso para tu causa echar una mano al Señor en este asunto, Isaac.

Los ojos de su hermano estaban puestos en Miriam y su sirviente, de pie muy cerca, casi íntimamente, junto al carro, y habló como si estuviera pensando en otra cosa.

—El Señor se mueve de maneras misteriosas, Leah.

Isaac permaneció de pie otro momento perdido en sus pensamientos. Asintió lentamente con la cabeza, como si estuviera totalmente de acuerdo con alguna convicción propia no expresada, y luego caminó bruscamente con rigidez hacia la pareja.

Leah tenía la idea de que había estado a punto de decirle algo importante, y quería oírlo, pero él ya no estaba.

—¿Puedo ayudarte con esa alimaña de Miriam?

Isaac Saybrook miró por debajo de su gran y larga nariz y habló con una voz aguda y chillona que desmentía por completo su pesada papada y su enorme bulto.

—Gracias, pero no será necesario.

—No tengo más que aflojar este último eslabón. Ya está hecho. —Se oyó un traqueteo satisfactorio cuando los grilletes golpearon el suelo. Los muchachos vitorearon ruidosamente al oírlo.

Miriam sonrió suavemente y se volvió hacia Jonathan. Se estaba mirando las manos como si

fueran objetos extraños. Le oyó respirar hondo. Su sonrisa se ensanchó.

—No parece haber razón para retrasar más nuestra partida, señor Colberth.

Jonathan curvó la mano como si deseara tener algo que aplastar en ella. Levantó la vista. Por un instante, sus ojos se encontraron. Parpadeó.

—Gracias, Ama Winthrop. —Apenas fue un susurro.

Isaac emitió un sonido áspero y se enderezó el sombrero.

—Miriam, ¿crees que es prudente liberar así a este vagabundo? ¿No estás al corriente de los cargos que se le imputan? ¿Lo peligroso que es? Qué tonta has sido al desafiar a los ancianos.

Miriam había esperado un sermón. Lo que no había esperado era que Jonathan Colberth y sus hijos fueran testigos de la reprimenda. Se mordió el labio con vejación, luego se controló y contestó con calma, con una inflexión deliberadamente desprovista de expresión:

—Isaac, tu voz es tan alta que creo que Dios mismo oye cada palabra que dices, y creo que debe de estar tan perplejo como yo.

—¡Miriam, estás blasfemando! —La rigidez de sus hombros bajo la robusta chaqueta de gabardina era evidente.

Una renovada oleada de resentimiento fluyó a través de Miriam. La culpa la atravesó, tan afilada como cualquier cuchillo. ¿Nunca aprendería a refrenar su lengua? Se concentró en entregar a Daniel el hacha que había utilizado para abrir los eslabones de hierro.

—Soy consciente de lo que hago, Isaac. Me estoy asegurando de que mis hijos reciban la herencia que les corresponde. Si esto requiere tolerancia y fortaleza, entonces alabaré al Señor por sus generosos dones.

—Es arrogancia y lo sabes, Miriam Winthrop. Es mejor que reces por humildad. —Isaac deslizó los pulgares tras las solapas de su levita y se balanceó sobre los talones—. Como diezmador y tu futuro esposo, es mi deber cuestionar la sabiduría de tus acciones.

Con los ojos entrecerrados hasta convertirse en finas rendijas bajo las cejas salientes, Isaac miró muy fijamente a Miriam, como si esperara una respuesta. Cuando ella no respondió, se dirigió a Jonathan.

—He estado hablando con Silas Deare, el magistrado de New Haven. Dice que esos salvajes iroqueses que abandonaron tanto su lealtad natural y su decencia como para tomar las armas contra su legítimo rey te reclaman como hermano de sangre. ¿Es cierto eso?

—Si ellos lo dicen, deben serlo.

El corazón de Jonathan había empezado a bombear, y por un momento se sintió ligeramente mareado y aturdido. Su respiración se aceleró un poco. Tragó saliva con fuerza. ¡No estaba casada! Una sonrisa disimulada pugnaba por dibujarse en sus labios. Intentó decir algo, pero las palabras se le atascaron en la garganta.

Quería contarle toda su historia. Explicarle que se había convertido en siervo de enlace sin tener culpa alguna. Que, por el contrario... No, había cosas que no se podían explicar porque nadie las creería.

—¡Miriam! Este abandonado de la humanidad, olvidando su lealtad a Dios, ha apoyado, según su propia confesión, a estos salvajes, poniendo su mano y su sello en una tregua sangrienta, lleno del conocimiento de qué mal causará esta traición. E impúdicamente pide la intervención de Sir Thomas Pakenham para que le ahorre la soga.

Miriam se sintió molesta. ¿Qué negocios tenía Isaac Saybrook, difundiendo tan viles calumnias? Lo fulminó con la mirada, pero el diezmador continuó, hablando con dureza, rápidamente, sin darle a ella la oportunidad de decir nada en absoluto.

—Lo más probable es que este canalla ladrón desaparezca con la mitad de tus posesiones. —Isaac se permitió el lujo de una mueca de desprecio—. O se emborrache y se las entregue al enemigo.

Las manos de Miriam estaban entrelazadas con tanta fuerza que sus nudillos se mostraban blancos. Sintió que la sangre se le retiraba de la cara. Sus labios, su cara, todo su cuerpo se sentían rígidos, pero ahora de miedo, no de ira. Abrió la boca, pero pasaron varios segundos antes de que hablara, y su voz era inestable.

—La bebida es responsable de todo tipo de desvaríos.

Algo en su tono le atrajo hacia sus ojos abiertos y consternados. El cerebro de Jonathan giró vertiginosamente antes de que las palabras cobraran sentido. Les dio vueltas en su mente. Por lo que él sabía, el licor fuerte no era un defecto de la mayoría de los hombres puritanos.

Hizo otro sonido peculiar y se alisó la falda con torpeza. Los muchachos empezaron a ocuparse de reorganizar la pila de sacos ya apilados ordenadamente en la bandeja de la carreta. Se preguntó cuándo -y cómo- había adquirido su miedo a un hombre borracho.

Sus manos empezaron a moverse, pero contuvo el gesto. Estaba más cerca del colapso de lo que hubiera permitido, pues había una curiosa traba en su voz cuando por fin habló.

—Puede estar tranquila, ama Winthrop. Aunque tengo muchos vicios, la afición al alcohol no es uno de ellos.

Los acuosos ojos azules de Isaac Saybrook se dirigieron a Jonathan. Carraspeó de forma impresionante.

—¿Sabes lo que has hecho, Miriam? Ha puesto en peligro la vida de estos preciosos infantes. Supón que los pequots deciden apoyar a los iroqueses y capturarlos. ¿Qué pasará entonces?

Tres pares de ansiosos ojos verdeazulados giraron hacia Jonathan. Una puñalada de ira le atravesó. Confiaba en el ignorante puritano para despertar los temores de una mujer solitaria y sus hijos. Enderezó los hombros. Sabía que si se dejaba vencer por la ira, explotaría. Tenía que seguir siendo dueño de sí mismo.

—No habrá problemas. —Se sintió aliviado de que su voz sonara tranquilamente segura—. Un poco de sentido común le diría que no es probable que tenga amigos entre los pequot.

Los dedos de Miriam se cerraron convulsivamente sobre los del gemelo más cercano, y por un momento horrorizado Jonathan pensó que iba a echarse a llorar. Luego se repuso.

—Isaac, eres tú quien predica que el pecado está permitido por Dios, porque pone a prueba a los hombres y los prueba a los ojos de Dios. Sólo mediante la oración y la penitencia alcanzan los hombres la salvación. —Ella levantó los ojos en un llamamiento inconsciente—. ¿Seguro que le concedería a este pecador la misma oportunidad?

Un sonido explosivo brotó de los gruesos labios de Isaac Saybrook.

—Una vez asesino, siempre asesino: eso es un hecho.

Durante un largo momento Jonathan permaneció de pie sin moverse, inexpresivo excepto por el fuego de la ira en sus ojos, que observaban a la criatura que tenía ante él con absoluto desprecio. Nunca había conocido nada parecido a la furia abrasadora que le atenazaba ahora.

Necesitó una fuerza de voluntad de hierro para controlar la ira hasta un punto en el que pudiera funcionar, y entonces fue sólo con disciplina y nervios. Sus hombros se movieron en un gesto inquieto, poco característico, y luego dio un paso adelante. Se movía con una gracia sorprendente, pero no era del todo firme.

—Los hombres han muerto matado por diferentes causas antes, e imagino que siempre lo harán. No soy tan imbécil como para no ver que la señora Winthrop necesita un hombre que la

ayude a defender sus tierras contra los fanáticos y los ladrones.

Miriam miró a Jonathan momentáneamente, desde debajo de unos párpados agitados. Había una promesa en sus ojos que él no podía comprender. Un pequeño fruncimiento de ceño arrugó su ceño e hizo un leve gesto con una mano.

Ella se puso de puntillas y acercó la mano a su sien palpitante, presionando ligeramente. El toque, por cuidadoso que fuera, detuvo su respiración, centró toda su conciencia en un dolor que estallaba, lo aniquiló. Su mandíbula se tensó de agonía. Respirar le supuso un esfuerzo espasmódico.

Su boca se movió. Ella habló. Él sabía que lo había hecho porque su voz resonaba dentro de su cabeza.

—Una vez que haya pagado su cuota a la sociedad, sea cual sea su delito, el señor Colberth es un hombre libre. —Ella rozó con su mano su mandíbula sin afeitar—. Hasta entonces, es mío.

De algún modo, el muro de oscuridad retrocedió y fue tenuemente consciente de que Isaac asentía con la cabeza. Hubo un descongelamiento perceptible en la actitud del hombre, como si hubiera decidido retroceder un poco, darse la oportunidad de revisar sus estrategias.

El predicador empezó a balancearse ligeramente sobre sus pies calzados.

Habló con pesada delicadeza.

—Aunque las circunstancias actuales me hacen desear lo contrario, estoy obligado a darte la razón, Miriam.

Jonathan pudo ver el alivio fluir a través de Miriam, lavando su tensión e incertidumbre. Por supuesto, este vástago de la respetabilidad no se había rendido del todo. El puritano se apartó de Miriam y dio un paso más hacia Jonathan. Sonrió, una sonrisita fina y sin humor, con los ojos brillantes de desprecio e ira.

—En verdad, señor, es usted un bribón y un villano, pero con un fregado y un atuendo decente, algo del hedor de la prisión puede abandonar su cuerpo, si no su alma. La oración y la penitencia lo harán. ¿Sin duda se sentará con nosotros en la casa de reuniones el domingo?

Jonathan hizo una profunda reverencia desde la cintura, luego miró a Isaac de lleno a la cara. Hizo un valiente esfuerzo por esbozar una de sus sonrisas más dulces. La tensión le estaba mareando. Sentía la lengua espesa.

—Es demasiado amable, señor Saybrook. Aunque me honra más allá de mis más salvajes esperanzas, nunca estaría bien que alguien de su alta posición fuera visto con una miserable criatura a la que le quedan siete largos años de contrato.

A Jonathan le dolía mucho la cabeza. Recordó otros dolores. El calor. Las llamas que lamían intermitentemente sus pies descalzos, sus tobillos, pues no permitirían que el guerrero casaca roja muriera rápidamente. Recordó el feroz resplandor del sol, abrasándole los globos oculares y secándole dolorosamente la garganta. El tirón de su muñeca aumentó hasta convertirse en agonía...

Parpadeó, miró a su alrededor. El recinto estaba vacío, la lejana montaña muda y verde. Un niño hacía equilibrios en el borde de un carro. Vio la cara pecosa, los ojos brillantes, la amplia sonrisa blanca.

Había otras caras que deberían estar aquí, pero no estaban.

Estaban dentro de su cabeza.

No podía soportar el pensamiento, pero no había forma de escapar de él. Oyó un sonido, metal contra metal. Peligro. ¿Era el chasquido del gatillo de un rifle? Parpadeó de nuevo.

Por un instante, la luz inundó su cerebro -una luz tan cruel, tan brillante, que era como mirar

fijamente al sol- ¡y la mujer estaba en su camino! Estalló en acción.

La brillante hoja del hacha se dirigió hacia él. Su impulso le llevó hacia ella. Más allá, un borrón oscuro. Planta los pies, inspira, se balancea con la masa de su armazón, empujando desde los tobillos. Un pecho agitado y redondeado. Un revuelo de faldas.

Recuperó los pies y pivotó de nuevo para enfrentarse a la amenaza. No hubo ninguna.

Miriam Winthrop yacía boca abajo, su aliento haciendo pequeñas bocanadas en el polvo, por lo que supo que estaba viva. El diezmero estaba de pie en la misma postura que momentos antes, pero ahora tenía la boca abierta, como si intentara averiguar qué había ocurrido. Los gemelos Winthrop estaban inclinados sobre el borde de la carreta mirándole con abierta admiración, sus idénticos rostros pecosos encendidos de excitación. Uno habló.

—¿Puedes enseñarme cómo se hace eso, esclavo? ¿Lo has visto, mamá? Se movió más rápido que un rayo.

Jonathan jadeó, tragando aire mientras la mujer se ponía en pie.

Irritada, ella le apartó la mano extendida.

—¡Estoy bien!

Se quedó de pie ante él, mirándole fijamente, cepillándose nerviosamente la falda, intentando enderezarse el bonete. Un mechón de pelo cobrizo se había escapado de los confines de su cofia.

Jonathan sabía que no le pertenecía. Aún le ardía la piel por el breve contacto de la palma de su mano sobre el pecho de ella. Le temblaban las entrañas. Maldita sea. Había sobrevivido a todas las torturas ideadas por el hombre mientras fue prisionero de los iroqueses. ¿Por qué ahora su cuerpo daba volteretas?

La risita aguda y nerviosa de un niño pequeño astilló su cerebro y su cuerpo. El pánico le atenazó. Una niebla gris se arremolinaba en los bordes de su visión.

—¡David! ¿Qué payasadas has estado tramando?

Jonathan oyó la respuesta del chico, temblorosa, remota. Su voz era hueca, procedente de un páramo informe y movedizo, ligeramente desafinada.

—¡Oh, mamá! Sólo estaba reflejando la luz de la cabeza del hacha haciendo señales secretas a Daniel como hacen los indios. Y era su turno, ¡sólo que la dejé caer sobre la rueda de la carreta!

¡Reflejos! Jonathan Colberth, has estado en el infierno y has vuelto. Oído a hombres gritar hasta quedarse sin voz y después seguir gritando con los ojos hasta morir. ¡Y tú actúas como un mono en una cuerda ante las payasadas de un par de chicos!

—¡Ese chico necesita una buena paliza!

Miriam se giró, con las manos en las caderas, una tigresa protegiendo a su cachorro. Respiró hondo varias veces.

Estaba asustada, se dio cuenta Jonathan entumecido. Intentando no demostrarlo, pero asustada.

—¡Sólo tiene nueve años!

Era un grito de desesperación. Jonathan pudo ver el abultamiento de su pecho dulcemente curvado.

Isaac se encogió de hombros.

—David está detrás de todas las travesuras. No se le puede permitir que sonría y ría e incite a otros a la misma maldad.

—Lo sé —dijo Miriam—. ¡Pero también sé que hay otras formas de disciplinar a un niño pequeño que pegándole!

El tiempo se suspendió. Miriam miró al diezmador, con los ojos muy abiertos. Él también la miraba, con expresión atónita.

Jonathan cedió a un repentino, feroz e irracional deseo de protegerla. Ahora se balanceaba sobre sus pies pero no lo sabía. Estaba frente a Isaac Saybrook, todo arrogancia oscura y masculina, vistiendo su andrajoso atuendo de presidiario con tanto orgullo como si llevara sedosas túnicas de majestad. Era extraño cómo el orgullo permanecía cuando todo lo demás se había desvanecido.

—El chico no tiene la culpa, señor Saybrook. Todo fue culpa mía, y no se ha hecho ningún daño. —Hizo otra profunda y formal reverencia—. Si nos disculpa, debemos irnos ya.

Hizo otra reverencia y estaba en la carreta antes de que el color oscuro que aparecía en las mejillas del diezmero hubiera subido hasta su frente.

Jonathan subió al carro y se desplomó en el suelo mientras la oscuridad se lo tragaba.

La ventana con cristales de diamante estaba abierta de par en par, y el aire nocturno soplaba fresco y puro, perfumado con el rico aroma de los pinos empapados de rocío y el frescor de la montaña a sus espaldas.

Había una gran polilla en la habitación. Atraída allí por la luz de las velas, parecía correr ahora de un lado a otro, en una salvaje búsqueda de libertad. Las sombras florecían contra el techo, cambiando, reformándose, mientras la polilla revoloteaba vertiginosamente alrededor de la vela.

Miriam siguió sus movimientos, fascinada, mientras daba vueltas cada vez más cerca de la llama. De repente, se lanzó de cabeza hacia el fuego. Se oyó un fuerte crujido y luego un ruido sordo al caer al suelo. Un gran escalofrío la atrapó, casi la convulsionó.

En ese mismo instante se abrió la puerta. Miriam levantó la vista. Apareció una cabeza, cuyos ojos se abrieron de par en par al encontrarse con los de ella. David vaciló, retrocedió, se deslizó alrededor de la puerta, con aspecto culpable pero decidido. Su gemelo le siguió.

—¿Está muerto, mamá? —preguntó Daniel con una respiración entrecortada.

Miriam se sacudió, puso un cerrojo a sus pensamientos. El niño se refería al sirviente, tendido en el sofá del salón, no al objeto pequeño y oscuro sobre el suelo de madera pulida.

Las extremidades flojas, las manos inertes, Jonathan yacía inmóvil, sólo el subir y bajar de su pecho sugería vida. Estaba pálido como la cera, pero el suave suspiro de su respiración sonaba normal.

—No, Daniel.

David se mordió el labio.

—¿Morirá, mamá?

—No, David. Al menos no lo creo.

Una herida pesada, aún en carne viva, le acuchillaba la sien. Con delicadeza, Miriam pasó un dedo índice por la frente hinchada de Jonathan y trazó la línea dentada y morada que desaparecía en la oscura maraña de pelo. Una herida fresca sobre otra vieja.

—¿Entonces por qué ha estado inconsciente durante cinco horas enteras?

—Cuando hay un golpe o una herida en la cabeza, a veces pasan días antes de que el paciente recupere el sentido.

Y a veces nunca lo hacían, pensó con un toque de pánico.

A veces una herida así les afectaba a la mente. Se quedaban sin sentido o no podían hablar... o resultaban peligrosos.

Deslizó sus dedos fuertes y competentes por el pecho húmedo y lleno de vello de Jonathan. No estaba segura de sí el latido que vibraba a través de sus dedos procedía de los latidos del corazón de él o de los suyos. Pero fuera cual fuera su origen, era fuerte y rítmico. No había nada de ominoso en el constante

—Hump-thump-thump.

—No quería que pasara esto, mamá.

Un parpadeo apenas humorístico tocó la suave boca de Miriam.

Yo tampoco, pensó con pesar.

Miró a Jonathan. Era un hombre misterioso. Un sirviente. Un desconocido. Después de todo, podía resultar violento. Su reacción instantánea ante algún peligro percibido esta tarde se lo había demostrado. Entonces se había sentido vagamente responsable. Ahora se sentía vulnerable.

—Por supuesto que no, David.

David frunció el ceño, arrugándolo con fiereza.

— ¿Puedes curarle?

—Una cataplasma para reducir la hinchazón de su sien, una calada de hierbas para aliviar el dolor de su cabeza, y recuperará el sentido enseguida.

David suspiró abatido.

—¿Me pegará el diezmador?

—¡Claro que no!

—¿Jugar con el hacha era un pecado? No lo parecía! —La mirada verde azulada de David era amplia, inocente.

Miriam se levantó y le alisó ligeramente el pelo despeinado. Inspiró lentamente. Le dedicó a David una sonrisa cálida y dolorida.

—Un poco imprudente, David, pero no un pecado. —Ella curvó un brazo alrededor de cada uno de sus hijos—. Venid. Es hora de rezar y acostarse.

En qué momento el ingenio errante no regresó a su anfitrión terrenal, Miriam no lo sabía con precisión, aunque sospechaba que el tiempo se le estaba acabando a Jonathan Colberth. Si los signos vitales se mantenían deprimidos durante mucho más tiempo, la lógica dictaba que el coma podría ser permanente, la mente atrapada para siempre entre la vida y la muerte. Su propia mente se resistía a esa posibilidad.

Unos segundos después escuchó como la llamaban.

—¡Miriam! ¡Miriam!

El tono preocupado de Thirza Arnold se volvía cada vez más fuerte. De poco servía cerrar la puerta contra Thirza cuando su vecina estaba de un humor cruzado. Se quedaría allí hasta que Miriam la abriera o la acosaría hasta que cediera.

Resignada se dirigió a la puerta y la abrió, dando paso a una exasperada Thirza que no dudó en entrar y colocarse erguida ante ella.

—¿Qué has hecho? —La única palabra que pronunció Thirza encerraba un volumen de significados, todos advertencias.

Miriam sintió que se ponía rígida. Se apretó las manos.

—Suena como si me estuvieras regañando.

Thirza era muy pequeña, un pajarito marrón, todo huesos y mal genio. Sus ojos chasquearon

con reproche.

—Puede que lo esté haciendo.

Miriam no se movió, pero había tensión en cada línea de su cuerpo.

Cuando habló, su voz era suave.

— ¡Por todos los cielos, Thirza! ¡No es algo tan grabe!

—¿Cómo puedes decir eso, Miriam? Incluso sin los celos naturales de Isaac Saybrook, como diezmador argumentará que has perdido todo sentido del decoro al tener a un hombre alojado aquí sin una carabina.

Había convicción y algo más en la mirada que le dirigió Thirza. Miriam se dio cuenta de que tenía la boca abierta, boquiabierta. La cerró con un chasquido y se echó a reír de repente.

—¡El hombre está inconsciente, Thirza!

Su vecina era testaruda.

—No es circunspecto.

—¿No crees que el salón es el lugar más lógico para ponerlo, dadas las circunstancias?

—¿Por qué no hago que Hiram traiga la trampa y se lleve al sirviente a Longacre? —insistió obstinadamente Thirza.

—¡No! ¡Eso está fuera de cuestión!

—¿Ni siquiera por el bien de tus hijos?

Miriam se puso completamente blanca. De repente se sintió extremadamente cansada, emocionalmente agotada y al borde de las lágrimas.

—¡No! Si el señor Colberth se mueve, podría producirle daños aún mayores.

—Corresponde a los padres dar un buen ejemplo a sus hijos, y el ejemplo que tú estás dando no se acerca ni de lejos a lo que exigen los mayores. —Thirza se acercó un paso, como si presintiera la victoria.

Miriam levantó ambas manos, con las palmas hacia delante.

—He atendido los males de toda esta comunidad durante casi cinco años. Estoy encargada del bienestar de los sirvientes.

—Querida, por supuesto que sí. Pero no puedes tener un hombre en la casa. Es absurdo.

Miriam se puso en pie de un salto, sus zapatos hicieron un ruido sordo en el suelo de madera.

—Los ancianos siempre han respetado mis poderes de curación. No permitiré que se diga que mi conducta es de repente impropia o indecorosa porque uso los dones que el Señor me ha dado.

—Estás cometiendo un gran error, Miriam. —Las palabras de Thirza fueron cortantes y precisas. Se dirigió a la puerta, donde se detuvo—. Esta apuesta por la libertad acabará en desastre para ti y para los chicos. Piénsalo. —Un furioso crujido de faldas y Thirza se había ido.

Miriam bajó obstinadamente los ojos.

A sus pies yacía el resto carbonizado de la polilla que había revoloteado con alas impotentes, intentando escapar. Yacía allí, marchita, sin vida, las alas que habían batido tan locamente por la libertad ahora chamuscadas por las llamas.

Permaneció allí, sin moverse, durante mucho, mucho tiempo.

Capítulo 3

Era el viejo juego; Jonathan lo conocía bien. El lugar estaba silencioso como una tumba, pero él no estaba muerto. Entreabriendo los ojos, pudo ver un patrón de luz solar, dorada, brumosa, bailando sobre una pared con paneles de madera. Abrirlos un poco más trajo a su visión el borde de una cómoda de madera ricamente tallada y un fleco de alguna tela pesada.

Abrió mucho los ojos. En la pared, encima de la cómoda, colgaba un texto en un marco entrecruzado, con las palabras Tú Dios te ve e iluminado con un enorme ojo azul.

La habitación era extraña. No tenía ni idea de dónde estaba ni de cómo había llegado allí. Jonathan levantó la cabeza con cautela, frunciendo el ceño un momento por la larga longitud de la mortaja blanca, la loma envuelta de sus pies. Dobló ambos codos y examinó las envolturas de las muñecas. Se llevó las manos a la cabeza, palpó el bulto.

Nada tenía sentido. ¿Estaba muerto? No. Le dolía demasiado la cabeza. La muerte no era un asunto difícil: estaba convencido de ello. Sin embargo, de algún modo se le negaba. Tenía un recuerdo nítido de la batalla.

Un gran número de enemigos había barrido repentinamente sobre ellos, los había rodeado y engullido. Él era el único hombre que quedaba. El brazo de su espada era de plomo y sus pies se arrastraban. Ante él había un borrón de movimiento, de rostros y bayonetas y hachas. El suelo temblaba y sus oídos se llenaron de ruido. Con los pies separados y las rodillas dobladas, levantó su espada instintivamente.

Al segundo siguiente, el peso combinado de cuatro soldados le arrastró forcejeando contra el suelo. Los tiró y, agarrando el brazo de un hombre, se lo partió como una ramita, pero otro le estampó la pesada culata de un rifle en la frente. Sus sentidos se tambaleaban, pero, sacudiendo la cabeza, se puso de rodillas. Un segundo golpe, en la nuca, le derribó...

Lentamente, con cautela, se pasó los dedos por la cara, sintiendo la aspereza normal de las primeras horas de la mañana.

Jonathan contuvo el aliento al percibir el débil aroma de la lavanda. Sus fosas nasales se dilataron.

Los recuerdos le invadieron. ¡La pequeña puritana!

Recordó el cuerpo cálido y suave retorciéndose bajo él, sus piernas enredadas con las de él. Sentía la cabeza extrañamente ligera, como si estuviera llena de aire, una burbuja de colores prismáticos que podía estallar en la nada en cualquier momento. Pero su cuerpo era pesado, tenso por la negación, el embriagador olor femenino le recordaba necesidades casi olvidadas.

Un pequeño sonido de dolor salió de su garganta. Tienes que pensar. Los dedos de Jonathan agarraron el borde de la sábana. Por un momento se sintió enfadado, asustado, traicionado y perdido.

Había habido acusaciones de colaboración con el enemigo... Su propia indignada protesta de inocencia... Su coronel con cara de asco, desechándole...

Ese momento en que Sir Thomas se había apartado de él, dando órdenes para que Jonathan

fuera encerrado en uno de los almacenes de piedra del fuerte para esperar el castigo... como si los años de lealtad y compromiso con la Corona hubieran sido en vano...

—¡Que lo cuelguen por traidor!

Jonathan supuso que debió protestar. Sólo recordaba haberles mirado con incredulidad. Es cierto que se habían encontrado los papeles personales del coronel en su mochila, pero no tenía ni idea de cómo habían llegado allí. O al menos, tenía alguna idea de cómo había funcionado el truco, pero era imposible acusar al fiel y confiado hombre de confianza del coronel de robo o de dar falso testimonio contra él.

El general Pakenham había presidido aquella parodia de consejo de guerra, escuchando acusaciones y medias verdades que no podían refutarse, sólo negarse. Fue Sir Thomas quien había alegado circunstancias atenuantes, recordando la anterior gallardía de Jonathan bajo el fuego y recordando al tribunal que el acusado era el vizconde Litchfield, hijo y heredero de lord Brougham.

¡Al diablo con los ejércitos, las batallas y el honor! Ahora a Jonathan le quedaban siete años de servicio en las colonias. Siete años de esclavitud a Miriam Winthrop. Pues bien, ¡que así sea!

Sin embargo, aunque se decía a sí mismo que todo iría bien, le invadía un sentimiento de depresión que no podía quitarse de encima.

¿Qué era lo que le molestaba? ¿Que la mujer había mostrado amabilidad y compasión hacia un conocido bribón? ¿O que la valentía de una mujer decidida a resistir contra probabilidades insuperables le despertara sentimientos olvidados hacía mucho tiempo? ¿Por qué leer en sus motivos algún significado siniestro?

Oyó un suave movimiento y su cuerpo se anudó desde la garganta hasta el muslo. Un nuevo miedo le inundó.

¡Ella venía! Se estremeció. Su mirada se desplazó más allá del extremo del sofá hasta la puerta abierta. No era ella.

David Winthrop estaba de pie junto a la puerta, con una mano en el pomo, como a punto de huir.

Cómo supo Jonathan que era David cuando los gemelos eran iguales como dos gotas de agua, no podía decirlo. Simplemente lo supo.

—¿Estás despierto?

David apoyó la espalda contra la puerta, moviendo los dedos alrededor del picaporte. Inclinó la cabeza gravemente, sus ojos verdeazulados vigilantes, como si estuviera esperando a ver si Jonathan se atrevía a mentirle.

Jonathan tenía los miembros tan rígidos por el esfuerzo que había hecho para controlarse que al principio no podía moverse. No podía entender por qué le angustiaba la idea de enfrentarse de nuevo a Miriam Winthrop: ¿no se había enfrentado a peligros mayores? Quedándose quieto, inclinó la cabeza cortésmente y sonrió.

El muchacho vaciló. Al cabo de un momento abandonó su lugar junto a la puerta y se acercó a Jonathan, de soslayo, deteniéndose, sin apartar los ojos del rostro del sirviente.

—Llevas mucho tiempo dormido.

¿Cuánto tiempo era mucho tiempo para un niño de nueve años? ¿Dónde estaba Miriam Winthrop?

Jugando a tener tiempo para pensar, Jonathan se apretó los dedos contra el puente de la nariz.

Hubo un largo silencio.

David miró a Jonathan por el rabillo del ojo y se mordió el labio. Arrastró los pies y frunció

el ceño, arrugando la frente.

—¿Te duele mucho la cabeza?

Jonathan negó con la cabeza.

—No. No mucho.

—Oh. —David parecía decepcionado. Con cautela, se acercó al centro de la habitación—. Mamá me envió para vigilarte. Está muy enfadada. —Su pequeña barbilla sobresalió y el ceño se convirtió en un ceño fruncido—. Betsy Ann estaba otra vez en el gallinero.

El cuerpo de Jonathan se tensó durante un segundo, pero años de disciplina mantuvieron su lenguaje corporal neutro y controlado, su expresión en blanco mientras repetía:

—¿Betsy Ann?

El chico sonrió, un pequeño levantamiento travieso de sus labios, y luego se serenó inmediatamente. Con más audacia ahora, se acercó hasta situarse justo al lado del sofá.

—Nuestro mapache mascota. Roba los huevos. Eso enfada a mamá.

Jonathan empezó a sonreír para sus adentros. Parecía una idiotez en extremo, un placer de colegial, pero quería ver a Miriam Winthrop toda cruzada y enfadada, su frialdad puritana erizada. La energía, renovada por el sueño, fluyó a través de él, despejando su mente.

—Menudo dilema. Parece que tu madre necesita una mano.

Desde la más absoluta quietud, se levantó sobre un codo, echando hacia atrás la sábana. Se detuvo a medio camino, con el pelo oscuro cayéndole sobre la frente. Todo su cuerpo se calentó al darse cuenta de que estaba desnudo bajo la sábana y de cómo debía de haber llegado hasta allí.

—¡Cristo todopoderoso! La mujer es una maldita lunática.

Hubo un momento de silencio. David se inquietó, apartándose. Tenía los ojos muy abiertos, la boca ligeramente abierta.

—¡Mientes! El diezmero dice que mamá es simplemente in…incompetente.

Jonathan se sonrojó un poco, tirando del lino hasta la cintura, abrazándose las rodillas.

—Eso es decirlo suavemente. ¿Qué ha hecho con mi ropa? ¿Dónde están mis pantalones?

—Mamá los quemó.

—¡Maldita sea! Qué mujer más tonta.

David se tomó al pie de la letra la afirmación de Jonathan. Su cuerpo delgado como un palo se enderezó y sus pequeñas manos se cerraron en puños, su sola postura transmitió a Jonathan el hecho de que Miriam tenía un pequeño protector, que no estaba sola.

—¡Mamá no es tonta! Ella quemó tu ropa que era mal-mal-oliente. Igual que te lavó todo porque apestabas peor que una mofeta cuando levanta la cola.

Jonathan tragó con fuerza. Un músculo se crispó a un lado de su boca. Ella lo había visto desnudo: ¡lo había lavado por todas partes!

Como si pudiera sentir el tacto de las yemas de sus dedos, Jonathan se estremeció con un cosquilleo que se deslizó a lo largo de su columna vertebral. En un esfuerzo por disipar la sensación, que se irradiaba rápidamente hacia sus entrañas, lanzó un ataque verbal.

—No hacen falta cadenas de latón ni barras de hierro en Green Valley. A Miriam Winthrop le resulta más fácil mantener a la bestia desnuda: no irá muy lejos.

Las palabras apenas salían. A Jonathan le pareció que su voz sonaba algo jadeante. Un incómodo silencio siguió a su arrebato.

David le dirigió una mirada, como si no estuviera seguro de qué hacer a continuación. Jonathan le devolvió la mirada uniformemente, sin pestañear. Sería fácil levantarse, empujar al chico. Sería fácil escapar. La idea le carcomía.

David se mordió el labio inferior, enderezó los hombros y movió los pies, como si la mirada fija le incomodara, la incertidumbre casi demasiado para soportarla. Las tablas del suelo crujieron.

Un rayo de alarma atravesó a Jonathan. Maldijo en voz baja. Esto no iba a funcionar en absoluto. El chico se escabulliría en un minuto.

Jonathan puso una mano sobre su corazón.

—No voy a saltar sobre ti y romperte el cuello. Busco algo más grande. —Permitió que una lenta sonrisa curvara su boca—. ¿Cuáles son tus órdenes, muchacho?

—Se supone que debo llamar a mamá si te despiertas. —El muchacho respondió con una leve inclinación de los labios—. Pero si no te duele demasiado la cabeza, ¿quizá prefieras vestirte primero? —La inquietud de David se había desvanecido y siguió charlando—. La señora Arnold pasó por aquí de camino a la reunión, es…especialmente para traer algo de ropa que te hiciera estar decente.

Miriam Winthrop debería estremecerse de mortificación ante la perspectiva de que su temerario e imprudente impulso se discutiera sobre las tazas de té. La idea alegró a Jonathan. Algún perverso sentido de venganza infantil le dio ganas de reír. Sus labios se crisparon. Hizo falta toda su voluntad para mantener la voz uniforme.

—Fue muy amable por parte de la señora Arnold, estoy seguro.

—La señora Arnold dijo que pediría a la reunión que apartara la vista de la im…impro… impropiedad de las acciones de mamá, ¡pero había más formas de matar una pulga que quemar la manta! Me alegro de que mamá te haya limpiado. Ahora no eres tan temible.

Jonathan se frotó distraídamente la oscura sombra de su barba.

—Una cuchilla y un poco de agua caliente y seré un hombre nuevo.

Con la cabeza ladeada, el chico le examinó durante un momento. Luego, como si hubiera tomado una decisión repentina y trascendental, David sonrió.

—Will Sutcliffe dice que si un hombre atiende primero a su yo exterior, luego puede pasar el resto del día atendiendo a sus necesidades interiores.

—¡David! Te he dicho que no te asocies con Will Sutcliffe y su lengua escandalosa. No es decoroso.

Jonathan levantó la cabeza.

Vestida de gris primoroso, con los cordones de su bonete cayendo desatados sobre sus hombros, Miriam conseguía parecer una auténtica desaliñada. Su rostro estaba sonrojado, gran parte de su cabello se había escapado de su confinado cofia y trozos de hierba seca se aferraban a su falda.

—En cuanto a usted, señor Colberth, no aceptaré que siga incapacitado cuando puede tumbarse en cama y cotillear. He pagado una buena suma de dinero por su contrato: siete años de trabajo justo. Después de los cuales será usted un hombre libre y podrá tumbarse en la indolencia si así lo desea. Hasta entonces espero un día de trabajo justo. ¡Levántese, señor!

El corazón de Jonathan latió con súbita violencia. La humillación era mortificante. Seguramente ella no iba a pedirle que exhibiera su desnudez. La observó, esperando.

Miriam abrió la boca como si fuera a decir algo más, luego la volvió a cerrar, su expresión repentinamente recelosa. Jonathan tiró de la sábana. Giró las piernas hacia el suelo y se sentó en el borde del sofá, con la sábana drapeada sobre los muslos.

—No estoy en condiciones de... —Levantó un poco las cejas, como preguntando si ella deseaba que continuara.

Miriam le puso en su sitio. Su tono habría hecho justicia a un sargento.

—No espero que se ponga de pie en su estado actual, señor Colberth. Le daré diez minutos. Cuando esté decente, estaré en la cocina.

David se acercó a la puerta.

—¡Mamá dice que es una gallina sabia la que corre a esconderse al primer trueno!

Jonathan cerró un párpado en un guiño.

—Tu madre es una mujer muy sabia.

La cocina estaba caliente y llena de olor a pan recién horneado. Jonathan se paró en la puerta y escudriñó el lugar lentamente.

Era una habitación larga, con una chimenea y un horno de pan cerrado al fondo. Una ordenada pirámide de leña cortada llenaba una esquina, y una mesa redonda de pino y sillas con respaldo de listones se acurrucaban en otra. Había estanterías a lo largo de una pared y un aparador escalonado enfrente. Dos ventanas altas permitían que se filtrara la luz.

Los utensilios de cocina colgaban sobre el hogar; una manta de lana cubría una de las sillas. Una cesta de remiendos reposaba en un estante junto a un cuenco de patatas y un manojo de puerros. Tarros de mantequilla de manzana, pepinillos y jalea de ciruela abarrotaban los estantes.

Limpia como una patena y reluciente, la cocina estaba cuidada con cariño. El desorden hogareño resultaba de algún modo reconfortante. Le decía a Jonathan muchas cosas sobre Miriam Winthrop.

El objeto de sus pensamientos estaba de pie junto a la chimenea preparando té.

Daba vueltas al agua caliente en la tetera, la vaciaba en las cenizas del hogar y cogía una tetera de cerámica marrón de la repisa de la chimenea. Caminó lentamente a lo largo de la cocina y se detuvo detrás de ella.

—¡Pan fresco!

Un sonido ahogado salió de sus labios mientras giraba para mirar al sirviente. Él olfateó el aire con tan evidente deleite que Miriam sintió que gran parte de su mal humor se desvanecía. Estaba demasiado cerca, tan cerca que ella podía ver las motas más oscuras en sus ojos dorados. Cuando él la miró, esos ojos parecieron abarcar de un vistazo todo de ella, desde su pelo recogido con prisa hasta los robustos zapatos de sus pies.

Sabía que su color aún era alto, pero su cofia estaba bien sujeta, y el pañuelo de muselina que ahora cruzaba su pecho cubría recatadamente el escote cuadrado de su vestido.

Llevaba una camisa de lino, ceñida sobre los hombros, la parte delantera abierta para revelar el vello crujiente y oscuro del pecho. Los puños con volantes terminaban unos centímetros por encima de sus muñecas vendadas. Los calzones hasta la rodilla de Hiram no le quedaban mejor. Los cierres permanecían desabrochados debido a la robustez de las piernas del sirviente.

Parecía, por la facilidad con que caminaba, que los zapatos abrochados eran de una talla cómoda. Sin embargo, había renunciado a las medias de lana. ¿Quizás el punto no se estiraría sobre los gruesos vendajes de los tobillos?

Se inclinó hacia delante, su mirada en los labios entreabiertos de ella, a una distancia de beso. Una sonrisa burlona jugueteó sobre su boca.

—¿Qué tendría que hacer para conseguir un trozo?

—Esto no es un juego. —Ella alargó la mano para apartarle, luego la apartó. No quería tocarle.

Él la miró gravemente durante un momento, luego hizo una reverencia baja, pero su voz temblaba con una risa oculta.

—No creí que una dama puritana pensara, y mucho menos que hablara de esas cosas.

El calor de su cercanía le estaba haciendo flaquear las rodillas, y Miriam se preguntó si él podría sentir su temblor. Tragó saliva y elevó una plegaria silenciosa pidiendo ayuda.

—¿Tiene que hacer una broma de todo? —Ella torció bruscamente la cabeza, pero no antes de ver cómo sus labios se entreabrían en una sonrisa, que por un instante mostró un destello de dientes blancos.

—Ayuda cuando las cosas no van según lo planeado. ¿Siempre es tan arpía o es que aún no ha roto el ayuno?

Su temperamento se estaba enfriando pero aún ardía. Miriam abrió la boca para soltar otro reproche, pero la puerta de la cocina se abrió de golpe. Daniel e David entraron, trayendo consigo una ráfaga de aire fresco y dulce. Ella se volvió hacia ellos aliviada.

—Os he hervido a cada uno un buen huevo fresco para el desayuno, muchachos, así que no tardéis en lavaros las manos. Tome asiento, señor Colberth.

Sin mediar palabra, Jonathan vino y se sentó, y ella le sirvió el té. Una loncha de jamón cocido, una palmadita de mantequilla, un poco de miel de panal, una cucharada de chutney de ciruelas y un trozo de queso cheddar eran tentaciones separadas y distintas junto a su huevo. Como si se tratara de un desayuno familiar normal, ¡y él fuera el cabeza de familia!

El pensamiento era inquietante.

Miriam cortó gruesas rebanadas del crujiente pan y las puso en un plato junto a dos tazas de leche para los niños. Sus delgados dedos temblaron al dejar la jarra sobre la mesa. Echó un vistazo a Jonathan y se encontró con que la miraba fijamente. El calor de sus ojos era una sensación palpable y un pequeño escalofrío expectante recorrió sus terminaciones nerviosas.

Rápidamente inclinó la cabeza en señal de oración.

Durante la bendición, David intercambió una mirada con su gemelo. Ambas cabezas brillantes estaban inclinadas, pero para un observador astuto el ligero temblor de las pestañas de los chicos delataba su intención.

—Agradezco las molestias que se ha tomado. —Ocupado en untarle mantequilla a su pan, Jonathan se dirigió brevemente a Miriam.

Sosteniendo su taza de té entre las manos, sopló sobre el té caliente.

Mirándole por encima del borde de la taza, sus ojos se arrugaron un poco contra el vapor.

—Lo hice tanto por mí como por usted. Un sirviente lisiado sería inútil.

Jonathan cogió su propia taza. Olisqueó el contenido antes de sorber experimentalmente.

—¿No le preocupa que yo pueda ser inseguro, incluso peligroso? Tal vez mi propósito sea tan astuto y avaro como el de cualquier otro hombre que busca tierras y fortuna —dijo sedosamente.

Miriam sintió un impulso infantil de arremeter contra aquel hombre, contra el mundo. Hasta ayer por la mañana se había sentido, si no completa emocionalmente, al menos optimista de que por fin podría hacer frente a lo que el Señor requiriera de ella. El pasado y sus heridas habían quedado atrás. Green Valley era suyo. Confiaba en poder garantizar a sus hijos un futuro seguro.

Y ahora este demonio sonriente, al que ella misma había introducido irreflexivamente en su propia vida, había venido a atormentarla. A despertar emociones y sentimientos reprimidos, emociones y sentimientos no deseados a revolverse incómodamente en su interior.

Irritada por sus reacciones, Miriam cortó salvajemente otra rebanada del pan. Forzó una sonrisa tensa.

—Como dice el proverbio, me atrapan las palabras de mi propia boca. No estoy segura de haber considerado el asunto a fondo, ¡pero entonces no tuve elección!

Vació su taza, haciendo una breve mueca. La taza vacía se dio la vuelta. Ella le ofreció más pan, pero él negó con la cabeza.

—Gracias, pero no. Ya me he entretenido demasiado. Es hora de que me ocupe de las tareas. —Levantándose, empujó la silla hacia la mesa y se enderezó. Miró a Daniel por encima de su cabeza—. Pero ha sido la mejor taza de té que he tomado en años.

Un escalofrío de alarma recorrió la espina dorsal de Miriam. Recordó a David sirviendo el té, a Daniel jugueteando con las tazas durante un segundo. Volvió a sentir calor y frío al pensar en ello. Le sirvió una taza nueva.

Era como el diezmero había predicho. Sin la guía de un hombre los chicos se dirigían a la perdición. Se le encogió el estómago ante la idea de tener que confesar sus fechorías en la reunión.

—¿Te gustan los niños? —preguntó sin aliento.

Jonathan Colberth tragó el té antes de contestar. Parecía cauteloso, como si hubiera invadido territorio extranjero y estuviera a punto de enfrentarse a algún tipo de enemigo.

—Yo mismo solía ser uno, pero desde entonces no he tenido mucho que ver con ellos. —Ladeó la cabeza y sus ojos dorados se iluminaron con una risa interior—. ¿Por qué?

Miriam reprimió con firmeza el pequeño destello de irritación que la asaltó de inmediato. Hizo un leve movimiento, apenas perceptible, de una mano, apretando el cuchillo que sostenía.

—Usted no ha acusado a ninguno de los chicos de permitirse una travesura impropia, ni de sufrir un exceso de espíritu rebelde.

—Le concederé que el té y la sal no combinan bien, pero sólo era una broma. No había intención de envenenarme.

—Oh. —Ella también se puso en pie, avergonzada. Sentía que había hecho el ridículo, y una breve mirada al rostro de Jonathan Colberth le mostró que estaba muy divertido. Algo se le movió en la garganta y se oyó murmurar por lo bajo, como si le doliera—: ¿Los está defendiendo?

—¡Cielos, no! Simplemente estoy haciendo la vista gorda porque ésta es su primera ofensa, y es fácil decir que lo sientes cuando no lo sientes.

—La justicia es mía... —Se interrumpió, encontrándose con la firme mirada de Jonathan, y se sonrojó.

Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios a medida que pasaban los momentos y ella no continuaba. Los ojos brillantes como tigres que se encontraron con los suyos contenían un desafío, un reto. Ella levantó la barbilla y se alegró de que la ira sustituyera a sus sentimientos de culpa.

—¡Daniel! ¡David! Disculpaos con el señor Colberth. ¡No importa quién tuvo la culpa! ¿Me oís, chicos?

Daniel resopló con fuerza.

—Siento haber puesto sal en tu té... —David suspiró pesadamente—. ...Pero no debiste beberlo.

—Yo también lo siento. Lo siento más de lo que nunca sabrá. —Jonathan volvió a levantar los ojos hacia Miriam—. Necesito echar un vistazo. Comprobar el granero y los cobertizos. —Sonrió conspiradoramente a los chicos—. ¿Queréis enseñármelos?

Los gemelos conocían las señales de que su madre les iba a regañar. Se fueron con él.

Con la cabeza agachada sobre la camisa de un niño, los dedos manejando ágilmente una aguja e hilo, Miriam sustituyó una costura rota, sus pensamientos muy alejados de sus acciones. Los gemelos se habían ido a la cama sin protestar, su efervescencia natural un poco apagada por una vez.

La predilección de los chicos por meterse en las travesuras más dañinas y peligrosas la preocupaba. Sus cejas leonadas se fruncieron en un ceño mientras mordisqueaba un trozo de hilo con los dientes y volvía a enhebrar la aguja.

Recogiendo otra prenda, comenzó distraídamente a reparar una rotura de tres esquinas, su mente evocando imágenes de Samuel. Alto, su pelo rubio y sus ojos azules le hacían parecer más joven que sus años, había impresionado a su padre con su semblante serio y su devoción por las Escrituras.

Samuel había dado la espalda a la falsa y peligrosa iglesia inglesa y había seguido las claras palabras y verdades de la Biblia. Había sido tan perseguido y acosado por el clero y las autoridades de su ciudad natal que se había visto obligado a emigrar.

Tras siete años en Boston, se había unido al pequeño asentamiento puritano de Mystic. Rápidamente se había concertado un matrimonio entre la joven de dieciséis años

Miriam y este iluminado hombre de Dios. Diez años llevaban casados antes de la prematura muerte de Samuel.

Miriam aún podía sentir una terrible angustia cuando pensaba en Samuel, el bueno y bondadoso Samuel, yaciendo inmóvil y silencioso, con la cabeza en un ángulo incómodo, el pecho atravesado por un asta ensangrentada y emplumada. Ayer una oleada de ese dolor recordado la había invadido cuando se arrodilló junto a la figura inerte de su nuevo sirviente y se dio cuenta del alcance de sus heridas.

La aguja se movió lentamente mientras ella analizaba aquel torrente de sentimientos. ¿Miedo? ¿Culpa? ¿Preocupación?

No debería haber sido tan impulsiva como para comprar un sirviente. Nunca había conocido a un hombre capaz de suscitar en ella emociones tan contradictorias. Había querido estrangularle, sólo que el destino ya lo había hecho por ella.

El susto y la indignación iniciales habían sido rápidamente anegados por la preocupación.

Entre las dos, ella y los gemelos habían conseguido, con no poco esfuerzo, trasladar al hombre inconsciente del carromato al salón y a un diván. ¡No había sido un peso insignificante!

Y sí, había habido un elemento de conciencia física cuando ella le había atendido. Sensaciones cálidas la habían envuelto mientras le quitaba la camisa hecha jirones.

Las manos de Miriam se aquietaron con el recuerdo. La visión de aquel pecho áspero como el pelo, surcado de heridas recién cicatrizadas, había hecho que sus dedos hormigueasen con el impulso de sentir el calor y la textura de él. Sacudió la cabeza e hizo una mueca. Señor, ¡qué boba era, teniendo fantasías tan maravillosas y chocantes a su edad! ¡No era mejor que una niña tonta y enamoradiza!

—¿Dónde guarda...

Miriam se sacudió, dejando caer la camisa que había estado remendando. Su corazón empezó a retumbar enfermizamente en su pecho. El sirviente se quedó enmarcado en la puerta, los hombros cuadrados, los pies separados, quieto y tenso. En sus manos estaba el viejo y pesado rifle de cerrojo de rueda que siempre dejaba colgado en un gancho especial de latón sobre la repisa de la chimenea.

¿Por qué no había pensado en asegurar el arma?

—Lo siento. —Una expresión apenada cruzó su rostro. Apoyó el rifle contra la conejera y se agachó para recuperar la camisa—. No pretendía sobresaltarla.

Miriam se sonrojó. Con las manos temblorosas, se metió un mechón de pelo errante bajo la cofia.

—Sobresaltada es un eufemismo —consiguió decir.

Sintiéndose desmañada, metió la camisa en su cesta de costura. Fue mortificante notar que aún le temblaban los dedos cuando cerró la tapa y colocó la cesta sobre una mesita. Enderezándose, se volvió. Él se había movido. Ahora estaba de pie frente a ella, con los pies bien plantados.

—Me gustaría ser franco con usted. —Su voz era decidida, como si tuviera algo trascendental que impartir—. Creo que debería saber...

Se detuvo bruscamente, la miró, sus ojos dorados brillando con alguna emoción reprimida. Miriam sintió el calor de sus ojos como si fuera una sensación palpable, y un pequeño escalofrío expectante la recorrió. Toda su inquietud anterior regresó. Apretó las manos.

—¿Pretende asesinarnos? —Intentó utilizar un tono ligero. No funcionó. Su boca se tensó y sus ojos se entrecerraron en rendijas ensombrecidas.

—¡Diablos, no! He venido a decir que vigilaré fuera.

Miriam se sentó bruscamente hacia delante, mareada al pensar que Jonathan sospechaba que los pequots podrían estar merodeando por la granja. Su corazón dio un vuelco y luego se acomodó en un rápido redoble de tambor.

Levantó la barbilla desafiante.

—¿Tiene alguna razón? —Incluso para sus propios oídos, su voz sonaba aguda.

Sacudió rápidamente la cabeza.

—El mapache ha estado atado todo el día. Necesita algo de ejercicio.

Sin embargo, Miriam no se dejó engañar. Ella sabía que un hombre que huye de la justicia no piensa con claridad. Ahora tenía la oportunidad de escapar. Las probabilidades estaban a su favor. Apretó los dientes, sintiéndose repentinamente enfadada. No sólo sería cincuenta libras más pobre, sino que la voluntad de Isaac Saybrook prevalecería. Aterrorizada, se obligó a respirar lentamente.

—¿No tiene intención de intentar escapar?

Una curiosa quietud se apoderó de Jonathan. Permanecía de pie como hecho de piedra, con la frente blanquecina. Un rojo apagado teñía los huesos altos de sus mejillas, acentuando la fuerza y el barrido de su mandíbula.

—¿Se quedará? —Las palabras no pronunciadas— P or favor, no me hagas esto a mí...ni a ti —colgaban como diminutas motas de polvo en un rayo de sol.

Un silencio, pesado de significado, se extendió entre ellos. Miriam se quedó allí esperando, como si no quisiera irrumpir en sus pensamientos.

Jonathan la estudió largo rato antes de hablar. Luego, en un solo suspiro, susurró las palabras que ella quería oír y cerró la puerta a la libertad.

—Me quedaré.

Capítulo 4

Desde la cima de Green Valley en un día claro se podía ver todo el valle. Hoy era uno así. No había ni una pizca de humedad en el aire. Al llegar a la cresta del saliente rocoso, Miriam se hundió, respirando con dificultad, y se desabrochó el gorro.

La pista áspera y gastada por los pies era un atajo desde Whitewater, pero la colina era empinada y el sol, dos horas más allá del cenit, hervía ardiente en lo alto. La próxima vez que fuera a visitar a Martha Schofield tomaría el camino más largo y se llevaría el caballo.

Miriam se colgó la bolsa de cuero del hombro y se quitó la cofia. Sus gruesas trenzas rojas le caían hasta la cintura. Se las quitó de los hombros, dejando que la brisa le refrescara el cuello mientras pensaba en su visita a Whitewater.

Normalmente, Martha corría hacia delante para abrazarla y exclamar encantada. Hoy se había mostrado adusta y tensa. Nada, al parecer, le arrancaba una sonrisa.

Cotton Schofield había parecido complacido de ver a Miriam. Era un hombre de voz suave, casi inarticulado, con un espeso cabello castaño y la piel del color del cuero curtido. Esbozó una tímida sonrisa de bienvenida.

—¿Cómo está el bebé? —preguntó Miriam con fuerza. Martha no contestó.

Fue Cotton Schofield quien contestó.

—Oh, ahora está prosperando. Le hemos estado dando el cordial regular, como dijiste, y ahora casi no la reconocerías. Mira.

Aliviada, Miriam sonrió. Debía de ser el discurso más largo que había pronunciado nunca. Cotton la condujo hasta la cesta de mimbre y apartó el chal de la carita.

Miriam sintió que su corazón se agitaba al ver a la pequeña criatura.

—¡Oh, Martha! Es verdaderamente bonita. Incluso tiene color en las mejillas. Estás realmente bendecida por tener una niña.

—Quizás cuando tú e Isaac os caséis, seréis igual de afortunados.

—No tengo intención de casarme con Isaac Saybrook. —La cabeza de Miriam se alzó en su forma familiar y orgullosa—. No quiero casarme en absoluto. Ni lo necesito. Tengo Green Valley y a los niños.

—No es bueno para una mujer permanecer soltera. No es bueno en absoluto.

Miriam no estaba tan segura. Una mujer soltera podía tener sus propias propiedades, contraer deudas y dirigir su propio negocio. Pero una mujer casada, en lo que a la ley se refería, sólo existía en su marido. Él tenía el uso de todos sus bienes inmuebles y la posesión absoluta de todos sus bienes personales, incluso la ropa que llevaba puesta, y podía legárselos a otra persona en su testamento. Tenía derecho a golpearla por cualquier falta. Tenía poder absoluto sobre su mujer y sus hijos. El deber de una esposa era someterse a todo lo que el marido ordenara.

Era mucho mejor y más seguro permanecer soltera. Excepto para concebir una niña, por supuesto. Un nudo se le hizo en la garganta. ¿Por qué pensó de repente en el sirviente? Su corazón palpitó al pensarlo.

—Me casaré con el hombre que quiera... —Su mirada se dirigió a la cuna—. Y entonces tal vez tendré... —Puso sus dedos sobre la suave mejilla del bebé, el tacto tan ligero como el cardillo.

Los labios de Martha se torcieron. Vaciló, pero sólo un momento.

—No te hagas ilusiones, Miriam. Samuel se ha ido. Estás destinado a casarse de nuevo. Isaac Saybrook es de buen tamaño y fuerte como un buey, bien capaz de defenderte si hay un levantamiento indio.

—No soy altanera, Martha. Sólo sé lo que quiero y pienso conseguirlo. —Miriam se sorprendió al comprobar que su voz era firme—. Lo mismo que Jeremy. Quieres que te coja, ¿verdad, jovencito?

Agarrado a sus faldas estaba Jeremy, que apenas podía caminar erguido. Las pequeñas e inestables piernas del niño aún le traicionaban de vez en cuando, y estaba inquieto por la fiebre que a menudo acompañaba a un diente nuevo. Miriam lo alzó a su cadera. Lloró fuerte y ferozmente y se aferró a su cuello con ambos brazos.

Antes de que Martha pudiera replicar, Cotton intervino.

—No es asunto nuestro lo que hagas, Miriam. Sólo recuerda que tienes que ser práctica. ¿Quieres un refresco?

Miriam aceptó la oferta de un poco de leche fresca y pan de maíz. Se sentó en un taburete junto a la mesa, con Jeremy acurrucado en su regazo, y dio un sorbo a la taza de leche que Cotton le había dado.

Se habló del tiempo, de lo caluroso que estaba siendo el verano este año. No se mencionó al sirviente, ni se hizo ninguna referencia embarazosa a la subasta y a su extraordinaria conducta.

Asuntos más importantes concernían a los Schofield. Al parecer, varios sacos de maíz habían desaparecido de su granero. La pregunta no formulada flotaba pesadamente en el aire.

Cotton volvió a sorprender a Miriam lanzándose en un largo discurso.

—Es probable que te hayas cruzado con ningún indio. Son como zorros, esos pequots. Nadie los ve hasta que están listos para aparecer.

—Dios mío. —Miriam apretó las manos alrededor de Jeremy, su bebida olvidada a su lado—. Yo no vi ninguno. —Su voz había bajado bastante.

Cotton separó las manos. Su cabeza temblaba de lado a lado.

—No pretendía alarmarte, Miriam, sólo quería advertirte. No creo que haya ningún peligro, al menos no todavía. Bébete la leche y piensa en buscarte un buen hombre.

Un buen hombre. Jonathan Colberth. Las palabras se metieron a la fuerza en su cerebro. No podía entender lo que le estaba pasando. Parecía estar dividiéndose en dos personas. Una parte estaba allí sentada escuchando a Cotton y Martha; otra parte le estaba causando miedo y confusión al pensar inesperadamente en su sirviente.

Cotton se encogió de hombros lentamente y se excusó. Quería recoger el lino antes de que lloviera. Siempre parecía llover en la época de la siembra y la cosecha. Sólo para fastidiar a un hombre.

Los niños mayores, Zackary y Caleb, fueron con su padre para vigilar a las bestias salvajes y a los indios mientras él trabajaba. Miriam admiraba obedientemente la gallina de Martha, de manchas marrones y blancas, y los diminutos polluelos que asomaban la cabeza por entre las alas de su madre, con los pequeños picos brillantes como capullos de flores rosas. No había nada tan maravilloso como la nueva vida.

De repente, a Martha se le trabó la lengua. Cogiendo a Jeremy de Miriam, lo acomodó sobre

su cadera. El niño gimoteó, con la cara apretada en el hueco entre el cuello y el hombro de su madre.

Miriam miró atentamente a su amiga. Se sentía extrañamente turbada.

Martha tenía los ojos apagados y con círculos oscuros, y su pelo rubio estaba lacio y apagado.

No era propio de Martha ser retraída y reservada. Para averiguar la causa de la desdicha de su amiga, Miriam entabló una conversación trivial sobre diversos temas.

¿Cómo estaban los niños? ¿Tenían suficiente comida? ¿Había algo en lo que ella pudiera ayudarles?

Inesperadamente, el labio inferior de Martha empezó a temblar y los ojos se le llenaron de lágrimas. Miriam se preguntó si estaría enferma, pero entonces todo salió a la luz: Martha estaba embarazada de nuevo. Éste sería su quinto hijo en otros tantos años. Ya no podía seguir con sus pedidos del mercado.

Miriam pensó que se le rompería el corazón de compasión. Martha era tan laboriosa como su marido. Con su rueca, su telar y sus botes de tinte, producía ropa, mantas y colchas para su familia. El resto lo vendía o intercambiaba el día de mercado.

Cotton Schofield era un buen hombre. Había cortado un camino desde Whitewater hasta la King's Highway lo suficientemente ancho para que la compañía maderera pudiera traer sus carretas de bueyes y transportar la madera que talaba hasta el aserradero del pueblo. Quería ahorrarle a su esposa el esfuerzo de ayudarla a llegar a fin de mes con su costura.

¡Y su mujer había sollozado desconsoladamente por ello!

De camino a casa ahora después de su visita, Miriam se sentó muy quieta y contempló la escena de abajo.

Bajo ella el suelo caía en una suave pendiente hacia el río, un bucle del cual desaparecía de la vista detrás de la granja y reaparecía justo después del muro de piedra en la parte trasera del granero. Desde más allá del arroyo llegaba el sonido de los hachazos. Los golpes constantes llenaban el aire, impregnándolo de tal forma que parecía vibrar ante sus ojos.

No pudo evitar recordar lo que Cotton Schofield había dicho sobre los indios, aunque los uno o dos pequots que venían a Green Valley siempre parecían bastante pacíficos. Tenían el pelo y los ojos oscuros, y los pómulos altos y anchos como Jonathan Colberth, y como él, seguían su propio camino silencioso.

Pensar en los indios al mismo tiempo que en Jonathan Colberth la inquietaba. Pero pronto la calmó la espléndida vista desde su atalaya. Su sentido del tiempo se esfumó.

Sauces, abedules, píceas, abetos y robles se fundían en un mar de verde brumoso. Las chispas de una quema controlada de maleza en una pequeña zona despejada se elevaron. El humo ondeaba en el aire y brillaba contra el cielo estival, bailando y distorsionando su visión.

El rítmico zumbido era ahora más insistente. Balanceando los codos en el suelo, Miriam se echó hacia atrás y cerró los ojos brevemente.

El olor a humo, a hierba de verano y helechos dama, y el sonido de Jonathan Colberth despejando el bosque.

Como un niño que despierta, sus ojos se abrieron de golpe. Se estaba volviendo fantasiosa.

Volvió su mente a asuntos más prácticos, como la forma de mantener Green Valley sin tomar un marido.

Ya no era un sueño.

El silencio la invadió. Miriam se incorporó, un pequeño escalofrío de agitación recorrió su espina dorsal mientras trataba de imaginar la razón de tal silencio.

El cese del sonido fue sólo momentáneo; al instante siguiente se oyó un grito desgarrador. Lo había lanzado uno de sus hijos.

Miriam se puso en pie de un salto. En cuanto sus botas tocaron el suelo, ya estaba bajando la colina, corriendo tan rápido como le permitían sus piernas.



—¡Hemos visto una serpiente, señor Colberth!

—¡Una muy grande! —añadió Daniel, sin aliento.

Jonathan se había quitado la camisa y sus brazos desnudos estaban resbaladizos por el sudor. Acababa de clavar profundamente la ancha hoja del hacha en un roble albar, y sus manos descansaban ligeramente sobre el suave mango de nogal.

—¿Seguro que no fue producto de tu imaginación?

David clavó un dedo en el aire y sus ojos verdeazulados brillaron.

—¡Sí que la vi! Una víbora de rayas verdes, señor.

Jonathan se divirtió momentáneamente. Esta pareja nunca se daba por vencida, pensó.

—¿Y dónde está esta feroz serpiente?

—¡Se arrastró hasta el granero! —David se estremeció, sólo una vez, un gesto patético.

De todas las malditas nociones locas. Jonathan se encogió de hombros. Ahora sabía con absoluta certeza que los chicos tramaban más travesuras. Aún se sentía nauseabundo por el té salado que había bebido por pura bravuconería. Deseó que volvieran a la casa y le dejaran en paz, pero estaba inmerso en un concurso de voluntades, así que con calma arrancó el hacha.

—Bueno, las serpientes saldrán arrastrándose con el calor primaveral —dijo despreocupadamente.

—¡Mejor tener cuidado, niños! —Volvió a su labor.

De vez en cuando, mientras trabajaba, Jonathan echaba un vistazo a la granja y a las dependencias. No se sabía qué tramaban aquellos bribones. Había oído por casualidad a Miriam dando instrucciones a los chicos para que aprendieran algo de catecismo para mañana. Estaba seguro de que no estaban atendiendo a sus lecciones, pues estaban bastante callados.

Probablemente tramaban más travesuras.

Podía verlos en el ojo de su mente, las cabezas brillantes agachadas, los ojos verdeazulados brillando mientras urdían sus travesuras. De algún modo, la imagen se superpuso a la de otra.

Era el brillante cabello de Miriam lo que veía, misteriosamente libre de aquel casco almidonado que llevaba y fluyendo sobre sus hombros como cintas de seda roja. Aquellos ojos luminosos, del color del mar, que parecían atrapar y retener la luz, eran todo bruma de admiración, como si fuera una visita del cielo.

Jonathan sintió la tensión palpitando detrás de sus ojos. Sacudió la cabeza. No era momento para visiones románticas.

Volvió a inclinarse hacia su tarea. Su cuerpo brillaba de sudor mientras cortaba ramas del gran roble.

Pero no se negaba a pensar en Miriam Winthrop. Había ido a visitar a una vecina cuyo hijo estaba enfermo. Parecía que la pequeña puritana era algo así como una curandera.

Anoche ella le había pedido que cumpliera ese juramento tácito. Quedarse.

Que la protegiera. Mantenerla a ella y a sus hijos a salvo de cualquier daño. Había pedido

refugio y se lo habían dado. Ahora tenía que pagar el precio.

Jonathan pensó en ello. Parecía irónico y apropiado que ahora se sintiera en desventaja. La ignominia de su posición, una posición debida enteramente a su propia estupidez, le mordía profundamente. Estaba atrapado en su propia trampa.

Recordó vagamente alguna antigua teoría del santuario, según la cual un hombre que huía de la justicia podía correr tan hábilmente que al final entraba en el lugar de refugio del que no podía ser extraído.

¿O era que no quería ser liberado?

La ancha hoja del hacha se estrelló contra una rama inofensiva y se enterró en la madera. Jonathan arrancó el mango.

Golpeó de nuevo.

Y otra vez.

Una peculiar certeza se apoderó de él mientras agarraba el mango de nogal, contrarrestando la temblorosa fuerza del árbol. Mientras trabajaba, Jonathan absorbió el ritmo del hacha, su vínculo con ella la clave para sobrevivir en este desierto.

Había un vínculo, un lazo, entre Miriam Winthrop y él, y tal conexión nunca podría romperse...

Oyó un grito y torció un poco la cabeza, pero no pudo ver nada raro. Aquellos niños perniciosos nunca se daban por vencidos.

—¡Una serpiente! Señor Colberth, ¡una serpiente!

Daniel salió corriendo del granero justo cuando Jonathan blandía el hacha. Mordió profundamente. Intentó soltarla, pero el mango se soltó en su mano.

¡Maldición! Ahora le llevaría un cuarto de hora reparar el hacha. Todo era culpa de los molestos hijos de Miriam Winthrop.

Jonathan levantó la cabeza.

—¿Estás seguro?

—¡Le digo la verdad!

—¿Cómo puedo saber que dices la verdad? —Ni siquiera se molestó en sonar despectivo.

—Tiene que creerme, señor. Va a morder a David!

Hubo un silencio peculiar y tenso. Entonces, desde el granero, llegó un grito agudo.

Era David. El chico chilló como si alguien le hubiera clavado un cuchillo.

Jonathan reconoció el sonido del terror cuando lo oyó. Su pulso saltó.

De repente toda su sangre estaba viva, cantando peligro por sus venas. Saltó hacia delante.

Entre la puerta del granero y el primer establo había un fardo de heno. En el heno había enroscada una serpiente de color gris claro con rombos marrones a lo largo de su grueso y musculoso lomo.

¡Una serpiente de cascabel!

A Jonathan le hormigueó todo el cuerpo. Le temblaban las piernas, pero no de miedo. Flexionó los músculos de los muslos y se impulsó desde las puntas de los pies. El resorte le dio el impulso que necesitaba. Sus manos extendidas arañaron, se agarraron a uno de los puntales de madera del tejado. Se balanceó de viga en viga hasta que estuvo directamente encima del chico petrificado.

Volviendo a caer al suelo, agarró a David por los hombros, pivotó y lo empujó hacia un lugar seguro, buscando todo el tiempo algo con lo que matar a la cascabel. Se maldijo por tonto por no haber creído antes a los chicos.

—¡No te muevas! —ordenó. La orden fue una inflexión explosiva.

David abrió la boca y la cerró. Jonathan ya estaba en movimiento.

Bajo el desván, al final del granero, había una pila de postes de valla. Jonathan cogió uno, tomó la guadaña que colgaba de un gancho en la pared y se dirigió lentamente hacia el reptil, cerca de la puerta del granero.

Sólo estaba a unos pasos de la serpiente cuando ésta levantó la cabeza, con su sinuoso cuerpo ya en movimiento. Un sonido de traqueteo fue el único aviso que recibió Jonathan antes de que la serpiente saltara hacia delante, una forma alargada y borrosa. Con la guadaña Jonathan la encontró a medio camino, inmovilizando su cuello contra el umbral del granero mientras golpeaba su cabeza con el poste. Un escalofrío recorrió su brazo y sus dedos se entumecieron momentáneamente.

Ignoró el dolor. Golpeó de nuevo. Y otra vez. La serpiente siseó como una tetera hirviendo mientras intentaba escapar de los golpes mortales.

Hubo una sensación borrosa de que el tiempo cambiaba, de que un elemento estaba agudamente fuera de lugar. Un aullido feroz llenó los oídos de Jonathan hasta que resultó demasiado doloroso oírlo. Desesperado, gritó a sus hombres. Tuvo entonces la sensación de que la realidad se rompía en fragmentos diminutos, superponiéndose unos sobre otros hasta que se perdió la claridad y sólo quedó una impresión vertiginosa, como sombras que se arremolinan.

Un remolino de movimiento justo detrás de él anunciaba otro peligro. Respiró hondo, esforzándose por controlarse, y giró para salir al encuentro de la nueva amenaza.

Firme en la puerta, Miriam ahogó un grito ahogado. Con el corazón latiéndole con fuerza, se quedó allí de pie, con los labios de un blanco azulado y todos los miembros temblorosos. Se puso las manos sobre el corazón como si ese gesto pudiera detener el doloroso latido. Podía sentir la sangre que entraba y salía de su corazón, el retumbar de sus latidos.

El pelo de Jonathan estaba pegado a su frente por el sudor. Remolinos corrían por su cuello, sobre su pecho desnudo. La cruda emoción estaba claramente grabada en su rostro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, su voz un susurro plumoso.

—Podría haberme mordido, mamá —dijo David, y luego se lanzó contra ella, rodeando con ambos brazos su estrecha cintura, con la brillante cabeza apretada con fuerza contra su pecho. Los propios brazos de ella lo rodearon, abrazándolo con fuerza, como había hecho cuando era un bebé.

—Calla, pequeño. Ahora estás a salvo. —Su voz se quebró y le falló.

El sirviente arrojó la guadaña lejos de él, y la serpiente se deslizó hasta el suelo, aun temblando antes de morir. Había una peculiar tirantez en el rostro de Jonathan.

Le dio la vuelta a las manos, mirando fijamente los dorsos, los dedos apretados, los nudillos blancos, los vendajes blancos, como brazaletes en la muñeca. Juntó las manos.

Miriam jadeaba, por la emoción que la recorría tanto como por su carrera sin aliento desde lo alto de la cresta. Tantas preguntas se agolpaban en su mente. Deseó que Jonathan la mirara. Sabía que lo que no podía decir debía verse claramente en su rostro.

Pero no lo hizo.

—Estoy entrenado para matar y para permanecer vivo. —Dijo las palabras lenta y suavemente—. Hay momentos en los que el instinto se impone —puro y letal— porque no hay tiempo para pensar. Vacila y estás muerto.

Jonathan respiró hondo, lo dejó ir lentamente. Hizo una pausa y extendió las manos, luego continuó de forma impasible.

—Siento si la he molestado con mi violencia, señora, pero tenía una obligación que cumplir.

Una intuición repentina la inundó. Pensó que le repugnaba porque él había perdido el control de sí mismo y ella había sido testigo de su descenso al salvajismo sin sentido y a la sed de sangre.

En lugar de eso, sintió una necesidad casi abrumadora de arrojarse contra su cuerpo sudoroso y salpicado de sangre.

Miriam cerró los ojos y luego volvió a abrirlos. Tenía los labios secos y se los humedeció con la punta de la lengua. Guardó silencio un momento y luego soltó:

—Le agradezco su rapidez mental, señor.

—La serpiente estaba en el cubo que David estaba vaciando...

Daniel perdió la voz. Su carita pálida, en la que las pecas destacaban como manchas oscuras, parecía afligida y desdichada.

Miriam le puso una mano temblorosa en el hombro, lo acercó a ella, como había hecho con David. Tenía el pelo revuelto, cayendo en gruesos mechones sobre su pálido rostro, pero lo ignoró.

—Gracias por salvar...

La expresión preocupada abandonó el rostro de Jonathan.

—No tiene que molestarse en repetirlo, señora. Siempre cumplo mis promesas. Puede estar segura de que usted y su familia están a salvo mientras yo esté aquí.

Quiso decir algo más, pero no le salieron las palabras. A pesar del alivio de encontrar a los chicos ilesos, seguía desorientada. Todo había sucedido tan deprisa. Una figura amenazadora, un demonio, se había convertido en salvador y amigo entre un momento y otro. Necesitaba tiempo para ponerse al día.

Aunque yacía muerta frente a ella, la serpiente seguía inspirándole miedo. Su cuerpo reluciente y sinuoso era a la vez peligroso y hermoso. Había algo extrañamente fascinante en la criatura.

Por fin se oyó a sí misma decir:

—Gracias por salvar a mi hijo.

El sol había empezado a descender, pero aún flotaba en lo alto del cielo despejado, derramando su calor sobre el claro, cuando Miriam sacó de su cesta una jarra de limonada y unas galletas de especias y jengibre.

—Es hora de refrescarse. Debe de estar sediento después de tan duro trabajo. Tengo limonada recién hecha. ¿Le apetece? —Hablaba para llenar el vacío, sintiéndose tan tímida como una joven criada.

Jonathan tenía un tronco corto de roble colocado sobre un caballete de estacas cruzadas y lo estaba escuadrando con la hoja de su hacha. El hacha estaba tan afilada que cuando cogió la broca con las manos y la empujó contra la madera, se enroscaron unas virutas largas y uniformes como si estuviera utilizando un cúter.

La miró y sus ojos dorados parecieron abarcar de un vistazo todo de ella, desde su cofia recién planchada hasta los zapatos de sus pies.

—¿Limonada? —La pregunta fue suave, como si él entendiera lo que ella realmente quería

decir.

Mirarle a los ojos brillantes era ahora una tarea, y tras un vistazo, ella apartó la mirada. No podía encontrarse con esos ojos que todo lo sabían. No estaba preparada. Nunca había estado preparada para esto... esta invasión, esta presencia, este demonio a la caza de su yo interior.

—¿Quiere un poco? —preguntó ella, desconcertada por su silencio.

—Déjelo ahí. Tomaré un poco cuando termine. —Siguió clavando el filo de su hacha contra el roble, produciendo las virutas largas, rizadas y de agradable olor.

—Si hago eso, es probable que Betsy Ann vuelque la jarra y lo derrame todo —le dijo Miriam con bastante fruición—. Los mapaches son animales traviesos en el mejor de los casos, y hemos mimado y consentido a Betsy Ann. Ahora la traviesa criatura cree que puede hacer lo que quiera. Y no hacer lo que no le apetece —añadió con acritud, pensando en cómo la mapache mascota había mordido su ronzal esta mañana, blandió su cola rayada en señal de desafío y desapareció entre los arbustos.

Jonathan se enderezó y la miró fríamente. Las líneas cortaban profundamente un rostro tallado en tiza, los labios un tajo cincelado. Sólo de pie, daba la impresión de fuerza y energía controladas. Esto era desmentido por su rostro, que estaba dibujado y pálido, la cicatriz rasgada añadiendo una dimensión más a las líneas ya grabadas en sus rasgos. Levantó su hacha y probó el filo con el pulgar.

—A un mapache no le gusta que le aten, igual que a un hombre. —Dio la vuelta al bloque de roble y empezó a escuadrar el otro lado.

Miriam palideció ligeramente ante la implicación inherente a las palabras. Respiró hondo y se apretó el labio inferior entre los dientes.

—Lo siento. —Llenó un vaso de cuerno con el líquido frío—. No pretendía recordarle sus circunstancias.

Durante un largo momento la miró, un escrutinio escrutador que se centraba en su rostro y más especialmente en sus ojos. Miriam se negó a mirarlos, rechazó cualquier indicio de respuesta a la pregunta que había en ellos. Aún era consciente del hacha que llevaba en la mano izquierda; colgaba floja, con la hoja apoyada en la punta de la bota.

Sin mediar palabra, Jonathan cogió el vaso con la mano derecha y se tragó el contenido de un largo trago. Las mangas de su camisa de tejido casero, remangadas hasta el codo, revelaban tanto la potencia de sus antebrazos como el sensual brillo del cabello resplandeciente de transpiración.

Miriam respiró hondo. Este hombre no iba a hacerle daño. Tenía que dejar de mostrarse tan ansiosa a su alrededor. Volvió a colocar el vaso en la cesta. El silencio se hizo insoportable y tuvo que hablar.

—Está sangrando de nuevo. Déjame ver.

Jonathan enarcó sus cejas oscuras pero sostuvo la palma de su mano derecha hacia ella, y Miriam se mordió el repentino deseo salvaje de agachar la cabeza y apretar los labios contra ella.

—Se curará pronto. —Su voz carraspeó sobre su cabeza.

Se dio cuenta de que sus sentidos estaban llenos de aquel hombre. Su pelo oscuro, descuidadamente recogido en una cola. Su camisa con su húmedo aroma masculino. Su mano grande y capaz, apoyada en la de ella. El calor del breve contacto se disparó a través de ella.

Levantó el brazo derecho y sus dedos tocaron el contorno de su cicatriz, trazándola. Empezó vacilante, buscando palabras para excusar su inusual comportamiento.

—Es sólo que ayer...

—Ah, ayer. Me preguntaba cuándo llegaríamos a eso. —Dejó a un lado el hacha.

Ahora que su inquietud se había disipado, había otro tipo de tensión en aumento. No podía estar cerca de Jonathan sin sentirla. Por alguna razón, esta revelación le dio valor para continuar.

—Jonathan... —Era la primera vez que ella usaba su nombre, y sintió que le recorría un escalofrío. Su mirada bajó hasta la boca de ella. Ella sabía que él era tan consciente de ella como ella de él—. Me gustaría agradecerle de nuevo que salvara a mi hijo...

El impecable cielo azul se inclinó de repente sobre su eje, retorciéndose en un mar de verde, mientras Miriam daba vueltas como una peonza. Sintió la parte superior de sus brazos como si estuvieran en una prensa. Se estremeció mientras el dolor se disparaba desde los codos hasta los hombros.

—No hace falta que me lo agradezca de nuevo. Nunca dejaría de proteger a un niño que estuviera en peligro. —Los dientes de Jonathan casi chasquearon al escupir las palabras, sus ojos se entrecerraron hasta adquirir un brillo ambarino.

Miriam cerró los ojos y se inclinó hacia delante. El cálido pecho se agitó ante su vista.

—No pretendía ofenderle, solo…

El olor de él llenó sus sentidos, potente y fuerte, acercándose hasta rodearla, acercándola y pareciendo apretar su cuerpo al de él. Sintió que su mano le tocaba el hombro, una caricia, luego las yemas de sus dedos exploraban delicadamente su cuello, su mandíbula, su frente.

No podía permitir que aquello continuara. Se consumiría...

—Tengo que irme. —Su demanda salió arrastrada y renuente.

Él dio un paso atrás. Esbozó una sonrisa repentina, que pudo ser de diversión o de desprecio, y recogió el hacha.

—Gracias por la limonada, Miriam.

Ella no ofreció ninguna respuesta.

Capítulo 5

La cocina era sofocante. El calor salía de la chimenea abierta. Un gancho de hierro estaba colocado sobre las brasas como un brazo negro. Colgando de él, una tetera humeaba y una gran olla no dejaba de entrar en erupción como un volcán enfurecido.

Con movimientos rápidos y eficaces, Miriam preparó la cena. Saber que Jonathan estaba sentado cerca la ponía tan nerviosa como un conejo con un zorro tras su pista.

Se mantuvo deliberadamente de espaldas a él, pero ignorarle era una cosa, olvidar su presencia era otra. Se encontró escuchando los suaves sonidos que él emitía mientras jugueteaba con el viejo rifle de Samuel.

El episodio con la serpiente debía de haberla conmocionado más de lo que ella creía, de lo contrario, ¿por qué no se había inmutado cuando él había cogido el rifle con indiferencia y había empezado a desmontarlo? Apretó los labios. Todo iría bien siempre y cuando consiguiera mantener el control, hacerle saber que era ella quien definía los términos. Pero, ¿cómo se mantenía el control ante un hombre cuya mera presencia física la sumía en un estado de distracción?

Abrió la puerta del horno de ladrillos. En un único y fluido movimiento, se agachó para recuperar una bandeja de bollos que había hecho antes, y luego se volvió para colocar la bandeja sobre la mesa. Sólo que no había sitio en el tablero.

El antiguo rifle de cerrojo de rueda yacía hecho pedazos sobre ella. El cañón y la culata compartían espacio con la cabeza, las placas laterales y la tapa de la caja de parches, junto con un salero de peltre y un surtido de cubiertos.

¡Esto no iba a servir para nada! Exasperada, tiró la bandeja en el banco disponible más cercano. Dándose la vuelta, dirigió a Jonathan una mirada fulminante.

—¡No me puedo imaginar por qué tiene que desmontar esa arma, y mucho menos hacerlo encima de mi mantel limpio!

—Para hacerle compañía. Debe sentirte más segura ahora que de nuevo hay un hombre por la casa. —Jonathan hablaba distraídamente, pasando con cuidado un trapo engrasado por el cañón.

Miriam cerró de golpe la puerta del horno. Un hombre por la casa otra vez.

¿Más segura? ¿Con Jonathan Colberth allí sentado limpiando afanosamente una pistola de aspecto perverso y su corazón perdiendo un latido cada vez que él le hablaba?

—Deje de quejarse y siéntese, por el amor de Dios —le dijo él.

Vio con irritación que le hacía gestos para que se sentara, como si él, y no ella, fuera el amo. Y él había encendido la vela buena de cera de abeja que ella guardaba para la compañía, se dio cuenta ella, mirando fijamente los remolinos que proyectaba el candelabro y tratando de recomponerse.

—La ley dice que un sirviente no puede llevar armas ni alistarse en la milicia... —Miriam oyó su propia voz con consternación, pero no pudo evitar que la aprensión se apoderara de ella —. Y viendo que usted es... —Se sumió en el silencio.

Jonathan cerró un ojo y miró fijamente el cañón del arma.

—Sí. Eso es lo que dice la ley.

—¿Tiene intención de volver a violar la ley? —En cuanto pronunció las palabras, Miriam se reprendió a sí misma. ¿Por qué recordarle sus circunstancias? Una mujer en posesión de sus sentidos no encendía yesca seca.

Pasó el paño de pulir por la tapa de la caja de parches, intrincadamente tallada, de forma contemplativa. El extravagante diseño de cabeza de caballo en el latón dorado al fuego se repetía en el tallado de la culata. Allí terminaba en delicadas volutas. Encajó cuidadosamente la caja de parches en la culata.

—A veces, Miriam Winthrop, es muy difícil tomar la decisión correcta, pero tengo que hacer lo que creo que es mejor. —Frunció el ceño, sus ojos dorados se encontraron con los de ella con sombría honestidad—. Además, se me considera un buen tirador, y de buena gana habría desenfundado un gatillo este día sin tener en cuenta la ley.

Miriam cerró los ojos contra la pregunta en aquella mirada fulgurante y la respuesta potencialmente perturbadora. Quizá fuera un error juzgar al hombre. La vida era como una balanza que requería constantes ajustes para mantener un precario equilibrio.

—En cualquier caso, sería una negligencia criminal dejar que este rifle se oxidara —continuó —. Es magnífica. —La insinuación de reproche en su voz rompió el hechizo.

Miriam se dio por vencida. Si pretendía huir o asesinarlos en sus camas, ya lo habría hecho. En cualquier caso, ella no podría detenerle, ni siquiera sin el arma. Mejor dejar que se saliera con la suya en esto.

Volvió a abrir los ojos con un suspiro melancólico.

—Supongo que eso es cierto.

Colocó cuatro platos de porcelana en la esquina de la mesa con aire de gran indulgencia. Extrañamente irresoluta, se movió por la cocina, colocando una servilleta sobre los bollos que se enfriaban, sacando la tetera de su soporte y poniendo la tetera en el fogón para que se calentara.

Jonathan la miró fijamente, con un pequeño ceño fruncido que iba y venía entre sus cejas.

—Esa tetera pesa mucho.

Ella asintió distraídamente.

Volvió a fruncir el ceño y se removió en la silla.

—Deme un minuto y le ayudaré. Ya casi he terminado.

Miriam le dirigió una sonrisa rápida y complacida. De repente se sintió revuelta por dentro, sus pensamientos en una confusión que nunca antes había conocido. Una incontenible oleada de picardía se mezcló con su placer y sus ojos brillaron. Este hombre no iba a hacerle daño; lo sabía en sus huesos.

Mientras colocaba otro cuenco sobre la mesa, apartando a un lado el cañón de la pistola ofensiva para hacer sitio, meditó una idea. Su mano se movía de un lado a otro sobre el mantel de lino blanco, alisando arrugas inexistentes.

La retiró bruscamente cuando se encontró con una masculina de gran tamaño en una búsqueda aparentemente similar.

Esforzándose por dar una nota ligera, dijo:

—Entonces, ¿ya está de nuevo montada el arma?

—No del todo —contestó Jonathan con una adustez que ella no podía comprender. Se frotó la nuca con una mano y la miró con fijeza—. Parece que faltan un par de tornillos.

—¡Oh, vaya! —Por alguna razón quería burlarse de él, hacerle reír.

La constatación de este nuevo y distraído torrente de excitación la volvió temeraria.

Le dedicó una amplia sonrisa y se inclinó hacia él, rebuscando entre el recipiente de la sal y los cubiertos.

—¿Es esto lo que busca?

De alguna manera, no sabía muy bien cómo, su bufanda de muselina se enganchó en el largo cañón del arma de fuego. Se quedó mirando fijamente la malvada cosa que yacía allí en toda su belleza restaurada, tan cerca de ella que parecía desenfocada e indebidamente grande. Movió los hombros en un vano esfuerzo por liberarse. Era inútil forcejear. Estaba atrapada.

—¡Diablos! —El improperio de Jonathan salió disparado como una bala.

Durante un momento aparentemente interminable, Miriam se apartó de un tirón llevándose consigo el arma que, con un estrépito calló al suelo.

—¡Aah! —Dio un chillido de consternación cuando el arma rozó su pie y de u saltó, casi cayó sobre el regazo de Jonathan.

—¡Lo siento! —Su voz estalló en su oído. Estaba mucho más cerca de lo que ella había esperado. Ella se enderezó y le miró perpleja.

—Sólo estaba... —La voz de Miriam se truncó horrorizada al percibir el daño. El arma estaba en el suelo, con algunos tornillos reposando a su lado.

Le saltaba la sangre, le hormigueaba el cuero cabelludo. Incluso sus propias rodillas amenazaban con ceder. Miriam miró al hombre que la observaba en silencio y acalorada retrocedió otro par de pasos.

Cuando Jonathan habló, lo hizo con la misma brusquedad que había empleado antes.

—Sea lo que sea lo que estaba haciendo, mujer, deja de hacerlo.

La extraña nota en su voz asustó a Miriam. El silencio resultante la asustó aún más. De repente sintió como si respirara la tensión del propio aire. Una voz en lo más profundo de su ser le advirtió que no siguiera provocando.

—Yo... —Apenas pudo sacar las palabras, sentía la lengua tan rígida y pesada. Se aclaró la garganta y empezó de nuevo—. ¿Se inutilizará el rifle?

Hubo una larga pausa, luego Jonathan sacudió la cabeza. Se agachó para recoger el arma y las piezas desprendidas y con suavidad, sus dedos se deslizaron contra el metal cincelado de la culata del rifle.

—Un par de tornillos sueltos no afectarán al arma.

—Supongo… —abrió la mano para mostrarle los tornillos que antes había cogido— …que no los necesitará, entonces.

Él sonrió, mostrando unos dientes hermosos y parejos, y cogió los dos pequeños objetos metálicos de los dedos entumecidos de ella. Llevaba la mano apretada contra el corazón, una postura burlona y militar.

Me gusta esa sonrisa, decidió ella, aturdida. El ancho pecho bajo su mano subía y bajaba como el suyo propio. El poder masculino que había en él la atrajo como un imán. Ella le miró implorante, y tal vez él la comprendió.

Su mirada bajó hasta la boca de ella y se detuvo allí.

—No lo haga, Miriam Winthrop. —Su voz tenía un nuevo carraspeo.

—No me tiente, o podría no ser responsable de mis actos.

—¿Cómo puede decir eso, cuando yo no he...?

—No se quede ahí discutiendo —la interrumpió. Se apartó, dejándole espacio para retirarse —. Se hace tarde y hay muchas cosas por hacer.

—No tiene que decirme lo que debo o no hacer en mi propia casa, señor Colberth —replicó Miriam—. ¡Si no fuera por esa arma la cena estaría preparada en diez minutos, así que tenga cuidado con lo que dice, o podría rendirme a mis instintos y dar de comer toda la comida a los cerdos!

Se detuvo bruscamente, furiosa consigo misma por permitir que sus burlas se metieran bajo su piel. Sus ojos se apartaron de los de ella y ella siguió la trayectoria de su mirada hasta Daniel, de pie con los ojos muy abiertos en el umbral de la puerta. Jonathan le dirigió una mirada inquisitiva y luego sonrió a Daniel.

—Ya has oído lo que ha dicho la señora, jovencito. La cena estará enseguida preparada. Mientras nosotros recogemos todo esto. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta abierta de la cocina—. Usted siga con sus cosas.

Ya estaba otra vez dando órdenes. Miriam abrió la boca para discutir, pero su lengua parecía tener problemas para funcionar. En lugar de eso, con tanta dignidad como pudo reunir, obligó a sus inestables piernas a alejarse de la escena que había creado.

Una hora más tarde, Jonathan estaba sentado a la mesa de la cocina mientras Miriam mezclaba algún brebaje maloliente en un pequeño plato. Miró la mezcla con repugnancia.

—¿Puede algo que huele tan mal ser otra cosa que veneno?

—¿Quién sabe? —Habló con facilidad, a la ligera, como si no importara. Luego, con una carcajada, cedió—. No tema, señor Colberth. No es más que algunas hierbas curativas y especias mezcladas hasta formar una pasta. —Ella se inclinó hacia él, sin llegar a tocarlo—. Ahora incline la cabeza para que pueda aplicarla correctamente.

Jonathan hizo lo que ella le había ordenado, pero aun así le colocó un dedo de apoyo bajo la barbilla. Le untó suavemente el ungüento en la frente, alisándolo con pasadas rápidas y ligeras. La acción era increíblemente erótica.

Su corazón martilleaba fuera de ritmo. Una banda le oprimía el pecho, dificultándole la respiración. Había un hambre insaciable en su interior, un intenso impulso de estrecharla entre sus brazos, de besarla, de consumirla.

Estaba tan rígido como una piedra, y tan quieto, pero ninguna piedra había ardido nunca como él ardía. Se preguntó si las mujeres tendrían alguna vez imágenes eróticas repentinas como las tenían los hombres.

Sólo los dedos de ella le tocaron, pero sintió el resto de ella como si se hubiera acercado. Su aliento le abanicó la mejilla. Su aroma femenino le rodeaba. Su boca estaba cerca de la suya, tan cerca que sólo tendría que inclinarse un centímetro para reclamar su suavidad...

Respiró de nuevo. ¡Era una maravilla que entrara y saliera aire de sus pulmones! Aún se sentía sacudido por la reacción de su propio cuerpo al tacto de ella. Y entonces sintió que la mano de ella temblaba, y el sentido volvió a él. Se apartó.

Miriam agachó la cabeza y se afanó con un trozo de tela. Miraba a todas partes menos a él. Un largo silencio se extendió entre ellos antes de que Jonathan volviera a hablar.

—¿Quiere mirar esto? —dijo—. Duele más que el resto. —Extendiendo la mano, mostró a Miriam una zona descolorida en el pulgar. Ella cogió la mano con las dos suyas, su piel fría contra la suya, sus delgados dedos suavemente firmes. Sus pestañas cayeron, su barbilla se

inclinó y sus labios se apretaron.

—Hay algo incrustado en la carne. —Señaló la raya oscura de su pulgar, otra herida más en esta profusión de lesiones.

—Así es. —Lo levantó para examinarlo.

—Quizá una astilla de madera de una de las vigas del granero se le enganchó en el pulgar. —Buscó su cesta de costura—. Se ha clavado bastante.

—No es nada.

—¿Cómo puede decir eso? —Ella volvió a cogerle la mano, apretó la carne con fuerza. Él se estremeció—. Si no se quita la astilla, inflamará aún más su carne y envenenará su sangre. Aplicaré un poco de consuelda machacada sobre la herida. Eso aliviará el dolor y evitará la infección.

Que él recordara, nunca nadie había hecho nada para aliviar su dolor, no desde que era un niño. Sus motivos le desconcertaron.

—¿Usted cree? —Su voz era un poco ronca, pero por lo demás tan tranquila como siempre.

—Lo sé. —Ella asintió, muy segura de sí misma—. Siempre es mejor no correr riesgos con ningún cuerpo extraño.

—No, no haga eso —dijo, su voz apenas audible.

—¿Hacer qué? —Ella había soltado su mano para buscar en su cesta de costura una aguja adecuada—. Quiere que le extraiga la astilla, ¿verdad? Para hacerlo, debo operar.

—Oh, puede operar todo lo que quiera —se oyó susurrar—. No me molesta en absoluto su forma de operar. —Volvió a ofrecerle la mano. Algo se movió en su garganta, y se oyó murmurar por lo bajo, como si le doliera—: Siempre que sigas sosteniéndola.

Ella inhaló bruscamente.

—¿Ha pensado alguna vez, Jonathan Colberth, que tal vez necesite un guardián?

Jonathan se encogió de hombros, luchando por recuperar la compostura. Aquellas últimas palabras habían sido un error. Habían insinuado una debilidad en él. Una debilidad que debía negar.

—Me atrevo a decir que tiene razón, Miriam Winthrop.

Miriam dejó escapar su aliento contenido en un fuerte y triunfal silbido. Era su tercer intento, pero había conseguido que la barandilla de madera atravesara la parte trasera de la fianza de la vaca. ¡Ahora ese desgraciado animal no podría volver a escapar del corral de ordeño!

—¿Qué demonios cree que está haciendo, mujer?

Acababa de amanecer y la pálida luz del alba aún no había ahuyentado la penumbra del establo. Distorsionada en ángulos agudos, la sombra que se acercaba parecía temblar con una amenaza oculta.

—¿Qué aspecto cree que tiene?

Jonathan se acercó a ella e, instintivamente, Miriam dio un paso atrás, molesta por encontrarse atrapada en el estrecho corral de ordeño. Él se acercó más, pinchando las barandillas de madera con su bota.

—Una muchacha como usted no debería hacer un trabajo tan pesado.

—¡Una muchacha! —Ella resopló burlonamente—. Tengo una veintiséis años —añadió con

desdén.

—Eso no quita que este tipo de trabajo sea demasiado pesado para una mujer. —Hizo un gesto despectivo con la mano ante las reparaciones de aficionada que ella acababa de hacer en el corral de los animales—. De todos modos, parece que le vendría bien un poco de ayuda.

—Eso no se lo niego. Los chicos han ido en busca de Betsy Ann. No quiero que se repita el robo de huevos de ayer. ¿Podría seguirles la pista mientras preparo el desayuno?

Poniendo un paño de lino fresco sobre la mesa media hora después, Miriam empezó a preguntarse dónde estarían sus hijos. El amanecer parecía haber tenido lugar hacía una década. Se acercó a la puerta y se asomó, escuchando atentamente. No pudo oír ni ver nada inusual.

El cornejo caía desordenadamente contra una esquina de la casa, sus vainas plateadas temblando y susurrando con la brisa. El rododendro trepaba por el tejado de una dependencia en un resplandor púrpura.

Las cigarras gorjearon. El viejo gallo, habiendo perdido la noción del tiempo, seguía llamando a las guardias nocturnas. Nada fuera de lo común.

¿Dónde estaba el mapache? ¿David? ¿Daniel? ¿Jonathan Colberth? Golpeó la base del molde del pan y con destreza retiró la hogaza recién horneada y crujiente a una rejilla para enfriar.

Jonathan Colberth. Él la había saludado con una sonrisa dibujada en su firme boca. Su estúpido corazón se había disparado. Sólo verle le provocó un nudo en la garganta, un derretimiento en ella que no podía explicar.

Miriam acababa de dar un paso atrás para comprobar que todo estaba sobre la mesa listo para la comida cuando estalló el caos, en forma de Betsy Ann.

La mapache, intentando eludir a sus perseguidores, se había encontrado atrapada en el pequeño jardín trasero. El hombre y los niños le impedían escapar por la verja, así que instintivamente se dirigió hacia el único hueco que podía ver: la puerta abierta de la cocina.

Sus cortas patas delanteras no consiguieron afianzarse en el suelo liso, se deslizó y resbaló, deteniéndose bruscamente cuando su cuerpo golpeó a Miriam directamente detrás de las rodillas. El impulso del golpe arrastró a Miriam hacia delante, lanzándola abierta de piernas sobre la mesa, con la cara en el cuenco de gelatina de ciruela.

Los sonidos de la vajilla rompiéndose, los aullidos de mapache, los chillidos agudos de regocijo infantil, los gritos más profundos de hombre, todo se fundió con el chillido de indignación de Miriam. Se levantó cautelosamente, con una mano frotándose los bajos y la otra tocándose la cara pegajosa.

Jonathan no ocultó su sonrisa con la suficiente rapidez. Sin embargo, esquivó el salero que pasó volando junto a su oreja, y tuvo la suficiente presencia de ánimo para agarrar con firmeza a Betsy Ann por el cuello y la grupa mientras se agachaba.

David y Daniel se quedaron con los ojos muy abiertos en el umbral de la puerta, congelados de asombro ante el extraordinario y poco familiar comportamiento de su madre. Una risita rápidamente sofocada hizo que sus miradas se dirigieran hacia el hombre y la bestia.

Betsy Ann, sabiendo cuándo ceder con elegancia, así lo hizo. Se inclinó hacia delante con un chillido cariñoso, para lamer una mancha perdida de gelatina de ciruela de la ceja de Miriam.

Jonathan emitió un sonido ahogado, como si tratara de reprimir su alegría. David, sin embargo, no era tan reticente. Dio un respingo, aplaudió y gritó con regocijo:

—¿Has visto eso, mamá? ¿Has visto eso? Betsy Ann ha patinado por el suelo.

Miriam fulminó con la mirada al hombre, los niños y el mapache, y luego contempló el desorden de la mesa y el suelo de un solo vistazo. Viendo la gracia de todo aquello, finalmente se

unió a las risas.

—Adelante. Ríanse a costa de mi dignidad. Me hará bien. Ayer mismo, Martha Schofield me dijo que tuviera cuidado con alzarme demasiado. ¡Es una pena que ella no pueda verme ahora! Deja eso, Betsy Ann! —la regañó mientras el mapache mordisqueaba con delicadeza su mantel.

—Vamos, vieja. Creo que ya has hecho bastante daño por una mañana. —Con los hombros temblorosos, Jonathan guio al mapache hacia la puerta, donde se detuvo y miró hacia atrás—. ¿Qué hago con ella ahora? ¿Hacerte un abrigo de piel? —preguntó gravemente, con el brillo de sus ojos amarillos.

Miriam le miró durante un minuto entero, con el color subido, y luego se apartó de él con una extraña respiración entrecortada. Los latidos de su corazón se aceleraron; su respiración se hizo superficial.

—Oh, ¿por qué no se desvanece, señor Golberth? —murmuró en voz baja.

—Vamos, chicos. Creo que vuestra madre necesita unos minutos para sí misma, y yo necesito que alguien me enseñe las cuerdas. ¿Podéis enseñarme cómo...?

Miriam oyó que las voces se desvanecían, pero pasó otro minuto analizando su respuesta física y emocional ante aquel hombre. Conocía a Jonathan Colberth desde hacía apenas tres días.

Sin embargo, en ese corto tiempo él la había hecho reír. La había hecho perder los nervios. Y la había hecho consciente de que era una mujer, ¡con hambre biológica!

En resumen, no sólo había puesto patas arriba su correcta y mojigata existencia, sino que también la había cambiado, en pensamientos si no en corazón. Cuando él estaba cerca, parecía que algo feroz y alegre se hinchaba en su pecho. Gimió y huyó a su dormitorio.

Miriam arrojó la toalla de lino sobre el lavabo, se dirigió al armario y sacó un vestido fresco. Se vistió rápidamente y cruzó hasta el tocador de roble con el espejo encima para comprobar su aspecto. La mujer del espejo esbozó una sonrisa pesarosa.

Bajo unas cejas finamente arqueadas, los ojos verdes azulados y muy abiertos le devolvieron una mirada directa y franca. Había poco de misterio femenino o de fría elegancia en el rostro familiar, en la generosa curva de la cadera y el pecho o en los miembros firmes y robustos. Eran las profundas ondas del lujoso cabello rojizo lo que daba vigor y brillo a la imagen.

El estrecho camino que conducía a la vida mejor que Miriam había sido educada para buscar por encima de todas las cosas dictaba que no se debían llevar ropas coloridas. En consecuencia, su vestido era de un gris tenue, pero sus ambiciones de piedad se detenían ahí. El corpiño deshuesado era de corte sencillo, pero los volantes de las mangas cortas del vestido tenían un fino plisado.

El delantal y la cofia que eligió los había bordado ella misma, con hilo de seda, siguiendo un patrón que le habían dicho que había llevado la propia madre de su madre. Y tenía el secreto conocimiento de que, debajo de todo ello, había unas medias que había comprado a un mercader visitante, hechas de seda auténtica.

Miriam se preguntaba qué pensaría un sirviente como Jonathan Colberth de ella de pie, suspirando frente al espejo en su mejor ropa interior. Seguía riéndose de su propia tontería mientras barría el suelo, recogía la vajilla rota, retiraba el mantel manchado y restablecía el orden. Acababa de terminar de poner manteles nuevos sobre la mesa cuando Jonathan y los chicos regresaron.

Daniel le presentó cabizbajo una palangana medio llena de leche.

—No sabía lo más mínimo sobre ordeñar una vaca. Le enseñé, pero esto es todo lo que pudo conseguir —dijo disgustado.

—No hay necesidad de insistir, Daniel —le tranquilizó Jonathan—. Tengo respeto por esos conocimientos especiales. En Hampshire, donde crecí, me inclinaba más por aprender sobre cultivos y ganado de cría que sobre cómo ordeñar vacas, aunque todo buen pastor sabe ordeñar a la vaca que se queda quieta.

Miriam sintió un destello de irritación, ¿o eran celos mezquinos? Le dirigió una mirada escalofriante.

—¿Sabe algo de ganadería, entonces? —Las palabras sonaron rígidas y ásperas en sus oídos.

—Me crié en una granja. —Su mirada, al encontrarse con la de ella, tenía una sonrisa—. Lo único que realmente entendí fue que si una cosa no está rota, no la arregles. —Un guiño subrepticio a Miriam acompañó las palabras.

Fue recompensado con una suave regañina.

—Afortunadamente para usted, hay muchas cosas que necesitan arreglo por aquí.

—¿Crees que los animales pueden sentir cuando la gente les tiene miedo? —preguntó Daniel con entusiasmo, olvidando su mortificación en la excitación de esta noción.

—Creo que quizás deberías lavarte para desayunar. —A Miriam le costaba controlar ahora su reprimenda. Se estaba preparando para una pelea y lo sabía—. De lo contrario, ¡será la hora del almuerzo antes de que comamos y no se hará ningún trabajo este día!

—Me muero de hambre. Vamos, David. —Los chicos desaparecieron en dirección al lavadero.

—¡Es la primera vez que veo a niños de esa edad someterse voluntariamente a un lavado! —Jonathan sacudió la cabeza como asombrado—. Quizá debería patentar su estrategia, Miriam Winthrop.

Se obligó a preguntar con mucho cuidado:

—¿Qué quiere decir?

Jonathan se apoyó en la mesa, sosteniéndose con los antebrazos.

—¡Vaya, haz que a un hombre se le abra el apetito y se someterá a cualquier cosa!

El destello de humor la sorprendió tan de repente que no hubo tiempo para disimular. Se rio alegremente.

—Siéntese, Jonathan Colberth, y deje de sacudir el té sobre la mesa. ¿Le apetece una loncha de jamón?

Jonathan sintió una oleada de triunfo. Puede que sólo fuera una victoria menor, pero había defendido con éxito su posición y evitado un posible enfrentamiento.

El huerto de Green Valley estaba en su mejor momento, los manzanos tan cargados que muchas ramas estaban dobladas hacia abajo. Al caminar entre los árboles, Miriam a menudo tenía que agachar la cabeza. Nunca había visto que las manzanas fueran tan grandes. Estaban las grandes guilders doradas, las pippins rojas oxidadas y las brillantes winesaps carmesí muy apreciadas por las avispas.

La tierra que bordeaba el huerto se extendía bellamente, su espalda contra la repentina elevación de las colinas, su frente sobre el río. Los pastos se extendían a lo largo de la orilla del río, por encima de la línea de inundación.

Detrás de los pastos había campos llanos, ricos en tierras negras de fondo. Había un buen

suministro de heno, con junco azul en las partes húmedas y un césped que parecía hierba inglesa en los lugares más altos. Más allá, el páramo se extendía hacia el norte, milla tras milla, cresta tras cresta, hasta que las montañas se alzaban contra el cielo.

No era de extrañar que tanta gente codiciara aquel lugar. Era el paraíso. El sirviente había dicho que había crecido en una granja, en algún lugar de Hampshire. Deshonrado ahora, no podía regresar a su hogar. Tal vez —después de que hubiera cumplido su condena, por supuesto— le gustaría un trozo de este paraíso...

Durante mucho tiempo pensó en ello, paseando ociosamente entre los manzanos, pateando pequeñas piedras con la punta del zapato, con la cabeza agachada. El tamborileo de los cascos que se acercaban por el sendero interrumpió sus cavilaciones. Esperó junto a la puerta a que se acercara el jinete.

Isaac Saybrook se apeó de su castrado marrón y levantó su sombrero de fieltro de copa alta.

—Mis respetos, Miriam. He venido a resolver el asunto de tu matrimonio.

Miriam se humedeció los labios repentinamente resecos con la punta de la lengua.

—Me dijo repetidamente que si rezaba lo suficiente, el Señor proveería. Así lo ha hecho. Ahora tengo al sirviente para que cuide de la granja.

—Yo puedo cuidar de ti. —El diezmero ahuecó una mano sobre el codo de ella.

Ella se apartó.

—No, no puedes.

—No puedes sacrificar a los vivos por los muertos. Ya no tiene excusa.

La mortificación, el miedo y la ira violenta invadieron a Miriam.

—¿Una excusa? ¿Estás loco, Isaac? ¿Crees que mi marido no era más que una excusa para mantener temporalmente a raya tus avances? Veo que tendré que hablarte claro, Isaac. Es un hombre terco y arrogante.

—Estamos destinados a estar juntos…

Miriam dio un pisotón de exasperación.

—No, no lo estamos. ¡Y no lo estaremos, Isaac! Pienso en ti como una criatura asquerosamente grosera y exasperante, ¡y eres la última persona en la tierra con la que elegiría compartir mi vida!

—La ira te sienta bien, Miriam.

—No me interesan tus cumplidos.

Isaac se irguió hasta su plena estatura y habló pomposamente.

—No pretendía ser un cumplido. Afirmé un hecho, y eso fue todo. Piensa en mí oferta, Miriam. Tarde o temprano sucederá.

—Te equivocas. Tu red se ha tendido en vano ante esta ave. Ha escapado a tu trampa.

—No te creo. —Se secó la cara—. Debe ser el diablo quien te da tus impertinentes maneras, Miriam. No es natural ser tan descarada.

—Señor Saybrook, no tiene sentido seguir hablando. Ya le he dado mi respuesta. Y es un no.

Isaac avanzó, como si fuera a debatir más, luego vaciló, se volvió bruscamente y agarró la brida del caballo castrado.

—Ya veremos, Miriam. Ya veremos. Mañana será otro día.

Miriam exhaló un audible suspiro de alivio al verle montar el caballo y alejarse al galope. Como había dicho el diezmero, mañana sería otro día.

Capítulo 6

El río era una cinta plateada que serpenteaba por los húmedos prados. En lo alto, nubes hinchadas caían sobre las cimas de las montañas, sus sombras se precipitaban por las laderas de abetos y píceas, frenándose a medida que avanzaban por los pastos. Dos halcones crestados revoloteaban y caían en el aire azul, y había cuervos en la dehesa.

Un enjambre de mosquitos zumbaba alrededor de la cabeza de Jonathan mientras permanecía de pie a la orilla del río y miraba desapasionadamente las ocasionales rayas espumosas en el agua turbulenta. Llevaba cortando madera desde el desayuno y el cansancio le pesaba como un lastre, tirando de sus músculos, intentando arrastrarle a la tierra. Ahora Miriam quería que fuera a buscar a sus molestos hijos. Probablemente, los pequeños desalmados estaban escondidos en el bosque, esperando para darle una sorpresa.

Durante una tormenta, un árbol había caído sobre una sección estrecha, formando un puente natural. Se inclinó para cruzarlo, caminando suavemente, el sonido de sus pasos se perdía en el murmullo del agua inquieta. El movimiento del río le produjo una ligera sensación de mareo en el estómago. Le ocurría cada vez que estaba sobre el agua. Sólo pensarlo era suficiente para que Jonathan se sintiera incómodo.

De pequeño había sido arrojado al agua por su hermano mayor. Había sido una travesura inofensiva, pero Jonathan aún podía recordar con perfecta claridad la sensación de tragar agua, de hundirse en una depresión entre dos olas, de ahogarse en una oscuridad sin aire.

Beaver Creek. De repente tenía ceniza en la boca, un sabor del que nunca se libraría. Beaver Creek, su peor pesadilla hecha realidad. Beaver Creek. La verdad estaba oculta en algún rincón oscuro y lleno de telarañas de su mente.

¿Qué le había ocurrido en las orillas ennegrecidas de Beaver Creek? Buscó una respuesta en su interior, pero no encontró ninguna. Sólo sintió que se le enroscaban las tripas.

Ahora, al cruzar el arroyo, se armó de valor contra el aleteo inconstante de su estómago. Estaba a mitad de camino cuando el mapache salió gorjeando a su encuentro.

Todo irá bien, se dijo a sí mismo por encima del martilleo de su corazón. Tenga fe. Respiró hondo tres veces y se acercó el rifle en el pliegue del brazo. Acurrucándose, rascó al mapache alrededor de las orejas.

—¿Tú también escapas de un regaño, Betsy Ann?

Los chicos habían recitado con éxito su catecismo y se habían ido a buscar a la vaca lechera. Jonathan sabía que Miriam había estado trabajando furiosamente en la cocina desde la visita del diezmero, cocinando numerosas tandas de mantequilla de manzana sobre llamas rugientes. Con una suave sonrisa en el rostro, Jonathan se preguntó qué había disgustado tanto a la mujer como para sentirse impulsada a realizar el trabajo más caluroso e incómodo en el día más chisporroteante del verano.

Reflexionó un momento, pensando en sus instrucciones.

—Hagamos novillos y démonos un baño rápido. —Le habló al mapache, pero éste estaba

ocupado lavándose las manos en el arroyo y le ignoró.

A salvo al otro lado del río, se sintió mejor de inmediato. Dejó su rifle a mano y se sentó. Se puso la camisa empapada de sudor por encima de la cabeza y estaba a punto de quitarse las botas cuando oyó el crujido de los helechos.

Rodando rápidamente, se puso en pie, rifle en mano, la respiración ligera y rápida en su garganta. Había un indio de pie, vagamente definido entre las sombras.

Jonathan pudo ver el brillo de la luz en la cabeza afeitada y el mechón del cuero cabelludo del hombre. Otro ligero movimiento provocó otro crujido, esta vez de la capa de plumas que colgaba del hombro del hombre.

—¿Tewah? —murmuró Jonathan.

El indio dio un paso adelante, y Jonathan pudo identificar claramente las marcas escarlatas del rostro en forma de máscara y del pecho desnudo. Había una fiereza en la afilada mandíbula que encerraba una certeza de propósito. Entonces habló.

—Saludos a mi hermano, Zorro Fantasma.

Bajando el cañón del rifle, Jonathan levantó el brazo derecho y estrechó la mano extendida del indio. Sus palabras tropezaron con sus arremolinados pensamientos.

—¡Tewah! ¡No había pensado volver a verte!

—Bonete Azul ha avisado a Tewah de que Zorro Fantasma vive ahora en la cabaña de Búho Gris. Eso es bueno. Búho Gris hace una medicina fuerte. El invierno pasado, dio a luz sana y salva a la hija no nacida de la mujer de Bonete Azul, Cielo de Verano. —Tewah, el Ojo Único, habló en voz baja—. Después de la sangre y la matanza es bueno yacer con una mujer, la propia mujer, una esposa. Bonete Azul dice que Búho Gris dará a Zorro Fantasma muchas hijas.

Tal vez, sólo tal vez, este Bonete Azul era profético. La rueda del destino había hecho girar a Jonathan en la órbita de Miriam Winthrop. ¿Por qué no aceptar lo que ella le ofrecía —o le ofrecería en breve, si estaba captando bien los mensajes?

Jonathan dejó ir estos pensamientos y volvió a Tewah.

—La libertad es un sueño de tontos, Tewah. Las alas de esta valiente águila están cortadas. La ley dice que yo, Zorro Fantasma, debo seguir las huellas de mocasín de la mujer durante siete nieves.

—Un hombre lleva dentro su propio castigo. Sé que mi hermano es un hombre valiente, pero ¿qué hay de su corazón? ¿Qué rastro desea seguir?

La mente de Jonathan giraba con diez mil preguntas, pero respondió a la pregunta de Tewah.

—Tú me conoces bien. Soy un hombre de tradición. Si uno abandona su herencia, no tiene más que cenizas. Dejemos que el verdadero gran cazador, diga lo que ocurrirá.

—Toda tu vida espiritual, llevarás las marcas del fuego iroqués, Zorro Fantasma. Marcas ganadas al salvar a mi yo espiritual. —Tewah miró a Jonathan con intención. Sus ojos se encontraron. Se sostuvieron—. Pero nunca abandonarás la tradición. Cuando llegue la lucha entre el hombre blanco y el rojo, recordaré esto. Enviaré una flecha, pero no antes de que el cuchillo de mi hermano haga la herida mortal.

Jonathan adivinó que su propio rostro era tan de madera e inflexible como el de Tewah.

Sabía que ambos rebosaban de cosas que decirse. También sintió que, en aquel momento, no había nada más que decir, pero tenía que intentarlo.

—Debes aprender a aceptar el mundo tal y como es, no como desearías que fuera, Tewah. Hay demasiados colonos blancos. Una vez que los franceses y los ingleses resuelvan sus diferencias, unirán sus fuerzas y se volverán contra los alborotadores. —Hizo una pausa, sin

saber muy bien cómo decirlo—. Alza a tu gente y te encontrarás en el camino de los espíritus.

Tewah no admitió la verdad de lo que Jonathan había dicho. Miró al cielo. Respiró hondo, con decisión, y se volvió hacia Jonathan.

—Se forman cabezas de trueno. El agua pronto se derrama y borra mis huellas. —Lo dijo sin rencor ni dureza.

Jonathan miró a su alrededor.

—Es un sendero largo que no tiene bifurcación —advirtió—. Hasta que llegues a casa, mantén tu sombra pequeña.

Cuando miró hacia atrás, Tewah se había ido. Nada perturbaba la tranquilidad salvo el susurro de las hojas, el murmullo del río. Incluso el mapache había desaparecido. En lo alto, los halcones crestados seguían dando vueltas, ligeros como una pluma, sin mover las alas sino sólo dando vueltas y vueltas con el viento.

Jonathan estaba de pie en el borde del pantano. Todos los pájaros guardaban silencio en la quietud que precede a una tormenta. En algunos lugares, las ramitas y las ramas muertas se habían enganchado en los arbustos de zarzamora, ocultando los parches húmedos y esponjosos. Las ramas eran tan vejatorias y puntiagudas como las púas de puercoespín, lo que dificultaba el caminar. Tenía que vigilar sus pasos.

Mientras bordeaba el pantano, podía oír el susurro de los álamos temblones, el toc-toc ocasional de un parpadeo o el suave repiqueteo de las alas. Los robles formaban largas sombras azules a la luz oblicua del sol.

El corazón de Jonathan latía deprisa. El terreno le recordaba a Beaver Creek. Olía a barro, a miedo y a muerte. Cambió el rifle a la mano izquierda y flexionó los dedos.

Un destello escarlata le llamó la atención. Oyó el chapoteo del agua y, a través de los árboles, escuchó cencerros. Por un momento permaneció de pie como una estatua congelada, luego se sumergió en la húmeda maleza. Al momento siguiente yacía extendido en un parche de ortigas.

Había un rugido en su cabeza, humo, disparos, los recuerdos mellados como cristales rotos, pero indeleblemente grabados en su mente. En su mente se encontraba de repente de vuelta en la sangrienta batalla de Beaver Creek. Podía oír su propia voz, lejana y débil. Aunque gritaba, las palabras eran nebulosas, oscuras.

A su lado estaba el tamborilero, que le recordaba un poco a David. Le había prometido al chico que lo conseguirían, pero no había sido así. Por un instante, Jonathan pudo ver al muchacho con asombrosa claridad, la boca ancha que empezaba a temblar, pudo oír el grito lastimero, agudo y ahogado. Podía ver las manos arañando el aire vacío, el humo que se elevaba entre ellos...

Con rabia, Jonathan se puso en pie y arrancó un trozo de tela roja de la zarza. Estaba furioso, lo que le sorprendió, dejándole inquieto y ridículamente resentido.

Los gemelos Winthrop le habían engañado, escabulléndose y dejando un rastro falso.

¿Cómo se puede estar resentido con la verdad? se preguntó. Y, sin embargo, le dolía que un par de niños de nueve años le hubieran engañado tan fácilmente.

Se acuclilló sobre sus ancas, comprobando las pruebas, y luego sacudió la cabeza ante su astucia. Un conjunto de huellas de pezuña hendida, no extendidas hacia delante como las del

ganado, sino nítidas y puntiagudas, habían sido cuidadosamente forjadas. Jonathan miró de una huella a otra, viéndolas desviarse hacia un lado y perderse entre los musgos.

Para cuando llegó de vuelta a la granja, el sol estaba plano en el horizonte y él estaba demasiado fatigado para sentir gran cosa. Podía oír voces, aunque las palabras eran indistintas. Siguió los sonidos.

Con cuidado, llenó sus pulmones. La dependencia estaba húmeda y sin aire.

Dejó salir el aire lentamente, con delicadeza, mientras miraba a su alrededor.

Nubes de mosquitos se arremolinaban alrededor de las vacas. Miriam acababa de terminar el ordeño. David y Daniel estaban sentados en la barandilla superior de la fianza para vacas, el mapache en equilibrio entre ellos.

Aferrados a la parte inferior de su cola rayada y a la esponjosa parte trasera de sus patas había lo que parecían trozos de zarza y barro. Sujetado alrededor de su garganta había un estrecho collar de cuero. Atado al collar con un trozo de tela escarlata había un cencerro.

—¿Qué otra cosa haces además de jugar con mapaches? —Jonathan habló con acritud, porque estaba cansado y molesto.

Pillado in fraganti, David optó rápidamente por un enfoque descarado.

—¡Sólo era una broma! Uno no habría pensado que tendrías la piel tan fina. —Hizo una mueca mientras saltaba y empujaba a Betsy Ann hacia su hermano.

Cuando Daniel abrió la boca como para decir algo, Jonathan prácticamente gritó:

—¡Basta! No se puede ser demasiado cuidadoso cuando se trata del bosque. Alguien podría resultar herido. Estoy seguro de que debes entenderlo.

La autoridad de su tono dejó a ambos chicos sin habla. Con su mera presencia podía dominar una habitación, y ahora, con una furia imponente, reclamaba toda su atención.

—Por qué debería molestarme en explicar nada está más allá de mí. —Jonathan se paseaba con rabia controlada mientras los miraba fijamente. Le dolía la cabeza. Tenía muchas ganas de lavarse y hambre—. Pero como los cuatro vamos a trabajar en estrecha colaboración, preferiría no tener que estar mirando por encima del hombro para ver si uno de vosotros me va a partir la cabeza. Eso no lo toleraré.

Supo que era el enfoque equivocado en cuanto lo dijo. Miriam dio un grito furioso. Casi fuera de sí, dio un paso adelante y levantó el brazo amenazadoramente, como si fuera a golpearle en la cara. Pero él le agarró la muñeca con una mano y la sujetó con fuerza.

—Confío en que tenga el sentido común de no discutir sobre este asunto.

Ella se puso rígida contra él, apartándose, golpeándole con el otro puño, empujándole con todas sus fuerzas. Él la apartó de sí y la miró profundamente a los ojos, luego la soltó tan bruscamente que ella se tambaleó.

Por un momento el tiempo pareció colgar, como una roca tambaleándose en una pendiente, sin saber si rodar o asentarse, y entonces sintió que algo empujaba contra su pierna. Miró el rostro enmascarado del pequeño mapache. Movía la cola con grandilocuencia, ajeno al caos.

—Algunas personas no pueden resistirse a husmear en cosas a las que no tienen por qué acercarse —continuó—. Así se hacen daño. ¿Me entendéis?

Se hizo el silencio en el granero y el aire pareció espesarse, dificultando la respiración.

Oyó toda la frustración contenida en su voz y supo que algo más que la broma de los chicos le había llevado al límite. Había dicho que estaba entrenado para matar. Había reaccionado mal cuando David soltó el hacha. ¿Quizá cualquier ruido o movimiento repentino le había hecho estallar?

—Confío en que tengas el sentido común de dejar que eso sea el final del asunto. —La voz de Jonathan era áspera y tensa, como la roca al asentarse. El mapache le miró un momento, luego se levantó de sus ancas y salió acampando por la puerta. El hombre le siguió.

Miriam esperó hasta que, sin mirar atrás, salió del granero.

Aunque una parte de ella quería correr tras él, por el momento debía hablar con los chicos. En voz baja, murmuró un improperio común y muy poco femenino.



¡No!

Jonathan se despertó sobresaltado en la oscuridad y levantó la cabeza. ¿Había gritado en voz alta? Había estado soñando. Las imágenes de la pesadilla aún rondaban su mente. Tenía la cara cubierta de sudor y había empezado a temblar.

Había soñado que estaba atado a una estaca. Estaba desnudo.

Las muñecas y los tobillos estaban azules e hinchados por el cruel mordisco del cuero crudo húmedo. Su torso estaba lleno de fragmentos de concha de ostra.

La oscuridad le rodeaba. En su mente, un eco: No hay escapatoria.

Furia. Aún sentía el rojo calor de la misma mientras reunía fuerzas a su alrededor. En su sueño, la rabia era como un manto, protegiéndole, curando sus heridas, o al menos calmando su dolor.

Este lugar estaba lleno de sombras. Escuchó el zumbido de los grillos, la búsqueda de comida de los depredadores nocturnos. Oyó el viento agitando las cortinas, crujiendo las copas de los árboles.

La oscuridad era como el terciopelo, espesa, suave e impenetrable. Empezó a moverse, a arremolinarse, a cambiar, a unirse. Ahora tenía forma, aunque él no podía decir qué era esa forma, sólo que latía con vida y se acercaba a él.

La oscuridad estaba ya casi sobre él. Podía sentir su calor, su cálido aliento. Su espalda se arqueó; había tensión en cada músculo. Se estremeció, aun parcialmente atrapado en su sueño.

Sintió que su cuerpo se tensaba al oír el susurro de un movimiento. Sus reflejos condicionados le congelaron en cuclillas antes incluso de que hubiera identificado el sonido. Un instante después estaba aplastado contra la pared a la derecha del marco de la puerta, el cuchillo, que hasta hacía un momento había estado bajo su almohada, oculto en su mano.

Oscuridad y luz, un patrón comenzó a formar otra imagen en su mente.

Una imagen de...

—¿Miriam?

El cuchillo abandonó sus dedos repentinamente entumecidos, repiqueteando en el suelo. Jadeaba por la emoción que le recorría. No lo sabía, pero Miriam Winthrop había estado a un suspiro de que le cortaran su hermosa garganta.

Se giró para enfrentarse a él, con los ojos encendidos y el pelo alborotado. Estaba tan cerca que su aliento frío le agitó el vello de la frente. Apoyó la espalda contra la puerta como si estuviera preparada para mantener a raya el peligro con su propio cuerpo.

—¿Qué pasa? —Su voz era baja.

El resplandor titilante de la vela que tenía en la mano le quitaba todo el color a la cara y proyectaba una aureola ardiente sobre su pelo suelto. Las sombras bajo sus ojos, en los huecos de

la cara y la barbilla, le daban un aspecto etéreo.

Jonathan se volvió hacia ella, con el rostro cubierto de sombras.

Hubo un período de quietud antinatural, perturbado por el sonido de sus respiraciones. Ya era demasiado tarde para pensar en la retirada. Se sentía incómodo allí de pie, pero pensó que lo mejor era no mostrar ningún signo de debilidad en presencia de la pequeña puritana.

Extendió las manos en señal de disculpa.

—Perdona, Miriam. Parece que estaba teniendo una pesadilla.

Miriam se quedó quieta, sintiendo algo de la agitación que había en él. Había algo tan intensamente sexual en él, que resultaba aún más poderoso por la ausencia de ostentación.

Las tablas del suelo crujieron. Su cuerpo, plantado sólidamente frente a ella, impedía cualquier movimiento en dirección a la puerta. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos un momento, como si buscara las palabras adecuadas.

Luego sus párpados se levantaron y su mano se movió, atravesando la luz y luego la sombra negra mientras la extendía.

—Puede que sea tedioso, pero cuénteme otra vez lo que pasó después de que me desmayara aquel primer día.

Miriam miró fijamente su mano, percibiendo su potente fuerza. Sombras y luz jugaban sobre ella. Un profundo ceño frunció su frente. Consideró las cicatrices, parcialmente ocultas bajo el oscuro remolino de pelo cerca de su muñeca. Tenía una resistencia indomable.

En el silencio que rugía en sus oídos, él se acercó más.

—Tedioso quizá no sea la mejor palabra descriptiva —dijo.

Un pequeño sonido de dolor salió de su garganta. Él lo sabía. Puede que estuviera inconsciente, ¡pero su cuerpo lo recordaba!

Miriam parpadeó. De repente, la vela que había estado aferrando se posó sobre la mesa, proyectando su titilante luz amarilla por la habitación.

El mundo podría haberse incendiado en ese momento y ella nunca se habría dado cuenta. Lo único que sentía era a él. Apoyó la mano de ella sobre la palma de él y empezó a frotarle el pulgar arriba y abajo por los dedos, jugando con su alianza, deslizándola una y otra vez.

Un escalofrío de sensaciones la recorrió, enroscándose en un charco de calor en el núcleo de su ser. Miriam intentó tragar saliva por el nudo que se le había alojado de repente en la garganta.

La asustaba, ese tumulto de los sentidos que él podía crear con una simple caricia. Hacía años que no sentía algo así, si es que alguna vez lo había sentido. Por un momento impactante, se sorprendió a sí misma preguntándose si un hombre así podría hacer del acto matrimonial algo gozoso.

—¡Cuéntamelo, Miriam Winthrop!

No fue una petición gentil, ni una apelación cortés; emitió una orden contundente. Una orden contundente suavizada con una sonrisa, pero una orden al fin y al cabo.

—Estabas inconsciente. Te dejé descansar hasta que despertaste por voluntad propia. No sé cuántas veces quieres que te lo repita.

Ella sintió que su mirada afilada como un estoque cortaba el espacio entre ellos. Su voz era baja, feroz, perturbadora en su intensidad.

—¡Esa no es una respuesta, y lo sabe!

Su mano sobre la de ella le estaba provocando pequeños escalofríos de placer, el contraste entre su piel suave y su palma endurecida por el trabajo la hacía más consciente de su masculinidad, de su vitalidad. Sus entrañas se estremecían de excitación ante su contacto.

Deliberadamente, retiró la mano y cambió de tema, haciendo la pregunta que llevaba días deseando.

—¿Está casado, Jonathan Colberth?

Cada músculo del cuerpo de Miriam se tensó, repentina y dolorosamente. Se lamió los labios una vez en un gesto de nerviosismo antes de cerrar los ojos, reprendiéndose en silencio por haber elegido de nuevo las palabras equivocadas.

Jonathan emitió un breve ladrido de risa. Era un sonido amargo, completamente desprovisto de humor.

—¿Estaría atrapado en este purgatorio durante siete años si estuviera casado? —Su tono era rígido, como si forzara las palabras a través de los dientes apretados.

Los ojos de Miriam se abrieron de golpe.

Por alguna razón le produjo una sensación ligeramente incómoda darse cuenta de lo poco que sabía realmente de este hombre. Impulsivamente, se inclinó más hacia él y dejó que su mano se posara ligeramente en su brazo durante un momento.

—No lo sé.

Él sonrió crípticamente.

—¿Usted qué cree? —Su voz era rica en sentimiento, e inclinó su barbilla para poder encontrarse con sus ojos. El tono hizo cosas raras en Miriam, enviando escalofríos de calidez y placer persiguiendo sus terminaciones nerviosas, desterrando sus dudas momentáneas.

—Supongo que realmente no importa —dijo ella en un esfuerzo por romper la tensión, que bastante chisporroteaba entre ellos—. Sabe algo de agricultura y maquinaria, de cómo disciplinar a los niños pequeños sin pegarles. E incluso si pecó en tiempos pasados, está bendecido con una conciencia honorable que le ha ayudado a ver el error de sus caminos.

—Vaya, vaya, Miriam Winthrop. Ese es un testimonio de proporciones gigantescas. Pero se lo diré sin rodeos: no estoy atado a ninguna mujer. Si lo estuviera, no estaría jugando juegos de guerra en este país dejado de la mano de Dios. Estaría de vuelta en Hampshire criando hijos, montando a los caballos y atendiendo mi hacienda.

Miriam tragó con fuerza, buscando algo que decir. Parecía tener problemas para pensar. Su otra mano salió para apoyarse en la rodilla de él en un tentativo gesto de tranquilidad.

Se hizo un profundo silencio. Miriam apoyó la palma de la mano, acariciando con gesto tranquilizador el áspero algodón que moldeaba el poderoso muslo. Sintió los músculos anudarse y flexionarse bajo su mano y la respuesta espontánea de los músculos de su estómago al temblar en consonancia.

El agradable aroma masculino de él envió pequeños temblores a lo más profundo de ella. Sus suaves labios se separaron ligeramente y se mordió el interior del inferior, parpadeando con fiereza.

—Sé lo que debe sentir, dejando la tierra que amaba —dijo—. Casi me rompió el corazón el invierno pasado cuando Samuel anunció que había recibido un despertar y quería que abandonáramos Connecticut.

Aquí había peligro. Nunca había podido hablar de sus creencias más íntimas con nadie, ni siquiera en una reunión. Pero este hombre parecía capaz de sonsacarle sus pensamientos más íntimos. Ahora salían a borbotones.

—Fue pecaminosamente perverso por mi parte, pero me sentí aliviada cuando la decisión de vender Green Valley ya no era suya.

Había un temblor constante en el músculo bajo su mano, como si Jonathan intentara

desesperadamente no ceder a los sentimientos que le desgarraban. Y entonces ella percibió que su contención tenía más que ver con alguna vieja herida que nunca había cicatrizado.

Físicamente se estaba recuperando rápidamente, sus magulladuras amarilleaban y se desvanecían con rapidez.

Sin embargo, el efecto acumulado de sus heridas en músculos, tejidos y cerebro aún persistía. El tiempo era el único remedio para ello.

—No se lo he dicho antes, pero es posible que de vez en cuando tenga alguna pesadilla, dolor de cabeza o incluso un desmayo. Es bastante habitual con un tipo de lesión como la que usted ha sufrido tener estas reacciones. Son sólo temporales y con el tiempo cesarán.

Con el único deseo de tranquilizarle, deslizó las manos alrededor de su cintura, apoyando la cabeza contra su tensa estructura. Aparte de un reflejo involuntario a su tacto, el hombre a su lado no se movió durante lo que pareció una eternidad.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y le miró. Su boca estaba tan cerca de la suya, su pecho rozaba sus pechos.

La mata morena que cubría su musculoso cuerpo casi le saltaba a las manos, incitando a sus dedos a explorar la suave textura que se enroscaba bajo sus dedos. De nuevo sintió la sacudida de conmoción que había experimentado tres noches atrás cuando se fijó por primera vez en la miríada de cicatrices moradas, tan numerosas como las estrellas de la Vía Láctea, que cubrían su tronco y los músculos redondos y duros de sus hombros.

Luego, había lavado y secado cuidadosamente la parte superior de su cuerpo, queriendo llorar al ver con horror lo que una vez había sido una espalda lisa y limpia. Desde los hombros hasta el cinturón, toda su espalda estaba surcada por un temible dibujo de verdugones y cicatrices.

En algún momento, ya fuera en el curso del tormento indio o de la disciplina del ejército, había sido azotado sin piedad. Este testimonio de que el propio siervo había sufrido violencia y dolor, tal vez degradación, hizo que su orgullo y desafío se convirtieran en una parte mucho más arraigada y esencial de él.

Sintiéndose tan nerviosa y tan novia como una noche de antaño, se las había arreglado de algún modo para quitarle el resto de la ropa y lavarlo lentamente por completo. Las palmas de sus manos hormigueaban ahora, como lo habían hecho entonces, y su corazón parecía latir tan fuerte como un tambor indio.

Con un paño fresco y húmedo, había trazado suaves círculos sobre su carne, rozando los poderosos muslos espolvoreados de fino vello, las nalgas tersas y firmes, la suave mata de vello oscuro que brillaba en su pecho y estómago, extendida en húmedos remolinos sobre sus lomos, cobijando su inocente desnudez.

Una oleada de calor la recorrió ahora al recordarlo. Su rostro resplandeció con un fuego sordo al recordar cómo la forma flácida de él había respondido a sus tiernas ministraciones, su cuerpo flojo tensándose, su virilidad floreciendo de repente y palpitando con vida.

El corazón de Miriam retumbó en sus oídos mientras sentía el impulso de apretarse aún más. Cada vez le costaba más respirar mientras se preguntaba qué pasaría si se atrevía a inclinarse ligeramente hacia delante. ¡Oh, qué indecencia!

Como si sintiera la tensión en su cuerpo, Jonathan le dirigió otra de esas miradas doradas, con la respiración profunda e irregular. El silencio se prolongó, y ella siguió sin moverse. Él le dirigió una mirada, deslizando los ojos rápidamente hacia otro lado de nuevo, con el ceño fruncido como una nube de tormenta.

Tendría que ser sordo, mudo y ciego para no haber reconocido la pasión de su mirada. Ella no

podía controlar su respiración. Cerró los ojos.

Debía volver a hablar, hacerle responder, alejar esas imágenes malignas de su cabeza. Si ahora se rendía a sus bajos instintos, nunca se respetaría a sí misma. Hizo un movimiento para levantarse, pero él alargó la mano y la atrajo hacia sí.

—No —murmuró, enterrando la cara en su hombro. Deslizó los brazos por detrás de su espalda, rodeándola, estrechándola tanto que ella podía sentir el latido de su corazón—. No se vaya. Ahora no.

Fue su voz la que la conmovió, baja y masculina, pero como el roce de un suave pelaje. Era imposible resistirse a una compulsión así. Ella levantó la mano para acariciarle la nuca.

Él la sujetó con un agarre de hierro, como si temiera que ella se evaporara.

Pero no había crueldad en Jonathan Colberth. Si no lo había sabido antes, lo sabía ahora, cuando era imposible disimularlo. Pero había pasión. Dios, sí, ya era suficiente.

Con una mano le recorrió la dura cresta de la columna vertebral, todo el camino hasta el cuello, sobre el oleaje del hombro y bajando alrededor de la clavícula hasta el hueco de la garganta, sus dedos una caricia sobre su piel. El calor de sus manos abrasaba su carne a través de la tela.

Movió la cabeza y la besó allí, sus labios húmedos, su aliento una llama contra su garganta. Ella inclinó la cabeza hacia atrás para permitirle un mayor acceso. Una excitación animal fluyó a través de ella. No podía respirar por el placer cantarín, la extraña y apresurada excitación.

El calor se enroscó en su vientre. Quería tocarlo, tocarlo tan íntimamente como lo había hecho tres noches antes... ¡sólo que esta vez lo quería despierto!

La razón volvió a inundarla. ¡Estaba loca! Ya había ido demasiado lejos.

Temblando, se apartó de él. Sus labios se separaron. Respiró entrecortadamente. Su voz salió ronca.

—¡No! ¡Sería mejor que me fuera ahora! Mañana hay reunión —añadió.

Se echó hacia atrás. Lentamente, a regañadientes, renunció a agarrarla.

Algo brilló en sus ojos, luego sus labios se entreabrieron, un destello blanco de burla en las sombras oscilantes.

—Bueno —dijo, con una voz tan calmada que ella pudo darse cuenta de que cubría alguna emoción extrema—. Estoy cansado. Buenas noches y gracias, Miriam.

Corrió hasta la seguridad de su propia habitación como si el mismísimo Satanás le pisara los talones. Una vez allí, sonrió maliciosamente a la mujer desaliñada que se reflejaba en su espejo a la luz de la vela del canalón.

El camino del Señor era curioso.

Capítulo 7

Jonathan Colberth era probablemente el único hombre en Mystic que no consideraba el asentamiento como Londres. Lo que vio no era realmente una ciudad, sino un pueblo considerable con una buena cantidad de actividad bulliciosa en la ancha calle principal. Le impresionó, sin embargo, el número de bellos edificios públicos. Daban un aire de permanencia, de optimismo, pensó.

A lo largo de Broad Street, los terratenientes que habían llegado en coche desde sus granjas ataban sus caballos y charlaban en grupos. Los carros permanecían vacíos, con sus ejes al aire, y los sombreros negros se mecían a su alrededor.

En Elm Street la multitud era aún más densa, ya que la gente se abalanzaba para inspeccionar los lotes de ganado galés y Hereford. Las ovejas y los cerdos estaban acorralados detrás de vallas.

Jonathan había depositado a Miriam y a los niños en el puesto de refrescos de Thirza Arnold. Una parte sustancial de la mantequilla de manzana de Miriam había sido donada a esta noble causa, aparentemente porque había «sobre abastecido la despensa». Tenía la sospecha de que los Arnold eran tan pobres que no podían permitirse ni la sal para la sopa, y que el generoso regalo de Miriam era una forma sutil e inofensiva de ayudar.

Jonathan hizo girar al castrado gris hacia el centro del pueblo. Una taberna siempre era una buena fuente de información. En el Green Man, desmontó y se quedó parado un minuto, con los dedos trabados en la espesa crin del caballo.

Durante el viaje al pueblo, los gemelos habían estado muy divertidos, haciendo bromitas socarronas. Su madre se había sentado sumisa, ni siquiera dispuesta a regañar cuando Daniel, con pura y regocijada malicia, había suplicado con cara larga a Jonathan que recitara una oración especial para que no cayera en desgracia con los mayores.

Jonathan les había seguido la corriente con su pequeña diversión, participando en la algarabía, tropezando deliberadamente con las palabras desconocidas de la oración, con la esperanza de conseguir que Miriam volviera a sonreír. No había nada como la risa de un niño para sacarte de tus pensamientos morbosos.

Con la anticipación en los ojos, había apretado cuidadosamente las manos, acortando las riendas. Los chillidos de excitación de los niños cuando Daniel fue lanzado con fuerza contra David aún resonaban en sus oídos. Habían gritado de placer ante la emoción nada desagradable y que revolvía el estómago del peligro incipiente.

—¡Ha sido genial!

—¡Hágalo otra vez, señor Colberth!

Para su alivio, Miriam volvió a la vida. La brisa había soltado pequeños mechones de pelo en el borde de su cofia. Algo de color manchaba ligeramente sus mejillas y sus ojos brillaban.

—¡David! ¡Daniel! Animarías al mismísimo diablo a pecar. Señor Colberth, usted no está entrenándose para una carrera de caballos.

El carro avanzó a un ritmo cómodo.

Fuera de la taberna dos hombres barbudos bebían sidra y gemían sobre «esos malditos granujas del parlamento». Mientras Jonathan se preparaba para atar al caballo castrado, se les unió un hombre jorobado y de rostro morado. Era Isaac Saybrook.

El hombre parecía enormemente satisfecho de sí mismo. Jonathan esperaba que no tuviera nada que ver con Miriam Winthrop. ¿Había sido tan tonta como para confesar su imprudencia? Pensó en ello y su mandíbula se tensó. Seguro que una mujer sensata podía juzgar la diferencia entre un brote de lujuria impulsivo e impremeditado y una seducción deliberadamente planeada.

Cuidadosamente, con gran concentración, enhebró las riendas a través de la argolla de hierro del poste de enganche. Se advirtió a sí mismo que no debía dar demasiada importancia al inusual comportamiento de Miriam la noche anterior. Nada había cambiado realmente. El pasado no podía alterarse. Todo lo que había ocurrido desde Beaver Creek seguía bloqueado en el tiempo.

Consciente de un sentimiento extrañamente nostálgico, se dio la vuelta y acarició al castrado en el cuello. Antes de que pudiera identificar adecuadamente la extraña sensación, oyó a uno de los hombres decir:

—¿Qué pasa, Will?

Hubo una respuesta sombría.

—El viejo problema, Ned. Los pequots.

—Santo cielo —dijo el de barba gris, claramente alarmado. La sidra salpicó sobre su chaleco. Lo limpió con un paño ineficaz—. Pensé que habían sido aplastados hace años y que ya no se les consideraba hostiles.

—Oh, son bastante amistosos en apariencia, pero ahora que Tewah ha unido sus fuerzas con los Séneca, su reputación va en aumento. Es un líder de guerra devastadoramente inteligente y utiliza horribles ceremonias de iniciación para conseguir reclutas.

Jonathan empezó a concentrarse en los pertrechos del caballo castrado, comprobando el bocado, la brida, las correas. Mientras tanto, observaba subrepticiamente el pequeño círculo de rostros masculinos sombríos.

Isaac Saybrook sacó una moneda del bolsillo de su chaleco y pidió un ron con mantequilla caliente. El diezmero se encogió de hombros y bajó la mirada por su larga nariz.

—Son salvajes, por supuesto. A pesar de nuestros esfuerzos por civilizarlos.

—No ofrece mucho consuelo, predicador. —El llamado Will suspiró y bebió un largo trago de sidra—. Son peores que salvajes. A veces pienso que estos pequots no son humanos. Si alguna vez ha experimentado uno de sus ataques, creería que son desalmados. Gritan como perros salvajes y se pintan el cuerpo.

—Cualquier levantamiento sería sólo algo temporal —anunció Isaac con fina altivez—. Nuestra milicia es fuerte. Aplastarán cualquier rebelión.

El caballo relinchó y Jonathan le acarició el hocico antes de ajustar, muy ligeramente, la posición de las riendas en el poste de enganche. Mantuvo los oídos atentos para captar las habladurías de los hombres.

—...Pero se está extendiendo —decía el gárrulo Will Sutcliffe—. Sobre todo con un fanático como Tewah cerca. Ha adaptado su educación cristiana y su entrenamiento militar a la causa pequot. Lleva una capa de plumas de pavo y hace que uno de sus hombres lleve su bandera particular a la batalla, para intimidar al enemigo. Tewah conoce todos los trucos. —Sin aliento, Will Sutcliffe se rascó la cabeza y bebió otro sorbo de sidra.

—¿Por qué el ejército no le sigue la pista y le arresta? —Isaac Saybrook casi escupió las

palabras.

Ned se pasó una mano por la barba.

—Los casacas rojas están demasiado ocupados luchando contra los franceses, y el viejo Tewah es un pájaro demasiado astuto para que la milicia lo atrape o lo mate.

Will continuó, ignorando la interrupción de Ned.

—Además, Predicador, aún no he oído hablar de un oficial al mando más estúpido en la Commonwealth que el general Braddock.

—Sí, y nunca se sabe dónde atacará Tewah —añadió Ned—. Lo malo es que ya no se puede confiar en los pequots locales. Desaparecen de la noche a la mañana o le roban a uno los caballos.

—Sigo pensando que sólo son una manada de salvajes aulladores. Aquí estamos perfectamente a salvo. —El galimatías de Isaac implicaba una desdeñosa indiferencia.

Ned escupió al suelo.

—¡Sí! No nos concierne.

La mandíbula de Jonathan se tensó en una línea sombría. Os preocuparán poderosamente si os encontráis atacados por las fuerzas combinadas de los seneca y los pequot, pensó.

Un movimiento a su izquierda le sacudió de su ensoñación y se volvió para ver un pelotón de soldados ingleses desfilando. Al frente de ellos iba un teniente alto y de piel clara, con la borla dorada de su sombrero tricornio inclinada en un ángulo alegre. Detrás de él, avanzando en formación militar, iban seis jóvenes alféreces. Sus chaquetas rojas entalladas hasta la rodilla estaban abrochadas a pesar del calor, los brillantes botones de latón marchaban en hileras pulcras hasta sus gargantas.

La línea que avanzaba se detuvo y el oficial se giró, mirando fijamente a través de la concurrida calle. Jonathan le devolvió la mirada, se enfrentó al desafío de frente. Una mirada se cruzó entre ellos, eso fue todo. Fue suficiente. Entonces ocurrió algo curioso. El líder saludó.

Charles Cornwall. Jonathan sacudió la cabeza para disipar la visión y puso los labios en una línea sombría. ¿Qué le pasaba a aquel tipo? ¿Acaso no sabía que aquellos jóvenes exaltados que se pavoneaban detrás de él debían tener un profundo respeto por su oficial al mando? ¿Que el estricto cumplimiento de todas las normas era esencial incluso en el desfile, para que en la batalla siguieran las órdenes sin rechistar? Un movimiento en falso y el maldito tonto perdería cualquier posibilidad de ascenso.

Un carromato pasó a trompicones. El hechizo se rompió y la columna continuó.

Sin embargo, no era la imaginación de Jonathan. El teniente había dejado de lado años de entrenamiento para reconocer a un miembro caído en desgracia. ¿Por qué, en nombre del Hades, Charles le había saludado a él, un hombre cuya infame conducta le había valido una baja deshonrosa del servicio?

Jonathan se mordió el labio, conteniendo el torrente de emociones indescifrables que amenazaban con anegarle. Siguió a lo suyo, pero su mente corría en círculos exasperantes mientras se esforzaba por encontrar una razón para el extraño comportamiento del hombre más joven. No importaba cuántas veces lo considerara, siempre se le escapaba una respuesta.

La plaza del pueblo apareció a la vista. Era media tarde y debía encontrar la casa de reuniones. Había caminado cierta distancia desde que había dejado al castrado gris en la herrería para que le volvieran a fundir una herradura.

Pasó junto a un hombre mayor, finamente vestido con abrigo de terciopelo y pantalones a la rodilla, su peluca empolvada rematada por un tricornio de terciopelo. El caballero asintió

levemente a Jonathan al pasar. Jonathan podría haber jurado que algo cálido y acogedor se movía en el fondo de la mirada del hombre, algo que podría haber sido aprobación.

La adrenalina corrió como el vino por sus venas al pensarlo. Aceleró el paso, caminando algo inseguro, algo mareado por la euforia del momento. Sonrió satisfecho.

Algunos aspectos de la vida en el asentamiento no estaban tan mal. Si las cosas seguían así, los próximos siete años podrían no ser tan desdichados, después de todo. Podía sentir la creciente rebelión en Miriam. Era sólo cuestión de tiempo que metiera a la pequeña puritana en su cama. Lo que tenía que hacer era alterar de algún modo el equilibrio de su relación. Sintió que sus entrañas se calentaban y se ponían pesadas por la expectación.

Aún no. Pero pronto.

Estaba fresco y tenue dentro de la casa de reuniones, con sólo una estrecha franja de luz solar calentando el aire y convirtiéndolo en polvo de oro. Había bonitos bancos de cajón y sencillos bancos de roble, y en el extremo este, una jarra de agua y un vaso estaban sobre la mesa de comunión, junto a una pila de libros encuadernados en cuero.

Los bancos eran incómodos, deliberadamente. Descanso y comodidad no eran sinónimos en el vocabulario de la iglesia, de modo que si bien estaba permitido descansar -es decir, limpiar la mente así como el espíritu- no estaba permitido sentir placer al hacerlo. Aparte de los domingos, los que tenían vocación se reunían en la casa de reuniones los jueves para la contemplación tranquila, la lectura o, si surgía la necesidad, un sermón. Hoy era día de mercado y Miriam sentía con urgencia la necesidad de una tranquila contemplación.

Se sentó en uno de los bancos, con los ojos entrecerrados en las páginas amarillentas que tenía sobre el regazo.

Mientras miraba fijamente las palabras, volvió a ver la cabeza triangular de la serpiente de cascabel. Pudo ver sus escamas brillando a la luz filtrada del sol; la obscena búsqueda de su lengua bífida, roja y brillante. Podía percibir una omnipresente sensación de amenaza. Sobre esta desagradable imagen se superponía el rostro alargado del diezmador, con su pesada papada y su gran nariz, roja y brillante...

Miriam dio un pequeño respingo, sentándose hacia delante en el banco.

Pero justo en ese instante algo cambió, pudo ver frente a ella como Jonathan entraba en la iglesia y se dirigía hacia ella. Miriam abrió la boca, la cerró, se encogió ligeramente de hombros. Sintió que su presencia la abrumaba. Se echó hacia atrás, se llevó las manos temblorosas a las sienes, se giró ligeramente para que el hombre no viera su rubor.

Decidida, cerró los ojos.

Al apartar la vista de él, su realidad adquirió una feroz claridad. De repente, todo encajó en su mente, piezas dispersas que habían tenido poco sentido por sí solas. Sólo cuando se conectaron surgió la imagen completa.

Ella había querido que él siguiera, que fuera más allá, que la condujera a ese hormigueante mundo interior donde la sensualidad lo era todo. Pero él no lo había hecho.

Ahora su corazón, dado alas, decía lo que pensaba. Amenazaba con estallar a través de su caja torácica.

Un pequeño sonido escapó de su boca temblorosa. Tantas preguntas se agolpaban en su

mente. No estaba segura de cómo se sentiría Jonathan al respecto. Sus entrañas dieron un pequeño y extraño apretón al pensarlo.

Jonathan debió sentir algo, porque se removió como si se sintiera bruscamente incómodo. Ella apretó los labios, mirándole de reojo.

Toda la angustia que había sufrido, todo el engaño que había practicado se aglutinaron en este único momento. Él había venido aquí. A ella. Al entrar descaradamente en la casa de reuniones la había obligado a enfrentarse a lo que, estaba llegando a la conclusión, era una situación desconcertante y completamente aterradora.

Oh, pensó. ¿Acaso me atrevo a creerlo?

Intentó controlarse, pero le fue imposible. Estaba temblando por la intensidad de las revelaciones que llegaban demasiado rápido para procesarlas. Su mente funcionaba a toda velocidad. La noción de recibir un despertar, uno que la ayudaría a realizar su sueño-alcanzar sus propios fines-la mareaba.

Durante un rato permaneció sentada, con las manos apretadas sobre la Biblia que tenía en el regazo. Luego, con una respiración profunda y temblorosa, se volvió hacia él. Él la miraba con calma.

—Señor Colberth... —Sus oscuras cejas se alzaron ligeramente ante la formal alocución—. Tengo una sugerencia que hacerle. Puede que tenga alguna idea de lo que es. Sugiero que usted y yo nos casemos.

—No. —Sus labios chasquearon como una trampa. La línea de su mandíbula estaba tensa y sus ojos dorados brillaban con fuego oculto—. No. No, es imposible.

Miriam encorvó los hombros. Se sentía como una de las gemelas llamadas al desorden. Pero tenía que continuar.

—Siento que piense así. Después de todo, es sólo sentido común. Una proposición práctica, basada en cuestiones de conveniencia mutua.

La observó atentamente. Su mirada se desvió, buscando refugio en otra parte. Ella oyó la respiración profunda y lenta que él tomó antes de volver a hablar.

—¿Una proposición práctica?

Unos toques de color brillante aparecieron de inmediato en sus altos pómulos. Ella sacó el labio inferior. Tuvo un momento de ira salvaje y rebelde ante su despreocupación.

—¿Por casualidad pensaba lo contrario? ¿Creía que me preocupaban consideraciones amorosas de niña? —En el momento en que las palabras salieron de su boca, quiso que volvieran. Hablar como si hubiera habido tal consideración era una locura. Una completa locura.

—No. —Hubo un cambio en su rostro, demasiado sutil para ser interpretado.

Cerró los ojos brevemente y volvió a abrirlos.

—No lo pensé.

Un largo silencio los envolvió. Miriam se sentó acariciándose la falda, preguntándose qué decir. La penumbra de la casa de reuniones confería a la escena una cualidad pesada y melancólica.

—No le quiero. Soy una viuda con dos hijos, ¡no una tonta y romántica chica de quince años! —Sus labios continuaron—. Es perfectamente sencillo. Una mujer soltera siempre está en gran desventaja en este mundo. Por eso quiero un marido.

—Me atrevo a decir que si sólo es eso, encontrará uno con bastante facilidad. —Había una dura expresión en su boca llena.

—¡Pero resulta que le deseo a usted! —Miriam luchó por recuperar el aliento. Tuvo un

impulso repentino de apretarse contra su camisa y llorar. En lugar de eso dijo, con lo que esperaba que fuera una persuasión decisiva—: Es el único hombre del mundo en el que confío. ¿Se da cuenta de ello?

Su rostro se quedó inmóvil, su expresión peculiar. Pero aunque la esperanza se encendió, se apagó en pocos segundos. No tenía creencias, ni convicciones fuertemente arraigadas. Ella debía apelar a sus instintos más bajos.

—Green Valley sería suyo. Usted sería su amo. Seguramente eso debe significar algo para usted.

El rostro de Jonathan perdió parte de su extraña tensión. Hizo un sonido bajo, como divertido a pesar suyo.

—Ahora soy el amo, en lo que respecta a lo que hacer. No podría importarme menos el nombre de quién figure en la escritura.

—¿Y dónde estaría si no fuera por mí? ¿Qué era, de hecho, cuando te compré? ¿Qué era entonces? ¡Respóndame a eso! —Al instante se reprendió a sí misma.

Su boca se torció y se llevó las manos a los ojos, como si le dolieran.

—Lo mismo que ahora… sólo un hombre. —Su voz era suave.

Miriam le observó insegura. Sintió que su resolución empezaba a desmoronarse.

Las lágrimas amenazaban. Le temblaba el labio.

En una voz apenas por encima de un susurro, consiguió preguntar:

—¿Y cree que el matrimonio cambiaría eso? A sus ojos, quiero decir, no a los míos. ¿Lo cree de verdad?

Hizo un sonido extraño y se dio la vuelta, mirando a través de las filas de bancos. Su pecho subía y bajaba. Por un momento Miriam pensó que no tenía intención de responder. Entonces sus anchos hombros se enderezaron y volvió a girarse. Sus ojos brillantes como los de un tigre se centraron en ella, y un dedo largo subió y le tocó el labio.

—¿Qué sabe de mí?

—Que sería mi marido —murmuró ella, incapaz de pensar en algo más persuasivo cuando él la miraba así. Levantó la cara, sintiendo una gota cálida deslizarse por su mejilla—. ¿Qué más debo saber?

Al oír esas palabras, su expresión se tensó de forma extraña. Se deslizó por el banco hacia ella, hasta que estuvo tan cerca que ella pudo sentir su calor. La miró fijamente a los ojos.

—Haré un trato con usted —dijo bruscamente.

Miriam dudó.

—¿Qué clase de trato?

—Mi libertad legal y un matrimonio de verdad hasta que decida abandonar este país olvidado de Dios. —Le puso la mano en la rodilla—. Tómelo o déjelo.

Una inmensa sensación de alivio la inundó. No sintió ninguna vacilación, no hizo ningún intento de discutir el asunto. Deseaba a este hombre de una forma que nunca antes había conocido.

—Acepto —dijo con repentina decisión.

Jonathan levantó las cejas. Una comisura de sus labios se curvó una fracción, pero sus ojos dorados se mantuvieron firmes. Ella no pudo hacer otra cosa que mirarle.

—Bajo mis condiciones, Miriam.

—Bajo tus condiciones, Jonathan.

Fue un claro shock para ella cuando él se inclinó hacia delante. Sus brazos la rodearon bruscamente en un apretón aplastante y la besó con fuerza, en la boca.

Miriam sintió que un curioso calor la invadía. Sus labios parecían beberse su alma. Frenéticamente, luchó por aferrarse a su sentido común.

—Jonathan... —Su nombre le fue arrancado en un jadeo sin aliento. Le resultaba tan difícil hablar. La emoción cruda era un puño en su garganta—. ¡Recuerda dónde estamos!

Liberada como había exigido, separada de él como había sabido que debía estar, Miriam se sintió repentinamente despojada. Se puso en pie, le tendió una mano, le inclinó la barbilla con el índice y le besó la punta de la nariz.

—Vamos a dar la noticia y a publicar las amonestaciones. Quiero estar casada antes de Michaelmas[2], así que no tenemos tiempo que perder.

La escena fuera de la casa de reuniones no era en absoluto lo que Miriam había previsto. El sol empezaba a caer tras la escarpa, y remolinos de nubes cobrizas se arrastraban por el borde. La gente permanecía de pie en grupos, sin discutir asuntos de religión. Se hablaba de los precios del lino, de cuánto grano se sembraría en primavera, los problemas con los indios. Y Miriam Winthrop.

Leah Saybrook entornó los ojos con enfado por su larga nariz y declaró que la viuda era «una mujer caída».

Otra mujer dijo:

—¡Qué vergüenza! —y se preguntó qué podría ver Isaac Saybrook en esa libertina.

Miriam se ruborizó. Jonathan la cogió del brazo mientras bajaban los escalones de piedra, sujetándola con fuerza, caminando más cerca de ella de lo necesario.

—Ahí viene Richard Somers. —Bajó la voz a un murmullo—. Es uno de los ancianos. No dejes que te altere, Jonathan. Se deleita en el papel de abogado del diablo.

—Tranquila, sabré como tratarle.

—Señor Somers. ¿Conoce usted al señor Colberth? —Ella rio ligeramente—. Sea el primero en felicitarnos, señor. El señor Colberth y yo tenemos intención de casarnos dentro de tres semanas.

—Ah. —La palabra salió como un graznido, como si alguien se hubiera sentado bruscamente sobre su pecho. El señor Somers miró desde su rostro sonriente y sonrojado al impasible de Jonathan. Su incredulidad no era halagadora.

—Bueno, yo... —hizo una pausa para aclararse la garganta— ...me alegro por usted, por supuesto, aunque me parece un poco precipitado, si puede entenderlo.

Miriam asintió, encontrándose con sus ojos, su sonrisa toda brillo y entusiasmo.

—Si le parece un poco precipitado, le ruego que recuerde que los ancianos me han estado presionando para que vuelva a casarme. —Sin dejar de sonreír, se volvió hacia Leah Saybrook, que revoloteaba detrás de Richard Somers—. Las amonestaciones se publicarán antes de la reunión del domingo.

Con un tranquilo susurro de faldas, Leah se acercó. Era la viva imagen de la indignación.

—¿Te he oído bien? ¿Tienes intención de casarte con el sirviente?

—Desde luego. —Miriam hizo un rápido gesto con la cabeza.

—Miriam, vas demasiado lejos. —Los finos labios de Leah Saybrook se apretaron con aparente disgusto—. El secreto es comprar esas alimañas baratas, trabajarlas hasta los huesos. Y cuando hayan pasado sus siete años, decirles adiós.

Miriam refunfuñó, gimiendo interiormente. Jonathan no dijo nada. Permaneció inmóvil, tenso, como un soldado en un desfile. Pero su respiración era áspera e irregular, y ella pensó que su rostro era tan duro como para haber sido cincelado en piedra.

Leah hizo una mueca.

—Es mejor que te emparejes con mi hermano, por tu propio bien. Necesitas una influencia que te asiente.

—¡Tonterías! —Miriam intentó quitarle importancia a la insinuación, forzando una sonrisa —. Halagas a tu hermano, Leah Saybrook, ¡te lo aseguro! Ni siquiera sabe zanjar una discusión.

El rostro de Leah estaba sombrío.

—Mujer malvada y caprichosa. El ministro es un dedicado hombre de Dios. Pronto te aplastará.

Miriam, queriendo poner fin a la provocación, espetó:

—He tenido un despertar. No puedes obligarme a casarme con Isaac. Mientras ande en el camino del Señor, no haré ningún mal.

Lea se apartó de ella, haciendo señas a su hermano. Isaac, de pie cerca de ella, se estaba poniendo morado, excepto por las manchas blancas sobre sus mejillas y en las comisuras de los labios. Habló por primera vez.

—Nunca has aprendido a hacerlo, Miriam Winthrop, a pesar de todas las enseñanzas que has recibido aquí, de todas las lecturas que te he dado y de todas las veces que te he interrogado sobre tu catecismo.

Miriam se roía el labio inferior. No le cabía duda de que, de alguna extraña manera, estaba siendo puesta a prueba. Bajó los ojos, pero persistió obstinadamente.

—He tenido un despertar.

El corazón de Jonathan dio un salto tonto y doloroso ante su agitación. Empezó a sonreír interiormente. Pensó en la forma en que ella le había mirado cuando él se había quedado desnudo. Un despertar. Curioso llamarlo así.

—Bueno, joven, parece que he olvidado mis modales. Enhorabuena —dijo Richard Somers, y le ofreció la mano. Sonrió con suavidad—. Esta colonia ofrece grandes oportunidades a jóvenes como usted. Me gustaría mucho tener treinta años menos.

Jonathan vaciló, luego cogió la mano tendida. Una leve sonrisa apareció en su rostro. Richard Somers había conseguido sonar paternal.

—Como usted diga, señor. Afortunadamente, desde mi punto de vista...

Isaac interrumpió.

—Este testimonio público de un despertar debería ser examinado por una reunión completa de los ancianos, Somers. No existe una relación entre hombre y mujer que no tenga su brasa de carnalidad, obstinadamente encendida por muy profundamente oculta que esté.

¡Idiota arrogante! Jonathan se dio cuenta de que estaba de pie con los puños cerrados, todo su cuerpo tenso y explosivo. Sintió que sus facciones se congelaban mientras trataba de contener su ira.

—No. No es cierto, Isaac. El Señor me exigió que velara por el siervo. Haces que todo suene tan sórdido. —La voz de Miriam estaba llena de rabia, miseria y desconcertada desesperación.

—¡Tonterías! —Isaac escupió la palabra. Estaba carmesí hasta el pelo—. Es una relación

pervertida, presa del demonio, de la enfermedad de la lujuria. No es un despertar. Pero no importa que te hayas salido con la suya. Si repudias este temible error, Miriam, aún te tomaré por esposa.

Miriam miraba a Jonathan, con expresión consternada, amedrentada. A Jonathan se le revolvieron las entrañas. Su repentina furia era muy real. Sus ojos barrieron la compañía reunida y luego se posaron en el diezmador.

—¡Maldita sea! Eres un mentiroso. ¿Cómo puede alguien tener el descaro de cuestionar la virtud de Miriam? ¡Maldita sea, ella sólo sigue los consejos de unos malditos predicadores!

—Cuide su lengua, señor. Es una ofensa de flagelación hablar mal de los ministros de la iglesia, incluso para un impío.

Jonathan le fulminó con la mirada durante un instante, luego hizo una amplia reverencia, un gesto ceremonioso tan exagerado que sólo podía sugerir desprecio.

—Ya cumplo condena por crímenes demasiado terribles para mencionarlos en la presente compañía. Le aconsejo que lo recuerde siempre. —Cada palabra estaba espaciada con una precisión cuidadosa y letal.

—¿Quizás deberíamos dar un paseo para despejarnos, Jonathan?

Jonathan permitió que ella le guiara. Había dejado clara su opinión.

—Cometiste un error, ¿sabes? —le dijo Miriam mientras caminaban lentamente hacia otro grupo de colonos—. Isaac Saybrook puede ser mezquino. No olvidará lo que acaba de pasar.

Jonathan se sintió reconfortado por su preocupación por él. Inclinó la cabeza.

—¿Y qué acaba de pasar?

—Le has dejado en ridículo.

—Eso lo hace bastante bien él solo.

—No lo entiendes. El diezmador es peligroso cuando cree que le han traicionado.

Jonathan sonrió.

—Creo que peligroso es una palabra demasiado fuerte.

—Isaac Saybrook es un hombre peligroso, te lo aseguro. —Miriam suspiró—. Puede que no estés de acuerdo conmigo, pero llegarás a entenderlo.

Capítulo 8

La ira de Isaac, su veneno, se volvió contra los muchachos el primer día que se leyeron las amonestaciones. En el exterior de la casa de reuniones, unos golfillos hacían sonar sus pistolas a otros niños en el patio de la iglesia. Las bayas de tejo caídas formaban pequeñas costras rojas a lo largo del camino hacia el porche.

Isaac Saybrook se separó de la multitud de adultos y se abalanzó sobre los niños.

—Lo sabía. Los gemelos Winthrop. —Apretó la mano sobre el hombro de Daniel—. ¿Quién de vosotros es David?

—Yo soy —dijo Daniel.

—¡No creas que puedes escapar de mí, jovencito! —Algo parecido a una mirada de placer pasó por el rostro carnoso del diezmador—. El diablo ha puesto sus manos sobre ti, y has estado haciendo trampas en tus lecciones.

David gritó:

—¡Eso no es cierto! ¡Y ese es Daniel! ¡Yo soy David! —El hombre los miró especulativamente—. ¡No me mientas, jovencito!

Los pies de Miriam volaron por la pasarela de piedra.

—¡Eso es palabrería del diablo! —exclamó—. ¡El demonio de la falsedad invade su lengua, señor Saybrook!

Él frunció el ceño.

—Y lo que he visto es obra del diablo, Miriam. David le dio una respuesta idéntica a Daniel. Cometieron el mismo error sobre un salmo, ¿y dices que no hicieron trampa?

—¡Es mentira! —gritó David.

—¡Es mentira! —hizo eco Daniel ferozmente.

—La culpa está en vuestras caras. —Bramó Isaac.

La fuerza de su comentario los silenció a ambos. Miriam observó el pequeño retablo con alarma. Desafiar al diezmador una vez ya era malo. Dos veces era peligroso. Desafiarle una tercera vez...

Vaciló, luchando consigo misma. ¿Estaba siendo atrevida o simplemente tonta? Pero se negó a ceder a este tipo de intimidación. Inspiró y levantó la barbilla.

—Esto es una locura. ¿Por qué mentiría David? No tiene nada que ocultar.

—¿Por qué miente nadie? La voz de Satanás es fuerte en él. —Isaac hablaba con una intensidad chocante. Su rostro se enrojecía—. El muchacho es incorregible. Debe ser apartado de la influencia maligna.

Las implicaciones de aquello eran asombrosas. Miriam blanqueó ante la pura determinación de su voz. Se volvió hacia Jonathan, que la había seguido por el sendero. Incapaz de confiar en su voz por el momento, se limitó a mirarle expectante.

Jonathan se quedó inmóvil. Su mirada saltaba de Miriam al diezmador.

La ira era palpable. Su rostro cambió. La integridad de Miriam había quedado en entredicho.

Era oportuno actuar. No intentó ocultar su desdén.

—Suelte al niño.

Permanecieron uno frente al otro, un minuto, dos minutos, tres. Isaac cambió nerviosamente de un pie a otro. Con cuidado, le soltó la mano, se cruzó de brazos y apretó las mejillas, hasta que le brilló la piel de los pómulos. El aire silbó entre sus dientes.

—¡No toleraré este desprecio a mi autoridad! —dijo.

Jonathan se encontró con los ojos furiosos del diezmador con una sonrisa. Una sonrisa forzada.

—Cuando llegue Michaelmas, seré el amo de Green Valley. Los chicos estarán bajo mi jurisdicción, y sólo mía. —No había duda de lo que quería decir.

—Tiene una dura tarea por delante. Si yo he sido incapaz de enseñar a estos hijos de Satán el camino del Señor, no veo cómo podrá hacerlo un vulgar sirviente.

—Ah, pero entonces no soy un siervo común, ¿verdad, Predicador? —La burla fue pronunciada con voz firme y segura.

Jonathan decidió darles clases él mismo. Mientras Miriam cosía, ellos leerían a Shakespeare. Entre los libros de Samuel Winthrop había varios de los clásicos antiguos. Como Jonathan tenía suficiente latín, César y Tácito, Cicerón y Virgilio se incluirían en el programa.

También la biología pasó a formar parte de su plan de estudios. Cuando Jonathan les informó de este nuevo acuerdo, los gemelos dijeron al unísono:

—¡Fantástico!

Jonathan alargó la mano y, con un dedo, hizo girar un cuarto de vuelta el globo terráqueo que había sobre la mesa, revelando el océano Pacífico.

—Por eso sois la viva imagen el uno del otro. La mitad de un globo terráqueo. Dos caras de una moneda. Por eso David siente las heridas de Daniel, y por eso la gente no puede distinguiros.

—¡Nunca podremos engañarte! —La sonrisa de Daniel estaba tan llena de picardía como de risa—. ¡Siempre sabes quiénes somos! ¡El diezmador nunca lo sabe!

Jonathan alargó la mano, volvió a girar el globo terráqueo y apoyó ligeramente el índice sobre Inglaterra.

—Ah, sí. Pero tengo una ventaja injusta.

—¿Y cuál sería?

Durante un largo momento Jonathan no respondió. Entonces las palabras brotaron, por sí solas.

—Yo también tuve un gemelo. Se llamaba Harry. Se ahogó cuando cumplimos doce años. —Su voz sonaba hueca incluso a sus propios oídos.

Jonathan se horrorizó ante lo que había salido de su propia boca. ¿Estaba loco, desenterrando un recuerdo tan doloroso que había reprimido durante veinte años? Desde aquel amargo día el mundo no había sido el mismo, y nunca volvería a serlo. Una cierta paz —una plenitud no sólo de carne sino también de espíritu— había desaparecido, y en su lugar había un tormento, envolvente e interminable.

Y ahora, estúpidamente, gracias a las pervertidas nociones de venganza de Isaac Saybrook, les había dado un arma para utilizar contra él.

Una semana después de que se hubieran publicado las amonestaciones, Jonathan, con David encaramado a su lado, regresaba de la explotación de los Schofield, Whitewater. Tirado por el gran caballo de tiro de color bayo, el carro de la granja iba cargado de lana y plantas de índigo, de las que Miriam esperaba extraer un tinte azul. Ella y Daniel les seguirían más tarde, tomando la ruta más corta de regreso a casa, por la cima de Green Valley.

Durante todo el día el conocimiento del aislamiento de la granja había atormentado a Jonathan, y ahora llegaba la sensación comprimida de un peligro sin nombre en algún lugar cercano. Intentó relajarse.

Un pájaro carpintero martilleó con su pico afilado como una flecha el tronco seco de un árbol hasta que el ruido resonó en el bosque. Con paso pesado, el gran caballo tiró del vehículo hacia adelante, los troncos de roble girando lentamente sobre las roderas. Ante su ruidosa aproximación, grandes bandadas de mirlos se alzaron de entre los matorrales.

La pista en sí parecía lo bastante segura, pero la sensación comprimida se mantenía, un terror sin nombre, acechante, basado en nada real ni sólido. Acelerando inconscientemente el paso del caballo cuando llegaron al cruce y se adentraron en el valle, Jonathan miró el ángulo del sol en el oeste.

Las colinas eran plateadas bajo la luz oblicua del sol. Jirones de nubes colgaban inmóviles en un cielo que pronto se tornaría carmesí y luego gris plomo, así que supo que llegaría a Green Valley a tiempo para el ordeño. Le había prometido a Miriam que regresaría antes de la puesta de sol, y llegaría a la granja con una hora de sobra.

La discusión, entre baches y sacudidas, versaba sobre la gestión de la granja. David decía mientras avanzaban rebotando:

—Pa solía engrasar los ejes con corteza de tocino para evitar que chirriaran... Jonathan, ¡mira!

La conversación cesó de repente. El poste topográfico en el límite de la propiedad había sido derribado. Jonathan pudo ver por los cortes blancos y frescos que alguien lo había atravesado a hachazos.

Una mirada tensa pasó entre ellos. Jonathan respiró hondo. Terribles preguntas recorrieron su cerebro. ¿Y si los vándalos habían atacado Green Valley? ¿Estaban allí ahora? ¿Dónde estaban Miriam y Daniel? David se acercó, pero ni el hombre ni el niño compartieron sus pensamientos. No eran necesarias las palabras entre ellos. No había respuestas.

Jonathan sintió que su mano derecha empezaba a temblar. Bajó el látigo sobre la grupa del bayo, haciendo que su zancada se alargara. Las ruedas con aros de hierro mordieron profundamente la pista.

Al entrar en el patio, pudieron ver que faltaba la puerta del granero y que el edificio estaba vacío. La alambrada que rodeaba el gallinero había sido pisoteada y unas cuantas gallinas de color naranja rojizo andaban sueltas, buscando en la tierra.

La puerta de la cocina estaba entreabierta, suspendida locamente sobre una bisagra. Jonathan comprobó su rifle, golpeó el suelo con un salto y se lanzó hacia la casa. En la puerta, recobró el sentido. Con el corazón martilleándole salvajemente en el pecho, se movió con cautela de una habitación a otra.

Un tomahawk de piedra yacía en el suelo del salón.

Sin perder de vista el peligro, Jonathan subió las escaleras y, una vez allí, evaluó en silencio los daños. El suelo estaba sembrado del contenido de arcones y cajones. Todo el piso de arriba había sido destrozado.

Un presentimiento le dijo que no habían sido Tewah y su banda de renegados quienes habían cometido este atropello. Tampoco podían haber sido los pequot locales, que durante mucho tiempo habían mantenido relaciones amistosas con Miriam. Por su vida, Jonathan no podía imaginar cuál de las otras tribus importantes de la región habría enviado una partida de guerra a Green Valley o por qué alguna de ellas había querido saquear la granja.

Satisfecho de que no hubiera nadie en la casa, salió de nuevo al exterior.

Cerca de la casa, muchos árboles habían sido talados, sus hojas ya se estaban secando. Jonathan entró en la leñera, pero no encontró nada inusual. Las provisiones de leña para un mes seguían apiladas ordenadamente, un hacha, una cuña y una maza en sus sitios. En el cobertizo de almacenamiento, los barriles de aceite para lámparas permanecían intactos.

Un par de huellas de botas en la tierra a pocos metros de la puerta del granero dieron a Jonathan su respuesta. Se arrodilló junto a ellas, luego apretó el puño y maldijo. Las huellas habían sido hechas por el calzado de los hombres blancos, no por los mocasines de los indios.

El vil ataque se había hecho para que pareciera obra de guerreros.

Oyó un grito ahogado y se acordó de David.

—¿Q… qué ha pasado? ¿D… dónde está mamá? ¿D… Daniel?

Jonathan miró fijamente los ansiosos ojos verdes azulados. Se puso en pie y cerró sus propios ojos por un momento.

—No lo sé —reconoció, sintiéndose inadecuado ante esta admisión. Las palabras le sonaban tan vacías.

De repente, David gritó como si sintiera dolor. Su rostro estaba de un blanco fantasmal.

Atónito, Jonathan se inclinó sobre el niño. Extendió las manos y las pasó por los brazos y las piernas del niño, buscando alguna herida, pero no encontró ninguna.

—¿Qué pasa, David?

El niño empezó a llorar. Su rostro se retorció hasta morderse el labio, sacando sangre. Seguía clavándose los puños en los ojos, como si quisiera apartar las lágrimas.

—Daniel tiene un dolor terrible. —El llanto se convirtió en un gemido—. Voy a tener que acabar con ese dolor por él.

Jonathan miró al niño mudamente. Los nervios de su estómago se anudaban y su boca estaba repentinamente seca.

—Ya veo —murmuró. Se llevó una mano a la cicatriz de la frente y se la frotó.

Imágenes pasaron por su mente, formándose, desintegrándose, reformándose. La mano de un niño, hinchada y escarlata: su mano, picada por una avispa. Pero el niño no lloró. Simplemente frunció la boca y volvió sus ojos tristes hacia su hermano. Porque era Harry, no él, quien gemía de dolor y se acariciaba la mano izquierda como si fuera un pájaro herido.

Harry. Su hermano gemelo, Harry, que había tenido el poder de extraer el dolor de su imagen en el espejo y cargarlo sobre sí mismo. Cada vez que Jonathan se hacía un rasguño —si se caía en las ortigas o se golpeaba la espinilla— era Harry quien lloraba en su lugar.

El gorjeo del mapache irrumpió en la ensoñación de Jonathan. Sacudió la cabeza para despejarla. Ahora necesitaba la cabeza fría. Rodeó con un brazo los hombros temblorosos de David.

—Vamos, muchacho. No te preocupes. —Jonathan hizo una pausa. El nudo de su estómago se tensó. Tragó con fuerza—. Encontraremos a Daniel... y a tu madre.

El sol se deslizaba hacia abajo, como si pesara demasiado para sostener su propio peso, cuando encontraron a la pareja. Tomando el atajo por Green Valley, madre e hijo lo habían hecho de la forma más fácil: caminando por la cumbre y guiando a los caballos. Menos mal que lo habían hecho. El caballo negro de Daniel había resbalado en las rocas, cayendo unos treinta pies en una grieta.

Cuando Jonathan llegó allí encontró al caballo de espaldas, encajado fuertemente entre dos peñascos, con las patas sacudidas por el pánico, sus gritos de pánico asaltando los oídos. Ambas patas delanteras se habían roto en la caída.

Jonathan hizo un gesto a Miriam, que se llevó a los chicos. Medio arrastrándose, medio cayéndose, se dirigió rápidamente hacia el caballo. En una especie de espantosa cámara lenta, le acercó la boca del arma a la oreja y apretó el gatillo. El sonido del disparo reverberó por las montañas, rebotando sin cesar.

Cuando los alcanzó, Miriam estaba de rodillas, acunando en sus brazos a un desconsolado David. Daniel estaba sentado en un peñasco, con los brazos envueltos en sí mismo, meciéndose suavemente hacia delante y hacia atrás.

Cuando Jonathan se acercó, Daniel se puso en pie de un salto.

—¡Bestia sucia, asqueroso y miserable, tú no...!

David se arrancó de su madre y corrió al lado de su hermano. Agarró la mano de Daniel y luego se volvió hacia Jonathan.

—¡Perro d…despreciable! ¡Escupo sobre tu tumba!

Jonathan sintió una oleada de dolor emocional que trascendía la angustia. ¿Pensaban los niños que le producía placer matar al caballo?

—Siempre es reconfortante ser apreciado —murmuró, con la postura rígida.

Hubo un breve y horrorizado silencio. Miriam apretó los labios.

—Es un hecho desafortunado. —Incluso sus palabras sonaron como una acusación.

Jonathan decidió no negarlo. Aunque los insultos de los gemelos no fueran justos, había algo de verdad en ellos. Había sido su dedo el que había apretado el gatillo y matado al caballo. Y era lamentable que un incidente así ocurriera ahora, justo cuando estaba asumiendo el papel de padre. Samuel Winthrop podía hacer milagros. Jonathan no podía.

Así que se limitó a asentir. Ya no podía hacer nada más. El sol se perdía de vista bajo el horizonte. El cielo era como cintas grises.

La oscuridad ya les alcanzaba.

Más tarde esa noche, después de que hubieron restaurado cierta apariencia de orden en la casa, Jonathan cayó en un sueño intranquilo. Cuando volvieron los sueños, se despertó sobresaltado y se tragó los sollozos que amenazaban con desatarse.

Dos semanas después de la publicación de las amonestaciones, Jonathan se encontraba en el Green Man, comenzando su comprensión de la sociedad colonial por lo más bajo. Habían sido dos semanas de altibajos estimulantes y deprimentes.

Había tomado la decisión consciente de aceptar todo lo que Miriam le ofrecía, todo. Se

casaría con ella el domingo de San Miguel. Se quedaría hasta que tuviera motivos para marcharse. Después de eso... bueno, iría donde le diera la gana. Sería un hombre libre.

¿Pero qué pasaría con Miriam? Su silencio y su presencia seguían presionándole.

Ella parecía evitarle, pasaba mucho tiempo en la granja de los Schofield o en la empalizada pequot que bordeaba el estanque Pachaug. Por las noches se sentaba en el salón, con la pluma arañando el pergamino amarillo mientras escribía una carta tras otra.

Un cosquilleo de culpabilidad rondaba la mente de Jonathan porque la había engañado haciéndole creer que era un hombre honorable, con la fortaleza intestinal para protegerla del diezmador, en lugar de un tonto impotente que tenía miedo del pasado, de las pesadillas, de los fuertes dolores de cabeza.

En la taberna hacía demasiado calor. Un camarero de cara roja y hombros que parecían tan sólidos como yunques fregaba el mostrador.

Unos granjeros de barba incipiente discutían a gritos. Un gato atigrado entraba y salía entre las piernas de los clientes, alrededor de los parches de serrín empapado de cerveza. Un abejorro, atrapado en el interior, zumbaba y rebotaba contra el cristal de la ventana. De vez en cuando, una andanada de maldiciones se abría paso entre la algarabía.

Jonathan estaba sentado en una mesa cerca de una ventana trasera, sus dedos tamborileaban impacientes sobre el roble lleno de cicatrices. Había recibido una nota para reunirse con Isaac, así que ¿dónde estaba el tipo? Miró a través de unos visillos sucios hacia la calle, donde un alto sombrero negro se movía arriba y abajo, frente a la ventana de la taberna.

—Le daré diez minutos —decidió Jonathan. Irse ahora significaría la derrota. Esperar era una locura.

Siete minutos más tarde, la puerta se abrió de par en par e Isaac Saybrook entró a empujones en la habitación. Miró a su alrededor con el aire piadoso de un hombre en una reunión de oración. No se quitó el sombrero ni se sentó. Simplemente se apoyó en el mostrador y saludó con la cabella a los presentes, entre los que se encontraban cuatro tratantes de caballos.

Poniéndose en pie, Jonathan se pasó los dedos de una mano por el pelo oscuro. Mientras caminaba por la taberna, los tratantes de caballos apartaron sus sillas y se pusieron de pie. Sus ojos se entrecerraron, pero siguió caminando. Los hombres se separaron a medida que se acercaba. Los cuatro eran barbudos, sus rostros sombríos.

—Bonito día —dijo el hombre en el centro del grupo. Era más alto que los demás y vestía una levita verde de lana casera.

Jonathan no dijo nada. Simplemente se unió a Isaac Saybrook en la barra. Con manos tranquilas se desabrochó la chaqueta y se la quitó con cuidado.

—Despide a tus secuaces, Isaac. Empiezan a molestarme.

El rostro del diezmero se tiñó de un tinte oscuro. Abrió por fin la boca.

—No ofrece usted muchos saludos, señor Colberth.

Jonathan respiró hondo y sintió la sangre latir lenta, pesadamente, en sus venas. Estirando el cuello y flexionando los músculos de los hombros, se arremangó lentamente.

—Cada uno elige su camino —dijo—. Diga a sus amigos que se sienten y se pongan cómodos.

—No me gustan sus maneras. —El hombre del manto verde retrocedió un paso y los cuatro hombres se abrieron en abanico para formar un semicírculo alrededor de Jonathan y el predicador.

Jonathan estudió al hombre que había hablado.

—Tus gustos y disgustos me son irrelevantes, pero si tu amigo hace un solo movimiento más a la derecha, lo mataré. En cuanto a ti, Predicador, no te alarmes. Le dejaré para el final.

La cabeza del diezmador se levantó como la de una gallina asustada. Un hombre contra cinco. El sirviente estaba tan seguro, tan tranquilo. Ni un ápice de tensión se mostraba en su postura o en sus modales... y sus extraños ojos amarillos eran fríos como lápidas. Ahora su propio valor estaba siendo puesto a prueba. Un profundo rubor subió a sus mejillas.

Isaac rio desagradablemente.

—Es usted grande en amenazas para ser un hombre sin armas.

—Eso debería decirle algo. Pero parece un tipo estúpido, así que se lo explicaré. No necesito un arma para enfrentarme a escoria como usted. —Jonathan examinó despreocupadamente sus largos y torneados dedos—. Estas manos han firmado tantas sentencias de muerte que he perdido la cuenta. ¿Cree que dudaría por un predicador y unos tontos comerciantes de caballos?

Isaac retrocedió y se quitó el abrigo. Su rostro estaba carmesí. Dio un paso hacia Jonathan, con sus grandes manos apretadas.

—¡Por Dios! Te voy a dar una lección —gruñó. Se lanzó hacia delante mientras hablaba, apuntando un golpe a la cara de Jonathan.

Su brazo barrió el aire vacío, porque Jonathan, erguido sobre las puntas de los pies, se agachó bajo el puño y abofeteó a Isaac en la boca con la palma abierta de la mano.

—Tag. —Jonathan rio insolentemente—. Te toca.

Isaac se abalanzó de nuevo sobre su oponente. Jonathan esquivó la embestida con facilidad. Isaac pivotó, y precipitándose hacia delante, giró a derecha e izquierda, fallando su objetivo por centímetros. La sonrisa burlona de Jonathan pareció enloquecerle por completo. Se precipitó de nuevo, lanzando otro golpe despiadado que le hizo perder parcialmente el equilibrio.

Antes de que pudiera recuperarse, Jonathan le dio una patada al diezmero, enviándolo desparramado sobre el suelo de madera. Jonathan sonrió, una mueca fría que no reflejaba ninguna alegría, y se volvió hacia los tratantes de caballos, que le observaban con la boca abierta.

Empezaron a rodear a Jonathan cautelosamente, buscando una abertura. De repente, uno se movió, una rápida embestida hacia el cuerpo de Jonathan.

Jonathan saltó a un lado y luego se acercó. Poderoso y pesado como era el hombre, Jonathan le hizo girar a medio camino con un sólido golpe que aterrizó cerca de su corazón.

Un paso corto hacia un lado y Jonathan cambió su peso, dio la vuelta con el lateral de su mano. Golpeó al segundo traficante bajo la oreja con un hachazo que sonó como un tomahawk clavándose en madera blanda.

Sintió un empujón en el hombro, un golpe en la barbilla. Jonathan se tambaleó, giró.

Lanzó un puñetazo. Su oponente batió los ojos y luego cayó de espaldas al mostrador, deslizándose al suelo con un sólido golpe. Entonces Jonathan sintió un golpe punzante en un lado de la cabeza.

La multitud que se había congregado ululó y abucheó con fervor. Como desde una gran distancia, Jonathan oyó gritos de consejo.

—¡Patéales donde les duele!

—¡Muérdele el brazo, idiota!

Unas piernas se levantaron del suelo, se enrollaron alrededor de las rodillas de Jonathan. Unas manos agarraron sus piernas y tiraron bruscamente, y se encontró dando una violenta voltereta.

Aterrizó de espaldas. El aire abandonó sus pulmones. Pero el puro instinto animal le hizo

ponerse en pie, impulsado hacia delante. Agarró un par de muñecas, giró sobre sí mismo y el hombre voló por encima de su hombro.

La excitación de la multitud alcanzó un nuevo pico. Gritos y gritos de ánimo se sumaron al alboroto.

¿Cuántos de sus oponentes eran? se preguntó Jonathan. ¿Se habían unido otros a la refriega? Una fracción de segundo después, un golpe contundente aterrizó en su nariz. Hizo dos fintas con la mano izquierda, golpeó con la derecha y luego asestó una serie de duros puñetazos.

Se hizo un silencio repentino. Jonathan levantó la vista y luego parpadeó.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —exigió un oficial de uniforme rojo, apartando a los hombres al entrar en el bar. Miró a los cuatro hombres inconscientes y al armatoste sin cerebro acurrucado bajo una mesa, luego levantó la vista hacia Jonathan.

—Los comerciantes de caballos y el predicador estaban aprendiendo a luchar. Tonto galante que soy, me ofrecí a enseñarles —consiguió decir Jonathan, con la respiración entrecortada y el corazón latiéndole con fuerza—. Todavía tienen mucho que aprender.

—¿Un hombre contra este lote? —cuestionó el oficial—. ¡Es inconcebible! Ojalá tuviéramos mil como usted. Barreríamos el país. —El oficial hizo un gesto a los curiosos para que se marcharan y le tendió la mano.

Jonathan cogió la mano tendida. El oficial la apretó con firmeza. Una oleada de feroz alegría recorrió a Jonathan. Sonrió al oficial, y el hombre le devolvió la sonrisa.

Miriam se quedó contra la pared como una descosida. Lo que ella había temido se había producido. Sin embargo, la forma en que se desarrolló no fue como ella había imaginado cuando Thirza Arnold le había dicho que Isaac había ido a buscar a Jonathan a la taberna. Ella le había seguido.

Ahora veía un lado de su futuro marido que nunca antes había vislumbrado, uno que le costaba entender. Ella podría haber entendido que golpeara a Isaac hasta dejarle sin sentido, si hubiera podido. Una furia asesina por su parte no la habría sorprendido. Esto sí. No había asestado ningún golpe, ni siquiera lo había intentado.

Jonathan simplemente estaba jugando con Isaac, poniéndole en ridículo, a pesar de toda la ventaja de peso y alcance del diezmero. El sirviente era su amo en cada movimiento. Sin embargo, ni una sola vez intentó asestar un golpe sólido, nada más que aquella humillante bofetada a mano abierta, aquel diestro balanceo de su pie que hundió a Isaac de cabeza.

No fue hasta que tuvo que enfrentarse a cuatro hombres cuando Miriam se dio cuenta de su talento y agilidad. La habilidad de Jonathan simbolizaba de algún modo al hombre mismo. En la época romana habría sido un auténtico gladiador. Aquí, en el Connecticut actual, era sencillamente magnífico.

Su corazón se llenó hasta rebosar de una emoción que no quiso nombrar. La inquietaba. Pensó que siempre que le mirara en el futuro, recordaría este momento, el poder y la gloria de él, la obscenidad de todo ello. Era como si la imagen se hubiera grabado de algún modo en el fondo de sus ojos, superponiéndose a todas las demás cosas que veía o recordaba de él.

Él miró al otro lado de la abarrotada sala y la vio. Sus ojos dorados cambiaron, empezaron a brillar como el corazón interior de un horno. El color caliente inundó su cara y su cuello, y una

conciencia más poderosa que cualquier cosa que hubiera conocido jamás la hizo sentirse débil. Le miró hambrienta, deseando arrojarse a sus brazos.

Un rápido temor la recorrió y la sangre retrocedió de su rostro. Isaac tomaría represalias. Jonathan resultaría herido; tal vez muerto, como lo había sido Samuel. El pensamiento la desconcertó, la asustó, la hizo dudar de sus sentimientos hacia aquel hombre.

A veces estaba enormemente enfadada con él, y a veces se sentía desconcertada. Miriam supuso que era porque nunca había conocido a un hombre como Jonathan Colberth.

Tembló un poco y volvió la cara. Sus labios se separaron en una exclamación insonora. Parecía tener problemas con la garganta. En cuanto estuvieron fuera de la posada, se volvió bruscamente y se encaró con él.

—¡Creo que has perdido el juicio, Jonathan Colberth! —Su voz era más alta de lo habitual.

Jonathan la miró fijamente, con una expresión totalmente confusa. Se tocó un corte en el labio inferior con la punta de la lengua. La sangre se filtraba de una hendidura en el borde de su boca donde un puño la había atrapado. Murmuró incoherencias.

Algo en ella se quebró. Con las manos plantadas en las caderas, estalló en un estallido de ira frustrada.

—¡Jonathan! ¡Hay un momento para hablar y un momento para actuar! No debes... ¡interferir!

—Las palabras no significan nada —dijo Jonathan, interrumpiendo su furiosa protesta—. Las acciones lo son todo. Fue una acción práctica para cortar de raíz las travesuras de Saybrook. —Le dirigió una mirada aguda y sofocante.

—¿Jonathan? —Miriam estaba pálida, pero decidida—. ¡Lo digo en serio! La disputa no es tuya. No debes hacer que lo sea. —Ella apretó los dientes, mirándole fijamente—. ¡No me mires así! Me das... miedo.

Jonathan la estudió durante un momento. Se frotó la barbilla, luego hizo una mueca y se bajó las mangas.

—No tienes nada que temer —dijo más bien secamente. Cogió la chaqueta que ella le tendió, se encogió de hombros dentro de ella—. Solo estaba siendo práctico —añadió con brusca suavidad.

Miriam respiró hondo.

—No estés tan seguro. —Enderezó sus anchos hombros—. Veremos las consecuencias de tus actos en unos días. Es hora de volver a la granja.

De camino, recogieron a los gemelos de la escuela. Miriam conducía el carro como si los persiguieran los sabuesos del infierno. Jonathan se sentó a su lado en silencio, curándose las manos magulladas e hinchadas.

No lamentaba volver a casa trotando, por desagradable que le pareciera el trote. Había cometido una tontería, que no repetiría a menos que se viera obligado a ello.

Miró de reojo a Miriam. Se la imaginó antes de que se hubiera enfadado, con la cara inclinada hacia arriba, la luz de la ventana sobre sus pómulos altos y su casco puritano, los labios húmedos y entreabiertos.

Sacudió ligeramente la cabeza para despejar la imagen de su mente. La mujer ya le había metido en suficientes problemas como para que dejara que sus fantasías con ella pusieran en peligro sus planes futuros.

En la granja, descubrió que estaba más cerca del colapso de lo que hubiera permitido. Se sentó con la cabeza entre las manos, luchando desesperadamente contra una mortal sensación de

debilidad que amenazaba a cada instante con vencerle.

Los gemelos desengancharon el caballo y llevaron el carro a su cobertizo, mientras Miriam ayudaba a Jonathan a entrar. Subió tambaleándose las escaleras, agarrándose a las barandillas como un borracho. Ella, llena de solicitud, le regañó durante todo el camino hasta su habitación por su estupidez e imprudencia.

Luchando contra su cabeza mareada, consiguió murmurar:

—Déjalo, mujer. Es tu constante regaño lo que me está dando dolor de cabeza.

El vértigo volvió, y con él una debilidad en sus rodillas. Se agachó con la intención de quitarse las botas, pero le dolía tanto el cuerpo magullado que, sin darse cuenta, gruñó y luego gimió.

—Yo te las quitaré —le dijo Miriam—. No será la primera vez.

Se preparó mientras ella le quitaba las botas.

—Quizá, sólo por la novedad, puedas quitarte tu propia ropa y meterte tú solo en la cama. —Sin esperar su respuesta, salió furiosa de la habitación, dando un portazo tras de sí para enfatizar las palabras.

Jugueteando con los botones, se desvistió con cansancio, apiló la ropa ordenadamente en una silla y se arrastró hasta la cama. Sus pensamientos eran confusos y, mientras se dormía, reflexionó que Miriam Winthrop era inexplicablemente complicada. La mayoría de las mujeres estarían encantadas de que un campeón se adelantara para protegerlas y librar sus batallas, pero él sólo había conseguido molestar a Miriam.

¡Nunca entendería a las mujeres!

Pero le tranquilizaba saber que ahora comprendía a Isaac Saybrook. Había sido un terrible error tomarle el pelo al diezmador, y todos pagarían el precio.

La victoria no siempre era dulce.

Capítulo 9

Qué diferente era este día de boda de aquel primero, hacía tanto tiempo. Como un arco de colores prismáticos colgaba ante ella la visión de aquella otra boda: la iglesia con corrientes de aire, el novio esperando, los votos solemnes.

El corazón de Miriam dio un rápido y angustioso latido. La relación fácil y cómoda que había tenido con Samuel nunca podría tenerla con Jonathan.

Algo más la esperaba. Lo sintió como una fuerza entre ellos.

Jonathan estaba allí, David a un lado, Daniel al otro, sus dos hijos fregados y pulidos hasta que sus caras pecosas brillaron. Jonathan dio un paso adelante, todo calidez sólida y fuerza fácil. Con su mano, firme y decidida, en el codo de ella, se arrodillaron para pronunciar sus votos.

Tras la más breve de las pausas, el reverendo Richard Somers comenzó a leer el servicio. Era horriblemente irreal. A través de todo ello Miriam podía oír ecos fantasmales de aquella otra boda, que una vez había cambiado su vida.

Una extraña y doble conciencia descendió sobre ella, un instante prolongado en la eternidad: el recuerdo de Samuel, contrarrestado por el peso de la mano de Jonathan sobre su codo, la presión de sus dedos, la caricia involuntaria.

Si Samuel hubiera estado vivo, los conflictos internos que acompañaban a esta insidiosa compulsión de los lomos que ella sufría ahora no se habrían producido. Samuel había comprendido que, si se negaban, los caprichos del deseo físico no podían mancillar el espíritu. Samuel era un hombre más sencillo. Ciertamente sus necesidades habían sido sencillas, y mediante la oración y la abstinencia había logrado la armonía de espíritu.

Nada en Jonathan Colberth era sencillo. Su aura oscura e intensa, su rápida inteligencia, sus extraordinarios ojos dorados, la atraían hacia él como una polilla a la llama. Jonathan no viviría la vida como un santo.

La promesa estaba hecha. La voz de Jonathan a su lado era muy tranquila y firme, y cuando llegó su turno, habló con igual firmeza, pues de algún modo parecía estar imbuida de su fuerza.

Entonces él se volvió, la sujetó por los hombros y la besó. No fue un beso largo. El mero roce de sus labios sobre los de ella, una ligera presión, fue suficiente para hacer que los dedos de sus pies se enroscaran y su cabeza se mareara.

Cualquier acontecimiento en la pequeña comunidad era aprovechado, y parecía que todo el mundo en los alrededores del pueblo había acudido a la recepción de la boda. Comerciantes, taberneros, cazadores vestidos con pieles de gamo, comerciantes de caballos, colonos, residentes del fuerte... todos acudieron a celebrarlo. El ayuntamiento estaba lleno.

Miriam y Jonathan permanecieron de pie en un rincón de la sala, aceptando las felicitaciones de los invitados. Ella le cogió del brazo y le dio un apretón, y él volvió la cabeza para mirarla.

Puso su mano sobre la de ella. Una comisura de sus labios tiró hacia arriba.

—¿Contenta? —preguntó

Miriam sintió una oleada de temeridad ahora que había hecho su promesa. Apoyó la cara

contra su hombro.

—Sí. ¿Y tú? —Las palabras salieron como un suspiro.

Él se movió ligeramente. Ella sintió sus labios rozando su pelo.

—No tienes que preguntarme eso.

Ella puso la mano, con la palma abierta, sobre su pecho, mirándole a la cara.

Marido, pensó, mi marido. La calidez la inundó mientras lo miraba. Se sintió sutilmente ablandada y tierna hacia él.

—Intentaré por todos los medios ser una buena esposa para ti, Jonathan.

Él se quedó muy quieto.

—Y yo intentaré ser un buen marido. ¿Me crees cuando te digo eso? —Su voz estaba llena de convicción.

Miriam no contestó, al menos no con palabras. Sus labios se separaron en una sonrisa. Un suave rubor cubrió su rostro y se apretó más contra el cuerpo cálido y duro de él.

Se hizo tarde antes de que pudieran marcharse. Los chicos iban a pasar unos días con Thirza e Hiram Arnold. Sujetando ligeramente las riendas, Jonathan condujo de vuelta a Green Valley, Miriam acurrucada contra él.

—¿Cansada? —preguntó.

—Sí, sólo un poco —declaró ella con brusquedad, aunque no podía mirarle a los ojos—. No lamentaré ver mi cama.

Él entrecerró los ojos, su expresión repentinamente feroz mientras cacareaba al caballo, queriendo más velocidad.

Miriam volvió a parecer confusa. Pero al cabo de un momento empezó a sonreír. Desconocido y misterioso, nadie podía adivinar lo que podría depararle. Ella sólo sabía que estaba casada con Jonathan y que el resto de su vida estaba en sus manos.

El largo día llegaba a su fin. Parecía que se avecinaba una tormenta, pues el aire era bochornoso y contenía una insinuación de lluvia. Miriam estaba de pie en el porche mientras la brisa vespertina le cosquilleaba las mejillas.

De repente, inexplicablemente, se sintió asustada y llena de ansiedad. Sintió que su corazón se agitaba. Su mano apretó la barandilla. Qué pena si hubiera tomado la decisión equivocada. Pero ¡qué gloria le proporcionaría la correcta! En cualquier caso, era demasiado tarde para lamentarse. No había vuelta atrás. Había hecho su elección. Tenía un nuevo marido. Marido.

Miriam se inclinó sobre la barandilla y lo vio venir desde el establo, una figura poderosa que se balanceaba con pasos ligeros y sin esfuerzo. Su porte era verdaderamente noble. Incluso con sus ropas monótonas y serviciales, con su gran estatura y su color oscuro, parecía un príncipe, no un pobre sirviente de dudosa lealtad.

Subió de un salto los escalones del porche, sus ojos brillaban con una intensidad que la perturbó. Se acercó un paso más y se unió a ella. Su respiración se entrecortó por la excitación y la aprensión.

Su imponente altura, su fuerza, su esencia misma le recordaban las intimidades que estaban por llegar. Entonces él le sonrió, sus dientes blancos y sus ojos de oro líquido. No había nada en ellos que la aterrorizara o perturbara.

Ella le devolvió la sonrisa, una sonrisa trémula, y deslizó su mano enguantada impulsivamente hacia la de él. Los fuertes dedos de él estrecharon los de ella con firmeza. Permanecieron juntos en silencio hasta que el borde del sol se ocultó tras las lejanas colinas.

Jonathan respiró hondo y volvió a mirar a Miriam. Miriam, su mujer, allí de pie, delgada y hermosa.

Su expresión era siempre un espejo de sus pensamientos, y ahora mismo estaba preocupada y pensaba mucho. Sus ojos le decían que seguía recelosa. A la defensiva.

Perfectamente comprensible.

No había nada abiertamente sexual entre ellos en este preciso instante, pero Jonathan sentía una fuerte conexión con esta mujer. Le perturbaba tanto como le confundía.

Durante un largo rato permaneció quieto como una estatua, saboreando el momento. Era plenamente consciente de los largos dedos de ella, de la delicadeza inherente a ellos.

El sol se puso. Una estrella solitaria apareció en una brecha entre las nubes.

Miriam se movió y Jonathan se volvió. La observó. Ella se removió, como si se sintiera bruscamente incómoda. Por fin soltó su mano de la de ella y se la llevó a la garganta.

Cuando la mano de Jonathan se alzó para presionar contra el costado de su garganta, Miriam sintió que su pulso saltaba en respuesta a su tacto. El calor se extendió por su cuello hasta su cara. Los ojos de él parecían beberse el alma de ella. La tensión palpitaba entre ellos, vibrando a través de su cuerpo.

Estaban muy cerca el uno del otro cuando un leve retumbar de trueno sonó en la distancia. El momento se rompió en mil pedazos y desapareció, como el polvo, en la atmósfera.

Miriam se apartó de él, sacudiendo la cabeza, con la respiración entrecortada y acelerada.

—Sé lo que se espera de mí como esposa. —Sus palabras parecían venir de muy lejos.

Las oscuras cejas de Jonathan se dibujaron sobre su fuerte nariz. ¿Había en su expresión algo ligeramente burlón?

Sonrió como si no hubiera pasado nada.

—Esa homilía es tan antigua como el tiempo —dijo, e, inclinándose ligeramente, la hizo pasar a la casa.

En el salón, Miriam luchó frenéticamente por aferrarse a su sentido común. Caminaba nerviosa de un lado a otro, ajustando el cuadro que colgaba de la pared, enderezando un cojín, cogiendo un libro y volviéndolo a dejar. Se llevó la mano a la sien, consciente de la sangre que le manchaba la cara.

Jonathan abrió la ventana, se asomó, mirando hacia arriba. El cielo se había oscurecido considerablemente, las nubes bajas y fulminantes. El aire fresco le abanicó la cara y, volviéndose de nuevo, apoyó la cabeza en la jamba.

Se encontró observando el vaivén líquido de las caderas de Miriam, un movimiento inocente y sensual a la vez. Sus ojos, perdidos en sus pensamientos, eran luminiscentes en la tenue luz.

El borde erizado de su cofia, de un blanco reluciente, enmarcaba su rostro abierto e inteligente en la luz cambiante. Sabía exactamente cómo la besaría: fuerte y profundamente y muy a fondo. Sintió que la tensión se apoderaba de su cuerpo.

Con un esfuerzo concertado, apartó los ojos de su esbelta figura y miró hacia el banco de nubes. De repente, un relámpago rompió la oscuridad. Por un instante todo fue descarnado, bidimensional, apareciendo con una claridad de filo de cuchillo que le dejó sin aliento.

Movió la cabeza y miró directamente a los ojos brillantes de su esposa y se sintió inmediatamente perdido. Llenaban su visión. Los buscó en busca de cualquier indicio de astucia,

pero no había ninguna.

Otro resplandor opalescente, y luego su rostro volvió a quedar en la sombra. Del exterior llegó el retumbar de un trueno. Era difícil creer que una hora antes el sol había brillado en un cielo azul despejado.

Jonathan se acercó a ella. Podía sentir su calor, así como su temblor. Deslizó sus dedos hasta las cintas que había bajo su barbilla. La conciencia apareció en su rostro. Ella respiró con fuerza, pero no se movió.

Él levantó una mano hacia su cofia bordada, apartándola de su cabeza, y su abundante cabello rojo cayó sobre sus hombros y por su espalda. Ella recuperó el aliento y murmuró algo ininteligible.

Él enrolló un mechón de su pelo alrededor de sus dedos.

—Me gustaría verte vestida de colores. Los verdes y los tonos otoñales te sentarían mejor. Si estuviéramos en Londres, encargaría un vestido de brocado dorado.

La cabeza de Miriam se echó hacia atrás. La luz filtrada jugaba sobre los planos lisos de su rostro. Le fulminó con la mirada.

—Y si los deseos fueran caballos, los mendigos cabalgarían. El gris es el color de la humildad.

Jonathan ahogó una carcajada. Su mujercita podía parecer mansa y aquiescente en apariencia, pero nada más lejos de la realidad. A alguien menos humilde aún no lo había conocido.

—De acuerdo —dijo, cediendo—. Te dejaré hacer lo que quieras con el color de tus vestidos, si dejas de llevar esa monstruosidad en la cabeza.

—¡Es perverso que una mujer se descubra el pelo! —Su voz era un susurro desgarrado.

Él le cogió la barbilla con una mano, le frotó el labio inferior con un dedo.

—Sólo en público. Si un marido presenta a su mujer un ruego particular, ella no elegiría desobedecer sus deseos expresos —dijo él, haciendo una pausa deliberada, como para permitirle llegar a sus propias conclusiones—. En privado, te prefiero sin la armadura.

La única respuesta de Miriam fue un movimiento casi imperceptible de su cabeza. Vio el parpadeo del vuelo reflejado en sus ojos. Parecía que ya no le quedaban argumentos.

Inclinó la cabeza y la besó. De nuevo, sintió esa extraña conexión, como un calor en el pecho. Su beso se hizo más profundo y su brazo la rodeó con fuerza, atrayéndola contra él.

Dios mío, qué suave era su cuerpo, qué flexible contra el suyo. Olió la fragancia de su carne. La deseaba tanto que el deseo era un sabor en su boca.

Miriam podía sentir su calor, podía oler su aroma, pino y almizcle entremezclados. Instintivamente, levantó la mano hacia el cuello de su abrigo, como si quisiera retenerlo allí. Sus labios se ablandaron y se separaron bajo los de él, y sintió su lengua, húmeda contra su boca.

El trueno aumentó. Las reverberaciones cobraron velocidad, retumbando sobre las colinas, resonando por todo el valle.

Miriam profirió un gemido de sorpresa cuando se vio arrastrada por los fuertes brazos de su marido escaleras arriba. En el dormitorio, él la puso en pie.

Descubrió que ya la había desnudado más de la mitad y que su ropa exterior corría peligro de caer al suelo. Como en un sueño, permitió que él se la quitara, quedándose en nada más que su camisón y mirándole con ojos brillantes.

Oleadas de deseo se extendían ya por ella ante la sola idea de que él la tocara, y su rostro brilló con una iluminación especial. En un santiamén, su camisón desapareció también de ella, y él la levantó de nuevo, llevándola hasta la gran cama de cuatro postes.

Miriam metió los dedos en su espesa cabellera, aflojando el lazo de su cola. Sus mechones cayeron hacia delante, como oscuras alas que ensombrecían su rostro. En la semioscuridad sólo eran visibles sus ojos —puntos luminosos, los ojos de una pantera en la noche— pero ella podía oír la sonrisa en su voz.

—Confío en que no estés demasiado cansada para cumplir con tu deber esta noche, mi pequeña puritana.

—No estoy cansada en absoluto.

Sin saber muy bien lo que hacía, Miriam se agachó y cogió las manos de Jonathan, llevándolas hacia arriba hasta que pudo presionar sus palmas contra sus pechos. Al contacto con él, sus entrañas se volvieron agua, y sintió un fino hilo de sensación que se arqueaba hacia abajo.

—Oh, Jonathan —susurró ella—, ¡por favor, bésame un poco más!

Él inclinó la cabeza hacia su pecho. A medida que su lengua se movía sobre su delicada carne, también lo hacía el hilo, espesándose e intensificándose en una cinta de placer más allá de todo lo que ella había sentido jamás. Su bajo vientre se agitó, fuera de su control consciente.

Miriam sintió que una energía se acumulaba en su interior. El calor la inundó. Su cuello se arqueó y echó la cabeza hacia atrás. El pelo voló a su alrededor como una cortina de seda. Su cuerpo se aferró al de él como si estuvieran sujetos del hombro a los pies.

Un muslo duro y lleno de vello se interpuso entre sus piernas. Podía sentir la rodilla de Jonathan entre sus pantorrillas y oír su respiración apresurada. Su propio corazón martilleaba.

Él empezó a separarle los muslos, áspero terciopelo contra suave seda. Sus manos estaban sobre su cuerpo, sus labios sobre sus pechos, su ombligo, evocando una cosecha de deliciosas sensaciones. Su respiración se agitó a través de sus labios entreabiertos. Lo único que oía era el correr de la sangre en sus oídos internos.

El dolor crecía, crecía, concentrado ahora en esa única parte de ella, el palpitante centro de su ser. Sentía cómo se abría su propia carne secreta. No sabía qué pensar de aquello, sólo sabía que quería más.

Los dedos y los labios trazaron un patrón burlón y delicado de una cadera a la otra, de muslo en muslo, dando vueltas cada vez más cerca de ese lugar donde su tacto era más bienvenido. Ahora ella estaba abierta a él, boca y pechos y muslos ofrecidos libremente. Pero no era suficiente, nunca era suficiente.

Las manos y los labios encendían un nuevo fuego allí donde se tocaban. Un pequeño gemido se le escapó. Estiró las piernas y abrió los muslos con deseo más, anhelando que su tacto se demorara allí. Aun así, él no tocó el núcleo derretido de ella.

Las clamorosas exigencias de su cuerpo anulaban cualquier timidez. Rodeó su cabeza con las manos, su pelo suave bajo sus dedos, y la atrajo hacia abajo.

Sólo cuando ella golpeó con sus puños los hombros de él, éste se estiró finalmente sobre ella y los unió como marido y mujer. Ella lo acogió en su cuerpo con ansia gratuita.

Su corazón y su cuerpo se abrieron para envolverlo. Era como si el pulso de ella fuera el pulso de él, como si una cascada los uniera, como si se fundieran el uno en el otro. Sus sentidos estaban llenos del hombre.

Ahora su respiración agitada le traicionaba. Ella le sintió temblar, como si la misma fuerza de su interior se reuniera, se aglutinara, buscando urgentemente la liberación.

Ahora la cinta se extendía hacia arriba, revoloteando por sus pechos, y ella se sentía conectada a él en todos los sentidos, una fusión de sus fuerzas interiores, como si fueran uno solo.

Otro pequeño gemido se le escapó. Él gimió. Todo su cuerpo se puso rígido, convulso, y vertió su semilla en ella en grandes espasmos jadeantes.

Y fuera, las nubes estallaron. Los elementos dadores de vida brotaron y estrecharon la tierra en un abrazo gozoso.



Más tarde, esa misma noche, Jonathan se despertó sobresaltado. Sus ojos se abrieron de golpe. El sonido de la lluvia, el viento y los truenos resonaba en todo el valle.

Por encima de la cacofonía de sonidos, podía oír el duro latido de su corazón. ¿O era sólo el palpitar en el centro de su pecho?

Su mente estaba demasiado agitada como para pensar con claridad. Se había dormido bruscamente. Se despertó del mismo modo, agudamente consciente de la presencia de Miriam a su lado, del rítmico subir y bajar de su respiración profunda y uniforme sobre su cuello.

Mechones de su glorioso cabello, ligeros como el aire, se abanicaban sobre su pecho, se aferraban a él como pequeños brazos. Se sintió arrebatado por el aura de ella. Consumido por la cruda emoción que había sentido crecer en su interior desde hacía semanas.

Con un sobresalto que le produjo un pequeño escalofrío, se dio cuenta de que estaba temblando por emociones que había reprimido, al parecer, durante casi toda una vida. Respiró hondo varias veces para sofocar la sensación.

La mano de Miriam se alargó y le tocó. Fue un gesto de una ternura y un cariño tan infinitos que Jonathan, aunque tenía la cara vuelta hacia otro lado, no pudo dejar de comprender su naturaleza.

Había sido un error casarse con Miriam. Sin embargo, lo había hecho de todos modos. Le habría ido mucho mejor escapando al desierto y dejándola valerse por sí misma. Lógicamente, él lo sabía, pero su corazón sentía algo diferente.

La mano de ella yacía enroscada en su cadera. Podía sentir su calor, el sedoso deslizamiento de su piel. Los pies de ella se entrelazaban con los de él, sus plantas rozándose.

Aquí, en el calor del lecho conyugal, en medio de la furia de una tormenta, sintió que una semblanza de paz volvía a él. Estaba lleno de emoción, empapándose de la presencia sanadora de esta mujer deseable y voluptuosa. Sólo con su tacto había sacado gran parte de su agonía.

Desde la debacle de Beaver Creek, había sentido que le envolvían períodos de desesperación. Durante la vista del consejo de guerra, había llegado a su clímax. La aceptación de Miriam hacia él le derritió el corazón.

Cerró los ojos, para sentir mejor la fuerza de ella fluyendo en él. Podía sentir cómo el peso crecía en su interior, cómo el fuerte tirón de sus entrañas se hacía cada vez más urgente.

Por un momento no pudo oír nada más que el estruendo de su corazón. Atrás quedaba el viento que soplaba, el trueno melancólico, el silbido de la lluvia que recorría la habitación desde detrás de las ventanas cerradas.

Nada existía ahora para Jonathan salvo su nueva esposa, a sólo el latido de un corazón de distancia. Experimentó el deseo como una opresión en el pecho. Luchó por el control y no pudo encontrarlo. Sintió un temblor de advertencia en lo más profundo de su ser.

Quiero mi propia vida. Fue un grito inútil en la noche. Por mucho que Jonathan se resistiera a admitir semejante debilidad, estaba perdido para ella, total e irrevocablemente.

Sintió que su resolución parpadeaba como una vela al viento. No había ayer, ni mañana. Sólo un interminable ahora. Necesitaba a Miriam. Dejó escapar un largo suspiro y sintió que una tensión que no sabía que estaba ahí abandonaba su garganta. Cuando llegara la mañana, tal vez las cosas cambiarían y él volvería a ser fuerte.

Mientras tanto... saborearía la gloriosa sumisión a las necesidades de su cuerpo.



Había hecho votos en la iglesia que decían claramente que el matrimonio estaba destinado principalmente a la procreación de los hijos. Había pocas mujeres casadas que escaparan a la inexorable carga de los partos anuales sin abstenerse de las relaciones conyugales.

Inclinó la cabeza contra sus manos y enrojeció de vergüenza al pensar que se había convertido en una libertina tan descarada. Seguramente debía ser pecaminoso obtener tal deleite carnal del acto matrimonial.

Si lo era, no le importaba. Le encantaba el rostro de Jonathan; esos ojos suaves y dorados suyos tan sugerentes de fuego oculto; y, francamente, su cuerpo: la totalidad de él tal como ella lo conocía.

El problema era que nunca había imaginado sentir por Jonathan la pasión que sentía. Había pensado que sería fácil vivir una relación física con un hombre con el que se había casado por motivos ajenos al lecho matrimonial.

Sus ojos se abrieron de golpe. ¿Tendría la consumación de anoche repercusiones duraderas? Si no era así, ¡era la locura más perversa por su parte desear que alguna vez pudiera ser de otro modo!

Capítulo 10

El otoño de aquel año fue hermoso. El bosque estaba pintado de brillantes rojos y amarillos. Pronto las hojas, cambiando de color, se tornarían de llamativos rojizos y marrones. Los días se hacían más cortos y llegaba un pellizco en el aire, pero el tiempo seguía siendo bueno. El heno había sido enfardado y el maíz cortado.

Miriam se llevó una camisa de Jonathan a la cara, aspiró su aroma y sintió esa sensación de calor líquido y debilidad que se le estaba haciendo enloquecedoramente familiar. Llevaban casados cuatro semanas. Él aún no había superado su conmoción cerebral, confesaba que de vez en cuando le dolía la cabeza y que aún tenía pesadillas. Él no hablaba del pasado y ella no le presionaba.

Existía un buen entendimiento entre ellos. Era todo lo que ella podía esperar de un matrimonio así. Pedir más sería codicioso. Pedir demasiado a la Providencia era volverla en su contra.

Aunque Jonathan no hacía comentarios críticos, Miriam sabía que no se le escapaba gran cosa. Para complacerla, acudía a las reuniones cada semana. Mantenía a los chicos ocupados con pequeñas tareas: recoger las vacas, dar de comer a las gallinas, cazar una rata que había visto en el granero, engrasar la bisagra de la puerta de la cocina. Por la noche, continuaban con sus lecciones.

Sin embargo, la pérdida de su caballo había agriado la relación de Daniel con Jonathan. El chico culpaba de la muerte del caballo a su padrastro, no a la propia confusión de la bestia y a su falta de paso seguro por el estrecho sendero. Daniel no podía, o no quería, comprender que el caballo, con las patas rotas en la caída, había sido condenado, y que disparar al animal herido había sido una bondad. El humor del niño parecía empeorar, y la paciencia de Jonathan se ponía a veces a prueba. A menudo el niño le evitaba.

Fuera de la leñera, el hacha de Jonathan cayó sobre un tronco, y las dos mitades, limpiamente partidas, se desplomaron de la tabla de cortar al suelo. Las echó a un lado, sobre el montón, y se quedó un momento mirando a David.

Lo que más inquietaba a Jonathan era cómo afectaba a David la contumacia de su gemelo. Sus travesuras de alto espíritu parecían haber tomado un giro maligno. Era como si el niño estuviera acosado por un demonio interior y no supiera cómo manejar el tormento. Ahora estaba de pie, cerca de la tabla de cortar, observando a Jonathan preparar el suministro de leña para el invierno.

—¿Alguna vez tiene sueños t… terribles, señor Colberth? ¿C-como si te miraras en un espejo, pero todo lo que ves es polvo?

Jonathan puso un nuevo tronco en la tabla de cortar y lo partió de un golpe de su hacha.

—De vez en cuando. ¿Por qué?

David le dirigió una mirada verde azulada.

—¿Le asustan, estos sueños?

Jonathan cogió otro tronco.

—Por supuesto. Pero, David, el miedo es simplemente un cáncer de la mente. —Su hacha descansaba entre sus manos.

Absurdamente, Jonathan le dio la vuelta, observando cómo la brillante hoja captaba la luz.

—Para vencer el miedo, debes darte cuenta de que no hay escapatoria de lo que temes. Debes absorberlo. Vivir con él. Comprenderlo. Vencerlo.

David ladeó la cabeza, sus ojos claros mirando a Jonathan.

—¿Q…qué es lo que más teme en este momento?

Jonathan volvía a pensar en el artificio. Deliberadamente, empezó a balancear su hacha, levantándola por encima de su cabeza.

—¡La ira de tu madre si esta leñera no se llena antes de las primeras nieves!

La hoja descendía, recta como un halcón en picado, cuando David alargó la mano y sacó el tronco de su lugar en el bloque. El hacha descendió y la hoja mordió profundamente el bloque. El sonido le atravesó hasta la médula. Miró hacia abajo, con los ojos muy abiertos, como si fuera testigo de las cavernas del infierno.

—Jesucristo —susurró. Levantó una mano temblorosa y se secó el sudor de la frente.

David, al ver la expresión de su cara, soltó una carcajada aguda y cacareante y giró en círculo, abrazándose a sí mismo. Jonathan le miró fijamente, sintiéndose enfermo, horrorizado por el peligro que había corrido el chico. Todo el cuerpo de Jonathan temblaba de asombro. Los cortos pelos de su nuca hormigueaban.

Parpadeó rápidamente para aclarar su visión. Aún veía, en el ojo de su mente, la pequeña mano del chico hecha papilla, bajo el hacha de la tabla de picar.

El pensamiento le cegó de repente y se llenó de una rabia negra. Rugió. El regocijo de David se desvaneció como un copo de nieve en el fuego.

Arriba, en el dormitorio, Miriam acababa de terminar de guardar la ropa doblada. Se sobresaltó al oír la voz de Jonathan. Sonaba furioso sin medida.

—¡Por Dios, si vuelvo a ver una exhibición como ésa, David, serás castigado severamente!

—¿Por qué armas tanto alboroto? No he hecho nada malo. —La voz de David era estridente.

Miriam se asomó por la ventana, preguntándose a qué venía tanto alboroto. No podía ver a ninguno de los dos.

—¡Haciendo una maldita jugarreta como ésa! Tengo ganas de curtirte el pellejo. Si yo fuera tu padre, ¡probablemente lo haría!

Apoyó los codos en el alféizar y se asomó, mirando hacia abajo. Las voces sonaban cerca.

—¡No me toques! ¡No soy tu hijo! ¡Mi padre está muerto!

—No te tocaré, no temas. Pero puedo decirte que tu padre estaría muy afligido por la forma en que te comportas.

Asomándose un poco más, pudo verlos junto a la leñera. Jonathan estaba de pie, rígido y erguido, con la ira en cada línea de su cuerpo. Ante él, David se desplomaba, hosco, con los labios apretados.

—De todos modos, sólo era una broma. No importa. —David puso cara de desafío a Jonathan, pero fue un intento a medias. Su defensa se quedó en silencio.

—¡A mí sí me importa! Si vuelves a hacer ese truco, te daré una paliza que no olvidarás, ¡y no es una broma! —La voz de Jonathan era baja, pero sus palabras ardían de intensidad.

David agachó la cabeza ante sus palabras. Un ruido ahogado salió de su garganta. Se llevó una mano a la cara. Estaba llorando.

—No volveré a hacerlo. Lo p…prometo.

Jonathan gimió. Sacudió la cabeza, como si fuera incapaz de responder.

—Oh, David. —Su rostro se suavizó y puso una mano sobre el hombro del chico, un gesto paternal—. Espero que cumplas tu promesa.

Momentos después, Miriam buscó a su marido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a su manera directa.

—Nada. —Aún sentía la garganta espesa.

—¿Nada? ¿Todo ese ruido y fanfarronadas por nada? —Ella lo dijo sin rencor ni dureza. Más bien, su voz era suave y melodiosa, suavemente interrogante. Hizo que Jonathan reflexionara sobre sus palabras.

—Yo no... —Hizo una pausa, sin saber muy bien cómo decirlo—. Era cosa de hombres.

—Ah. Asuntos de hombres. El arma con el poder definitivo.

Ahora su actitud tranquila, racional, casi mansa, le perturbaba profundamente. Se encontró reaccionando ante ella con una ira irracional y ciega. Señaló el hacha, enterrada profundamente en el tajo.

—Eso es lo que ha pasado. Y por eso hay que separar a David de Daniel, antes de que haga una travesura permanente.

Miriam se quedó mirando. Juntó las manos delante de ella, con los labios comprimidos.

—¿Qué quieres decir?

Jonathan frunció el ceño. Se había prometido a sí mismo que no sacaría el tema. Pero ya no podía morderse la lengua. Había que pensar en David. Y las emociones de David. No es que Jonathan quisiera apagar todo el entusiasmo que hacía de los gemelos unos espíritus tan vivaces.

A Miriam no le iba a gustar lo que tenía que decir, ni un poquito. Se encogió de hombros. Se haría lo que debía hacerse.

—Parece que a David no le hace mucha gracia que me ponga en el lugar de su padre, pero lo superará, con el tiempo. Puede ir a la escuela con los hijos de los Somerses. Le hará bien.

Ella se volvió contra él.

—¡No! ¡Todo esto está mal! No permitiré que separes a los niños. La idea es monstruosa. ¡No es natural! ¿Cómo lo soportará David?

La preocupación por el bienestar de los chicos tenía que ser algo bueno. Jonathan sintió mucha simpatía por Miriam, pero no dio muestras de ceder. No importaba. Eran sus sentimientos los que tenían que ceder.

Levantó una mano.

—David lo soportará. —Su voz era inusualmente dura—. No tiene más remedio que soportarlo. Y tú debes ayudarle, Miriam. —Se inclinó hacia delante para apretarle el hombro—. Encontrarás la forma adecuada de consolarle, de darle algo de tu fuerza.

Su seguridad no fue consuelo para Miriam. Se quedó tiesa, con las manos rígidamente cruzadas delante de ella, los dedos entrelazados. Cerró los ojos, haciendo una mueca de dolor.

—Parece que lo tienes todo arreglado.

Se encogió de hombros.

—Es mejor así.

Miriam luchó por mantener la calma.

—¡Eso dices tú! —replicó acalorada—. Pero es como cortarse la mano para fastidiarse la cara. Tú debes saber cómo se sentiría un gemelo, ¡separado de su otra mitad!

Era el último y débil disparo de su arsenal, lanzado al azar, pero fue un golpe directo.

Aguijoneado hasta la ira, Jonathan no se molestó en censurar la emoción de su voz.

—Claro que lo sé. Es imposible olvidar algo así.

Con las manos aun fuertemente entrelazadas, apartó la cara de él para ocultar su boca temblorosa. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡No puedo hacerlo! —respondió ella—. No puedo causarles ese daño. —Jonathan sintió consternación al ver sus hombros agitados. Ella tenía razón sobre la separación de los gemelos. Sólo él podía darse cuenta de lo doloroso que era ese sentimiento.

Estiró una mano tentativa y la dejó descansar ligeramente sobre las de ella, que estaban apretadas. Qué pequeñas eran las manos de ella bajo las suyas. Antes de que pudiera decidir qué hacer, ella aferró sus dedos convulsivamente y se volvió hacia él con una sonrisa llorosa.

—Lo siento, Jonathan. ¿Puedes perdonarme? —Ella parpadeó rápidamente—. Sé que has tomado esa decisión por su bien, por muy dura que me resulte.

Él le dedicó una extraña y enigmática sonrisa y asintió lentamente.

—Las cosas que dijiste eran bastante ciertas.

Durante un rato se quedó mirándole, con los ojos muy abiertos. Estaba claramente asombrada de oírle admitirlo. Un pequeño brillo apareció en sus ojos verdes azulados.

—Supongo que te viste atrapada entre hacer lo correcto y lo menos doloroso para ellos.

La miró y sonrió lentamente.

—Miriam, tienes la costumbre de ver lo mejor de todos nosotros.

—¿Qué? Oh, no creo que sea así. Te lo aseguro. Es solo que me cuesta ser razonable con todo lo relacionado con mis hijos. —Ella le envió una mirada brillante, con sólo una pizca de humedad en ella.

—Tú tienes la última palabra. Si no quieres, yo no... —empezó él, pero fue callado por ella.

—Me parece bien —dijo con palabras que parecían salir con esfuerzo de su boca.

Volvió a la cocina, y un rato después entró David, pequeño y de aspecto pellizcado, arrastrándose hacia delante como si tuviera miedo. Ella lo contempló durante un minuto, su mirada cariñosa recorriéndolo, fijándose en su cabeza brillante, los puños del pantalón vueltos hacia arriba, para volver al final a detenerse insegura en su rostro.

Su corazón se llenó de amor por él.

—¡David! Estaba pensando que necesitaba una mano con la cena. Me ayudarás, ¿verdad? —Ella le alborotó el pelo.

Sin más que un leve asentimiento, David cogió un cuchillo y empezó a pelar las cebollas, las zanahorias, los nabos y las patatas. La olla de hierro zumbaba sobre la trébede y la cocina se llenó del olor del tocino hirviendo.

Miriam amasaba un trozo de masa sobre la mesa. David echó las verduras en la olla y luego se quedó de pie, mirándose los dedos de los pies desnudos. Su rostro se enroscó un momento en señal de concentración.

—Sé que tengo que ser re…respetuoso... —Apartó la mirada de la punta de los pies y miró a su madre—. ¿Pero tiene que gustarme?

Sus dedos harinosos se posaron un momento sobre el rodillo de madera.

—No. Pero me gustaría que lo intentaras. Nada de travesuras. Nada de desobediencia. Dale una oportunidad. ¿Lo prometes?

David agachó la cabeza.

—No puedo.

—¿Cuántas veces te he pedido que prometas algo?

Vaciló, frunció el ceño y apartó la mirada.

—Cuando tenías mi edad y tu padre no te dejaba hacer algo, ¿lo habrías prometido o habrías mentido?

—Oh —dijo Miriam en un susurro sorprendido, luego levantó una mano para sofocar un pequeño chorro de risa. Luego puso cara severa—. Mira a tu corazón —dijo—. Eso es lo único que importa.

La lluvia se hizo esperar. La cosecha continuó a buen ritmo. El huerto de Green Valley presentaba ahora una imagen diferente. Las manzanas y las peras habían sido recogidas, y las ramas, aliviadas de su pesada carga, habían vuelto a su lugar. Ahora las hojas caían rápidamente.

Jonathan estaba ocupado calafateando un barril que contenía miel cuando llegó un joven alférez con un mensaje para él. El general Pakenham había llegado a la ciudad, alojándose en la residencia del magistrado, y estaba ansioso por ver a Jonathan lo antes posible.

A la mañana siguiente, cuando le hicieron pasar a la habitación designada, Jonathan encontró al general tan brusco como siempre.

—¿Cuál es la situación aquí? —prácticamente ladró.

Jonathan extendió las manos.

—No pasa gran cosa, señor. Un cordero desollado aquí, un ternero muerto allá o un ganso colgando de un árbol. Todos sirven como recordatorios de que hay un enfrentamiento en marcha, pero no dan ninguna indicación de qué dirección vendrá.

El general escrutó a Jonathan Colberth. Sabía que este joven era recto como una flecha. Al diablo la traición; todo había sido un maldito montaje. Al menos él esperaba que lo hubiera sido. Se había jugado su reputación. Ahora iba un paso más allá. Se estaba jugando su propia carrera.

—Los espías son como perros rabiosos en la calle, infectando a todos los que se les acercan. ¿En quién se puede confiar hoy en día? —El general chasqueó la lengua y sacudió la cabeza sabiamente—. Terrible situación, muchacho, terrible situación.

—Sí —asintió Jonathan, deseoso de escuchar el motivo de su citación en presencia de tan augusto personaje. No se le hizo esperar.

—Antes de que empecemos a hablar, quiero que quede claro que cada palabra dicha hoy en esta sala es confidencial y no debe repetirse a nadie. A nadie, ¿entendido? —La voz del general retumbó en el techo de madera de cedro de grano fino.

Jonathan permaneció de pie con perfecta impasibilidad, las manos entrelazadas con deferencia detrás de él. La traición era un delito capital, y Pakenham era un hombre del rey, leal hasta la médula. Sin embargo, había torcido las reglas para permitir que Jonathan Colberth escapara a toda la fuerza de un tribunal militar. ¿Se le pedía ahora que pagara el precio?

—Sí, señor.

El general apoyó la barbilla en sus dedos entrelazados. Su rostro era cuadrado y poderoso. Su ancha mandíbula y su gran mata de pelo blanco, como la melena de un león, aumentaban el efecto.

—Está a punto de conocer un secreto de guerra nacional. —La voz profunda retumbó de nuevo—. Debido a su historial, le he seleccionado para contactar con Tewah. Pero si tiene alguna duda sobre esta misión, no dude en rechazar esta solicitud de sus servicios. Y ese será el final del

asunto. Sólo le pediré que no mencione el proyecto a nadie.

En el fondo, Jonathan sabía que semejante empresa sería peligrosa. Además, una pequeña chispa de perspicacia le decía que la verdadera razón de Pakenham para querer ayudar a Tewah debía más a la ambición personal que a la cordura estratégica. Y sin embargo...

¿No era mejor seguir a un líder carismático hasta las puertas del infierno que a un general mediocre hasta una insulsa derrota? Sonrió débilmente.

—Tal advertencia no es necesaria, señor. Me gustan los desafíos.

El general Pakenham inclinó la cabeza.

—Esta empresa hará que se limpie su reputación.

Durante un momento sin aliento después de que el general pronunciara esas palabras, Jonathan vio lo bien que le habían atrapado. Se puso rígido.

—¿Cómo es eso posible, señor?

—Convirtiéndole en un héroe. —Pakenham sonrió, completando la trampa—. Por Dios, muchacho, ya eres un maldito héroe. Cuando se conozcan los hechos, recibirás una medalla del Rey.

Los ojos de Jonathan se abrieron de golpe. Después de todo lo que había pasado, el viejo loco aún creía en él, se dio cuenta, intentando definir este sentimiento singular e inquietante. Había una extraña certeza en él, como si fuera consciente de algo que Jonathan no era.

—Me halaga, señor.

—¡Tonterías!

Jonathan hizo una pausa indecisa, luego respiró hondo y cuadró los hombros. Seguiría adelante.

—Sin duda. Debo señalar, señor, que la ciudad de Mystic es muy vulnerable, especialmente si Tewah decide ponerse del lado de los franceses.

Jonathan habló rápidamente, su tono bajo y urgente mientras continuaba:

—Podría significar una batalla, y las defensas de la ciudad son pobres.

Cuando, tras un momento, el general aceptó que Jonathan había dicho todo lo que pretendía decir, asintió.

—Aprecio sus preocupaciones, Colberth. Será muy peligroso, pero nuestros soldados están bien entrenados y bien armados, como usted mismo sabe.

Jonathan reunió sus argumentos.

—El único problema es que desconocemos la identidad de las fuerzas contendientes. Es una locura cabalgar hacia una trampa cuando la trampa está a la vista. Lo sé demasiado bien.

—¿Eso cree? —El rostro del general no traicionó ninguna emoción—. Siento discrepar. El honor reside en enfrentarse a tu oponente en una tierra en la que da igual que huyas.

Siempre se volvía al honor. La muerte y la destrucción se sembraban bajo la bandera del honor. Y yo, pensó Jonathan, difícilmente estoy libre de culpa. Una repentina oleada de desesperación le invadió con la intensidad del dolor. Entonces, una vez más, como siempre hacía, Jonathan recordó que había sido su honor lo que le había traído hasta aquí.

—Creía que esto era una discusión teórica, señor. ¿O era presuntuoso por mi parte tener una opinión? —Pero lo dijo sin acaloramiento ni acusación.

Pakenham se levantó.

—Es un honor morir por el propio país. La muerte no debería ser desagradable para un hombre honorable.

No volveré a caer en esa trampa, pensó Jonathan. Sacudió la cabeza, asqueado de su propia

línea de pensamiento.

—Dudo que la gente del pueblo esté de acuerdo.

—Maldita sea, hombre, es todo lo que podemos hacer —murmuró Pakenham. Luego añadió —: Ya conoce nuestra situación. No estoy seguro de lo que hará Inglaterra si Connecticut es tomada por los franceses. Pero incluso una vida perdida es demasiado. —Y luego, como si le horrorizara haberlo dicho, se sumió en un furioso silencio.

Jonathan miró al general al otro lado del escritorio. Sonrió ligeramente.

—La muerte está en la naturaleza de lo que somos —dijo uniformemente—. Nadie puede cambiar eso. No tengo ninguna obligación de asumir sus rencillas, señor, ni estoy empeñado en vengarme. Pero por los viejos tiempos, seré su espía.

Hizo un breve saludo militar y luego sonrió.

—Tenga la seguridad, señor, de que tendremos éxito. No tengo intención de morir aquí.

Corriente fría y pura, la cascada era excelente para bañarse. Hábilmente, Miriam se abrió paso por el sendero que se desviaba y retorcía a través del bosque. La oscura espesura enmascaró el sonido del arroyo, hasta que sólo llegó hasta ella un suave susurro.

La luz brillaba a través del frondoso dosel que cubría el suelo del bosque. El sol moteaba el sendero donde serpenteaba por debajo de los altísimos árboles, cortado por la filigrana de encaje en patrones retorcidos y sutilmente caóticos que se mezclaban con los delicados helechos.

Un pájaro trinó una vez, dos, y luego cesó. Desde el arroyo, que se estrechaba cada vez más, podía oír el crujiente golpeteo del agua contra las rocas, los sonidos aislados se convirtieron en un murmullo constante a medida que se acercaba a la cascada.

De repente, el follaje se separó. A su derecha, río arriba, grandes rocas sobresalían del agua, y en la orilla occidental un afloramiento de veteada roca se alzaba abruptamente, formando una cañada secuestrada que quedaba apantallada por la maraña de sauces y enebros que bordeaban la orilla.

Como la lluvia, el agua caía en cascada por las rocas salientes, derramándose en una pila de piedra desgastada por el flujo constante. Un montón de ropa yacía al borde del agua, observó Miriam, mientras daba un paso cauteloso fuera del follaje que la cubría.

La niebla que caía repiqueteaba a su alrededor. La luz chispeaba en ella, siempre cambiante. Los arco iris pintaban el aire en delicados patrones, brillaban, sus formas cambiaban en una delicada danza alrededor del hombre que estaba allí de pie.

Completamente desnudo, medio oculto en el rocío, Jonathan estaba de pie bajo el agua que corría, sus largos músculos flexionándose, su piel cobriza reluciente.

Con las faldas arremangadas, Miriam se quedó, de pie, junto al montón de su ropa y esperó. Sus ojos recorrieron los músculos estriados de su pecho y su vientre plano, y luego se detuvieron, hechizados, en la mancha de rizos oscuros y la longitud de carne y músculo que sobresalía allí.

El sonido de su corazón latía desenfrenadamente en sus oídos y su respiración se volvió agitada, pero Miriam no podía apartar los ojos. Pensó que siempre asociaría el agua con el magnetismo de la forma primigenia y poderosa de Jonathan. Como si hubiera sentido su mirada, giró la cabeza y la sorprendió mirándolo especulativamente. Se quedó inmóvil. Sus ojos se entrecerraron ligeramente.

Miriam bajó los ojos, sin querer ni poder mirarle fijamente, sólo para encontrar su atención atraída de nuevo hacia ese lugar privado, donde su virilidad se hinchaba y se elevaba mientras ella lo observaba. Inhaló bruscamente e instintivamente se tensó.

En voz baja, Jonathan maldijo. Era consciente de su desnudez, pero hacer un movimiento para cubrirse le habría hecho sentirse aún más tonto.

Salió de debajo del rocío protector. Cada vez que le miraba, su cuerpo reaccionaba a su mirada como si le hubiera tocado físicamente. Sacudió la cabeza, lanzando gotas de agua al aire. Sus labios se apretaron.

—¿Qué motivos tienes para andar a hurtadillas como uno de los pequot? 1Dio dos pasos rígidos hacia ella. El aire mismo respiraba con la energía que chisporroteaba entre ellos.

Ella se levantó apresuradamente.

—¡Pero yo soy un pequot! ¿No sabías que me llaman el Búho Gris? Es por mis maneras tranquilas. —Se sonrojó—. ¡Maneras que ahora llamas «furtivas»!

Miriam era consciente de que estaba parloteando, pero la primera vez que lo vio salir de debajo de la cascada la había dejado sin aliento. El rocío se enroscaba de él como si fuera una criatura mítica, rara como un dragón. La desnudez debería haberle hecho parecer vulnerable. No fue así. Parecía lleno de poder.

Pequeños regueros de agua goteaban del extremo de su nariz. Por un instante sintió el impulso de tocarlo. Empezó a retroceder, pero antes de que pudiera, él cerró una mano alrededor de su muñeca derecha y la sujetó, no demasiado fuerte, pero con firmeza.

Miriam empezó a protestar, pero él levantó la otra mano para tirar juguetonamente de su trenza. Su espesa cabellera cayó suelta a su alrededor. Ella ahogó una segunda exclamación, más brusca.

Un brillo de desafío iluminó sus ojos. Su voz se deslizó hasta convertirse en un murmullo.

—No has respondido a mi pregunta.

—Creía que lo había hecho. —La garganta se le hacía cada vez más tensa y el corazón le latía con la misma fuerza, como si hubiera estado corriendo todo este tiempo en lugar de hablar. Sacudió la cabeza, impaciente consigo misma. Soy malísima en esto, pensó. Debería simplemente..... Sus pensamientos vacilaron y salió de su ensoñación.

—¿Qué haces aquí? —Jonathan la observó fijamente y sonrió, pero a ella no le pareció una expresión tranquilizadora. Era como si él fuera consciente de sus pensamientos.

Ella no deseaba otra cosa que poner fin a toda esta conversación, pero retirarse era reconocer la derrota. Ella nunca haría eso.

A veces había que elegir entre todo o nada. Y a veces tu debilidad se convertía en tu fuerza. De repente supo qué hacer.

—Un pajarito me dijo que habías venido a bañarte. —Su voz era dulce, tan frágil como una flor en ciernes.

Por alguna razón, esto produjo un silencio. Un pájaro llamó ruidosamente por encima de su cabeza.

La mano de Jonathan se tensó en su manga. Tragó saliva dos veces, con evidente dificultad, como si tuviera algo atascado en la garganta.

—¿Y has decidido acompañarme?

Miriam se quedó inmóvil cuando la repentina sensualidad de su tono la cogió desprevenida. Sintió como si su alma fluyera a través de sus miembros, sus dedos de manos y pies, sus ojos y sus labios. Todo el aliento se le escapó.

Desvió la mirada, mirando hacia abajo. La humedad que goteaba chisporroteaba sobre su duro cuerpo, un sutil cambio de color y sombra, dándole un momento de brillante gracia y una sugerencia de belleza.

Miriam sintió que sus entrañas se tensaban. Su mano se alargó para tocarlo. Él se estremeció cuando las yemas de sus dedos recorrieron su longitud, que se hizo más dura y erecta, rígida de expectación.

—¿Dónde está tu pudor, mujer? —Su voz era lenta, gruesa, impregnando cada palabra de potencia. Podía sentir cada punto de presión, por leve que fuera, donde los dedos de ella tocaban su piel.

Miriam se llevó la mano a la espalda.

—Lo dejé en la puerta de la iglesia el día que nos casamos.

Los ojos de Jonathan se entrecerraron. Para su indecible alivio, él sonrió rápidamente, un breve momento de respiro.

—¿Por qué las mujeres son siempre tan condenadamente curiosas?

Miriam sonrió a su vez, y la sonrisa permaneció en su rostro.

—¿Por qué los hombres son siempre tan increíblemente evasivos? —Le miró de reojo, a través de las pestañas, calibrando su reacción.

Él se rio.

—Intentas distraerme. Es una buena técnica. Muy bien, cambiaré de tema. —Inclinó la cabeza, como si este nuevo ángulo le permitiera ver mejor su expresión.

—He oído historias de que el chamán pequot tiene grandes poderes. Que puede predecir el futuro. ¿Crees que puede?

—Sí, lo creo.

Las comisuras de sus labios se crisparon.

—¿Es cierto que ve un aljaba de hijas para el que llama Búho Gris?

El corazón de Miriam dio un vuelco. La había atrapado y se maldijo interiormente por permitir que la mentira de que Bonete Azul podía predecir el futuro pasara por sus labios. Dejó que su cara se deslizara contra su cuello. Su pelo húmedo le rozó los ojos.

—Ah. —Parecía que su silencio era respuesta suficiente. Le puso la mano en el hombro y bajó los dedos, lentos y acariciadores, por la manga hasta la muñeca, donde rozaron su piel.

—Jonathan, ¿quieres... quieres...? —Ella casi se rio, pero le salió un sonido medio estrangulado y diminuto—. No sé qué decir, cómo pedirlo.

—Ya lo has hecho. —La sonrisa que se dibujó en su rostro fue del tipo que llega despacio y se va a regañadientes. Deslizó su mano alrededor de ella, estrechándola contra la cálida humedad de su cuerpo.

Miriam tuvo que recuperar el aliento para no suspirar, y de pronto fue consciente de cada centímetro de su piel, que hormigueaba, que le dolía. Por primera vez se dio cuenta de lo apretado que se había vuelto el corpiño de su vestido, sus pechos hinchados de deseo.

Levantó una mano para acariciarle la cara. La miró y sonrió, una sonrisa que iluminó las comisuras de sus ojos.

—Parece que te sienta bien el rubor.

Ella se alejó un paso, enderezó los hombros, se encontró con su mirada y la sostuvo.

—¿Tú crees? Porque yo creo que a ti te sienta bien el agua del rocío.

—¡Vaya...! —Él se controló. Ella estaba, se dio cuenta, riéndose de él—. ¡Mujer desvergonzada!

Miriam jadeó, con la respiración entrecortada. En un instante, sus ropas eran un halo suave alrededor de sus tobillos, y ella estaba tendida en el suelo, su cadera y muslo calentados por los de él, su boca capturada bajo la de él. Las hojas y el musgo olían a humedad y a tierra rica.

El tiempo se detuvo, un instante prolongado hasta la eternidad.

El suave chapoteo de un caballo, o de alguna criatura pesada, entrando en el agua río abajo se inmiscuyó en la conciencia de Jonathan. Varios caballos, casi inaudibles, excepto para alguien cuyo oído aguzado por la naturaleza podía distinguir el más leve sonido antinatural del rugido del agua que corría. Su cabeza se levantó y su cuerpo se puso rígido, su ardor se enfrió de golpe, la pasión se drenó de él al instante.

El tiempo volvió a empezar. Pasó un segundo antes de que Miriam se diera cuenta de que algo iba mal, de que había una pausa inesperada e inexplicable en su acto de hacer el amor. Jonathan yacía a su lado, apenas respirando. Su mano se apretó contra el hombro de ella.

Nada se movió. El silencio cayó como una niebla repentina.

Jonathan acercó su boca al oído de ella.

—Coge tu vestido y vete a los arbustos. No hagas ruido. —Rodó alejándose de ella. Su mano se cerró sobre el rifle. Ni siquiera la miró, su atención en el estrecho desfiladero.

El movimiento relampagueó y se desvaneció. En un momento se había puesto su propia ropa y buscaba señales de vida en la orilla del arroyo.

Miriam se arrebujó en su vestido, tanteando con los cierres. La respiración se le atascaba en la garganta. Jonathan debía de haber oído algo, algún sonido al que sus oídos no estaban sintonizados.

Giró la cabeza para mirarla, señaló hacia el sendero que llevaba a la casa.

—Adelante. Iré enseguida. —Ella empezó a protestar, pero él la empujó suavemente—. No discutas. Haz lo que te digo.

Miriam se adentró en el sendero a regañadientes, aún no convencida del peligro, pues no había oído nada. Se quedó inmóvil, sin apenas atreverse a respirar mientras miraba a su alrededor.

Aquí estaba más oscuro. Pesadas sombras se cernían sobre ella. Algo crujió en la maleza a su izquierda. ¿Qué? ¿Una pisada...? De repente la invadió un miedo punzante. ¿Habría indios hostiles... o renegados, como había oído hablar a los hombres, en las cercanías?

¡Dios mío! ¡Los chicos! Miriam inspiró bruscamente. Una nueva y más urgente oleada de miedo añadió ímpetu a sus movimientos y emprendió una huida precipitada por el sendero. Sus pies se engancharon en alguna imperfección del suelo y tropezó. Unos dedos espinosos trataron de arrancarle el vestido, atrapando y rasgando la manga y la falda mientras corría...

Jonathan se detuvo y la vio marchar. Una vez que ella desapareció de su vista, él respiró hondo y se lanzó silenciosamente a través del espacio abierto entre la cascada y la protección del bosque. Una vez allí, se desvió hacia las sombras. Haría lo que se le exigía. Cumpliría con sus obligaciones. Pero, ¿seguro que había alguna otra forma de que sirviera a la causa? ¿Por qué no podían ver lo inadecuado que era?

Capítulo 11

El puesto comercial estaba alborotado. Los sonidos de numerosas voces, agudas en su mayoría, atacaban sus oídos sin tregua. Había mercancías apiladas detrás de un mostrador que atravesaba parte de la sala. Jonathan apoyó un codo en la tosca encimera de madera y escuchó. Mantenía las pestañas bajas, se vigilaba a sí mismo, sólo observaba, como un cazador entre los árboles.

Parecía que la casa de Cotton y Martha Schofield había sido destrozada mientras ellos estaban fuera, pero aparte de unos pocos objetos desaparecidos, no se habían causado grandes daños. Cotton estaba conmocionado. Se quedó mudo, como si se hundiera en un sueño.

—El pequeño Zachary nos dijo hace un par de días que había visto un guerrero pintado en el bosque, pero su imaginación es tan grande que no le hicimos caso.

—Obviamente se planeaba un ataque —intervino una voz gorjeante.

—Eso está bastante claro. Lo que no puedo entender es por qué nos asaltarían. —Martha se llevó ambas manos a la cara—. Sólo tenemos unas pocas cabezas de ganado y nuestros enseres domésticos no merecen la pena. Imagino que los pequot tienen tantas ollas como nosotros.

—¿Y por qué los pequot? —A la dama gorjeante se le unió otra, de color lavanda—. Llevan años en paz con nosotros.

Por el rabillo del ojo, Jonathan vio a Miriam acercarse para unirse al grupo. Bajo el brazo llevaba una cesta de huevos. Miró a su alrededor e inclinó la cabeza. Él pudo ver el largo barrido de su hermoso cuello.

—Los colonos y los pequots han firmado un tratado para convivir en paz. —Hablaba en voz baja, pero había determinación en su voz.

Leah Saybrook intervino.

—¿Esperará para condenarlos a que nos asesinen en nuestras propias camas, seora Colberth? ¿O tiene algún motivo oculto para defender a estos salvajes?

Miriam guardó silencio un momento y luego soltó:

—¿Siempre tienes que ser tan negativa, Leah? No son salvajes. El camino del Señor atraviesa océanos y ríos. Son criaturas de Dios, ¡y nuestros vecinos!

Leah dio un pequeño grito ahogado.

—¡No! ¡Es antinatural llamarlos así! Es vil y aborrecible. Sólo pensarlo me pone enferma.

Hubo un breve y horrorizado silencio. Entonces Will Sutcliffe se volvió hacia Leah.

—¡Cállate, mujer perniciosa! Dale un descanso a tu boca. Te lo agradecerá.

Leah sacudió la cabeza, aún no dispuesta a dar por terminado el asunto.

—A la mayoría de los caballeros les incomoda la franqueza en una mujer.

—Yo no soy ningún caballero, y tu cháchara me revuelve el estómago —replicó Will.

La chismosa frunció el ceño, como si oliera algo rancio, pero la duda asaltó a la compañía reunida. Hubo una tensa pausa en la conversación.

Jonathan se enderezó, cruzó los brazos sobre el cinturón. Podía sentir cómo la tensión se

adueñaba de su cuerpo. Hubo un repentino movimiento de pies y un agradecido cese del ruido. El comerciante tosió nerviosamente.

—Ya lo creo. Una charla peligrosa —intervino Jonathan en el silencio—. La única explicación es que alguien esté creando terror deliberadamente por su propio bien.

Cotton salió lentamente de su aturdimiento.

—¿Por qué demonios alguien haría eso?

El enemigo, pensó Jonathan, está dentro. Tiene que estarlo. Cambió de postura. Will Sutcliffe se unió al grupo.

—Podría haber otra explicación. Tal vez Dios nos ha abandonado... —La frase se interrumpió.

Miriam se movió. Las cintas negras de su sombrero temblaron y el hueco de su garganta se llenó de sombra. Martha, con los ojos muy abiertos por el susto, jadeó y alargó la mano, agarrando el brazo de su marido.

Cotton intentó mantener la calma.

—No entiendo por qué nuestras relaciones con las tribus se están agriando tanto.

Will dejó escapar un largo suspiro.

—No me cabe la menor duda, Cotton —dijo sobriamente—, de que se avecina una alianza entre todas las tribus.

Cotton se encogió de hombros en señal de acuerdo. Y de resignación.

—Esa también es mi opinión —dijo un oficial de uniforme rojo que se había unido al grupo —. Los seneca caminan por la cuerda floja porque no quieren lanzarse con los franceses hasta que estén preparados.

—¿Pero a qué están esperando, señor?

—Cómo me gustaría saberlo —respondió sombríamente el oficial—. Falta esa parte del rompecabezas y me temo que no la encontraremos hasta que sea demasiado tarde.

—De todos modos, parece que tanto los colonos como los indios están siendo arrastrados a la lucha entre franceses e ingleses —dijo Will escuetamente.

—Quizá por eso el general Pakenham estuvo de visita hace poco. —El oficial se volvió hacia Jonathan—. ¿Qué piensa usted, señor Colberth?

—Quizá todo lo que ocurre lo hace por una razón, teniente. —Se volvió hacia el tendero, un hombre alto, demacrado y pálido, cuyo recortado bigote parecía una oruga dormida—. Señor Hempstead, ¿tiene en stock armas de fuego con ánima rayada?

El señor Hempstead se crispó irritado.

—Tengo un buen Jaeger alemán, una pieza de caza inglesa y el modelo estándar Long Land. Es muy popular por aquí.

Jonathan sacudió la cabeza y empezó a darse la vuelta. El comerciante se agachó.

—Espere un momento —dijo—. Permítame que le enseñe este Henry Nock de nuevo cuño que ha encargado algún buen caballero y que no ha recogido.

—¿Puedo verlo?

El comerciante le entregó el rifle, con una expresión de fastidio en el rostro.

—Si quiere un arma de fuego, ¿qué tiene de malo un buen mosquete inglés?

—Nada. —Jonathan habló con su suave y fácil acento. Observó el cañón largo, estrecho y octogonal del rifle y la culata que se curvaba para adaptarse al hombro—. Sólo me parece sensato comprobar lo último en tecnología. —Dio la vuelta al rifle y examinó el intrincado guardamonte y la placa de parche—. Esta falsa culata es una innovación inteligente. Debería

aumentar la velocidad.

El tendero era ahora todo negocios. Dio un pequeño escalofrío. ¿De anticipación, quizás?

—¿Ah, sí? —comentó el hombre.

—Muy bonito, señor Hempstead. —Jonathan pasó los dedos por la culata elegantemente tallada y trazó un detalle en el grabado a lo largo de la cerradura—. Muy bonito, en efecto. Una pieza espléndida. ¿La vendería?

El comerciante sonrió socarronamente.

—Si estuviera a la venta, tendría que pedir cuarenta libras.

Con el rostro enmascarado, Jonathan chasqueó una uña contra la elaborada incrustación de plata e hizo unos rápidos cálculos.

—Y si estuviera en venta, ofrecería quince.

El comerciante suspiró, como si estuviera haciendo un gran sacrificio.

—Muy bien, quince soberanos.

La mente de Jonathan siguió trabajando rápidamente. Notó que las cejas de Hempstead se crispaban. Su propia expresión no cambió.

—Es una pena que sean quince soberanos más de los que tengo en el bolsillo. —No había emoción en su voz.

El comerciante le lanzó una mirada despiadada.

—Vamos, vamos —una figura alta y larguirucha que se alzaba entre las sombras apareció a la vista—. Señor Hempstead, ¿sabe que este hombre está considerado como el mejor tirador a este lado del océano? ¿No es así, señor?

—No. Pero se me considera un buen tirador, allí donde aprendí —replicó Jonathan, sorprendiéndose a sí mismo con su rápida respuesta, ya que este alarde era el único que había hecho—. Y un arma bonita no hace a un buen tirador —añadió juiciosamente.

Charles Cornwall sonrió y cruzó hacia donde estaba Jonathan. Su frente alta, su piel clara y sus mejillas rubicundas le hacían parecer no mayor de diecinueve o veinte años, en lugar de su verdadera edad de treinta.

—Así que, Jonathan Colberth. Ha pasado mucho tiempo. —Se estrecharon las manos. Luego, como si no hubiera habido ninguna interrupción en la conversación, Charles continuó—. Tendrás que demostrarnos lo que sabes hacer con ese rifle antes de que sea tuyo. También necesitarás pedernal, acero y yesca para acompañarlo.

Jonathan soltó una pequeña carcajada. Él y Charles Cornwall habían asistido juntos al comedor de oficiales. Habían sido compañeros de habitación ferozmente competitivos, hermanos de fraternidad y los mejores amigos. Ambos habían sido destinados a servir en las colonias americanas. Ambos, al parecer, se habían convertido en inadaptados.

Jonathan sostuvo el rifle apreciativamente en una mano.

—Hermoso equilibrio. —Probó el ajuste contra su hombro, sintiendo su peso—. ¿Has disparado alguna vez uno de estos, Charles?

—No. Mi viejo Brown Bess está bien. —Sonrió—. Recto y duro, como otra cosa que conozco. —Observó el rostro de Jonathan.

Una repentina mancha roja tiñó sus apuestos mofletes.

—Cállate, Charles.

Mientras observaba el pulgar de Jonathan amartillar suavemente el martillo, Miriam era consciente de que su aspecto era de serenidad, pero por dentro estaba hirviendo. Hubiera sabido que Jonathan Colberth sería tan tonto como para querer comprar algo tan insensato como un

rifle.

Con un suspiro exasperado, dejó su cesta de huevos sobre el mostrador.

Luego se acercó a unos estantes altos y fingió mirar las mechas de las lámparas, mientras observaba discretamente a su marido.

Bajó el pincel de sus pestañas negras y miró fijamente el rifle, como si fuera una criatura amistosa en lugar de un arma mortal. La gracia controlada y concentrada de su postura le diferenciaba de los hombres corrientes. Estaba tan absorta en observarle subrepticiamente que se sobresaltó cuando Charles Cornwall golpeó el mostrador con las manos.

—Me lo llevo —declaró el oficial.

Los dedos del comerciante golpearon con un duro ritmo el borde del mostrador.

—¿Moneda inglesa o colonial?

—Oro inmediatamente.

La actitud del comerciante cambió. Su hostilidad desapareció.

—¿Por qué no lo dijo desde el principio?

Charles ignoró al comerciante y se volvió hacia Jonathan.

—Apostaré este rifle nuevo y un año de munición a que no puedes dar en la diana cinco veces en cinco disparos. —Charles trató de reprimir una sonrisa y fracasó—. ¿Quieres hacer una apuesta?

Hubo un momento de silencio enroscado. Jonathan sonrió distraídamente. Maldito tonto, pensó. Cree que estoy enganchado. ¡Pero eso era absurdo!

Jonathan miró a Miriam al otro lado de la habitación. Ella le miró de arriba abajo, hasta que él empezó a tener una sensación de inquietud. Había un borde tenso en su boca, como si él la hubiera traicionado.

Se encogió de hombros ante la sensación de inquietud, pero seguía existiendo ese zumbido de advertencia, ese signo de interrogación que Jonathan no podía borrar por mucho que lo intentara. Primero Tewah, luego Blue Bonnet y Pakenham -y ahora Charles-, todos queriendo involucrarle en sus nefastos planes.

Necesitaba formular su propia estrategia y tratar de discernir las estrategias de sus enemigos. Pero, ¿quién era el enemigo?

Ya había sonado una advertencia. Había esa nota de respeto que había detectado en la voz del general Pakenham, y ahora Charles le estaba tentando para que mostrara sus cartas. Por supuesto, Jonathan sabía que no debía hacerlo.

Su intensa mirada se posó en su antiguo compatriota. Se le ocurrió que sus papeles se habían invertido de alguna manera en el transcurso de esta conversación. Qué extraño, pensó. E inquietante.

Eso le hizo reflexionar. Siempre, le había dicho Tewah, mide bien a tu oponente antes de enfrentarte a él. Recuerda que si le subestimas una vez, nunca tendrás la oportunidad de volver a hacerlo.

Jonathan no tenía ninguna inclinación a subestimar a Charles Cornwall. Habían estado juntos en demasiados aprietos. Volvió a dejar el rifle sobre el mostrador.

—No creo que eso sea lo más prudente. Un accidente a veces puede ser más conveniente que un juicio y menos embarazoso.

Charles levantó la mirada, sus pálidas pestañas bordeando sus firmes ojos azules, cada línea de su cuerpo tensa. Su rostro perdió la sonrisa, enrojeció.

—Maldito seas, hombre. Escúchame bien. Parece que han acabado contigo, Jonathan. Tienes

que estar preparado para defenderte o pronto estarás muerto.

Había una nota extraña e insegura en la voz del joven oficial, como si hubiera sentido una punzada de ansiedad. Ese hecho ayudó a tranquilizar a Jonathan.

—Sigues siendo demasiado impetuoso, Charles. No me gusta perder. —Si lo hacía, entonces sería un tonto y un fanfarrón. Volvió a coger el rifle y añadió—. Las batallas no las ganan los hombres que se niegan a correr riesgos, ni tampoco las apuestas.

Charles Cornwall asintió con la cabeza. Su voz era tranquila, insegura.

—Soy un hombre leal, Jonathan. Nunca he pretendido ser un hombre de fuerza.

Miriam se quedó observando a Jonathan en su regateo. Sólo cuando Charles le entregó el dinero y Jonathan cogió el rifle largo se acordó de su presencia.

Ladeó la cabeza y murmuró una sola palabra en voz baja. Luego se acercó a ella, con pasos acelerados, la expresión de sorpresa en su rostro rayando en lo cómico.

—¡Miriam! ¿Te he hecho esperar?

Le dirigió una mirada penetrante. Ella percibió su ansiedad. Corría como una cuerda tensa por su cuerpo.

—Sólo un momento o dos. —Su voz era más nerviosa de lo que pretendía. El calor le subió por la cara. ¿Cómo podía hacerle esto?

Todas las dudas que había tenido volvieron a inundarla. Todas las cargas de ser una colona puritana, el frío peso del deber, y ahora esto. Señor, añadir esto encima de todo.

Jonathan movió ligeramente la cabeza.

—Espero que no te importe esperar un poco más.

Le apretó la mano y se la llevó a los labios. Ella la retiró suavemente, la sostuvo contra su estrecha cintura.

—Supongo que has aceptado esta absurda apuesta. —Su voz estaba perfectamente nivelada.

Se alisó una manga y se apartó un mechón de pelo de la mejilla, luego se aclaró la garganta.

—Te estás convirtiendo rápidamente en un maldito yanqui testarudo, Jonathan Colberth, y no estoy de muy buen humor —exclamó Miriam.

—Sé cómo te sientes ante cualquier cosa que sea mezquina o violenta. Tu nariz siempre se arruga, ¡como si estuvieras oliendo algo malo! —replicó.

Miriam captó un brillo socarrón de dientes blancos y vio aflorar la alegría. Había intentado mantener un tono uniforme, pero ahora perdió los estribos.

—No te rías de mí, Jonathan Colberth. ¿Cómo piensas pagar por este instrumento del mal? Para ti todo es muerte y destrucción, ¿no es así? —Él se puso ligeramente rígido, y ella atacó a ciegas—. ¡Sólo me querías porque pensabas que podía darte esta libertad para matar de nuevo!

Ella se arrepintió inmediatamente. Dichas así, sin rodeos, las palabras la aterrorizaron. Él la miró como si acabara de abofetearle. Ella no podía haber dicho nada que le hiciera más daño. ¿De dónde había sacado semejante conocimiento de él? Sin embargo, ella confiaba en él y él le había dado su protección a cambio: un simple intercambio, que era toda la moneda que necesitaban.

Se apartó girando y se dirigió hacia las estanterías apiladas con rollos de tela. Con la cara caliente, se volvió hacia él. A lo largo del pasadizo entre las estanterías, él siguió mirándola fijamente, sus ojos fijos en su rostro con la intensidad de una pantera que observa a su presa. Ella le devolvió la mirada, sin palabras.

Su rostro cambió de expresión de repente, perdió su aspecto adusto.

—No sé cómo refutar ese desafío. Pero pienses lo que pienses de mí, Miriam, tengo honor. —

Esbozó una extraña sonrisa en su dirección, una curva cerrada hacia arriba de una comisura de la boca—. Tengo la intención de ganar esta apuesta.

Miriam parpadeó y se recompuso. De algún modo mantuvo la voz firme.

—Oh, Jonathan, lo siento. Es muy maleducado por mi parte reprenderte. No tengo una buena excusa. La rabia, el miedo, la ciega necesidad de proteger... —Ella se sonrojó y apartó la mirada de él—. Tengo un carácter horrible. Tú has dado tu promesa de ayudar y proteger, y ya he abusado de esa confianza.

Caminó hacia delante. Ella retrocedió contra la estantería. Él se detuvo a un brazo de distancia. Ella no pudo leer la expresión de su rostro. Respiró hondo y se preparó.

—Maldita seas, Miriam. Se me ha acabado la paciencia contigo. —Él puso una mano a cada lado de ella, atrapándola.

El mundo se ralentizó. ¡Qué cerca estaba! El mareo la envolvió. Sentía la cabeza como si estuviera a punto de flotar hacia el techo. Se limitó a respirar, observándole, temerosa de hablar. Él se encontró con su mirada.

—Será mejor que vengas a ver el desafío. —El suave chasquido de mando en su voz la sobresaltó. No estaba familiarizada con ese tono—. Admira mis habilidades. No presumo ni digo mentiras. Confío en que mi verdad en esto te cause una impresión que nunca olvidarás.

Suspicaz, consideró sus palabras.

—En ese caso tendré que apostar.

Eso llamó su atención. Su mirada saltó hacia ella. Se quedó muy quieto.

—¿Cuál será la apuesta, Miriam? —Esta vez pronunció su nombre con tal tono de mando que ella vaciló a pesar suyo.

Le miró fijamente.

—Pues besos, por supuesto. —Su voz sonó extraña a sus propios oídos.

Un color duro se extendió por su rostro. Sonrió, como en una broma privada. Sus labios estaban entreabiertos y la línea de su boca parecía suave y complaciente.

—¿Sólo besos? Seguro que puedes arriesgarte más que eso.

El silencio se extendió entre ellos. Sus propios labios se separaron y ella luchó contra una sonrisa.

—Si crees que los besos que te fresco son pacos, Jonathan Colberth… —Su voz salió tan suave como el viento nocturno. Se puso de puntillas—. Esto te demostrará lo equivocado que estás.

Le besó con fuerza en la boca.

Hacía tiempo que una multitud se había reunido para observar. Un público, venido para ver al sirviente hacer el ridículo. Les daría algo de qué hablar durante todo el invierno.

Jonathan miró al cielo. Sus ojos siguieron el rastro invisible del sol hasta el borde de las montañas occidentales, ahora con puntas blancas. Las nubes se esparcían por las colinas más bajas, proyectando largas sombras sobre las vastas manchas amarillas, rojas y doradas.

El viento soplaba, no demasiado enérgico, pero lo suficiente como para desviar la puntería de un hombre.

Esperando su turno, Jonathan evaluó el blanco, pegado a un enorme roble nudoso. El sol

otoñal apenas calentaba el tronco envejecido y plateado. Una hoja marchita, atrapada en un remolino de viento, le golpeó la rodilla. La agarró, arrojándola a un lado.

—¡Cuidado con esto, Jonathan! G—ritó Charles. El mosquete emitió su chasquido plano y rencoroso. La multitud vitoreó. Jonathan asintió con la cabeza.

—¡Tres de cinco! —Charles se volvió con una mano en la cadera, su mosquete colgando de la otra—. Veamos cómo igualas eso.

Jonathan apoyó la culata de su rifle en el suelo, vertió una medida de pólvora de su cuerno de pólvora en la boca del cañón, sacó un trozo de tela de su bolsillo, anidó en él una bola de plomo e introdujo la carga. Luego retiró la baqueta y empujó la bola contra la carga.

Hasta ahí, todo bien.

Adoptó una postura, su aire despreocupado disimulaba su tensión. En realidad le costaba respirar y se le había secado la boca. Sus manos empezaron a temblar y agarró el rifle con fuerza. Lo apretó contra su pecho como un bebé, la presión hacía que las venas se le erizaran en el dorso de las manos.

Todas las miradas estaban fijas en él. Luchó por controlarse, sin estar seguro de qué le estaba provocando aquella reacción nerviosa. Aún le temblaban las manos y tuvo que hacer varios intentos antes de conseguir levantar la culata del rifle a la altura de su hombro.

El objetivo estaba a más de cincuenta metros. Jonathan bajó el rifle y pensó frenéticamente. Tenía que recuperar el control de sí mismo. Se lo debía a Miriam.

Levantó la mirada para mirarla directamente durante un impetuoso instante. Ella permanecía en silencio, los gemelos a su lado, los tres flanqueados por un grupo de curiosos. Ella se encontró con sus ojos, los dos ajenos por ese instante a todo lo que les rodeaba. Fue un momento solemne y hermoso. Él apartó la mirada.

Las ramas chasquearon entre sí en un susurro de viento. Una sola hoja marchita pasó por delante de su vista. Todo su ser se centró. Su único rumbo era la acción. Había superado su momento de duda y debilidad y lo había desterrado. Ahora estaba seguro, confiado, preparado. Apuntó con cuidado, tuvo en cuenta la distancia y apretó suavemente el gatillo.

La luz destelló. La chispa encendió la pólvora de cebado y la carga principal estalló con un chasquido plano y sonoro. Un pulso breve y abrasador, el rifle le dio una patada en el hombro, pero Jonathan lo mantuvo firme. Se oyó un fuerte silbido cuando la bala salió del cañón y se precipitó por el aire, dejando una estela de humo blanco en el aire. El proyectil se estrelló contra el centro de la diana.

Hubo un momento de silencio y luego una ovación.

La brisa caprichosa lanzaba las hojas secas como confeti bronceado.

Una ráfaga de viento dispersó algunas delante del blanco. Jonathan recargó y apuntó de nuevo, estabilizándose. Ya había calibrado la distancia, así que deslizó el dedo por el suave gatillo con confianza.

El rifle habló una vez más. Hubo un fuerte chasquido, un rayo de luz, una bocanada de humo, un golpe sordo y un emocionado:

—¡En el blanco!

El viento se hinchó. Jonathan se quedó quieto, concentrado. La brisa le apartó un mechón de pelo negro de la cara. Volvió a disparar. El sonido se amortiguó cuando la bola se estrelló en el centro de la diana contra el árbol que había detrás.

Otro disparo, más fuerte esta vez. Los ecos se elevaron en la brisa.

Recuperada la confianza, Jonathan lanzó una mirada divertida a Charles. Su cuarto y quinto

disparo dieron en el blanco, y eso fue todo.

Excepto, por supuesto, que no lo fue. Cada hombre allí presente quería que probara su propia arma, cada una con su propia idiosincrasia. Quince veces más apuntó Jonathan, cada vez con un rifle diferente, y quince veces más dio en el centro de la diana, antes de que por fin le permitieran dar por terminado el día.

Cuando terminó el tiroteo, Miriam jadeó audiblemente y corrió hacia él.

Le puso una mano en el brazo, ligera pero íntima.

—¿Dónde aprendiste a disparar tan bien?

El viento atrapó un mechón de su pelo y se lo apartó de la frente mientras Jonathan pensaba un momento. Estaba cansado de mentiras y engaños, y su cabeza le dolía por la intensa concentración. Cerró los ojos momentáneamente, como si intentara bloquear una escena desagradable.

—Las semillas de mi destrucción se sembraron cuando era muy joven. —No dio más información.

Esa noche, el viento cambió. Cayó la primera nevada y Jonathan tuvo una pesadilla. En ella él era como el viento: caliente y frío, aquí y allá, en todas partes y en ninguna. En su sueño, un gran viento soplaba a su alrededor, arremolinando las hojas, las plantas, los árboles, incluso las montañas, como si ellas mismas fueran tan ligeras como las hojas.

Y él era el centro mismo del vórtice.

Entonces se encontraba en un vasto espacio vacío, en una tierra destrozada por los cañonazos, buscando a unos hombres que sabía perdidos, mientras una voz le susurraba al oído:

—¿Dónde están? ¿Adónde han ido?

Antes de que pudiera encontrar la respuesta, fue arrastrado. Ahora podía oír el viento, alto y fuerte. Lo sentía contra su mente, oía el arco tumultuoso de la cascada, la carrera del río.

A través de un velo de sombras informes, estaba pasando por encima de una valla negra de hierro forjado, en cuyo interior había tres cruces, cada una de ellas de no más de medio metro de altura, hechas de mármol blanco, impermeables al viento o a la lluvia. Los nombres estaban grabados profundamente en las cruces, destacando con crudeza sobre el frío mármol.

A su alrededor reinaba el silencio, total y absoluto salvo por el repentino soplo del viento que susurraba los nombres.

ELIZABETH MARY COLBERTH 1 de mayo de 1734 - 5 de mayo de 1734.

Jonathan no sintió ira, ni pena, sólo tristeza por las cosas que podrían haber sido. Cuatro días. Cuatro cortos días y nada más, para ver, para sentir, para...

DAVID JOSEPH COLBERTH 18 de febrero de 1725 - 5 de diciembre de 1745. De las heridas sufridas en la batalla de Fontenoy, Bélgica.

¡No! ¡Era demasiado joven! ¡Su vida desperdiciada en algún campo extranjero, luchando por una causa que no era la suya!

HENRY MICHAEL COLBERTH 5 de junio de 1727 - 5 de junio de 1739 Ahogado accidentalmente.

Harry El aire estaba lleno de dolor. Palpitante, cantarín, le llenaba, se derramaba a través de él. Sus ojos ardían, vacíos de lágrimas. Se le cerró la garganta.

Fue entonces cuando sintió el agua que se precipitaba salvajemente, borrando el sol y el cielo, incluso la pared rocosa sobre la que ahora estaba agazapado, tembloroso y aterrorizado, con el brazo sobre los ojos. Cuando sintió que subía por encima del nivel de su barbilla, gritó con todas sus fuerzas.

—¡Harry! —gritó—. ¿Dónde estás?

Jonathan resopló agua por la nariz. Le escocían los ojos. El pánico brotó de su interior.

—¡Harry, me estoy ahogando! —Entonces se sumergió.

Desesperado, dio una patada hacia fuera, conteniendo la respiración. El agua le dio vueltas. Estaba oscuro y se oía un rugido en sus oídos. Quiso tomar aire y no pudo.

En ese momento se sintió como si estuviera en equilibrio entre la vida y la muerte. Era como si estuviera suspendido entre dos inmensas criaturas que no tenían forma física, sólo una presencia espiritual. La oscuridad y la luz...

No quería formar parte de la oscuridad y por eso se apartó de ella.

Suspendido en el espacio agitado y palpitante, se entregó a sus sentidos, dejó de pensar y empezó sólo a sentir.

Había un río de luz en la oscuridad, como un puente oscilante a través de un barranco turbulento. Sin pensar, lo siguió y le llevó a salvo a la orilla.

Había sobrevivido a la prueba. Harry no lo había hecho. Había sido Harry quien se había ahogado. ¡Harry! Nada. Ninguna respuesta. ¡Harry! La voz de Jonathan resonó y volvió a resonar en la penumbra.

La luz palpitó, luego se desvaneció. El viento se ralentizó, como una peonza que finaliza su giro, y él se quedó quieto, el dolor palpitante de su cabeza volviendo con toda su fuerza.

—¿Jonathan? —le llamó la voz, como si la llevara el propio aire que respiraba. Lentamente abrió los ojos. En la penumbra apenas podía ver las manos de Miriam que se extendían para tocarle la cara.

—¿Jonathan? —Firme, cálida y vibrante de vida, ella abrió sus brazos hacia él, la suave e ingrávida tela de su camisón de noche rozando su piel.

Sus dedos rozaron sus labios.

—Es sólo un sueño —susurró ella, tan suavemente que podría haber sido el gemido del viento. Sintió la terrible tristeza que intentaba escapar de su interior.

Miriam lo atrajo hacia sí, lo acunó contra su pecho, como había hecho mil veces con sus hijos. ¿Qué le había ocurrido? Su corazón se estrujó ante su evidente angustia, pero sus emociones se dispararon al saber que él la necesitaba.

Su cuerpo estaba quieto y su respiración tranquila, pero ella podía sentir el calor de su aliento penetrando en su camisón, tocando su piel. Le besó el costado de la cabeza, dejando que la calidez la bañara. Le abrazó, calmando su angustia.

Permaneció así sólo unos instantes, luego se separó de ella, una ráfaga de aire helado flotando entre ellos. Había una cualidad extraña, casi desafiante, en el movimiento, como si la culpara por permitirle el vergonzoso acto de la autocompasión.

El hechizo se había roto, el sueño se había hecho añicos, pero algo exigía que ella permaneciera cerca. Se acurrucó contra él, sin dejar de acariciarle suavemente el hombro.

Jonathan estaba tumbado boca arriba, con un brazo echado sobre la cara, agradecido por la oscuridad. La mejilla de Miriam era un suave peso sobre su hombro. Inspiró, llenando sus pulmones, consciente del tenue olor almizclado de su cuerpo, ese delicioso aroma femenino que era sólo de ella. Sintió que le envolvía, que le protegía.

Algo que había estado congelado durante mucho tiempo empezó a descongelarse en su interior.

La sensación era casi dolorosa. El torrente de emociones se centró en su corazón, un anhelo, una promesa de lo que podría ser si pudiera dar ese salto de fe y liberarse de los sentimientos de culpa.

¿Culpa? ¿O autoengaño? ¿O un escudo para proteger su corazón?

Capítulo 12

La mañana de Acción de Gracias amaneció clara y brillante, el cielo teñido del azul hielo del agua congelada del estanque. El aire, tan quieto y silencioso que el más mínimo sonido se magnificaba, calaba hasta los huesos con su aliento vigorizante. Finas manchas de nieve en polvo cubrían el paisaje. A media mañana había desaparecido, derretida por el caprichoso sol.

Día de Acción de Gracias, y el ambiente en Green Valley estaba cargado de excitación. Un gran número de asistentes habituales a las reuniones, junto con amigos y vecinos, habían acudido a Green Valley para celebrar la ocasión. Incluso los Saybrook habían acudido. Ahora, mientras el resto de los invitados estaban fuera disfrutando de la fiesta, Isaac estaba en el salón trabajando en su sermón de Acción de Gracias.

Abajo, en el terreno llano, bajo el huerto, sus visitantes disfrutaban de un descanso de la rutina habitual del trabajo. Un grupo de mujeres observaba a los niños más pequeños jugar al pilla-pilla en el prado, mientras los hombres se entregaban a un ruidoso juego de tejos. El huerto y sus alrededores resonaban con el tintineo de las herraduras metálicas golpeando una clavija de acero clavada profundamente en el suelo. Un grupo de niños mayores jugaba a saltar la rana bajo la atenta mirada de Jonathan.

Parecía estar en todas partes a la vez, lanzando una réplica ingeniosa cuando uno de los hombres fallaba un lanzamiento, compadeciéndose de un chaval cuya rodilla se había raspado en una voltereta, incitando a Daniel a incluir a un grupo de niñas en un juego del escondite.

Las niñas salieron corriendo, pero Daniel vaciló, frunció el ceño, apartó la mirada. Miró a Jonathan de reojo.

—¿Sabías que va a haber una búsqueda del tesoro después del almuerzo?

Jonathan asintió.

—Sí, desde luego. Suena muy divertido.

Daniel frunció el ceño, curvó los dedos en las palmas y estudió sus manos.

La luz, rota por las hojas y las ramas, hacía un dibujo en ellas.

—¿Participarás?

Jonathan abrió la boca para responder, la cerró y se encogió de hombros.

Daniel encorvó los hombros y, aún sin mirar a Jonathan, dijo:

—La señora Arnold dijo que no querrías tener nada que ver conmigo, después de la forma en que yo... —Su voz se apagó.

Jonathan contuvo un suspiro. Lo sentía un poco por Daniel. Podía recordar cómo era ser joven y torpe y sentirse abandonado. Sin embargo, el bribón se había portado mal y Jonathan estaba ocupado. Estaba preocupado por David, que había desaparecido sin decir adónde iba.

¿Ahora qué tramaba el chico? Jonathan sintió una punzada en la nuca al pensar que David se perdía de vista a esas horas...

Desde abajo, el tintineo del metal, una maldición y una risa rompieron el silencio.

—Por supuesto que me uniré a la cacería. Lo estoy deseando.

Daniel se volvió hacia Jonathan con una sonrisa tan amplia que por un momento hubo algo más que una mirada pasajera de Miriam sobre él. Jonathan se estremeció, no sólo por el parecido, sino por la profundidad de la emoción que el chico estaba mostrando. Daniel podía ser difícil; insensible no era.

Miriam echó otra ramita de canela en la sidra que burbujeaba alegremente en la olla de hierro colgada sobre las llamas. Se sentía apagada y apática, en absoluto como ella misma.

Su tersa frente se arrugó con un pensamiento ansioso mientras contaba las semanas de su matrimonio. Desde su boda, no había tenido sus cursos mensuales. ¡Ocho semanas! El pensamiento de un hijo se deslizó sin ser oído y no quiso ser sacudido.

Ayer, Jonathan había cazado un par de pavos salvajes. Ahora las aves estaban aderezadas e hilvanadas, todas crujientes y de color marrón anaranjado por las llamas. Un enorme cuenco de succotash[3] descansaba junto a una gran olla de salsa de arándanos. Varias tartas de manzana crujientes se enfriaban en el banco, y una gran tarrina de nata cuajada estaba sobre la conejera.

La casa estaba llena de una apetitosa variedad de olores, pero su nariz se arrugó y su estómago hizo un pequeño baile. Ahora no tenía ninguna duda de que había un bebé en camino.

Antes de que pudiera analizar cómo se sentía, entró Leah Saybrook.

—Parece que el matrimonio te sienta bien Miriam. Te has vuelto más hermosa, y yo más sencilla.

Miriam se echó a reír.

—¿Cómo? ¿Yo, hermosa? Eso sí que es un pensamiento generoso y apreciado, Leah. —Se secó la frente caliente con el dorso de la mano.

Leah puso la boca en una obstinada inclinación.

—Hay un cierto resplandor en ti que antes no estaba...

La afirmación era tan absurda que Miriam volvió a reír.

—¡Más bien mis mejillas están rojas por el calor de esta cocina!

—No, no es eso. Tienes una mirada tan resplandeciente que me da bastante envidia. Ojalá... —Leah medio cerró los ojos. Estaba temblando. La luz cambiante del hogar hacía que su delgado rostro pareciera tan demacrado como el de un sabueso hambriento.

Miriam puso su brazo alrededor de los hombros de la mujer más joven.

—¿Qué ocurre, Leah? ¿Estás enferma? —Lanzó una rápida mirada en dirección al salón—. ¿Es por Isaac?

La pregunta fue hecha con suavidad, sin aristas, pero Leah se estremeció.

—No, no es nada. Lo he intentado. Pero es demasiado tarde... Durante mucho tiempo no supe lo que me afligía. Ahora, es tarde.

Miriam sintió un repentino torrente de compasión por Leah Saybrook. Se tocó la pálida mejilla y sonrió, más para sí misma que para la otra mujer. Había compasión en aquella sonrisa y, sin embargo, también había mucha comprensión.

—Ayúdame a llevar esta gran olla. Es un poco pesada, y cuando se necesita un brazo fuerte, faltan todos los hombres, como siempre.

La cargaron entre los dos. Ninguno pensó en sacar al diezmador de su contemplación de las Escrituras.

Apenas habían depositado la olla de hierro sobre la tabla de picar, un grito y una fuerte ovación pusieron fin a la partida de quoits. Una vez que los hombres hubieron terminado su partida, se dirigieron directamente a la humeante sidra y a una taza del alegre brebaje.

Leah se adelantó, llenó una taza hasta el borde y se la entregó al ganador, Will Sutcliffe. Sus dedos se tocaron momentáneamente —un breve intercambio de calidez y suavidad— y luego Will se llevó la jarra a los labios y se la bebió de un largo trago.

—¡Así se hace, Will! ¡Arriba con ella hasta que esté vacía!

—¿Eso es todo lo que consigue, señor Saybrook? ¿Qué tal un beso de felicitación y un abrazo? —dijo alguien riendo.

Leah sacudió la cabeza y dio un paso atrás. El sol captó vetas rojas en su cabello rubio, como pequeños fuegos en el oro. Will se quedó muy quieto, mirándola como si todo su carácter se hubiera iluminado para él en ese instante.

—Vamos, Will. Leah está de acuerdo, ¡si no, no estaría repartiendo el premio! —gritó otra voz masculina por encima de las risas.

Will guardó silencio. Parecía repentina e incongruentemente tímido. Parecía como si le fallara el habla. La miró de forma escrutadora, esperando a que ella se encontrara con su mirada.

—¡Quizás la lengua de Will funciona mejor que el resto de él! ¿Quizá no conoce bien los movimientos?

Leah se quedó allí de pie, con los ojos pálidos llenos de muda súplica, los labios entreabiertos pero sin que se le escapara ninguna palabra. De repente, se sonrojó y apartó su mirada de la de él. Era la primera vez que Will la veía atascada por algo que decir.

—¿Quieres algunos consejos, Will, de uno de nosotros, los veteranos que tenemos algo de experiencia?

Will no dijo nada. No sabía qué encantos poseía esta mujer de lengua ácida. Leah Saybrook era a veces una termagante[4], que le había irritado durante demasiado tiempo. Aun así, por malhumorada y avispada que fuera, él admiraba mucho su fuerte voluntad.

Impulsivamente se agachó y la levantó, la sostuvo como si no pesara más que una pluma. La balanceó en círculo de modo que sus faldas salieron volando, mostrando a la compañía reunida un atisbo de sus enaguas. La pequeña reunión lanzó una ovación.

De repente se hizo el silencio. El diezmador se paró en el borde del círculo. Lentamente, Will volvió a poner a Leah en pie, aunque no la soltó.

Isaac era un hombre bien construido y con una gran fuerza física. Su pecho era como un barril. Cuando se acercó a Will Sutcliffe, parecía un bulldog acercándose a un whippet[5].

—¡Si te vuelvo a pillar tocando a mi hermana, haré que te arrepientas de haber nacido! —Había ira y rencor en su voz, y Leah supo que no era una amenaza vana.

—¡Isaac! —Con los ojos antinaturalmente brillantes, dio una angustiosa protesta, aferrándose aún a Will como si nunca fuera a soltarlo—. ¡Recuerda dónde estás! ¿Estás borracho?

—¿Borracho? —Su voz era grave, intensa. Un espasmo de rabia le desgarró—. La cogió del brazo.

—Suéltame.

El rostro de Isaac enrojeció.

—¡Un cinturón en la oreja es lo que recibirás! Se han hecho arreglos para que te cases con Silas Goodeman. No permitiré que te metas con esta escoria, Sutcliffe. —Hirviendo de frustración, le puso la mano en el otro brazo y la apartó de Will—. ¡No lo permitiré!

Leah miró a su hermano consternada. No es que él tuviera derecho a interponerse entre ella y el matrimonio, pero sí a aprobar un marido para ella. Sin embargo, había pasado de la primera y frágil floración de la juventud a algo peligrosamente cercano a la soltería, y esto la había amargado.

Hasta que Miriam Winthrop no había demostrado cómo el valor y la determinación podían superar el dominio tiránico de la sociedad de Connecticut, dominada por los hombres, Leah ni siquiera se había planteado desafiar a su hermano. Aún le parecía imposible.

Impensable. En el pasado, incluso había apoyado activamente sus desviaciones. Pero la evidente alegría de Miriam con su sirviente la había hecho reflexionar últimamente.

Se apartó de él.

—¡Estoy harta de tus interminables interferencias, Isaac!

Las lágrimas caían en pequeñas gotas, temblando y brillando en sus mejillas antes de salpicar la parte delantera de su vestido. Intentó zafarse de su agarre, pero sus manos eran demasiado fuertes. Sacudió rápidamente la cabeza.

—No me casaré con Silas Goodeman aunque tenga que quedarme solterona toda la vida —dijo Leah, con la respiración entrecortada—. Es el bruto de peor carácter de Hartford, ¡y además un borracho!

Isaac vio que su hermana hablaba en serio. La pura y fría rabia anuló todo lo demás. Apretó el agarre.

—¡Saybrook! —La voz de Jonathan Colberth era suave y seca como la arena, y flotaba fácilmente en el silencio del momento, más autoritaria que un grito—. Suéltala.

Las escuetas palabras bastaron. Algo comunicado pero no hablado pasó entre los dos hombres.

Que Colberth estaba advirtiendo a Isaac estaba claro. Jonathan se mantenía en equilibrio, bañado en amenaza. Su boca era una línea angulosa, como el borde de una sombra.

Isaac miró alrededor del círculo de rostros masculinos, todos censuradores, circunspectos. Se quedó un momento temblando de rabia. Luego, de repente, se calmó.

Murmuró un juramento y soltó a Leah. Ella se tambaleó y casi se cae. Un destello de sonrisa tiñó el largo rostro del diezmador.

—Una súplica muy conmovedora —dijo, con cierto cinismo calculado—. No hay necesidad de armar tanto alboroto en público, querida. Podemos discutirlo racionalmente más tarde.

Leah volvió a balancearse y luego levantó la cabeza. Se secó las lágrimas de las mejillas y los ojos con el dorso de la mano y le miró a través de las pestañas húmedas.

Miró fijamente a los ojos de su hermano todo el tiempo que se atrevió. Luego inclinó la cabeza y dijo:

—¡No hay nada que discutir! —Había absoluta decisión en su voz.

Isaac prosiguió con notable obstinación.

—Hay veces que el consejo de un hermano es de un valor incalculable, mi querida hermana, por mucho que a una mujer le disguste oírlo. Tu dulce y gentil naturaleza pronto aceptará este precepto.

La pausa que siguió fue a la vez pesada e incómoda. Cotton Schofield jugueteó con su pelo, con el cuello de su abrigo. Se hizo un pliegue en la manga y volvió a alisársela. Dos veces abrió la boca para hablar y otras dos la volvió a cerrar.

Leah miró a su alrededor, al círculo de rostros. Todos estaban serios, desapasionados, pero ninguno era verdaderamente comprensivo. Al volverse, sorprendió a Will apartando bruscamente

la mirada de ella. Se sintió traicionada. Su rostro perdió el poco color que tenía.

Hiram Arnold chupó su pipa vacía. Se permitió una risita.

—Yo no llamaría a la señorita Saybrook dulce y gentil. Un poco tártara, más bien. Pero es lógico que no quisiera casarse con alguien como Silas Goodeman.

Isaac les miró, con los ojos brillantes, pues no estaba acostumbrado a recibir un desafío en su tierra. Era un hombre que despreciaba los deseos de una mujer, un hombre acostumbrado a salirse con la suya en todas las cosas. Un hombre sin escrúpulos. Habló como si ella no estuviera allí.

—Mi hermana se ha puesto un poco histérica.

Cotton Schofield no pudo guardar silencio por más tiempo. Era como si algo hubiera estallado en llamas en su interior.

—Una respuesta justa, dadas las circunstancias.

Hiram agitó su pipa, ignorando el sarcasmo en la voz de Cotton.

—Es una condición natural de las mujeres. Ya se le pasará.

Cotton miró al otro hombre con aire de desprecio.

—¿Qué sabrás tú de los sentimientos de una mujer, criatura vaga y buena para nada? ¿Has vivido toda tu vida con una venda en los ojos que no has visto cómo tu mujer se desgasta hasta los huesos cubriéndose por tu perezosa indolencia, o eres más puntilloso que una termita en un barril de cerveza?

Hiram le lanzó una mirada despiadada. Cotton se encontró de frente con su mirada y tuvo la satisfacción de ver cómo el hombre mayor apartaba la vista. Siguió un silencio.

Isaac perdió su aire de seguridad en sí mismo. Parecía avergonzado por este arrebato. Miró las hebillas cuadradas y plateadas de sus zapatos.

Jonathan rompió el impasse. Levantó la mano y se frotó la mandíbula.

—¿Quizá el viejo Will estaría dispuesto a aceptarla?

El tono, tal vez, más que las palabras, sacó toda la tensión del voluminoso armazón del diezmero.

—¡Mujeres! —dijo, como si esa sola palabra lo explicara todo.

Will soltó una risa ronca y cohibida, como si se estuviera burlando de sí mismo.

—Borra esa sonrisa de tu cara, Jonathan Colberth. No estoy buscando esposa. Al menos no una tan mandona como la señorita Saybrook.

Pero él la observó mientras desaparecía en un revuelo de faldas hacia el santuario de la cocina de Miriam.

El almuerzo fue un asunto extraño. Reinaba una frágil tregua entre los reunidos, como una calma antes de la tormenta. Jonathan frunció el ceño al contemplar a la compañía reunida. Tantos hombres justos y santurrones, tantas mujeres aún más santurronas, deseando lo que no podían tener. Tantas posibles causas de fricción...

Hiram Arnold estaba concentrado en su comida, pero más allá, en la mesa, Jonathan podía oír la voz segura de Thirza y el murmullo más suave de Miriam por encima del inquietante sonido del bebé Schofield. Parecía que el infante estaba enfermo.

Más allá de ellos, Isaac estaba sentado muy erguido en su silla, sonriendo y riendo, comiendo y bebiendo como si la escena anterior nunca hubiera ocurrido. Después de todo, el futuro de Leah había sido trazado para ella, y él era más poderoso que ella... porque era un hombre.

Leah no miró ni a derecha ni a izquierda, sino que mantuvo los ojos fijos en su plato. Su boca era tan afilada y retorcida como una hoja de acebo. Jonathan pensó que eso tendría que cambiar

si quería tener alguna oportunidad.

Su atención volvió a la conversación de los hombres.

—...Con la rendición de Fort William Henry, los ataques en el valle del Mohawk se han intensificado.

Había una mirada de sorpresa en los ojos del diezmero. Evidentemente no había oído ese chisme.

Cotton pasó por alto los detalles.

—¡No importa Nueva York! Te digo, Will, ¡hay un grave enfrentamiento en marcha aquí en Connecticut!

Will Sutcliffe sacudió tristemente la cabeza.

—Sí. Tal como van las cosas, para Navidad podría haber un baño de sangre.

De repente, la atmósfera era tan frágil como el cristal. Isaac se golpeó la palma de la mano con el puño.

—El problema es que toda la ley y la autoridad de Inglaterra no pueden colgar a un traidor y a un cobarde en Connecticut.

Hubo un jadeo colectivo, luego una quietud se apoderó del pequeño grupo.

Éste era un terreno ciertamente delicado.

Miriam se volvió, con un vaso parcialmente lleno en la mano. Tenía los ojos entrecerrados. Clavó su mirada en el diezmador.

—Esa es una charla incendiaria para un invitado, Isaac, especialmente en Acción de Gracias.

Jonathan había dejado de comer y observaba atentamente a su mujer. La estudió un momento, fijándose en el elegante porte de su cabeza, en la animosidad subyacente a su vejación. Puede que estos puritanos fueran gente recta, pero parecía que tenían tantos defectos como cualquier otra persona. Sonrió con nostalgia, incluso con tristeza.

—Los tribunales coloniales tienen dificultades para deshacerse de la mayoría de los canallas inútiles. Un día este país será independiente, y entonces será otro cantar —dijo Jonathan.

Los ojos verdeazulados de Miriam se volvieron hacia él.

—¡Eso son palabras sediciosas!

Ahora había dado con la clave; Miriam buscaba una regañina. Él le sonrió con aprobación. Tal vez la verdad la tranquilizaría. Sacudió la cabeza.

—¿Qué más se puede esperar de un sirviente? —No había rastro de ira o dolor en su voz—. Pero los acontecimientos se mueven con las colonias. Cuando llegue el momento, y todo esté en su sitio... Cuando estén preparados... —Se detuvo bruscamente, como si se hubiera dado cuenta de que había dicho demasiado.

—Jonathan Colberth, ¡creo que ha bebido demasiada sidra! ¡Las colonias americanas ya tienen bastante con mantener a raya a los franceses como para enfrentarse también al parlamento inglés!

Todos rieron. Le ofrecieron un trago, pero miró a Miriam y lo rechazó. Cotton sonrió y aceptó. La gente empezó a hablar de nuevo. Sintió que la calma volvía lentamente y exhaló un silencioso suspiro de alivio. Había estado muy cerca.

Jonathan estiró las piernas mientras comía. Algo pesado cayó sobre sus pies. Algo cálido y vivo. Se agachó y sacó a Betsy Ann. Ella gorjeó ruidosamente.

—¿Es un truco nuevo? —Miró a los gemelos al otro lado de la mesa.

Daniel le miró, con un diablillo de travesura en los ojos.

—¿Se acaba de sentar en tus pies? Le hemos estado enseñando a hacer eso cuando quiere atención. Es su forma de mendigar las sobras a la hora de comer.

Jonathan sonrió a la mapache, chasqueó los dedos para atraerla y le dio una rodaja de manzana.

Mientras Will empezaba lo que a todas luces sería una larga anécdota, Jonathan miró a Miriam a lo largo de la mesa, como si hubiera sabido que le estaba observando. Ella arrugó la nariz, encantada. Sus ojos se clavaron por un momento, compartiendo una promesa de algo aún no dicho.

Pensativo, Jonathan tomó un trozo de tarta de manzana. Deber, lealtad y amor.

¿Cómo podían estas cosas —muerte y vida, odio y lealtad, matar y amar —existir al mismo tiempo? No había una buena respuesta. Nunca la hubo.

Levantó la cabeza, la miró de nuevo y apartó la vista. El mapache castañeó, se sentó sobre sus pies y se comió su manzana.

La búsqueda del tesoro estaba en pleno apogeo. Un coro de gritos infantiles irrumpió en el huerto, lleno de exuberante alegría. Jonathan, acompañado por David, había descubierto dos de los escondites. Sus principales rivales eran Miriam y Daniel, que habían reclamado tres tesoros.

David se llevó el dedo a los labios y se adentró en el bosque. Jonathan, entrando en el espíritu del juego, le siguió. Su relación con los gemelos había experimentado una notable mejoría desde su expedición de caza. El nuevo caballo que le había comprado a Daniel también había ayudado a sanar la brecha.

Algo raspó el suelo detrás de Jonathan. Se giró. Una ardilla roja se alejó escabulléndose. Una capa de nieve temprana yacía sobre una hoja de arce aún dorada.

David esbozó una sonrisa soleada e inconsecuente y señaló a través de la extensión del pantano.

—Por aquí.

Una campana de alarma sonó en la cabeza de Jonathan, pero no podía pensar por qué. ¿Era éste otro de los trucos de David? Observó la brillante alfombra esmeralda de esfagno, surcada por densos y nervudos tallos de arbustos de hoja de cuero enraizados en ella.

Un recuerdo, tan esquivo y vago como si formara parte de otra vida, lamió los bordes de su conciencia. Se masajeó el puente de la nariz con dos dedos. ¿Qué travesura estaba tramando David?

—¿Estás seguro, muchacho? —Su voz tenía un tono extraño.

David volvió a encogerse de hombros, esa copia infantil de Miriam.

—Sólo hasta el roble caído.

—Eso es demasiado lejos —murmuró Jonathan, conteniendo cuidadosamente su pavor. Paciencia, había aconsejado Miriam. Arriesgándose, con el corazón en la garganta, Jonathan dio un paso. Tragó con fuerza. Esto era terrible. La alfombra del pantano estaba fría y blanda, el agua rezumaba por los bordes de sus botas.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! —El chico se zambulló valientemente.

Otro paso. Jonathan estaba mareado. Sentía como si el suelo hubiera cedido bajo sus pies. La estera del pantano contribuía con una extraña música propia, exhalando bolsas de aire atrapado

bajo sus pies en suaves y llorosas protestas, inquietantes silbidos y bajos gemidos. Esta broma no tenía gracia.

La respiración se entrecortó en los pulmones de Jonathan cuando oyó el familiar sonido de un chapoteo, sintió el líquido alrededor de sus piernas. Algo aterrizó en su hombro. El mundo se disolvió en la confusión.

Oculta tras el verde crecimiento que rodeaba el roble caído, Miriam esperó a que Jonathan pasara. David debía traerlo hasta donde ella se ocultaba. Arruinaría la sorpresa si anunciaba su presencia ahora, pero no pudo resistirse a asomarse entre la maleza. Así fue como vio a Betsy Ann abalanzarse juguetonamente sobre el hombro de Jonathan.

En el tumulto que siguió, era difícil saber qué ocurrió, aparte de presenciar la reacción inmediata de Jonathan. No hubo ningún período de vacilación, ningún intento de examinar el origen del ataque. En un solo movimiento, se abalanzó sobre el mapache, perdió pie en la resbaladiza alfombra del pantano y se hundió hasta las rodillas en el cieno. Algo en su postura era peculiar. Cerró el puño sobre el aire vacío y giró la cabeza.

Miriam fue consciente cuando le golpearon las primeras y duras punzadas de pánico. Intentó vadear, pero sus piernas parecían incapaces de moverse. Golpeó el agua con la palma de las manos, gritando algo ininteligible. Pudo ver que sus ojos no se concentraban en nada.

Miriam se adentró en el agua poco profunda, apartando la hierba de la vejiga que se aferraba a sus faldas. Parecía fiero, salvaje, con el pelo revuelto y la mano vacía en un puño, pero ella no se asustó. Fue su mirada de completa confusión lo que la asustó. Le puso las dos manos sobre los hombros y le sacudió.

—¡Jonathan!

Sus pestañas se cerraron por un instante y Miriam pudo sentir la tensión desatada en él. Murmuró algo crudo en voz baja. Era más que un poco desconcertante estar tan cerca de la fuente de una explosión potencial.

—¡Jonathan!

Ella volvió a sacudirle. Él salió de su aturdimiento lentamente. Finalmente parpadeó y la miró fijamente, desprovisto de palabras.

—¡Sólo era el mapache! ¡Contrólate! —El miedo hizo que su voz fuera aguda. Parecía desmesuradamente difícil pronunciar incluso esas pocas palabras.

Se había levantado un viento que traía un leve indicio de lluvia. Tocó el pelo de Jonathan, agitándolo como un susurro. Una mancha de tierra moteaba una mejilla. Se estremeció ligeramente, como sacudiéndose un mal sueño.

—¿El mapache? —repitió, sonando casi aturdido.

Unos escalofríos convulsivos le sacudieron. Miriam pudo ver que le latía el pulso en la sien. Su cicatriz estaba morada. Sintió que el corazón se le aceleraba de miedo. Si se estaba poniendo enfermo por el shock...

—No —dijo él, leyendo su expresión—. No, estoy bien. Pero el aire. ¿No lo sientes? Trae una tormenta. —Se detuvo, sólo respiró un rato, como si el esfuerzo de hablar tanto le hubiera agotado.

—Como ya estamos con el agua hasta las rodillas, ¡no creo que importe un poco más del cielo! —Su voz era agria, sobre todo por el alivio, aunque él no debía saberlo.

La fuerza menguaba y Jonathan exhaló un silencioso suspiro de alivio. Había estado muy cerca. Sin embargo, algo en lo más profundo de su ser aún parecía reventar por salir. Vaciló, como si una vez dichas, las palabras fueran a alterar su vida para siempre.

Y lo harían.

— Me aterroriza el agua. Lo he tenido desde que era un niño. —Se arrepintió de decirlo inmediatamente.

Durante años había seguido viendo la cara de Harry en el estanque del molino, en el abrevadero de un caballo, en una copa de vino, incluso en los charcos. Un día, mirando fijamente al estanque del molino, había visto cómo el rostro de su gemelo se hacía cada vez más tenue, como si el agua se comiera su reflejo hasta que desapareció por completo en una niebla cristalina.

La gran cabeza de Jonathan se apoyó en el hombro de Miriam. Quería olvidar —se obligó a sí mismo a olvidar— aquel horrible día, pero todos estos años después, incluso el brillo de la alfombrilla mojada del pantano le recordaba el accidente.

Miriam levantó las manos, tocando tentativamente su cabello oscuro. Luego, sintiendo sus convulsiones, lo abrazó contra su cuerpo. Sintió un repentino torrente de calidez por Jonathan, que ahora confiaba en ella lo suficiente como para revelarle tanto de su alma.

Sintió una punzante culpabilidad por haberle engañado para que se viera en esta situación.

Se sintió sacudida por una repentina emoción feroz, pero mantuvo un estricto control sobre sus pensamientos truhanescos.

Algunas personas se pasaban la vida deseando, después de conformarse con lo mejor que podían conseguir. El matrimonio con Jonathan Colberth había sido un último esfuerzo. Ella había hecho el sacrificio supremo para conseguir lo que quería —sólo para descubrir que quería algo diferente—.

Quería que Jonathan Colberth la amara como ella lo amaba a él. Quería darle un hijo y que sus hijos crecieran hasta la madurez conociendo su amor y su protección. Sentía un nudo en la garganta. Aún podía fracasar...

El pensamiento la asustó, pero estaba demasiado decidida a dejar que la asustara y la apartara de su propósito. Las lágrimas se alzaron, llenando sus ojos. Pero no era el momento de llorar; debía pensar.

Una vez que diera voz a sus recuerdos reprimidos, aceptaría su pérdida y el dolor le abandonaría. A partir de ahora, ella enseñaría a Jonathan a mirar hacia delante, no hacia atrás.

Se aclaró la garganta, coagulada por la emoción, y le besó la frente, susurrándole:

—Calla. No pasa nada —tanto para sí misma como para él.

Los chicos estaban garabateando sus sumas en la mesa de la cocina cuando un crujido en el rellano les hizo detenerse. Sus estómagos se volvieron líquidos. Pasaron minutos mientras permanecían sentados unos junto a otros, inmóviles.

Silencio. Intercambiaron miradas. David apagó las velas, sumiendo la habitación en la oscuridad. Daniel se levantó y retrocedió hasta la puerta, puso la oreja allí y escuchó. Nada. Se estremeció y corrió lentamente el cerrojo. David se acercó silenciosamente a la ventana y descorrió una de las cortinas. Su mano temblaba un poco.

Al unísono, vieron un resplandor rojo por encima de la línea del tejado del establo. En el mismo momento, una columna de chispas y llamas salió disparada hacia la oscuridad. Jonathan

había guardado sus cinceles de tallar y estaba viendo a Miriam coser las últimas puntadas de un dechado cuando los gemelos se precipitaron en el salón gritando:

—¡Fuego! Hay fuego!

La cabeza de Jonathan dio un respingo. Era como un halcón que hubiera encontrado a su presa volando tranquilamente media milla más abajo. Daniel se detuvo, intentó decir que no era una broma, pero no le salían las palabras.

David respiró hondo.

—¡Son los ricks! Están ardiendo!

Jonathan se volvió hacia Miriam. En el tipo de tono que podría comandar regimientos, ordenó:

—¡Coged los cubos! —y, ordenando a los gemelos que le siguieran cogió su rifle y salió corriendo al exterior.

Tenía dos ricks en un trozo de terreno llano entre los edificios y el huerto. El viento soplaba del este y avivaba las llamas. Volutas de heno ardiendo volaban hacia la nube de humo y luego caían.

Jonathan accionó la manivela de la bomba. Los gemelos llevaron los cubos de agua a Miriam, que estaba subida a la escalera, intentando desesperadamente apagar la paja del segundo almiar. Pero el heno ardiente caía cada vez más espeso, y ese almiar también fue pronto un crisol de llamas.

Al amanecer, una nube de humo gris se cernía sobre los edificios. Era una escena de desolación y destrucción. Pero de las ruinas humeantes surgió una cosa: una camaradería que salvó el abismo en sus mentes. ¿Sería lo suficientemente fuerte como para resistir las corrientes cruzadas que había debajo?

Capítulo 13

El aire era dulce, limpio y tonificante. Era otro día templado y soleado, con la humeante bruma del verano indio suavizando el brillo del río y envolviendo los pliegues boscosos de las colinas más allá. El primer resplandor del color había pasado, pero la mayoría de los árboles seguían vestidos con sus hojas marchitas.

Fue mientras desayunaban cuando oyeron el sonido de un caballo galopando por el camino. Apresuradamente, Miriam se colocó una cofia sobre el pelo descubierto y se apresuró a seguir a Jonathan y a los chicos. El visitante era un joven con un abrigo rojo de soldado.

Jonathan estaba de pie, con una mano en la cruz del caballo, su rostro adusto. El alférez hablaba rápida y excitadamente, como si dispusiera de muy poco tiempo. Sus dedos se enroscaban y desenroscaban en las riendas.

Miriam bajó corriendo los escalones.

—¿Qué ha pasado?

Jonathan miró su rostro tenso.

—Ha habido una escaramuza kilómetros de aquí, el teniente Cornwall pensó que debíamos saber que el general Braddock había muerto.

El joven soldado esbozó un breve saludo, dio la vuelta a su caballo y regresó al galope por el sendero.

La mano de Jonathan se curvó en un puño, blanca de tensión.

—Malditos sean —dijo en voz baja, seguida de una palabra que Miriam no conocía.

Miriam se aferró a su brazo. Su mente se tambaleaba. Luchó por mantener la calma.

—¿A qué distancia ocurrió esto?

Él miró el horizonte con agonizante deliberación.

—Demasiado lejos para preocuparnos. Y se dice que Tewah sigue el viejo sendero iroqués en el valle de Moosup. Eso está al otro lado del bosque Pachaug. —Su cabeza inclinada reveló su nuez de Adán, que se balanceaba al tragar.

Miriam estudió el rostro de Jonathan. Su expresión era totalmente desprevenida de una forma que ella nunca había visto antes.

—Pero hay algo más, ¿no es así, además de la muerte del general Braddock?

Sus ojos de extraño color se encontraron con los de ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé por tu cara.

Bajó la voz.

—No sabía que conocieras tan bien mi cara.

—No intentes desviar la conversación, Jonathan —empezó Miriam.

Fue una prueba mantener su voz firme y segura.

—Sólo estoy cuestionando las circunstancias. Aquí fuera... —Le falló el habla.

Durante un largo momento, no se movió. Finalmente, extendió las manos y se encogió de

hombros.

—Han asesinado a un hombre, a su mujer y a sus dos hijos a menos de veinte millas de aquí. Tenían una granja junto a la carretera de Groton. Era un lugar aislado, sin vecinos cercanos. Su perro debió dar la alarma, porque lo encontraron degollado.

La sangre se le escurrió de la cara. Miriam luchó por contener el malestar que brotaba de su interior. Apretó los dientes y se susurró en silencio:

—No te asustarás. No entrarás en pánico. —No tenía ni idea de lo que revelaba su expresión. Sólo reconoció el temblor interior, los nauseabundos vuelcos de su estómago. Le temblaban las manos. Las apretó y enderezó los hombros—. Continúa.

—No hay nada más que contar —dijo él. Al ver el escepticismo en el rostro de ella, sonrió sombríamente—. Parece que murieron rápidamente, así que quienquiera que hiciera esto posiblemente fuera sólo una banda errante de jóvenes guerreros —añadió, dándole al menos ese incómodo consuelo.

El rostro de Miriam palideció. Un frío y angustioso escalofrío la recorrió.

Dios, ¿qué iba a hacer ella? La respuesta a eso era simple y aterradora. Al parecer, los predicadores no iban a ganar esta guerra.

Tal vez lo harían sus combatientes. Las palabras surgieron sin proponérselo.

—Por mucho que me disgusten las armas y matar, parece que ha llegado el momento en que quizá tengamos que defendernos.

Jonathan le lanzó una mirada penetrante. Ella transfirió su mirada a los gemelos, que estaban cerca. Los rostros de los chicos estaban pálidos, equilibrados con partes iguales de esperanza y miedo.

—Ocúpate de que los chicos tengan un mosquete y de que haya munición suficiente —ordenó Miriam—. Debemos practicar el tiro. —Su mirada se fijó bruscamente en Jonathan.

Él la miró con extrañeza.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

Ella levantó la barbilla.

—¡Sí, pero lo odio! Usaré el viejo rifle de Samuel. —Jonathan sonrió débilmente. Ella se sonrojó—. Al diablo con eso, Jonathan Colberth —dijo ella con fiereza—. No quiero que mis hijos sean huérfanos.

La primera lección de Miriam sobre cómo disparar un arma no fue un experimento especialmente exitoso. Detestaba la sensación fría y pesada del arma en sus manos. La ponía nerviosa. Y Jonathan no era de ninguna ayuda. Apoyó un hombro contra la pared del granero, cruzó los brazos sobre el pecho y la observó.

Concentrándose ferozmente en sus instrucciones, ella subió la boca del cañón con un pequeño y violento movimiento en lugar de suavemente, como se le había indicado. Sus labios se separaron y empezó a temblar. Apenas podía respirar. El rifle casi se le escapó de las manos.

—¡Así no, mujer, así no!

La voz quebradiza y firme en su oído la hizo dar un respingo. Jonathan levantó una mano, como un profesor haciendo una puntualización. Dios, había hecho algo mal...otra vez. Ella le

fulminó con la mirada.

—¡Cuando me gritas, me pongo más nerviosa! ¿Acaso amedrentaste así a los reclutas del ejército?

—Fue idea tuya aprender a disparar esa maldita cosa. Que me aspen si quiero que le dispares a la cabeza de alguien por accidente. Si vas a llevar un rifle, seguro que vas a saber usarlo. Eso es definitivo. —Sonaba absolutamente inflexible.

Sintiéndose amotinada, pero temporalmente sometida, bajó la mirada hacia la enorme arma que tenía en la mano.

—No blasfemes. No está bien visto.

—Eso no es todo lo que voy a hacer si no empiezas a prestar atención —replicó, con la voz aún cargada con el peso de la autoridad.

—Creo que no me gusta este rifle. —Una expresión de disgusto y aversión cruzó su rostro.

Una pequeña sonrisa jugueteó en las comisuras de su boca. Se acercó más.

—No te gustan las armas en general, así que difícilmente eres un buen juez —dijo casi con suavidad.

Ella lo pensó detenidamente.

—No, supongo que no.

Jonathan hizo una evidente apuesta por la paciencia. Extendió la mano y la puso sobre el cañón del rifle.

—Bien, porque es demasiado tarde para discutir.

La boca del arma le rozó el brazo. Sintió que su corazón se aceleraba con fuertes latidos. Sus piernas se sintieron débiles. Respiró hondo. Sus rasgos rígidos, luchó por volver a alinear el pesado rifle con el objetivo.

—No puedo. No puedo. —Su voz era apenas un susurro.

—No seas tonta. Puedes y lo harás. —Él sonrió como para quitarle hierro a las palabras.

Ella empezó a temblar. Sus hombros se agitaban.

Él se movió para que su brazo rozara el de ella.

—Tranquilízate, Miriam. Así. —Su voz volvía a cambiar, suavizándose aún más.

Él ajustó pacientemente la culata contra el hombro de ella y enroscó sus dedos alrededor de la empuñadura, uno a uno. Su mano se estiró, subió el cañón, apuntando a una calabaza que había fijado a un árbol.

—Apunta y aprieta el gatillo.

Miriam exhaló lentamente. Sintió el angustioso tirón de su estómago al apretarse. Su dedo índice se enroscó alrededor del gatillo y apretó. Ruido, llamas y humo llenaron el aire. Como un gigante invisible, el retroceso la hizo tambalearse hacia un lado.

Ensordecida y horrorizada, se quedó balanceándose impotente. Se quedó mirando, estupefacta. Una fina nube de humo flotaba en el aire frío. La calabaza permanecía intacta.

—¡He fallado! —No se había acercado ni remotamente al objetivo. De hecho, ¡había fallado por completo! Parecía tan incongruentemente ofendida que Jonathan tuvo que sonreír.

Su sonrisa iba y venía.

—No pongas esa cara de asombro.

Miriam miró a su alrededor. Hizo un movimiento con la barbilla.

—Por el amor de Dios, ¿cómo cargo esta cosa? Necesito más práctica.

Jonathan gimió.

—Maldita sea, Miriam. Enseñarte a disparar recto va a requerir mucha práctica y más pólvora

de la que podemos disponer.

Por un momento, Miriam se quedó indecisa. Luego le dedicó una sonrisa serena y centró toda su atención en la lección.

Miriam se despertó de un sueño profundo y silencioso. Fue consciente de golpe del cojín de calor que tenía detrás, del peso del brazo que la rodeaba, de la respiración profunda y constante y del calor del aliento de Jonathan en su cuello.

Durante un largo rato no pensó en nada, simplemente dejó que la invadiera la sensación cálida y reconfortante de tener el largo cuerpo de su marido apretado a lo largo de su espalda. Tumbada así, se sentía segura y protegida.

El fuego había ardido poco. Tenuemente podía distinguir las formas de los muebles de la habitación. Parpadeó ante las brasas incandescentes. Como el fuego del hogar había sido su mirada hacia Samuel, cálida y acogedora y contenida, sin grandes llamaradas, pero reparadora y reconfortante.

Se movió ligeramente. El brazo de Jonathan se tensó en torno a ella mientras suspiraba en sueños. Un hombro se levantó, rozando su barbilla. Qué cerca estaba. Su cara se movió contra su pelo.

Una brasa se encendió, brillante de nuevo. La habitación pareció bañarse en una tenue luz amarilla. La respiración de Miriam se escapó en un silbido silencioso.

Este matrimonio era diferente. Esta vez el amor lo consumía todo. Era como un incendio forestal que arrasa la hierba de verano, abrasándolo todo a su paso. O una estrella fugaz, su brillante y llameante cola ardiendo en el cielo nocturno, empequeñeciendo con su gloria a todas las demás de la constelación.

Se quedó muy quieta, escuchando. Oyó el silencio de la lluvia y el bajo gemido del viento sobre el sonido de la respiración tranquila y uniforme de Jonathan. Era casi una nana.

Un bebé, mi bebé, nuestro bebé. Incluso le encantaba el sonido que hacían las palabras en su mente. Tocaban allí una melodía de su propia invención.

Entonces le vino un pensamiento que pareció sacarle todo el aire de los pulmones. Un bebé. Llevaba siete días enteros segura, ¡y aún no se lo había dicho a Jonathan!

Se incorporó antes de poder contenerse y se inclinó hacia delante. Pudo ver claramente la inclinación de su hombro desnudo, las sombras angulosas que subrayaban el tejido profundamente cicatrizado. Su rostro estaba ensombrecido, fuera de la línea de luz. ¿Había abierto los ojos? ¿Estaba despierto?

—¿Miriam? —Sin parecer haberse movido en absoluto, le puso la mano en el brazo. Ahora su cabeza estaba de perfil. Con la rapidez de la intimidad, sintió su imperceptible retirada—. ¿Qué te pasa? ¿Tienes frío?

—No, sólo estoy pensando.

—Bueno, vuelve aquí y piensa. —Su mano siguió la suave tela de algodón por su brazo hasta su espalda y se posó en la curva de su cuello, tirando hacia abajo.

Miriam se echó hacia atrás. Durante lo que pareció un tiempo desmesuradamente largo, permaneció allí sentada, con las manos cruzadas, una rodilla doblada y la cabeza ladeada.

—Jonathan —empezó ella—, puedo sentir que he cambiado. Siento que... —Se interrumpió y

dejó caer la mirada hacia sus manos. Sus dedos hicieron rápidos movimientos enroscados.

—¡Miriam! —Una de sus manos se movió para posarse en su mejilla. Sus dedos trazaron suavemente la línea de su mandíbula—. ¿Intentas decirme algo?

Ella se inclinó hasta que sus labios rozaron su mejilla.

—Sí. —Fue el más leve susurro. Lo que tenía que decir era demasiado importante, o demasiado sacrílego, para decirlo en voz más alta—. Voy a tener un bebé. Estoy embarazada.

La voz de Jonathan era estrangulada, como llena de consternación y exaltación al mismo tiempo.

—¿Un bebé?

Miriam se enderezó y asintió, temerosa de aventurar más palabras. En cualquier caso, no estaba segura de lo que quería decirle. La habitación estaba quieta, como el silencio antes del amanecer, sólo dos figuras inmóviles en el resplandor mortecino del fuego.

—Oh, Dios. No pensé que... —Se detuvo, aparentemente abrumado y totalmente desconcertado por sus emociones.

Miriam se limitó a respirar, observándole, y el viento suspiró y llamó al exterior. Ella no podía leer la expresión de su rostro.

—Que me aspen. —Clavó la mirada en un rincón sombrío. El tenue resplandor le dio un tinte luminoso, como si su anuncio hubiera encendido algún centro latente en su interior que ahora llameaba, invistiéndole de luz—. Eres una mujer inteligente.

—¿Es eso lo que piensas de mí? —Para su horror, empezó a llorar. Sus miedos salieron a borbotones—. Jonathan, no es un arma utilizada para que te quedes. Cuando quieras irte, podrás. Te he dado mi palabra.

—Miriam. —Suspiró, una larga exhalación de aliento, y tiró suavemente de ella para que se tumbara con él en la cama—. Sabes lo que pienso de ti.

—No quiero que te vayas. —Ella se movió para apoyar la cabeza en su hombro. Las lágrimas humedecieron la carne bajo su mejilla. Su respiración era irregular y un poco entrecortada—. Pero quiero que seas fiel a ti mismo, Jonathan. Por eso te quiero.

—Hmm. —Él estaba mordisqueando la curva en forma de concha de su oreja. Su pelo, tan exuberante y tan oscuro, le rozaba la boca. Su tacto sobre ella funcionaba como un fuego.

Los tendones del interior de sus muslos empezaron a temblar. No podía soportarlo más. Salvo que debía hacerlo. Porque sabía lo que había más allá, y debía ocuparse primero del asunto del bebé.

Miriam levantó una mano, lo apartó de un empujón.

—¡Deja eso, Jonathan! Sabes perfectamente lo que intento decirte.

Expulsado de su búsqueda de su oreja, movió la cabeza hacia su pecho, su boca haciendo allí cosas increíbles que causaron estragos en su concentración.

—Ajá.

Miriam tuvo una sensación de exasperación, sabiendo que su voluntad se disolvía en la deliciosa tormenta de fuego de su necesidad.

—Intento decir que te quiero, Jonathan Colberth, porque eres Jonathan Gabriel Colberth, y no por lo que yo pueda intentar hacer de ti.

Su mano rozó su mejilla, trazando la línea de su mandíbula, y luego, como si tuviera voluntad propia, se deslizó por su vientre aún plano.

—¡Un niño! —Él se rio. La luz del fuego brillaba en sus ojos. Sus extraordinarios ojos dorados eran casi cobrizos en el resplandor.

En ese momento ella se hizo agudamente consciente de su cuerpo, de su sensualidad de líneas, de su desenfrenada masculinidad. Sus mejillas ardieron de calor. ¡Qué tonta era! ¡Estaba jugando con ella!

Ella le besó.

Él la besó.

Sus manos se deslizaron desde los hombros de ella hasta la ropa de cama a ambos lados para que, mientras se besaban, nada de su peso descansara sobre ella. Fue un beso ligero pero persistente. Ella podía saborear la tenue sal de sus lágrimas.

Miriam sintió una hinchazón intangible en su interior, una maraña de desesperación, de esperanza, de exultación. Sus manos se alzaron para tocarle el pelo. Más cerca. Ella lo quería más cerca. Se arqueó hacia su cuerpo, ofreciéndose más.

—Dios, mujer. —Con voz insegura, se soltó, suavemente y a regañadientes—. Si usas ese tipo de argumento, puedes persuadirme de cualquier cosa.

Sintiéndose perversa, casi lasciva, deslizó los brazos por detrás de su espalda, encerrándolo. Apretó la cara contra su cuello, respirándole. Era una emoción embriagadora. No estaba segura de lo que quería en absoluto, salvo que, ahora mismo, lo quería a él.

Las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos y le abrazó con fiereza. Las cicatrices profundamente marcadas de su espalda se agolparon, los músculos se estremecieron justo bajo la superficie de su piel.

—¿Te quedarás hasta que nazca el niño? —murmuró ella contra el costado de su cuello.

Él no se molestó en responder, al menos no con palabras. Le besó las lágrimas, cada una con cuidado, a conciencia, antes de que sus dedos se deslizaran entre sus muslos, buscando su tesoro más íntimo y secreto. Esta vez su abrazo fue inflexible, su lengua escarbadora, provocadora.

Un gran estremecimiento la recorrió por completo. Sabía lo que le esperaba y su cuerpo ardía. Sintió que se abrían compuertas en su interior, sintió su vulnerabilidad ante Jonathan y no rehuyó de ella. La abrazó.

Más tarde, al borde del sueño, se dio cuenta de que él no le había dado ninguna seguridad. Pero la sensación de él en su interior engendró una plenitud que ella había creído que sólo podían poseer quienes habían encontrado la llave del cielo.

Rezó ferozmente para que lo que compartían ahora les uniera siempre.

Hasta que la muerte nos separe.

Miriam oyó abrirse y cerrarse la puerta principal. No había necesidad de preguntarse quién era. Jonathan había llevado a los chicos a buscar una carga extra de leña para el almacén de invierno. Ella no había oído la carreta, pero debían llegar a casa en cualquier momento.

Era el atardecer. Hora de cenar. Empezó a doblar su costura. Se oyó un arañazo en la puerta del salón y Betsy Ann entró a hurtadillas, con la lengua fuera y el pelaje húmedo. El animalito corrió hacia Miriam y se sentó sobre sus suaves zapatillas de cuero.

En el pasillo algo se agitó. Los gemelos estaban anormalmente calladas. Ella ladeó la cabeza, acariciando distraídamente al mapache. Entonces sintió que el aliento se le iba. No era su imaginación; los sonidos del movimiento eran furtivos, sigilosos. No eran los chicos.

Se puso en pie de un salto, sosteniendo aún la cesta de costura, con los ojos fijos en la puerta.

Con el corazón en la boca, se dio cuenta de que estaba atrapada en la casa y de que estaba sola.

No, no sola. Alguien caminaba por el pasillo. Alguien muy cauteloso. Alguien que llevaba una tea. El penetrante olor a humo llegó hasta ella, aromático, amargo.

La puerta se abrió lentamente y un indio enormemente alto entró tambaleándose en la habitación. Sostenía la tea sobre la cabeza con una mano y aferraba una botella de ron vacía con la otra.

El indio divisó a Miriam y el marco de punto de cruz en el mismo instante. Dejó caer la mandíbula y su cabeza parcialmente afeitada se sacudió, haciendo girar el adorno de plumas que colgaba de su mechón de cuero cabelludo levantado.

Miriam no pudo sino mirarle fijamente, con el miedo tirando de su propio cuero cabelludo. Era un guerrero pequot. Aferró la cesta de costura contra sí como si fuera un bebé.

—¡Nube Blanca! ¿Qué haces merodeando por la casa?

Tenía la cara pintada de negro con círculos blancos dibujados alrededor de los ojos y miraba fijamente a Miriam como si fuera la mismísima Gran Tortuga.

—Perro corredor —llamó suavemente con un gruñido gutural—. Ven rápido.

El corazón de Miriam martilleaba salvajemente en su pecho. Se miró la mano y notó que tenía un ligero temblor. La introdujo en su cesta de costura.

Perro Corredor era un individuo achaparrado con líneas bermellón que le bajaban por la nariz y le pasaban por la boca y la barbilla. Sus labios relucientes estaban entreabiertos.

Nube Blanca estaba ligeramente achispado, pues ese mismo día había cambiado un fardo de pieles por una provisión de licor, pero no tanto como su compañero. Nube Blanca arrojó la marca encendida al fuego. Se oyó un estruendo y las llamas se elevaron más, haciendo saltar chispas. Extendió la mano.

—Dame —dijo.

Miriam le entregó la cesta de costura. Dio un paso atrás y la dejó en el suelo, acuclillándose junto a ella. Ella se preguntó si podría apresurarse a pasar junto a él, pero él no le quitó los ojos de encima, utilizando una mano para buscar en la cesta. Sacó un muestrario.

—Sólo estaba remendando. —Le costaba respirar y se le había secado la boca.

Nube Blanca asintió y siguió rebuscando dentro de la cesta. Sacó algunos algodones de colores para bordar, los examinó y los puso junto al muestrario. De nuevo su mano entró como un prestidigitador en busca de un conejo blanco, aunque esta vez salió con el libro de patrones de Miriam.

Miriam empezó a decir que era para dibujar patrones que deseaba bordar, pero Nube Blanca la ignoró y pasó lentamente las páginas. Vio el boceto que ella había hecho del ojo. Trasladó su atención del dibujo al punto de cruz enmarcado.

Detrás de él, Perro Corredor asintió para sí.

—Tewah. —Aflojó la gran hacha sujeta a la correa de su breechclout.

Nube Blanca miró por encima de su hombro y luego de nuevo a Miriam, obviamente insegura de qué hacer. Sabía que Perro Corredor estaba considerando matarla. Se le revolvió el estómago.

Perro Corredor equilibró el tomahawk en su mano. Dio un paso adelante y ella retrocedió medio paso. Se estremeció, levantando las manos delante de la cara, sabiendo que él no fallaría a esa distancia.

—Bueno, ¿qué tienes que decir en tu defensa? —preguntó—. ¿Qué dirá Blue Bonnet, que entres así en la casa? —Su voz era extrañamente chillona.

Los hombres se miraron desconcertados. La iluminación trazó un tortuoso curso a través del

aturdido cerebro de Nube Blanca. Se tambaleó, luego se enderezó con lo que obviamente pensó que era una cortesía digna.

—Perro Corredor dice que prendan fuego a la casa. Arde rápido. —Envió una mirada preocupada a su ebrio compañero—. Olvidé que ésta era la casa de Zorro Fantasma y Búho Gris.

Nube Blanca se volvió hacia su cómplice y dijo algo que Miriam no pudo entender. El compañero también parecía preocupado. Estaba de pie con las manos a los lados, el tomahawk aferrado en una de ellas. Tenía la cabeza ligeramente inclinada, pero sus ojos estaban fijos en el muestrario de punto de cruz, como si el ojo azul fuera mágico.

Habían pasado apenas unos segundos. Dio otro paso adelante, murmurando en pequot. Otro paso más. El punto de cruz estaba casi a su alcance. Rápidamente, levantó la mano derecha, lo agarró y lo retorció de su gancho, arrancando el bastidor de la pared.

Con su premio en la mano, Perro Corredor se giró lentamente hasta quedar frente a Miriam. Volvió a hablar en pequot.

Nube Blanca gruñó.

—Vamos.

Recogieron sus pertenencias y, zigzagueando sobre sus pies, salieron trotando por la puerta, uno detrás del otro.

Se había acabado. Se habían ido. Miriam se quedó clavada en el sitio, como si fuera sonámbula.

Betsy Ann parloteaba suavemente, buscando atención.

Jonathan se enfadó cuando Miriam le contó el incidente. No, era más que eso: estaba furioso. Unos cordones de ira le sobresalían por el costado del cuello. La cicatriz de su frente ardía.

—Es obra de Blue Bonnet, te lo aseguro. Ha estado escuchando a su primo Tewah. Es un viejo truco. Agitar a los colonos, ponerlos nerviosos, alejar a las tropas del pueblo y dejar que los franceses ataquen en el momento más vulnerable.

Miriam le miró. Pareció contemplar sus palabras durante un momento, y luego dijo con la simple lógica de una niña:

—Creo que te equivocas.

Jonathan contempló su rostro preocupado y sintió en su interior una chispa de rabia al rojo vivo.

Ella podía incendiarle el corazón sólo con estar allí de pie. Se paseó por la habitación.

—Acabas de ver cómo se hace. Nube Blanca y Perro Corredor nunca te habrían acosado sin que les empujaran a hacerlo.

Miriam no dijo nada. Observaba las líneas rectas del cuerpo de Jonathan. Vio su largo cuello, su rostro ovalado, su pelo del color del sol moribundo recogido hacia atrás de su cara en una apretada trenza.

Temblaba de rabia impotente.

—¿Por qué si no iban a estar aquí? —Estiró los brazos para enfatizar su argumento.

Miriam se obstinó en su defensa.

—Los pequot nunca nos han hecho daño. Nunca han sido malos conmigo ni contigo ni con ninguno de nosotros. ¿Por qué iban a cambiar ahora?

Jonathan vio cómo sus ojos se desviaban hacia el juego de músculos bajo su camisa. Luchó por sonreír, por sofocar el fuego de su interior.

Se encogió de hombros.

—Los iroqueses son poderosos. Están reuniendo a las tribus indias mientras deciden si se alinean con los franceses o con los ingleses. Me temo que eso significará que debes reducir tus visitas a Martha Schofield.

Miriam le miró fijamente, como si apenas pudiera creer lo que estaba oyendo. Dio dos pasos vacilantes hacia él y se le aceleró el pulso.

—Estás hablando de un imposible. —Ella intentaba sonreír—. Su bebé no está bien.

Jonathan se quedó muy quieto.

—Es una situación totalmente nueva, Miriam. Nos guste o no, estamos en ella.

Su cabeza se sacudió y dio otro paso adelante. Parpadeó, al borde de las lágrimas.

—Jonathan... —Su voz vaciló y miró rápidamente alrededor de la habitación.

—¡No! —Su tono era cortante, aunque bajo. Esta conversación era sólo para ellos dos—. No deambularás por el campo sin vigilancia. —Su voz sonaba tan formal, tan distante a sus propios oídos. Sabía que se estaba conteniendo.

Pero ya Miriam estaba sacudiendo la cabeza. Sus ojos verdeazulados eran grandes y luminosos.

—No me detendrás, ¡te lo digo sin rodeos! —Su voz había ganado en volumen.

Estaban lo suficientemente cerca como para tocarse, pero no lo hicieron. Él vio lágrimas en las comisuras de sus ojos ahora, como pequeños diamantes temblando a la luz del sol.

—Creo que lo haré —dijo—. Tengo que confiar en mí. —Jonathan bajó aún más la voz, pero ahora había más fuerza en ella—. ¿Quieres saber lo que hacen los indios con sus cautivos? Los atan, los estacan a la tierra en medio de su campamento y los degüellan.

Miriam lanzó un profundo y estremecedor suspiro. Sus puños se cerraron blanquecinos a los lados. Él observó sus ojos cerrarse, las lágrimas enjoyadas derramándose bajo las largas pestañas.

Deseó tanto tomarla en sus brazos, envolverla y protegerla. Pero no pudo. Algo duro e inflexible en su interior no podía olvidar lo que le habían hecho, el daño y el dolor que había sufrido cuando había sido prisionero de los iroqueses.

Miriam se estremeció, como si un viento frío hubiera pasado entre ellos. Esto era lo que ella había temido, lo que había hecho temblar su mano. Aun así, perseveró.

—No hay razón para sospechar que los pequot sean tan inhumanos como los iroqueses.

Jonathan se dio la vuelta y caminó hacia la ventana, mirando a media distancia nada más sustancial que las cambiantes sombras de la noche.

Después de la debacle de Beaver Creek, había querido morir. Para él, la vida sólo podía vivirse de una manera, ligada al férreo código del honor. Había dado la bienvenida a la muerte.

No fue así. Los iroqueses no tenían motivos para mantenerlo con vida, y sin embargo lo hicieron. Tal vez se había convertido en tal símbolo de odio para ellos que no podían soportar separarse de él tan pronto. Tal vez pretendían hacer de él una lección objetiva.

Fuera como fuese, no lo ejecutaron como era su costumbre. Jonathan había sido tratado como un guerrero, había resistido como un guerrero y, en última instancia, había triunfado como un guerrero.

A cambio le habían pedido a Jonathan que golpeara a Tewah entre las piernas para que nunca más pudiera ser un hombre. En lugar de eso, había cortado sus ataduras y, echándose al pequot al

hombro, lo había sacado a las sombras retorcidas y ocultas del bosque.

Tewah era un guerrero y había mostrado debilidad. ¿Cómo podía vivir con semejante vergüenza? La respuesta era sencilla: no podía. Jonathan sabía que el pequot acabaría con su propia vida antes que sufrir la ignominia de este acto vergonzoso.

Entonces no había cicatriz en la cara de Tewah. Había sido puesta allí por Jonathan, una marca de guerrero que el Pequot llevaría siempre. Una mancha que todos comentarían, describiendo con una pizca de asombro lo que Tewah el Pequot había sufrido por su hermano blanco. Cómo había superado su prueba de fuego como el gran guerrero que era.

Jonathan suspiró y volvió los ojos hacia Miriam una vez más. La idea de lo que le harían si la capturaban le pesaba en el pecho. Debían hacerla comprender. No debe haber dudas.

—¿Puedes imaginarte cómo es, Miriam? Una muerte lenta y persistente por mil cortes insignificantes. —Su voz podría haber agitado las hojas de los árboles.

—No tengo... ni idea. —Ahora estaba sollozando. Las lágrimas se derramaban por sus mejillas y sus ojos brillaban a la luz de la lámpara.

Se dirigió en silencio hacia ella, deseando no ceder.

—Por favor, Miriam. No te estoy pidiendo lo imposible.

—Sigo pensando que te equivocas, pero será como tú deseas. —Sus mejillas brillaron—. No quisiera que algo tan terrible volviera a suceder.

—No volverá a ocurrir. —Su mirada era inquebrantable—. Por mi honor —dijo, en voz tan baja que dudó que ella lo oyera. Luego sacudió la cabeza, como si no hubiera querido decirlo, o que ella lo oyera.

Capítulo 14

La agradable bruma del verano indio se disipó bruscamente con un vendaval invernal que arrancó las últimas hojas de los árboles y dejó sus ramas desnudas cubiertas de aguanieve. Siguieron un día tras otro de nubes grises y viento penetrante. El viento aullaba inquietantemente a través del bosque, como si el mundo estuviera cantando un canto fúnebre, un lamento por la inocencia perdida.

Miriam sabía que Jonathan tenía razón al restringir cualquier viaje a solas, pero le molestaba la restricción a su libertad. Ninguno de ellos podía permitirse correr riesgos.

Ella también podía sentir la inquietud en Jonathan y se preguntaba qué la provocaba. Podía sentir la anticipación masculina en él. Estaba esperando que ocurriera algo. Ella también esperaba, pero no sabía muy bien qué esperar.

Había un tiempo para conseguir, y un tiempo para perder; un tiempo para conservar, y un tiempo para desechar...

Por fin llegó la tan esperada carta. Fue llevada a Green Valley por el propio diezmador.

—Venía hacia aquí y te he traído el correo —explicó Isaac a Miriam cuando le entregó la misiva. No vio la necesidad de explicar el motivo de su presencia en la zona.

Miriam le dirigió una mirada inquebrantable.

—Te doy las gracias, Isaac, y te pido perdón por mi indecoroso comportamiento en Acción de Gracias.

Isaac no estaba seguro de su sinceridad. Su pelo castaño estaba retorcido en una larga trenza, enrollada en un apretado círculo en la parte superior de su cabeza, señal de su continuo descarrío. Aun así...

—¿Qué pasa? —dijo un poco sin aliento.

Una mirada peculiar y acerada había aparecido en los ojos del diezmador.

—Te pido perdón, Miriam. Sé que soy un hombre difícil, pero me has abandonado, con todos mis deseos abiertos crudamente al mundo. Debo decirte que mi corazón tiene heridas profundas. Sólo... dame algo de tiempo —le dijo. La observó atentamente, vio que algo se agitaba en sus ojos.

Aunque Miriam no se había movido, pudo ver que le temblaba la mandíbula. Su mano libre se unió involuntariamente a la de él. Cuando sus dedos se enroscaron cálidamente alrededor de los de ella, sus ojos volaron hacia su rostro. Él los encontró con calma, sus propios ojos de un suave azul campanilla. No había nada allí que la perturbase, pero brillaban con alguna emoción indefinida.

Un claro temblor recorrió su cuerpo cuando ella soltó sus dedos. Aun sosteniendo la carta, cruzó las manos a la altura de la cintura. Tragó saliva para humedecer su garganta seca.

—El matrimonio, es la voluntad de Dios, Isaac. Tuve un despertar.

Isaac asintió. Sus pestañas se hundieron un instante y sus labios se entreabrieron, como si estuviera a punto de decir algo. Luego giró sobre sus talones y estaba a medio camino de la

puerta cuando se volvió de nuevo.

—El poder de Dios es infinito, y debemos temer su poder, porque es terrible. Tu rechazo me ha dado motivos para reflexionar. Si Leah desea este matrimonio con Will Sutcliffe, no me interpondré en su camino.

Isaac hizo una pausa, observando atentamente el rostro de Miriam, tratando de calibrar su reacción ante su rendición. Se alegró de no ver ninguna duda registrada allí. Continuó.

—Ella es mi única pariente.

Miriam volvió a favorecerle con aquella mirada ilegible. Hizo una esbozada reverencia.

—Su servidor, señora Colberth. —Se fue antes de que ella pudiera responder.

¿Qué poeta de la antigüedad advirtió de los griegos que llevaban regalos? se preguntó Miriam mientras veía alejarse a Isaac Saybrook. Pero luego se sacudió rápidamente.

La respuesta de lord Brougham había llegado por fin. Intentó reprimir la embriagadora excitación que empezaba a chisporrotear en su interior. Al romper el sello, un trozo de la cera seca rebotó en el hogar. Contuvo la respiración mientras sus ojos recorrían el garabato grueso y confiado.

Una rápida punzada de sorpresa la golpeó como una bofetada en la cara. Le temblaban los dedos mientras volvía a doblar el trozo de papel. Sintió la familiar sensación de ardor en el fondo de los ojos. Últimamente parecía llorar al menor pretexto. Esta nueva tendencia le resultaba extremadamente molesta. Debía de tener algo que ver con el hecho de estar embarazada.

Volvió a la cocina y se paseó nerviosa, ajustando un plato en el aparador, enderezando una hilera de conservas, chasqueando la lengua al mapache, antes de volver a coger la carta.

Jonathan entró en la habitación, con el rostro sombrío.

—¿Por qué estaba Isaac Saybrook por aquí? Le dije a ese hombre que no volviera a poner un pie en esta casa.

Miriam se preguntó si Jonathan era remotamente consciente de la arrogancia de sus palabras. Ella mantuvo su aire de calma, a pesar de los apresurados latidos de su corazón.

—Trajo esta carta con él. Dice que usted es el vizconde Litchfield, hijo y heredero de lord Brougham, sexto conde de Hampshire, y no su ayuda de cámara, como proclaman sus papeles.

Una chispa salió disparada en la chimenea y llamó la atención de Jonathan. Miró fijamente las llamas anaranjadas, con los ojos entrecerrados.

—Que yo sepa, Miriam, no te he mentido ni engañado de ninguna manera.

—Hay muchas maneras de engañar, ¿no? El tuyo fue el pecado de omisión.

Por un momento, Jonathan pareció vagamente inseguro, y luego giró sobre sus talones y cruzó hacia la ventana, mirando ciegamente las distantes colinas cubiertas de nieve. Cada músculo de su espalda parecía tenso, y sus manos se cerraron en puños, con los nudillos blancos. Parecía estar luchando con alguna emoción profunda.

Pareció pasar un eón antes de que dijera, con los labios rígidos.

—¿Quieres una excusa o te digo la verdad?

—La verdad.

Su rostro se desvió hacia las sombras de la habitación, pero no antes de que ella vislumbrara sus ojos. Había caído una cortina, tan pesada y segura como el plomo. Ella no podía ver el movimiento de su boca, había tanta oscuridad donde él estaba.

—Ya no soy un hombre de grandes escrúpulos, Miriam. No me desviaré del camino que me he trazado para llevar ante la justicia a aquellos que me traicionaron. Tengo la sensación de que tu religión es muy real para ti, y ése es precisamente el problema...

Su voz se entrecortó.

Miriam se sentó con rigidez. El miedo le roía ahora el estómago. Era como si se hubiera quitado una máscara y estuviera viendo por fin al verdadero Jonathan Colberth. Éste no era el hombre al que había llegado a amar. Éste era un extraño muy peligroso. Callado, oscuro, amenazador.

—Toda esta charla sobre asesinato y venganza. Es espantoso. —Se retorció las manos en el delantal—. Sólo conduce a más derramamiento de sangre y desorden. La venganza engendra venganza.

—Al contrario. Los indios, al menos, respetan la venganza. La entienden. —No le gustó el sonido de su voz. Ronroneaba en lo más profundo de su garganta, como un lobo amenazando.

—Quieres decir... —Se detuvo al darse cuenta de lo estúpida que había sido. Por supuesto que él sabía de primera mano lo que estimaban los indios. Quería decir algo, pero estaba aturdida por las emociones. Se dio la vuelta y sonrió ligeramente, pero no había forma de suavizar el golpe.

—Esta carta es del propio lord Brougham. —Se la tendió a Jonathan—. Es en respuesta a una que yo le escribí.

—¿Tú qué? —Sus ojos se clavaron en el papel doblado, como si contuviera un escorpión, listo para atacar—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No estabas preparado para saber... —Se detuvo bruscamente.

La rabia envolvió a Jonathan como un fogonazo. Los músculos de las comisuras de su mandíbula se anudaron. Dio un paso hacia delante, con el rostro ensombrecido por la furia, como si estuviera ardiendo sin control.

Miriam sintió que se le encogía el corazón bajo aquella embestida.

—¿No estaba preparado? —Él aspiró el aliento—. ¿Quién toma esa decisión? ¿Tú?

Miriam respiró hondo. Ella había sabido a dónde podría conducir esta conversación. Prácticamente se había preparado a sí misma. Había estado nerviosa y decidida a la vez, y ahora que había llegado el momento, estaba asustada.

Dio un rodeo.

—Llega un momento en la vida de todo hombre en que debes levantarte y defenderte, por doloroso o inconveniente que sea y cualesquiera que sean las consecuencias, o simplemente la vida no merece la pena —afirmó.

Jonathan controló con firmeza su temperamento. El color agitado se desvaneció de sus mejillas. Ella le estaba provocando deliberadamente, y él no iba a morder de nuevo. Le quitó la carta. Respiró hondo y luego trató de atenuar la dureza de su tono.

—Entonces, ¿qué tiene que decir lord Brougham? —Desplegó el grueso pergamino. Mientras sus ojos lo devoraban, Miriam permaneció donde estaba, sin atreverse a mover un músculo.

Jonathan no levantó la vista del papel, aunque Miriam sabía que ya debía de haberlo leído entero; sólo era una hoja. Pero sintió una sutil agitación en su interior. Si tan sólo pudiera conseguir que vomitara el veneno que había estado dentro de él durante tanto tiempo. ¿Cuál era el oscuro secreto que se sentía incapaz de compartir con nadie?

—Así que quiere venir a visitarnos. ¿Por qué, Miriam, después de todo este tiempo? —Se quedó mirando la carta y luego la arrugó lentamente en una bola apretada en su mano derecha.

Miriam no pudo responder. Cambió de opinión varias veces antes de hablar. Las estúpidas lágrimas empezaron a quemarle los ojos de nuevo. Las apartó con el dorso de la mano.

—Jonathan, el tiempo pasa tan deprisa. Cuando te miro a veces veo a un hombre con las

manos atadas a la espalda. Tal vez sea como él dice, que debe arrepentirse de lo pasado y reparar sus faltas. ¿Tiene eso algún sentido para ti?

Jonathan sacudió la cabeza y a ella le dio un vuelco el corazón.

—La imaginación es más impaciente que el conocimiento —dijo él, en un tono tan natural que ella no supo si había sido halagada o reprendida.

—Ahora me avergüenzas —entonó Miriam.

Su mirada la fulminó. Sonrió de repente. Ella pudo percibir la diversión que acechaba en los ojos de bronce dorado.

—Mi coronel solía decir que algunas de las mejores cosas que hacían los soldados surgían de su vergüenza por las cosas que habían hecho antes.

—¿Cómo es que tienes una respuesta para todo?

—No para todo, de lo contrario sería el vizconde Litchfield, de enorme riqueza y poder, en lugar de lo que soy.

—¿Y qué es eso? —Miriam se sintió extrañamente sin aliento mientras esperaba su respuesta.

—Sólo un hombre lleno de todo tipo de ideas extrañas.

En la reunión, Miriam pasó largo rato rezando. Jonathan, a su lado, pensaba en otras cosas más mundanas pero no menos importantes. Un dolor se había ido de su interior, y con él una muerte de la que sólo ahora, con su ausencia, había tomado conciencia.

Tras reunirse, circularon por la pequeña comunidad de fieles, intercambiando noticias. A diario, llegaban al pueblo informes de nuevas matanzas en los campos de los alrededores.

Miriam se disculpó por no poder visitarla, pero Martha lo comprendió. Le dijo a Miriam que empezaba a esperar con ilusión al nuevo bebé. Y la pequeña estaba mucho mejor.

Miriam, al mirar al infante, no se sintió muy tranquila. Porque aunque la criaturita sonreía y agitaba sus manitas, parecía casi transparente. Unas ojeras marcaban sus ojos. Su piel estaba caliente al tacto y seca, tan tirante sobre su carne que incluso desde donde estaba, Miriam podía ver las diminutas venas palpitando y distendidas justo debajo de la superficie.

Thirza Arnold se encontró con los ojos de Miriam a espaldas de Martha. Miriam sacudió la cabeza. No era el momento de desilusionar a Martha. Miriam dio un pequeño escalofrío y se acurrucó más en su capa.

Un viento cortante, que penetraba en sus ropas y cortaba la piel como el filo de un cuchillo, había surgido a sus espaldas desde el noreste. Sonaba como olas rompiendo en una orilla lejana. Los árboles del cementerio se inclinaban de un lado a otro, balanceándose como mástiles de un barco.

Charles Cornwall esperaba a Jonathan mientras se alejaban de la casa de reuniones. Extendió una mano y agarró el brazo de Jonathan.

—El coronel Fitzpatrick ha venido a verte —anunció bruscamente.

—Está junto a la puerta. Quiere verte inmediatamente.

Los músculos de Jonathan se tensaron con recelo. Se preguntó por qué un coronel al servicio de Su Majestad vendría a la casa de reuniones a buscarle, pero sin decir una palabra más se dirigió hacia la puerta, con zancadas tan largas que Miriam se vio obligada a levantarse las faldas y medio correr, medio saltar, para seguirle el paso.

El coronel Fitzpatrick vestía traje de campaña completo, las brillantes coronas de sus charreteras destacaban rígidamente sobre el pesado abrigo de paño grueso. No hubo preámbulo.

—El ejército necesita un buen oficial en la escena local, Colberth. Sé el talento que tiene para orquestar campañas y guerras continuas. Diablos, no hay nadie mejor. Por eso he venido hasta aquí. Para pedirle que se una a la milicia.

Las palabras resonaron en su cabeza. Jonathan sintió que le recorría un repentino escalofrío ante la idea de lo que estaba contemplando, de lo que el coronel había venido a hacer aquí.

—Me toma por tonto, señor. ¿Por qué querría servir en la milicia? Acabo de recuperar mi libertad, no gracias a usted.

Fitzpatrick abrió y cerró la boca dos veces.

—Eso ya es historia. —Se acercó, miró fijamente el semblante feroz de Jonathan—. Ambos sabemos que hay muchas preguntas sin respuesta ahí fuera, y yo tengo algunas cosas muy importantes por las que responder. ¿Qué diferencia hay cuando su país le necesita?

Miriam miró fijamente a Jonathan. Su rostro estaba pálido y parecía temblar con una fuerza fuertemente contenida. El coronel Fitzpatrick y su trenza dorada representaban todo aquello por lo que Jonathan había estado a punto de morir una vez.

De repente, fue dolorosamente consciente del viento ululante a su espalda. Tembló, no contra el frío invernal sino contra un frío mayor mientras una terrible oleada de pavor premonitorio la recorría.

Jonathan se alejó del oficial —un paso, dos, tres— apretando y soltando los puños.

—Sí que me toma por tonto. —La ira coaguló su voz.

—Eso marca toda la diferencia del mundo. Me desacreditaron. Me temo que ha hecho el viaje para nada.

Fitzpatrick se inclinó más cerca. Su voz era ronca, baja.

—Ahora, espere. No tome ninguna decisión precipitada. Escúcheme. Tiene algunas importantes habilidades que su familia y este país necesitan. Me malinterpreta, Colberth.

Este es el momento, pensó Jonathan, en que debería decir adiós y marcharse. Una parte de él quería hacerlo. Pero había otra parte, la parte que Miriam había visto y ante la que había reaccionado. Y esa parte era la más fuerte. Charles también lo sabía, por eso se levantó en armas y esperó.

El viento tosía como un sabueso a la caza; el cielo estaba sucio y rasgado. Se oyó un sonido rápido y Jonathan volvió la cabeza para mirar en esa dirección. Miriam vio la cicatriz púrpura que le acuchillaba desde la sien hasta la ceja. Cuando se volvió, su rostro había cambiado por completo. Estaba sonriendo.

—Tiene razón, señor. Mi familia lo es todo para mí. Tenga la seguridad, coronel, de que si alguna vez necesita ayuda, me encontrará a su disposición. —Le ofreció la mano y el coronel se la estrechó agradecido.

—¡Bien! Me alegro si he podido ayudarle a establecer sus prioridades. —Como había mucha emoción detrás, la voz del coronel era un gruñido cuando habló.

Isaac Saybrook intervino.

—¿Seguro que el nivel de las fuerzas armadas en Connecticut es adecuado para protegernos sin permitir la entrada de chusma en la milicia?

—Vivimos tiempos peligrosos, señor, y necesitamos hombres íntegros para mantener estas colonias fuera del control francés.

Isaac bajó su gran pico de nariz, su mirada clavándose en Jonathan con un veneno casi

palpable.

—Coronel, a este hombre habría que ponerle grilletes, no recompensarle con una comisión. —Su voz estaba llena de amenaza.

El coronel Fitzpatrick sacudió la cabeza.

—Lamento no poder complacerle en eso, Predicador. Sin Jonathan Colberth, el teniente Cornwall no podría mantener una buena guardia. Con su segundo al mando casi muerto por la fiebre, no hay nadie más con la experiencia para hacerse cargo, especialmente en una comunidad donde los voluntarios son tan escasos como los dientes de gallina.

La rabia de Isaac fue algo repentino. Su rostro se ennegreció con ella. Agitó una mano imperiosamente.

—¡Me ofende, señor!

El coronel esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Oh? ¿En qué sentido?

Isaac se aclaró la garganta.

—Por insinuación, señor. Hay buenas y válidas razones por las que no sirvo en la milicia.

—Estoy seguro de que las hay, señor Saybrook. —Charles Cornwall le sonrió—. Y no veo razón para que tenga que detallarlas en esta…inocente conversación.

La cabeza de Isaac se volvió y sus ojos se centraron en el joven teniente.

—¡Usted, señor, es insufrible!

Miriam ya había oído bastante. Tomó la palabra.

—Sugiero, señor Saybrook, que quizá esto haya ido demasiado lejos.

Sus palabras carentes de sentido común le hicieron retroceder. Se inclinó ante ella.

—Por supuesto, señora Colberth, tiene usted razón —dijo untuosamente—. Espero que pueda disculpar mi comportamiento grosero.

Miriam ni siquiera intentó responder a la pregunta retórica. La incomodidad del diezmador era total.

A todo esto, Jonathan no dijo nada. Permaneció de pie junto a Miriam, con las manos entrelazadas detrás de la parte baja de la espalda. El frío viento invernal le hacía inclinarse ligeramente hacia ella, de modo que daba la impresión de estar ensimismado.

El suelo se endureció. El estanque se congeló. La nieve en polvo daba al prado el aspecto estéril de una marisma salada. Los árboles macilentos y denudados permitían ahora vislumbrar las prohibitivas profundidades del páramo. El bosque se había convertido en una puerta abierta a través de la cual gemían los vientos fríos.

Parecía que la adversidad acechaba a la vuelta de cada esquina, encantada de arrebatarle no sólo la vida sino también la alegría y la esperanza. La vaca lechera se secó y hubo que meterla en el rastrojo con los demás animales. Las gallinas dejaron de poner, el mapache hizo estragos en la despensa y la mantequilla se puso rancia.

El forzoso encarcelamiento de Miriam no mejoró ni por la extraña melancolía de los gemelos ni por la inquebrantable obstinación de Jonathan en que viajara sola. Ahora se preocupaba en silencio por Martha y el bebé. No así Betsy Ann, que estaba atada a la pata de la mesa. Las protestas de la mapache eran fuertes y vocales mientras tiraba de la cuerda ofensiva.

De una viga del techo, encima de la chimenea, colgaban hierbas verdes para secarse. Junto a ellas colgaban hilos de color amarillo y óxido que Miriam había hilado, teñido y tejido. Betsy Ann había conseguido enredarlos todos en su travieso juego. Miriam tiraba, retorcía y se burlaba de los hilos, intentando que volvieran a desenredarse.

Jonathan entró, trayendo consigo el olor de los establos. Se agachó y soltó al mapache, que parloteó excitado sobre sus pies. Mientras se enderezaba, sopló un beso en el oído de Miriam.

—Aún no estás lista para rendirte, ¿verdad? —Había una nota bromista en su voz.

Miriam se giró, con la boca abierta de indignación. Sus ojos echaron chispas de rabia.

—¡Puedes empezar a enfadarte ahora, para que no te resulte tan chocante después, Jonathan Colberth, pero estoy cansada de que me encarcelen como si estuviera en prisión! —Hizo una pausa y luego añadió desafiante—: Así que voy a visitar a Martha, y nadie va a impedírmelo.

Argumentar era inútil; se dio cuenta de ello desde el principio. Ella se saldría con la suya en esto.

—Ponte la capa y el bonete. Te dejaré en Whitewater. Puedes quedarte a pasar la noche. Llevaré a los niños al pueblo conmigo. Pueden pasar la noche con los Somerses mientras yo vigilo.

Miriam agradeció que se hubiera ido, pues aunque Martha, ahora en el sexto mes de su reclusión, parecía estar bien, y los niños mayores estaban floreciendo, el bebé parecía muy mal. Su rostro tenía un inquietante color azulado y respiraba con dificultad.

Iba a morir, se dio cuenta enseguida Miriam.

El frío, la humedad y el humo de la granja estaban acelerando la muerte del bebé, pero Miriam no podía hacer nada al respecto. Se afanaba, ayudando a Martha a enrollar madejas de hilo teñido en ovillos gordos y redondos y contando a los niños historias de la Biblia. El de Daniel en la Guarida del León era uno de sus favoritos, así como el de David que mató al gigante Goliat.

Cuando Cotton entró, parecía tan cansado y ansioso mientras miraba la cuna que Miriam trató de reconfortarlo con una taza de té y un enorme cuenco de estofado con albóndigas flotando en él. Él permaneció en silencio mientras ella servía la comida. Comieron en silencio.

Cotton nunca fue hablador. No fue hasta que hubo terminado de echar lo último de la carne sobre una rebanada de pan y Martha había ido a arropar a los otros niños en su cama del desván, que susurró:

—¿Está muy mal?

Miriam le respondió al instante con la mayor tranquilidad, la mayor amabilidad.

—Cotton, tu propio corazón ya te ha dicho la verdad.

Él extendió una mano rápida, y ella la cogió y la sostuvo con firmeza, sosteniéndola, mientras continuaba.

—No hay nada que hacer. Vete a la cama con Martha. Las dos necesitáis dormir bien. Yo me quedaré junto al fuego con el bebé. ¿Te parece bien?

Cotton asintió en silencio.

Fue una noche larga. Todos dormían menos Miriam, que estaba sentada con el bebé en el regazo, observando el lejano y tenue horizonte. Finalmente la luz del amanecer se hizo más fuerte en la ventana. La respiración de la pequeña era cada vez menos apresurada. Parecía estar ya más allá del sufrimiento terrenal.

Poco a poco la luz se hizo más profunda, las sombras empezaron a levantarse, a retroceder en la luminosidad cada vez mayor. Los pájaros empezaron a piar.

Fue entonces cuando el bebé se agitó. Los ojos se abrieron en la carita y, dedicando a Miriam una sonrisa trémula, la niña los cerró con un suspiro.

Abrazándola, Miriam sintió cómo el último aliento tembloroso se escapaba del pequeño cuerpo.

Ni siquiera hubo tiempo de despertar a Cotton. Miriam se sentó perfectamente quieta. Un grupo de músculos en lo alto de su espalda le dolía por la posición en la que había estado. Ella lo ignoró.

Quería llorar, pero no podía. Una parte de ella también se sentía muerta. Aunque sabía que no servía de nada culparse a sí misma, eso era precisamente lo que estaba haciendo. Así que se quedó allí sentada, meciendo la pequeña figura en su regazo, hasta que la familia despertó.

Y no hubo tiempo en las horas siguientes para lamentarse. Pues la pena de Marta trajo un nuevo desastre. Se puso de parto prematuramente y empezó a sangrar. Al anochecer, había abortado al bebé que llevaba en su vientre.

Thirza Arnold llegó, Jonathan y los niños justo detrás de ella.

—Yo cuidaré de Martha ahora, Miriam. Tú vete a casa con Jonathan, si no pondrás en peligro a tu propio hijo.

Cuando Jonathan cogió a Miriam en brazos, ella se apartó.

—El bebé ha muerto. —Su voz sonaba extrañamente apagada y sin emoción, incluso para ella misma. Su pena desafiaba la liberación, se escondía en un lugar hueco de su corazón, más allá del tacto de las lágrimas.

—Esto pasará. Llévala a casa, Jonathan.

—¡No! —gritó Miriam agitada, con su espeso pelo oscureciéndole la cara, el color captando la luz, brillando suavemente metálico como si contuviera secretos ocultos. Se apartó de su marido, con los ojos ardiendo por la fiebre de una agonía indescriptible.

La palabra rodó sobre Jonathan como una marea helada. Él se inclinó hacia ella, tan cerca que ella sintió el calor de su cuerpo, oyó el agudo de su respiración.

—¡Miriam! —Y fue así de sencillo. Jonathan alzó la voz y Miriam cerró la boca, inclinó la cabeza y rompió a llorar.

—Los días de todos nosotros están contados, pero ¿por qué tienen que ser los inocentes los que sufran? —La amargura de sus palabras le conmocionó. Intentó de nuevo tomarla en sus brazos, pero ella se apartó de él.

Sus ojos se volvieron pensativos.

—Quizá siempre sea así. La inocencia, en cualquiera de sus formas, no tiene cabida, al parecer, en este mundo imperfecto. Quizá aquellos que la encuentran son llevados a un lugar mejor.

Se rodeó con los brazos, se meció suavemente hacia delante y hacia atrás. El placer de su hombre, todo el calor de sus hijos —los gemelos y los que aún estaban por llegar—, la risa excitada de sus nietos, la aventura de envejecer en el mundo, ¡de vivir! Todas estas cosas y más las anhelaba ahora con una pasión que nunca había creído posible.

—¿La muerte es honestidad? —Su voz era suave e insegura.

—No. La muerte es un cambio, que hay que aceptar con honestidad. —Una mano se cerró

sobre su hombro.

Un extraño temblor la recorrió. Se llevó su propia mano a la garganta.

—Jonathan, no sé... tengo miedo...

Él se volvió para mirarla a los ojos verdes y azules. Por primera vez vio las diminutas constelaciones de motas marrones que había allí. Intentó otra táctica.

La besó, desesperadamente.

Una cruda niebla envolvía la casa por todas partes. Jonathan y los chicos iban a revisar los animales del prado. Miriam había recuperado la compostura tras la triste pérdida de los niños Schofield.

Hoy se quedó en casa y cardó y limpió un vellón. Tenía un olor grasiento y le dejaba aceite en los dedos. La lana estaba enmarañada y desgarrada por las ovejas que pastaban al borde del bosque, y el vellón de la pata tenía arcilla seca dura como la perdigonada que había que quitar con cuidado.

Sus manos estaban ocupadas con el peine y la lana, el vellón grasiento agarrado con ambas manos como un delantal sobre sus rodillas, cuando un sonido fuera de la granja la hizo callar. Se levantó lentamente y su labor cayó al suelo.

De repente, la puerta se abrió de golpe. La repentina corriente de aire hizo que las llamas del hogar saltaran cada vez más alto. Completamente indefensa, ella de cara a la puerta, esbelta y pálida, con los ojos nublados como cristal húmedo. El rifle estaba apoyado en la pared del otro lado de la habitación.

La luz caía sobre tres indios vestidos con pesados mantos de piel. Eran una partida de guerra, ya que sus cucardas estaban aceitadas, la pintura de vivos colores contorsionaba sus rasgos en muecas aterradoras y llevaban mosquetes y tomahawks.

Miriam miró a las amenazadoras figuras. Sonidos bajos y guturales llenaban la pequeña cocina mientras hablaban entre ellos, sus ojos negros e insondables correteaban como ratones por la habitación.

El más alto del trío apartó la mirada de ella, con expresión contrariada. Al moverse, el lado izquierdo de su rostro quedó parcialmente a la vista. El ángulo exterior de su ojo estaba arrastrado por una cicatriz lívida y fruncida.

Vaciló, mirando distraídamente el hacha que sostenía en la mano. Ella podía ver su indecisión, la forma en que sus ojos se dirigían a ella, se demoraban, luego se forzaban a apartarse. Ella podía ver ahora que él tenía un ojo claro. El orbe cicatrizado era opaco y blanco.

¡Tewah!

El corazón de Miriam dio un vuelco. Se tragó una exclamación. No debía hacer nada para contrariarle. De hecho, no podía moverse para hacer nada, pues se sentía congelada, con los miembros paralizados.

Presintiendo lo que se avecinaba, Miriam se preparó. Ni siquiera le vio moverse, pero su mano estaba bajo su codo, tirando de ella hacia la mesa. Ella se apartó de él de un tirón. Él la soltó, dejándole un persistente cosquilleo en el brazo donde la había sujetado.

Miriam arrugó la nariz ante el fuerte, extraño y almizclado aroma. Se mareó por un instante. Su respiración era áspera e irregular. Se puso una mano sobre la boca, respiró hondo y el mundo

se enderezó.

Tewah tenía una leve sonrisa en su rostro feroz, pero a ella no le pareció una expresión tranquilizadora. Señaló la silla. Ella captó la indirecta y se sentó. Él permaneció de pie.

Empezó a hablar rápida e ininteligiblemente. Uno de sus compañeros se adelantó y le puso un trapo enrollado en la mano. Tewah lo sacudió y miró sin comprender el largo y estrecho trozo de percal con un ojo azul bordado. ¡El diseño era idéntico al de su dechado!

Tewah habló animadamente durante largo rato. Hubo un murmullo y un temible fruncimiento de ceño y sacudidas de cabeza. Apareció su costurero. Un dedo marrón oscuro señaló un desgarrón en la tela.

Miriam se dio cuenta de que Tewah quería que ella reparara el daño. Rezó para que sus manos no temblaran demasiado al enhebrar la aguja.

Tewah cruzó los brazos sobre el pecho y la observó, con el rostro impasible. Sus manos cosían sin prisa, dando puntadas limpias y precisas. No temblaban; su feroz voluntad no se lo permitía. Cuando hubo terminado, levantó los ojos para encontrarse, impávida, con la mirada dura e inicua del jefe renegado.

El más leve parpadeo pasó por su rostro. Al cabo de un momento dijo algo a sus hombres, y uno de ellos rebuscó en su bolsa de guerra y depositó algo sobre la repisa.

Tewah pronunció una breve y aguda frase, se volvió y, de repente, desaparecieron. La puerta estaba vacía. Sólo entraba el viento frío.

Miriam se apresuró a coger el rifle y corrió hacia la puerta. El viento había cambiado. La niebla se había diluido hasta convertirse en meras vetas. Los indios habían desaparecido como la niebla ante el viento. Casi podían haberse esfumado en una columna de humo o haber volado en las alas de un águila.

Tenía las palmas de las manos mojadas y la cabeza le daba vueltas. Se acercó a la repisa para ver qué había dejado Tewah.

Era un cinturón wampum rojo. Rojo. El símbolo de la guerra.

Capítulo 15

A la primera tormenta de nieve le sucedió otra y luego, tras una semana de fuertes nevadas intermitentes, una tercera. Cuando ésta dejó de aullar, dejó a su paso la quietud de un frío intenso. Las maderas de los edificios gimieron. Las ramas de los árboles se quebraron. La nieve bajo los pies crujió. El estanque y el arroyo se convirtieron en hielo sólido.

La Nochebuena amaneció bien, con la luz del sol desacostumbrada centelleando sobre los árboles que rodeaban la granja. Jonathan instó a Miriam y a los chicos a que se dieran prisa.

Miriam se quedó temblando bajo el suave sol. Incluso llevando una enagua acolchada extrapesada, tenía frío.

—Debo cuestionar tu juicio al querer viajar cuando la nieve es aún tan profunda. No tenemos tanta prisa como para no esperar un día más. No es Navidad hasta mañana.

Jonathan entregó cestas de comida a los muchachos para que las guardaran bajo las alfombras de piel de oso. El caballo tiraba excitado de la cuerda de guía.

—Mañana puede traer más nieve. Debemos llegar al pueblo esta misma mañana mientras el tiempo esté lo bastante despejado y suave para que podamos pasar. No podemos perdernos el sermón de Navidad de Saybrook.

Ella no estaba del todo segura de que se estuviera burlando de ella. Deliberadamente le sonrió —una sonrisa pequeña y pícara, como la de un niño que acaba de completar un gran logro.

Él ladeó la cabeza.

—¿De qué te ríes?

—De ti. —Ella estaba a punto de decir algo más pero, al ver la mirada de él, se limitó a emitir un pequeño sonido en el fondo de su garganta.

Jonathan rozó sus labios con los de ella en la más leve de las caricias antes de subirla al carro y saltar a su lado. Se volvió hacia los gemelos, acurrucados bajo el pesado manto de pieles.

—¿Estáis bien abrigados, chicos?

—Sí —dijeron al unísono.

Jonathan enrolló las riendas en una mano enguantada. Su brazo libre subió para envolverla y ella se apoyó en su hombro, fundiéndose en su calidez y comodidad.

Era bueno estar fuera. Miriam se encontró disfrutando de la exquisita belleza de los árboles cubiertos de nieve y del aire fresco y vigorizante. Hubo silencio durante un tiempo, puntuado únicamente por el crujido que hacían las ruedas de la carreta sobre la lisa corteza y los suaves sonidos de los gemelos susurrando juntos en la parte trasera de la carreta.

—Es un tiempo como éste el que me trae recuerdos de la infancia: muñecos de nieve, acebo, campanas de trineo, toboganes. —La voz de Miriam era suave y soñadora—. Supongo que en Inglaterra no teníais toboganes. Fueron los indios quienes nos enseñaron a usarlos. —Giró ligeramente la cabeza—. ¿Cómo se entretienen los niños ingleses en invierno?

Jonathan se revolvió contra ella. Su pierna calentó la de ella.

—Más o menos como aquí, sólo que usábamos trineos.

—¿Qué otros recuerdos tienes? —Ella se acurrucó más cerca, como intentando absorber todo el calor que él le estaba aportando.

Recuerdos... Jonathan intentaba no recordar. La dulzura de respirar, de ver un amanecer, del amor fraternal.

—Todas las cosas habituales que hacen los chicos para ocuparse: tiro, esgrima, patinaje... cualquier cosa para evitar las clases de canto y baile.

Miriam se sobresaltó como si la hubiera pinchado con una aguja.

—¿Baile? ¿Pusiste tu brazo alrededor de una mujer y bailaste?

—Claro. La mayoría de las veces era alguna pobre granjera que nos tenía pavor. Harry tenía un ratón de mascota que guardaba especialmente para sus parejas de baile. Después de un tiempo, nos quedamos sin parejas dispuestas y nos vimos obligados a utilizar a Nanny o a una de las criadas de la cocina.

Miriam rio encantada.

—Es un mal deporte burlarse de las chicas. David y Daniel siempre deben superar al otro con sus travesuras infantiles cuando la pequeña Jemima está cerca.

—Si alguna vez te llevo a Inglaterra, te presentaré al Rey. Llevarás un vestido de brocado dorado y bailarás hasta el amanecer. Si eres muy, muy buena, incluso quemaré todos esos bonnet almidonados que te favorecen.

—¡Jonathan! ¡Nunca! Son pensamientos perversos los que plantas en mi cabeza. Me llevarás a todo tipo de vanidades, si te lo permito. ¡No es decoroso dejar mi cabeza descubierta en público!

—Es más pecado cubrirse el pelo. —Aunque sus ojos estaban llenos de risa, su tono era serio.

Miriam se sobresaltó al oírse decir:

—Oh, Jonathan. ¿De verdad crees eso? —Sus mejillas rosadas no tenían nada que ver con el frío, y todo que ver con el placer.

—Ninguna de las otras mujeres tiene ni la mitad de buen aspecto, ni siquiera con el pelo cubierto. —Su boca se estiró en una media sonrisa—. ¡Me aterrorizaba la idea de ser comprado por esa Leah Saybrook de lengua afilada, en lugar de por alguien que parecía que me tendría para desayunar!

Absurdamente, Miriam se sintió arrastrada al juego.

—Eso depende de cómo se mire, señor Colberth. Prefiero a un hombre que necesita que le muestren el camino al cielo que a un experto autodidacta.

—Nunca me lo dijiste.

Parecía tan cómicamente ofendido que ella se rio entre dientes.

—Nunca preguntaste.

—Serás toda una coqueta para cuando te lleve a la corte.

—¡Oh, Jonathan! ¡No pienses eso en absoluto! —Miriam se apartó, intentando mantener la dignidad—. ¡Sabes que soy demasiado humilde y modesta para permitirme una frivolidad tan perversa!

Levantando la cabeza, se rio a carcajadas.

La luz brillaba a través de los cristales de las ventanas de la casa de reuniones.

Los arco iris pintaban el aire escarchado en delicados dibujos, cambiando a medida que el sol alcanzaba su punto máximo y comenzaba su lenta caída hacia el atardecer.

Hubo un silencio cuando Isaac se puso de pie para enfrentarse a la congregación sentada.

—Estamos acosados en esta Nochebuena por paganos que quieren masacrarnos —comenzó

—. Acudamos a nuestro Creador con la conciencia tranquila. Inclinad vuestras cabezas y leed después de mí la confesión de vuestros pecados.

Hombres, mujeres y niños leyeron tras él, a su manera: algunos en voz alta y abiertamente, otros en voz baja y entre dientes. Las voces femeninas repetían las palabras con claridad, vibrantes. Gruesas voces masculinas se detuvieron y tartamudearon:

—...Y he cometido en todos mis días, desde mi infancia, incluso hasta este momento, muchos y amargos pecados...

Leah Saybrook se sentó erguida en el banco de roble, con la espalda apoyada en el pesado panel, castañeteándole los dientes. Una noche de finales de verano, en su ansiedad, había dirigido una pregunta al Todopoderoso: ¿Qué debo hacer con Isaac? ¿Qué debo hacer para salvar mi alma? Hoy se le había dado una respuesta.

Se puso en pie y caminó lentamente hacia la parte delantera de la casa de reuniones hasta situarse junto a su hermano.

—Mis graves y numerosos pecados me oprimen y son una carga demasiado pesada. Quiero confesarme ante todos.

Ajeno a los jadeos de sorpresa de la congregación, Isaac se limitó a mirar fijamente a su hermana durante un momento. Luego su mirada se agudizó y sus penetrantes ojos azules se volvieron como fragmentos de hielo. Su mirada la ensartó. Ella no podía interpretar la expresión de su rostro.

—¿Significa esto lo que creo que significa? —murmuró en voz baja.

Leah creyó verle temblar entonces, y la sangre se drenó de su rostro, no lentamente sino de golpe.

—Significa que leeré el cuarto capítulo del Génesis. —Su voz era tranquila pero vehemente. Estaba perfectamente decidida sobre lo que debía hacer.

Isaac se mordió lo que había estado a punto de decir y apartó la cabeza, como si no pudiera soportar verla. Ella empezó a leer.

—Y Caín hablaba con su hermano Abel; y sucedió que cuando estaban en el campo, Caín se levantó contra Abel y lo mató. Y el Señor dijo a Caín:

—¿Dónde está Abel tu hermano? —Y él respondió—: No lo sé. ¿Soy yo el guardián de mi hermano? No lo sé —repitió, cerrando el libro—. Soy el guardián de mi hermano y, sin embargo, no lo sé.

Lea miró hacia Isaac, que aguardaba, quieto como una estatua, observándola. Su rostro era una máscara inexpresiva. Era su hermano, su único pariente... Vaciló entonces sólo un instante, pero la fijó un último pensamiento: Si me dejo aplastar bajo su pulgar esta vez, ocurrirá una y otra vez, y nunca podré salir. Nunca tendré el poder.

Se aclaró la garganta.

—Me arrepiento de mi maldad y de mi locura. No sólo ha traído un gran daño al asentamiento, sino que ha puesto en peligro todo lo que aprecio en la vida. —Su voz no sonaba como la suya propia.

La cercanía implicaba a Isaac en su pecado, pero sabía que no haría que la azotaran o marcaran por socorrer al enemigo.

—¡Un momento! No voy a quedarme aquí escuchando tus mentiras.

La agarró del brazo, pero ella le lanzó una mirada que hizo que la soltara inmediatamente. Por un instante, pensó que su corazón había dejado de latir. Leah ni siquiera se dio cuenta de su pánico. Miró alrededor de la habitación, contemplando uno a uno los rostros pellizcados y

respingones.

—Todos estamos implicados en una guerra contra los franceses. Pero lo que nadie sabe es que he condonado las acciones de mi hermano al trabajar como un agente para los franceses agitando a los nativos. —Leah se volvió hacia Isaac—. Por lo tanto, yo también me he asociado con el enemigo. —Su voz resonó en todos los rincones de la casa de reuniones.

Un jadeo de asombro surgió de la congregación. Todas las miradas estaban fijas en ellos. Detrás de Richard Somers estaba sentado Hiram Arnold. Thirza miraba fijamente, con las manos en las mejillas y los labios entreabiertos. Detrás de Elias Hempstead y Cotton Schofield se sentaba Will Sutcliffe, y tras él, Jonathan Colberth. La boca de Will era una fina línea en su rostro barbudo.

Jonathan se volvió hacia Miriam, sentada tranquilamente a su lado. Por un momento sus miradas se cruzaron y algo, ninguno de los dos podría decir qué, pasó sin decirse entre ellos. Entonces Jonathan se volvió y la conexión se rompió.

Isaac no quería intercambiar ni una palabra más con Leah y, sin embargo, anhelaba destruir aquella certeza absoluta de ella.

—Creo que tienes miedo y eso te está poniendo histérica, Leah. —Su voz sonó con un tono peculiar.

Hubo un silencio extraño y tenso. El frío de fuera perseguía a los de dentro. Leah sacudió la cabeza, ahora sus dientes castañeteaban audiblemente. Se envolvió en sus brazos.

—No dejes que el orgullo se interponga en tu camino, Isaac. Confiesa tus iniquidades.

Su acusación blasfema le hizo quedarse corto, pero finalmente respondió:

—¿Estás intentando encender un fuego? Porque puedes estar segura, mujer, que tu lengua es un fuego, uno que enciende iniquidad, rebeldía y maldad. Es veneno.

Leah le miró fijamente, como despojada de palabras. La luz oblicua proyectaba aristas sobre los estrechos planos de su rostro.

Isaac se inclinó hacia delante para mirarla con ojos brillantes. Sentía un dolor caliente, pesado y agudo en el pecho. Su agarre se tensó sobre la Biblia que tenía en la mano.

—La lengua contamina todo el cuerpo e incendia el curso de la naturaleza. El que juzga a su hermano habla mal de la ley y juzga la ley.

Hizo una pausa significativa, acusadora, y Leah se apartó visiblemente de él. Cerró los ojos. La expresión de él cambió mientras la observaba y levantó una mano para tocarle la mejilla. Sus ojos eran muy brillantes y fieros.

—¡Leah, mírame! ¿Quién eres tú que juzgas a otro? ¿Cuál es tu prueba?

Cuando Lea abrió los ojos, su expresión era claramente de desesperación. Su respiración era agitada, pero sus ojos le miraban desafiantes y su voz era clara y segura.

—La prueba llegará pronto, y no me corresponde a mí juzgarla. Te corresponde a ti mirar en tu corazón, hermano mío, y ver la suma de tu vida y si puedes encontrarte con tu creador con la conciencia tranquila.

Isaac soltó su mano tan rápidamente como si ella le hubiera quemado. Su rostro se vació de expresión y se dio la vuelta. Cada momento que Leah permanecía allí con él, el pánico aumentaba en su interior y sentía ese extraño aleteo en el pecho.

Puso la mano sobre la Biblia y la miró a los ojos. Cuando habló, el tono despreocupado apenas ocultaba la deliberación con la que elegía sus palabras.

—Claro que me enfrentaré al creador tranquilo.

Toda la resolución de Leah de enfrentarse a este hombre, de tratarlo con toda la altanería

propia de un traidor a la Commonwealth, se desvaneció. Empezó a sollozar, sollozos ruidosos, torpes y dolorosos que le desgarraban el cuerpo.

—Perdóname, Isaac. Nunca debería haber dicho nada…

—¿Eres un traidor a tu propio pueblo, Isaac? —Will Sutcliffe se puso en pie de un salto, levantó la mano derecha y la llevó lentamente hacia arriba, detrás de la oreja.

Un grito de asombro surgió de la congregación reunida, pues utilizar armas en una casa del Señor era impensable, pero fue seguido de un grito de sorpresa.

Isaac Saybrook ni siquiera era consciente de sus actos, pero se movió con tanta rapidez que, mientras la hoja de acero volaba hacia su pecho, agarró la Biblia, la levantó y la sostuvo frente a él como un escudo. Hubo un ruido sordo, un sonido pesado que llenó la casa de reuniones, cuando el acero golpeó la gruesa encuadernación de cuero y se incrustó allí.

—No soy culpable de los crímenes que me imputa esta mujer. Es su miedo lo que la disminuye, nada más. Ella miente. Si hablo falsamente ante mis hermanos, ¡que el Señor envíe una estrella flamígera desde el cielo para fulminarme! —Isaac golpeó su Biblia contra la mesa y salió de la casa de reuniones, con los hombros tensos.

La hoja temblaba. La luz oblicua del sol reflejaba un círculo perfecto de luz sobre la cruz grabada en el centro de la Biblia.

Jonathan se dirigió a la cañonera donde el cañón permanecía cebado, listo. Se disparó una salva. La culata redonda y en retroceso del cañón se acercó a él, humeando por la boca. Varios soldados la devolvieron a su posición, arrastrándola por el cuello con manoplas de lana.

El segundo cañón se disparó, lanzando bolas invisibles hacia la puesta de sol. El ruido lejano del cañón enemigo eyaculando fuego creció como una contracción femenina, de un presentimiento a un gran dolor rugiente y envolvente que sacudió las paredes con su violencia.

La vida jugaba malas pasadas complicadas a un hombre, pensó Jonathan. Había entrado en el matrimonio con espíritu de rebelión, pues hacía poco que había sido vendido como esclavo, y su dignidad aún sufría los golpes del encarcelamiento y las falsas acusaciones.

Si reducía su vida a las jugadas de una partida de ajedrez, no cabía duda de que le habían dado jaque mate. Ahora, cuando había entregado a Miriam su corazón y su vida, y encontraba hecho realidad de repente el sueño más preciado y oculto de su existencia, estaban siendo atacados por un contingente de soldados y artillería franceses.

—¡Vuelvan a sus puestos! —La repentina orden reverberó por todo el fuerte.

—¡Capitán! —La llamada urgente sacudió a Jonathan de vuelta al presente, y todo lo demás se olvidó en el sombrío esfuerzo por mantenerse con vida...

Alguien le llamaba desde el pie de la escalera. Se asomó hacia abajo.

—¿Qué pasa?

—Es el teniente Cornwall, señor. Le han disparado.

Jonathan subió los escalones de dos en dos. Unos segundos después estaba allí, arrodillado, mirando a Charles. Tocó el pecho del casaca roja. La sangre goteó sobre sus dedos.

—Jonathan. —La voz de Charles sonaba distante, desapegada. Se quedó completamente inmóvil—. Lo siento. Toma el mando. Defiende lo justo y lo recto. —Su voz carraspeaba de dolor.

Era absurdo pensar que uno pudiera cambiar su destino. Jonathan aflojó el cuello del teniente.

—Relájate, Charles. Tendremos a los demonios huyendo por la mañana. Venceremos. —Su respiración era rápida y superficial. La cicatriz de su frente se coloreaba de emoción.

—Gracias. —Charles dejó que el dolor lo bañara hasta el olvido.

Por el momento, el pequeño asentamiento estaba seguro. El río protegía un lado, y por el otro, los muros de tierra y madera del fuerte hacían su posición casi inexpugnable. Jonathan tenía hombres apostados en posiciones estratégicas por todo el pueblo. Esperaba que el enemigo concentrara sus ataques en el lado más débil, y aquí había desplegado el grueso de sus fuerzas.

Miriam y Jonathan vigilaban a sotavento de la torre de fusilería del fuerte. Los chicos estaban a salvo abajo en los sótanos con los demás niños. Isaac y los demás ancianos compartían la guardia con los soldados rasos.

—Dime, Jonathan, ¿por qué te alistaste en el ejército cuando tienes a un Lord por padre? —Estaban en lo alto de las fortificaciones, ocultos en la oscuridad, arrimados a la muralla como depredadores nocturnos.

—Fui porque... había algo que tenía que demostrar. A mí mismo. —Jonathan miró fijamente a la negrura. El ruido de la lucha había disminuido—. Mi madre perdió a tres de sus cuatro hijos. Siempre tuvo miedo de que yo muriera. Ese miedo era muy profundo en ella. Un día me desperté y pensé: me he contagiado. Sabía que tenía que combatirlo, así que acudí a mi padre y le pedí ayuda.

Miriam se estremeció. Sentía que las conexiones entre ellos eran ahora tan tenues como la llama de una vela solitaria parpadeando en el viento nocturno. ¿Quién sabía cuándo una ráfaga repentina se arremolinaría y la apagaría? Ella sospechaba que el momento estaba cerca.

—¿Y sugirió el ejército?

Jonathan negó con la cabeza.

—No. Pensó que la marina era un lugar mejor para un futuro Lord del reino. —Jonathan estaba asustado. Se estaba acercando demasiado. Respiró con fuerza, su aliento escarchando el aire frente a él. No era momento para reminiscencias.

—¿Pero tú pensabas lo contrario?

Un frío tentáculo se retorció a través de él. El tiempo pareció atenuarse.

—Quería purgarme del miedo. Para ello tuve que lanzarme a la situación más peligrosa que pude encontrar.

—Y ahora realmente no tienes miedo.

Jonathan no dijo nada. Le había mentido. En realidad, era porque le aterrorizaba el agua por lo que no se había alistado en la marina. Asustado por la idea, había desafiado a su padre, roto el corazón de su madre y se había alistado en el ejército.

Los mosquetes chispearon a la izquierda de Jonathan.

Algo se movió en la periferia de su visión —sombras sobre sombras, moviéndose en los remolinos de viento—. Giró ligeramente la cabeza hacia la izquierda. Su cerebro había tenido tiempo de concentrarse, identificar, clasificar, y las campanas de alarma empezaron a sonar estridentemente. Una figura se alzaba entre las sombras, sus rasgos sin embargo claramente definidos.

Miriam siguió su mirada. Le llegaron sonidos nocturnos y el suspiro del viento, nada más. Hacía frío. El viento azotaba los extremos de su capa alrededor de sus rodillas.

Jonathan vio la forma alta y oscura del Sargento Campbell paseándose a lo largo de la pared. Hizo una seña al casaca roja.

—Reúna a diez hombres en cada extremo y que permanezcan agachados y abrazando el muro hasta que yo dé la señal. —La orden de Jonathan fue un ronco susurro—. Y luego arriba y fuego.

—Sólo tenemos diez hombres aquí, capitán. Once, con usted.

Se hizo el silencio. Todas las mujeres y los niños mayores se habían reunido alrededor. Ahora miraban a Jonathan, formando un estanque de caras blancas, tensas y asustadas. Todos dependían de él.

En medio de aquel silencio, el bufido de Thirza Arnold fue una explosión desafiante.

—Hay quince mujeres adultas aquí.

—Bien. Sargento, deles a las mujeres armas y asígneles un puesto —pidió Jonathan—. Disparen a lo que tengan delante, señoras. Apoyen la culata en el hombro a medio camino del codo, y así, si tiran de su mosquete, seguirán teniendo su objetivo. Recuerden, señoras, si el mosquete no chispea, mantengan la cabeza y amartillen y disparen de nuevo.

A Miriam le sorprendió lo calmada que era su voz. Parecía invencible, imparable. Subiéndose las faldas, las mujeres treparon por las escalerillas hasta la plataforma. Miriam fue a seguirlas, pero Jonathan la agarró del brazo y sacudió la cabeza, indicando a los indios que seguían ocultos en la oscuridad.

—La cuestión es conseguir que se muevan —dijo al cabo de un rato—. En el movimiento está la confusión. Ahora mismo nos tienen inmovilizados. Nunca los atraparemos a menos que los incitemos a un movimiento violento.

—Siempre que no sea demasiado violento. —La voz de Miriam era trémula, como si estuviera al borde de las lágrimas. Tenía los ojos muy abiertos, anormalmente brillantes.

Jonathan soltó una carcajada silenciosa y miró hacia el extremo opuesto del recinto. Se arrastró más a lo largo del muro protector, observando los montones de paja y estiércol junto a los establos.

—¿Tienes leña a mano?

La luna se había ido y hacía más frío. El aire estaba cargado de nieve incipiente. Una repentina ráfaga de viento agarró los cordones de su gorro, azotándoselos en la cara.

—Claro, ¿por qué? ¿Planeando una agradable y acogedora velada mientras se acercan a nosotros?

Jonathan ignoró el sarcasmo.

—Ve a encender esos residuos del establo, ¿quieres? —Aunque lo dijo en un susurro, era claramente una orden.

Miriam miró fijamente el montón de material maloliente. Su estómago era un nudo frío y retorcido. No puedo hacer lo que me pide, pensó. No puedo. Entonces no pudo creerlo, pero su cuerpo se movía. No tenía ni idea de quién lo dirigía; seguramente no era ella.

Agachada, cruzó hacia los establos, golpeó el pedernal media docena de veces antes de que la paja tomara llama. Entonces, bruscamente, se produjo una gran humareda. Apestaba tanto que les hizo toser, pero era espeso. Y perceptible.

Mantas de nieve reflejaban el fuego que lamía, brillante en la noche. Los músculos acordonados de Jonathan se tensaron mientras saltaba a lo alto del muro.

El humo asfixiante y la ráfaga de movimientos confundieron a Miriam. Esto es una pesadilla, pensó. El pánico y el miedo la recorrieron como un incendio.

No podía pensar.

Silenciosamente volvió a bajar, moviéndose hacia los escalones de la torre como una sombra.

Un sonido por detrás le hizo girar. Con un movimiento rápido y fluido, Jonathan amartilló su

rifle, lo niveló y, al ver que un par de ojos se abrían de par en par, disparó. Su puntería fue perfecta. El hombre cayó.

Lo que vio Miriam casi le paró el corazón Se sintió congelada en el sitio.

Primero dos, luego cuatro, después diez soldados franceses despejaron el muro más lejano. Se oyeron ruidos de pies que corrían.

Jonathan gritó una sola palabra a la torre de fusilería y se precipitó hacia delante. Su bayoneta chasqueó contra el cañón de un mosquete.

Los otros se acercaron, pero su bayoneta barrió en un amplio arco, y derribó a uno y luego a otro con una economía de movimientos como la de un gimnasta. Giró en el aire para evitar la punta de una bayoneta francesa y chocó fuertemente contra el hombre que la empuñaba, llevándolo al suelo y retorciendo su propia bayoneta mientras caía, de modo que cuando sus dos cuerpos golpearon el suelo, su oponente estaba muerto.

En la lívida y parpadeante luz, hubo un destello de color: otro soldado francés, con el arma levantada para clavársela a Jonathan por la espalda. No tenía espacio para maniobrar.

Antes de que ningún pensamiento lógico hubiera cruzado por su mente, los dedos de Miriam apretaron su propia arma. Sus oídos zumbaron. El soldado francés se desmoronó sonoramente en medio del estruendo, una mancha roja extendiéndose en el centro de su espalda.

Gritos y llantos llegaban de todas partes. El ruido martilleaba los oídos de Miriam, gritos y disparos puntuados por el tajo del acero en la carne, todo mezclado hasta carecer de sentido.

Un rifle se disparó tan cerca de Jonathan que el sonido le hizo zumbar los oídos, pero la bala se limitó a quemarle el hombro izquierdo, cortando tela a su paso, y luego estaba rodando, clavando su bayoneta para enterrar su afilada hoja en la frente de un soldado.

Se puso en pie. Miriam estaba allí de pie, con la cara desencajada. El humo rezumaba de la boca de su fusil, indicándole que había sido ella quien había disparado.

Jonathan le dedicó una leve reverencia y su tenue sonrisa oblicua. Sus ojos brillaban como los de un tigre. Todo tenía cierta inevitabilidad. Encontró el equilibrio en ello. Acuchilló al último hombre que quedaba en pie, le cortó el antebrazo, hizo una finta hacia un lado y luego se dirigió hacia su corazón. El golpe fue profundo.

Toda la escena estaba llena de movimiento. Las imágenes saltaban y chillaban, envolviéndola en una telaraña física. Se sentía mareada. Se vio obligada a concentrarse en cada respiración para no desmayarse.

Entonces todo terminó. El silencio se hizo tenso. La quietud y la calidez y la fuerza y la excitación de Jonathan la alcanzaron con tanta seguridad como si él la hubiera atraído entre sus brazos. Ella se debatía entre la razón y la culpa. La quietud se mantuvo. Miró al cielo y se puso en pie con los miembros congelados y la voz paralizada.

—¿Miriam? —dijo Jonathan en un susurro apenas audible.

Cuando se volvió hacia él, la extraña calma desapareció de repente. Ella dio un solo paso hacia él. Otro. Con un leve grito inarticulado, dejó caer el rifle.

Cuatro pasos la llevaron a sus brazos.

Incluso a esa corta distancia, tuvo que dar dos pasos hacia atrás para contrarrestar la fuerza de su encuentro. No tuvo oportunidad de decir nada más porque ella le estaba besando, al principio al azar: una mejilla, un ojo, lo que se presentara. Pero cuando recuperó el equilibrio, la estrechó contra él y le devolvió el beso. Sus besos eran duros y hambrientos, como si sus labios nunca pudieran tener suficiente de los de ella, dejándolos ir sólo para saborear en su lugar sus mejillas, sus ojos, su cuello.

Miriam tiró de su cabeza hacia atrás y volvió a besarle en la boca. Nada importaba, nada en absoluto, salvo estrecharlo contra ella, que estuvieran juntos como uno solo.

Desde su puesto en el patio, Isaac vio una estrella fugaz cuya luz se hizo cada vez más potente. Su corazón se apretó. Un frío pavor se apoderó de él. La muerte navegaba por la noche hacia él y vio su ondeante vela, el cometa humeante, su artefacto de dolor. Sintió que le invadía el vértigo.

Alguien habló.

—Es la estrella que el diezmador invocó. Dios la envía para juzgarle. —La voz era baja, reverente.

Isaac sintió una opresión en el pecho y un martilleo en las sienes, familiar pero tanto más fuerte que antes que le mareó.

Unas luces brillantes bailaron en la cabeza de Isaac. Un dolor cegador le invadió y jadeó incontrolablemente. Se sacudió, retorciéndose, dispuesto a hacer cualquier cosa para librarse de la tortura. Para sobrevivir. Para seguir adelante. Para vivir.

Las voces se alzaron en un balbuceo tumultuoso y temeroso.

—Sea lo que sea, es un presagio.

Isaac se tambaleó un poco, con la cara roja, pero cuando Richard Somers le agarró para estabilizar su postura, se sacudió la mano. Se llevó la palma al pecho y cayó de rodillas. Ésta era la verdadera, la última, prueba de su devoción a Dios.

Los siete pecados capitales habían sido su perdición. ¿No se había asociado con el enemigo con la esperanza de ganar tierras valiosas? ¿No había codiciado la Miriam? ¿Y qué decir del Orgullo? ¿No había blasfemado e invocado la ira de Dios en su propia casa de reuniones?

—Oh, Señor —gimió, mirando al rostro de su miedo—. Por mi propia boca me he condenado.

Y todo quedó en silencio.

El amanecer era una mancha sanguinolenta, ardiendo escarlata a través de un largo desgarrón en las nubes grises amontonadas, con bordes rosados y perlados ahora en el este, donde el disco hinchado y oblongo del sol se elevaba con agonizante deliberación.

Una extraña cualidad atemporal llenaba el recinto.

En la enfermería del fuerte, Miriam acunaba al diezmero en sus brazos. Tenía la piel tirante sobre el cráneo y los ojos hundidos en lo más profundo de la cara. Su piel era transparente, aunque sus labios carnosos estaban morados. Temblaba por todas partes. Sus ojos aleteaban y sus labios se movían, y volvían a moverse.

—Leah... —Su voz se apagó y sus párpados se cerraron. Una rigidez apareció en su musculatura. Luchaba por reunir sus energías. Sus párpados aletearon y, cuando se abrieron, sus pupilas estaban dilatadas por el dolor—. Leah... no está implicada... en nada... —Con un gran esfuerzo miró a Miriam a los ojos.

—Está bien, Isaac. Entiendo lo que intentas decir.

Se quedó callado un momento, su respiración áspera e irregular.

—¡Miriam! —Dedos como garras se clavaron en los brazos de Miriam—. ¡Inocente! El sirviente no es culpable...'twas...

—Isaac...

Sus ojos permanecían abiertos y Miriam vio acercarse la finitud de su vida mortal, el filo de la muerte. Sus iris estaban empañados, su azul profundo de campanilla se había vuelto acuoso.

—Porque polvo eres... —Una inmensa quietud entró en él, el trueno de la eternidad. Luego sus ojos se quedaron vacíos.

Mientras sostenía el cuerpo sin vida, las nubes se rompieron y columnas de luz broncínea se inclinaron hacia abajo sobre el recinto. Sus ojos estaban completamente secos mientras murmuraba la exhortación que había estado en labios de Isaac.

—«Porque polvo eres y en polvo te convertirás».

Capítulo 16

Jonathan emitió un profundo suspiro. Cansado, se pasó una mano por la cara, como si pudiera restregarse los acontecimientos de las últimas horas. Preparándose, se inclinó sobre el parapeto y se puso rígido.

Volvió a haber movimiento en el recodo de la carretera. Algo blanco centelleó y luego apareció un paño blanco atado a una lanza. A Jonathan se le aceleró el pulso. Surgió un solo hombre, sosteniendo la lanza en alto. La tela blanca se estremeció y bailó con la brisa. Un enorme ojo azul estaba bordado en el centro.

Los hombros de Jonathan se encorvaron. La tensión le recorrió como un huracán cuando el hombre se detuvo y depositó la culata de la lanza en el suelo. La iridiscente capa de plumas de pavo del indio resplandeció y su sombra cayó alargada y recta sobre el suelo, ante él, a la luz temprana de la mañana.

Era Tewah que le miraba fijamente. Su rostro lleno de cicatrices medio en sombra, su delgada boca tensa. Permaneció allí un largo rato.

Jonathan levantó la mano derecha. Parlamentaría.

Fuera de los muros del fuerte, nada se movía. Todo estaba quieto, y Jonathan sintió un vago terror al que no podía poner nombre. ¿Cuántos más había allí... escondidos, sin ser vistos y esperando? Se le heló el corazón al pensarlo.

Luego recuperó el aliento. Soltó una retahíla de órdenes e inmediatamente se produjo una ráfaga de actividad en el fuerte. Las puertas enrejadas se abrieron de par en par y salió al encuentro del Único-Ojo.

El corazón de Tewah latía como cuando estaba en batalla. Recordó a Jonathan Colberth bajo el fuego: un hombre tranquilo y frío. El hombre al que los pequot llamaban Zorro Fantasma había sido la única persona viva que había visto a Tewah débil y vulnerable. En ese momento, en el campamento iroqués, su relación había cambiado para siempre.

Por un momento los pensamientos del indio fueron un caos mientras le venían imágenes revueltas. La agonía de la amistad, de las lealtades heridas... El enemigo mortal con el que Tewah tenía una deuda. Un hombre al que nunca podría dar por sentado...Su corazón golpeó contra sus costillas.

Tewah observó el cuerpo alto y delgado, el rostro fuerte y apuesto de Zorro Fantasma. Estudió los extraños ojos dorados, tan curiosos en el semblante por lo demás oscuro. Se preguntó qué había bajo la frialdad superficial del hombre.

Dieciséis casacas rojas habían muerto en la noche, pero más de noventa franceses yacían muertos.

Jonathan se encontró con la oscuridad de la mirada de Tewah y la igualó.

—Gracias por avisar del ataque de anoche. Bonete Azul debe estar contento con la verdad de su visión.

—Bonete Azul dice que Nariz Larga trae mucha miseria al pueblo pequot. Y por eso hay que

detenerle. —La voz de Tewah era fría, sin emoción.

Jonathan frunció el ceño.

—Nariz Larga era sólo un mensajero, que pasaba información a un traidor. Lo que hace falta es el siguiente eslabón de esta cadena de traición. Debemos encontrar al verdadero espía.

Tewah enderezó los hombros con altivez.

—Es a los pequot a quienes juzgas ahora. Los franceses tienen espías, sí. Pero nosotros también.

Hubo un largo silencio.

—Debemos averiguar quién controla las líneas de comunicación, para poder hacer nuestro movimiento —dijo Jonathan—. Nuestras propias vidas están en juego.

—No puede haber victoria si no se castiga al traidor. El esfuerzo es en vano si es traicionado. —Las palabras de Tewah eran implacables.

Jonathan asintió, reconociendo los pensamientos del líder de guerra pequot.

Negociación. Los pequot nunca pensaron que algo valiera la pena sin ella.

—Tal vez. Pero Nariz Larga está muerto. Y no por mano de cualquier hombre, Tewah. La estrella fugaz golpeó su corazón. Su secreto murió con él.

Tewah frunció los labios y exhaló un cálido suspiro. Condensándose en el aire gélido, su vaho colgó frente a su cara antes de disiparse a la luz del día. Era importante estar en el bando ganador. ¿Debía elegir a los franceses o a los ingleses?

—Cuando se poseen secretos —dijo ahora—, se juega con el peligro. Los secretos dan poder a su poseedor sólo mientras permanezcan bajo su único mando. Descubierto, su poder a menudo causa daño a su poseedor. Nariz Larga traicionó a sus amigos ingleses. Ahora está muerto.

Jonathan miró fijamente a Tewah. Sintió una diferencia. Aún veía la resistencia en él, pero mezclada con eso ahora reconocía el ardiente deseo de comprender del pequot. Después de todo, soy su amigo, pensó. Tengo que decirle lo que pienso.

Hizo una pausa por un momento, como si estuviera ordenando sus pensamientos.

—Confundes la venganza con la victoria, Tewah. En muchos casos, la victoria significa agarrar la oportunidad por el cuello.

—¿Quién será el vencedor? ¿Nos sentamos como pájaros en una rama, miramos a nuestro alrededor y no sabemos adónde ir? ¿Qué otra cosa podemos hacer sino luchar? —preguntó Tewah.

Jonathan estiró una mano hacia el rostro lleno de cicatrices, lentamente. Tewah dio un paso atrás. Había amenaza en su postura, cautela. El rostro del pequot tenía ese aspecto de máscara que tenía cuando no iba a decir nada.

Jonathan sonrió. Bajó la voz a un susurro confiado.

—Podemos aprender a amar a nuestro enemigo.

Las pupilas de Tewah se dilataron y dejó que su rostro se relajara por la sorpresa.

—No podemos amar a nuestro enemigo, Zorro Fantasma. Si lo hacemos nos debilitarán uno a uno.

Jonathan se miró las manos y luego levantó la vista. Dijo la brutal verdad.

—Entonces debemos rezar para que los franceses no ataquen de nuevo.

—Los franceses no vendrán de nuevo. No hasta el momento del desbloqueo. —Tewah inclinó la cabeza hacia atrás, una ondulación de músculos, el ángulo arrastrando sombras a lo largo de su rostro ya demacrado, resaltando la gran línea que se había surcado en su carne—. Para entonces Tewah habrá descubierto quién es en el campamento francés el que tenía tratos

con Nariz Larga, el que hizo daño a Zorro Fantasma y a su amigo Tewah.

La lealtad, por tardía que fuera, sacudió a Jonathan, que de repente se dio cuenta de lo mucho que significaba para él su continua amistad. Reconoció este momento como crucial en la vida de ambos.

Extendió la mano de nuevo, despacio, y tocó la cara de Tewah, el lado con cicatrices. Era una visión macabra pero de alguna manera hizo que el pequot pareciera aún más vulnerable.

—¿Significa eso que sigues siendo mi hermano?

Por un momento, ninguno de los dos hombres se inmutó. Pero sus miradas finalmente cambiaron y algo se rompió.

—Oh, Zorro Fantasma —dijo Tewah, abrazando a Jonathan—, eres tan taimadamente astuto como un pequot. Siempre seremos hermanos, pase lo que pase. —Su voz era gutural, gruesa.

Caía una ligera nevada, aunque no se asentaba. Ambos hombres fueron asaltados por una serie de imágenes que caían; las estacas iroquesas, cada una con un prisionero. El torso ensangrentado de Jonathan y el rostro borroso de Tewah.

—Ahora me voy —dijo por fin Tewah, antes de deslizarse sin hacer ruido de vuelta al bosque.

El silencio permaneció mucho, mucho tiempo.

Días oscuros anunciaban el Año Nuevo, con mediodías tan tenues como el crepúsculo. La tierra estaba encerrada en las garras del invierno. Durante tres días nevó, suave, constante, copiosamente. Capa tras capa se extendía sobre todo lo que era visible desde la granja. Para llegar de la puerta a la pila de leña había que abrirse paso entre ventisqueros que llegaban a la altura del pecho.

Acurrucados y calentitos dentro, David y Daniel trabajaron en sus lecciones. También aprendieron a tallar y a veces se entretenían en la cocina haciendo palomitas de maíz, un truco que habían aprendido de los indios. Rociados con sirope de arce o espolvoreados con sal, los gordos y suculentos granos eran deliciosos.

Miriam pasaba gran parte de su tiempo cosiendo y tejiendo pequeñas prendas. Así lo hacía ahora. Los niños estaban dormidos, y Jonathan yacía sobre la manta de piel, tumbado boca arriba con la cabeza apoyada en la rodilla de ella. Sostenía un ejemplar de dos meses de la Gaceta de Londres, que Elias Hempstead le había regalado poco después de la retirada francesa el día de Navidad.

—¡Escucha esto! «El estado de ánimo en Londres, según el primer ministro, es de irritación. La guerra con Francia ha perturbado el comercio y está costando a Inglaterra una gran suma de dinero. Los comerciantes que tienen sus oficinas en Fish Street Hill y Pudding Lane se quejan de la incapacidad del ejército para doblegar rápidamente a los franceses. Sir Philip Carroll, miembro por Bristol, sugiere que se abandone Massachusetts».

—Al diablo nunca le faltan adherentes. ¿Alguna noticia de los franceses? —Había la nota justa de despreocupación en la voz de Miriam.

Jonathan sacudió la cabeza.

—No lo suficiente como para molestarse. No temas, Miriam. Los británicos están decididos a retener las colonias. No las abandonarán —le aseguró con suavidad.

El viento aullaba alrededor de la casa, se colaba por la chimenea y ponía las llamas a parpadear en el hogar. La mirada de Miriam se centró en el fuego, como si buscara alguna información en las llamas. Sus cabellos castaños captaron la luz cuando cobraron vida.

Jonathan rodó con fácil gracia masculina y tocó a Miriam en la pantorrilla. Sintió sus músculos deslizarse, vivos y tensos mientras ella se estiraba hacia el calor de su mano. Dios, ¡cómo la amaba! Esperó hasta que ella levantó sus hermosos ojos para encontrarse con su mirada directa.

—Echaré de menos todo esto en Inglaterra, Miriam. Me temo que volveré a una existencia aburrida. Para pagar esta guerra con los franceses, el parlamento propone prohibir las carreras de caballos, los juegos de azar, las peleas de gallos, las obras de teatro o las diversiones caras. —Sacudió la cabeza con tristeza. Nunca podía resistirse a tomarle el pelo—. A veces me pregunto por qué los ingleses luchan por las colonias.

Ahora esperaba la desaprobación de Miriam porque esas pequeñas cosas tenían un significado. La observó con interés.

Durante unos segundos Miriam no dijo nada, luego su voz fue extrañamente tranquila, casi inaudible.

—Irás, y les dirás que nunca mereció la pena luchar por América, y que es un lugar horrible con gente aburrida y predicadores despotricadores y un clima asqueroso.

—No, no lo haré. —Inclinó la cabeza y guiñó un ojo, un movimiento fácil que eliminó por completo la tensión del momento—. Diré que fue el lugar donde conocí la mayor felicidad de mi vida.

Sonrió, observando el pequeño destello de disgusto que cruzó sus facciones al verse sorprendida por su burla.

—¡Jonathan Colberth! Eres un demonio, ¡pero no de la forma que pensé al principio! Te burlas de mí, lo que me agravia, y no quiero enfadarme contigo. Es una debilidad dentro de mí.

Se rio ahora, un sonido contagioso y juvenil.

—Oh, ¿estabas enfadada conmigo? ¡Pensé que sólo estabas afilando tus garras! Deberías saber que nunca podría dejarte. —Alisó la pesada tela de sus medias y apoyó la mano en su tobillo—. ¿Sigues enfadada?

Miriam negó con la cabeza. Apoyó un momento la mano en su mejilla y luego bajó la mano para despeinarle el pelo. Estaba disfrutando de la risa mezclada con pasión. Era una combinación embriagadora, estaba descubriendo.

—Supongo que me atormentarás hasta que me rinda.

Su boca se frunció con humor.

—Siempre.

—Muy bien, entonces, no estoy enfadada.

—¿Segura? —incitó él, desvaneciéndose su sonrisa.

—Segura —repitió ella.

Lánguidamente, Jonathan extendió ambas manos, acarició el suave montículo de su vientre. Apretó la mejilla contra su vientre. Su corazón se aceleró, las venas le palpitaban en la garganta.

—No sé si podré esperar hasta esta noche para estar contigo.

Miriam le rodeó con un brazo, le acarició el costado del cuello. A través de la piel tensa, sus dedos sintieron el pulso que latía en su interior. Sus ojos se encontraron durante un instante eterno, y en las profundidades cada vez más oscuras de su mirada dorada, Miriam leyó los signos de un hambre cruda y arrebatadora.

De repente lo comprendió.

—Vamos. Vamos arriba.

Tardaron un tiempo imposiblemente largo en llegar al santuario del dormitorio. Se detenían una y otra vez para besarse, hasta que Miriam hundió la cabeza bajo su barbilla y se apoyó en él.

En el borde de la cama, Jonathan buscó los lazos de su bata y los desabrochó rápidamente. Se quedó mirándola, con los ojos encendidos, la expresión tensa y como la de un halcón. Estaba muy claro lo que quería y lo que su cuerpo hacía por sí solo.

¿Cómo podía una mujer negarse a su hombre cuando su necesidad de ella era tan obvia y tan grande? Era imposible. Le desabrochó el cinturón.

Miriam vio el destello de placer en su expresión antes de estar en sus brazos, con la cara enterrada contra su cálido pecho. El embriagador aroma masculino de él era como una droga para sus sentidos.

Sintió su aliento agitar ligeramente su pelo mientras él la besaba con exquisita delicadeza en la sien. Sus dedos se deslizaron desde su mandíbula hasta la nuca, donde jugaron coquetamente con su pelo.

Ligeramente, su lengua rozó sus labios. Ella los abrió en audaz invitación.

La invasión fue dulce. Ella dio tan bien como recibió.

Él se apartó y ella protestó. Su lengua caliente dejó un delicioso rastro hasta sus pechos. Los rodeó con los labios hasta que ella se arqueó contra él.

Sin pensarlo conscientemente, levantó la mano, sus dedos se clavaron en su espeso cabello mientras apretaba con fuerza su cuerpo contra el de él. Sintió en el centro de su ser, en el punto fulcro de su contacto, la dura barra de su virilidad.

Se deslizó por su cuerpo, como si su carne se hubiera convertido de repente en agua de lluvia. Ella se quedó tan quieta como pudo, con los dedos aún enroscados en su pelo. Su lengua salió serpenteando, lamiéndola. Ella empezó a temblar. Cuando la suave lanza de su lengua encontró el núcleo oculto y femenino de ella, los músculos de sus muslos saltaron y toda la fuerza pareció escurrirse de sus piernas.

Los charcos de placer la hicieron sentirse pesada. Su corazón retumbó en su pecho. Sus caderas empezaron a sacudirse mientras se disolvía en un torrente de placer. Estaba tan alta como las nubes, flotando en un mar de sensaciones. Pronto yació desnuda y temblorosa bajo él. Su respiración se entrecortaba mientras su pasión la recorría como una ola.

Jonathan oyó los sonidos graves y masculinos que salían de su garganta con cada embestida profunda, dolorosa y poderosa. Algo en el interior de Miriam, esa misma intensidad, le elevó con ella de modo que volaron juntos, unidos en una especie de danza del espíritu que él sólo había experimentado anteriormente en el punto álgido del combate, cuando las vidas pendían de un hilo y la muerte estaba a su lado.

Ella se encontró con él y le igualó, y la pasión estalló sobre él, destrozando su cuerpo en exquisitas explosiones. Él se estremeció, luego se relajó, antes de rodar sobre su costado, descargando todo su peso sobre ella, pero manteniéndose aún enterrado profundamente en su interior.

Miriam sintió que su respiración se ralentizaba. Parecía abarcar su universo.

Las nubes grises se espesaron y bajaron, envolviendo las copas de los árboles más altos. La llovizna se instaló y persistió durante toda la noche y el día siguiente. Las ventiscas, sin cambiar de forma, redujeron su tamaño gradual y hoscamente.

El tiempo húmedo molestó a Jonathan. Pasó mucho tiempo cavando zanjas en los pastos, destinadas a drenar la pradera superior. Su temperamento se volvió corto y volvieron sus pesadillas.

—¡Aaaii!

Era su voz; Jonathan era el que gritaba. Se despertó, se arrojó de la cama y se golpeó contra la pared antes de ver a Miriam sentada contra las almohadas, mirándole fijamente.

—¿Jonathan?

Una luz suave bruñó su piel cremosa. La ropa de cama formaba un rastro por el lateral de la cama y hasta el suelo, la ruta que había seguido su huida.

—Siento si te he asustado, Miriam. Era una pesadilla. —Dio unas palmaditas en la cama—. Jonathan, ¿podemos hablar de ello de una vez?

Jonathan frunció el ceño, sus ojos dorados ardiendo. La pesadilla no le dejaba marchar. Recuerdos tenues y oscuros aún bullían en su mente.

—El corazón que no se aflige sin duda debe romperse. —La voz de Miriam era un susurro ronco, apenas más fuerte que el viento nocturno, que susurraba en la chimenea. Hubo un largo silencio. Jonathan se acercó y se tumbó junto a ella.

Ella se acurrucó contra él, su mejilla un suave peso sobre su hombro. Sintió la palma de ella sobre su corazón. Su sentido del tiempo se desvaneció y se sintió desconectado de todo, excepto del calor del cuerpo de ella.

Las llamas lamieron los troncos del hogar y, con un suave estruendo, el inferior se partió, carcomido. Las chispas navegaron hacia arriba. Jonathan las siguió, a través de los túneles de su memoria...

Beaver Creek. Por aquí cruzarían las tropas. El arroyo estaba crecido, y avanzar más, hasta el punto real de cruce marcado por el topógrafo, destruiría su ventaja de tiempo y sorpresa.

El coronel sabía que esta pérdida de tiempo supondría un riesgo mayor que el mero agua. Ya había sopesado las posibles pérdidas frente a la ventaja que obtendría. Sólo dos pares de ojos distintos a los suyos habían visto el mapa marcado oficialmente: los de su batidor y los del capitán Colberth.

Se gritaban órdenes mientras se organizaban los caballos y los hombres. La conmoción rivalizaba con el rugido del río. Llegó el momento. Dio la orden de cruzar. La primera columna de hombres caminó hacia el río -soldados obedientes, moviéndose para cumplir las órdenes casi tan rápido como se le ocurrían... esa era la máquina militar como debía ser.

Estaban casi a mitad de camino cuando los franceses abrieron fuego. El chico estaba allí, al borde del agua, el chico del tambor, con los ojos muy abiertos por el miedo.

—¿A qué esperas, chico? —gritó Jonathan por encima del estruendo, por encima de la oleada de pánico que le oprimía su propio pecho.

Unas hojas estallaron en llamas cerca de él. Oyó el gemido de los proyectiles.

Le estallaron astillas en la cara. Extendió las manos cuando el suelo se le vino encima. Sintió que las ramitas le apuñalaban la palma, que la tierra y las hojas le arañaban el talón.

Se lanzó y esquivó y tropezó hasta caer de rodillas. El tamborilero ya no estaba, su cuerpo desaparecía en la oscura corriente, mantenido a flote por el boyante tambor.

A voz en grito, Jonathan gritó a los soldados, aunque sabía que no le oirían:

—¡Moveos, estúpidos! ¡Avanzad!

El río olía a barro, a frío, a miedo y a muerte. Mientras penetraba en su pecho, la imagen del tamborilero caído subió a la superficie de su mente, rodando, girando, sumergiéndose, levantándose, una cosa muerta que había perdido su poder para resistirse a la voluntad del agua.

Confusas filas de hombres, caballos y provisiones se dirigían hacia las orillas, abriéndose paso en la oscuridad a través de esta agua mortal. Debe de haber una parte del infierno que sea como ésta, pensó Jonathan.

Tropezaron y cayeron. Todos lo hicieron. No hubo ayuda. Ni cuartel.

Jonathan se estremeció donde yacía, temblando de emociones que había reprimido, al parecer, durante casi toda una vida. Sintió la humedad en sus mejillas. Pensó que eran lágrimas silenciosas hasta que se oyó sollozar.

Entonces sintió unos brazos suaves que le envolvían, un suave perfume que le rodeaba.

Sintió el calor de Miriam presionándole, y el consuelo que le transmitió fue en ese instante divino.

Aun sollozando, la rodeó con sus brazos y se apretó contra su corazón sabio y amoroso.

—¿No podemos ir de caza, Jonathan? Estoy condenadamente cansado de...

—Cuida tus modales. —La voz de Jonathan, cuando habló, fue casi ahogada por el áspero tatuaje de la lluvia en las ventanas.

—Debes terminar tus deberes. —Se esperaba que los chicos recordaran sus obligaciones sin que se las dijeran.

David se inclinó hacia delante en la silla y puso el pie en el suelo. Su concentración se desintegró.

—No puedo más. Me va a explotar la cabeza si continúo.

—No tienes que decir que no puedes. Puedes. El mundo no espera a tu estado de ánimo, muchacho.

—No. —David no se atrevía a echarse atrás ahora. Se puso en pie y cruzó la habitación, colocó su libro de cuentas en la estantería, recogió su chaqueta de al lado de la puerta. Se detuvo allí y miró hacia atrás.

Se dio la vuelta y se marchó, bajando los escalones del porche.

Jonathan no dijo nada. En lugar de eso, se retorció en su silla para escuchar el golpeteo de la lluvia. La impulsaba un viento arremolinado y aullante que entraba a ráfagas por la puerta abierta y aplastaba las llamas del hogar.

Los niños no siempre obedecían, y menos aun cuando estaban aburridos. Eso era de esperar y había que lidiar con ello.

Más tarde Jonathan estaba descargando troncos, volcándolos sobre los adoquines junto a la puerta del cobertizo, cuando Daniel se acercó corriendo. El niño estaba carmesí hasta las orejas y tenía la gorra inclinada sobre un ojo.

—¡Jonathan! David está herido. —Daniel balbuceaba ahora, con una mano apretada contra su costado—. ¡Peligra su vida!

Jonathan bajó de un salto del carro. Miriam tenía los brazos cruzados sobre el estómago. Se acordó de Martha Schofield y del bebé abortado y un gran malestar se agitó en su interior. La

agarró del hombro, pero ella negó con la cabeza. Su rostro antinaturalmente tranquilo, controlado, atendía al histérico Daniel.

No había duda, por supuesto. Jonathan no le fallaría.

Jonathan siguió el rastro hasta donde él y los chicos habían colocado algunas trampas. El viento cortaba la cara de Jonathan y le helaba los dedos hasta los huesos. Siguió corriendo, respirando agitadamente mientras abandonaba el sendero. Las ramas le desgarraban. Algo en él se había roto y ahora le dolía, se hinchaba en su garganta...

Sólo tú puedes salvarlo. ¿No era eso lo que Miriam le había dicho en silencio?

Sólo tú. No podía permitir que volviera a ocurrir.

Harry. Harry había muerto hacía tanto tiempo que parecía casi un recuerdo lejano. Era su duodécimo cumpleaños. Jonathan se sentía ahora como aquel niño mientras las emociones olvidadas se precipitaban a través de él, dando tumbos unas sobre otras, ilógicas, irrelevantes, contradictorias.

El día de la regata. Todo el mundo en el rellano estaba animando, aunque todavía no se veía a los remeros. Harry y Jonathan saltaron por la orilla del río junto a su tutor. Sus padres también estaban allí, observando el espectáculo desde un embarcadero construido especialmente para la ocasión. Una banda en el césped entonaba una melodía popular, conmemorativa de la coronación del rey Jorge II.

—¡Harry, mira! —había gritado Jonathan—. ¡Ahí está David! ¡Ahí está David!

Parecía que la banda intentaba tocar más fuerte, y no había duda de que el rugido humano aumentó cuando el equipo del hijo mayor de Lord Brougham llegó a la curva, medio cuerpo por delante de sus rivales más cercanos. Sus remos destellaban como uno solo a la luz del sol.

Atrapados en la marea de diversión y algarabía, Harry y Jonathan saltaron excitados por el borde de la orilla, saludando salvajemente a su hermano mayor, sus voces agudas y gangosas gritando aliento. Entonces el pie de Jonathan se enganchó en una roca. Sintió que algo le golpeaba y se agarró a Harry para apoyarse. Tambaleándose, cayeron por el borde.

Jonathan se sumergió bajo la superficie. El río estaba frío y oscuro. El agua parecía desmesuradamente pesada, oprimiéndole el pecho como un puño.

Dio una patada violenta y salió a flote, jadeando. También lo hizo Harry, sus manos agarradas agitándose salvajemente. Sus ojos se encontraron, compañeros de terror.

La boca de Jonathan se abrió. Por un instante un grito tembló en sus labios, y luego estaba otra vez debajo, tragando agua en vez de aire.

La presión llenó sus oídos con el insistente clamor de un insecto. Algo le empujó la cabeza y se retorció presa del pánico. Sabía que si soltaba a Harry, estaba seguramente perdido. Y Harry también lo estaba.

Se sintió bajar y bajar. Había fuego en su pecho y sus pulmones parecían a punto de estallar. Sus dedos se debilitaron y perdieron su agarre desesperado sobre lo que fuera que le estaba arrastrando hacia abajo.

Súbitamente boyante, volvió a salir a la superficie, tomando bocanadas de aire a chorros rápidos y superficiales. Todo su cuerpo se contrajo en espasmos mientras una tos le convulsionaba y el agua brotaba de su garganta. La escupió, sollozando.

Sus dedos se clavaron en la orilla cubierta de hierba, y entonces alguien le estaba empujando hacia arriba, para después presionar el pecho de Jonathan, intentando febrilmente forzar que le entrara aire.

Oyó el grito lastimero de su madre, y el sonido le penetró hasta lo más profundo, avivando su

histeria. Quería gritar, maldecir y balbucear de miedo. En lugar de eso, consiguió un patético gemido antes de que otra oleada de náuseas le hiciera vomitar agua del río sobre el vestido nuevo de su madre, que de algún modo estaba bajo su mejilla.

¿Dónde estaba Harry? Jonathan miró a su alrededor. Lord Brougham estaba allí, su fuerte brazo acunando la cabeza inerte de Harry en su regazo, meciéndolo, llorando.

Jonathan vio que, en efecto, debía de tratarse de su gemelo. Pero, de algún modo, la conexión emocional que los había unido había desaparecido.

Jonathan cerró los ojos. Ningún pensamiento parpadeaba dentro de su cerebro, ninguna emoción.

Dentro había un gran vacío negro.

Y abajo, en la línea de meta, las voces se alzaban vitoreando al joven vizconde, y la banda tocaba una alegre melodía...

La oscuridad desapareció de los ojos de Jonathan. Ahora veía las cosas con niebla, borrosas por el dolor y la pena. Se odiaba a sí mismo por no morir con Harry, se odiaba más por querer vivir, un cobarde temeroso del agua.

La razón volvió bruscamente. La historia no iba a repetirse. Debía salvar a David. Si no, ¿cómo podría enfrentarse a Miriam?

Jonathan estaba empapado y helado hasta los huesos, pero siguió avanzando a trompicones, a través de la maleza y las zarzas que le arañaban la cara y las manos ya ensangrentadas. Su chaqueta se enganchó en ramitas y espinas.

Llegó al río, jadeante. Al hacerlo, una parte de la orilla, debilitada por la lluvia y socavada por la corriente ascendente, se desplomó lentamente y cayó en la corriente crecida. Jonathan saltó hacia atrás justo a tiempo.

Con el barro hasta las rodillas, estaba rastreando la zona en busca de cualquier señal de David cuando un grito agudo atravesó el ruido ensordecedor de la lluvia y la inundación. Dándose la vuelta, Jonathan vio un enorme montón de árboles rotos y desarraigados que se le echaban encima, arrancados de una orilla inundada río arriba.

Aferrado como un mono a la isla en movimiento estaba David.

Jonathan se quedó parado durante un latido, juzgando su momento, y luego se zambulló en el furioso torrente. El agua era como el hielo, tan fría que casi parecía quemarle. Cuando salió a flote, una ola de agua inesperadamente violenta le bañó la cabeza, llenándole de nuevo la boca, los ojos y las fosas nasales.

Siguió sumergiéndose y consiguió milagrosamente agarrarse a la raíz de un árbol embarrado mientras la balsa de escombros lo barría. Mano sobre mano, se acercó a la resbaladiza maraña, jadeando y tratando de agarrarse. Su corazón martilleaba tan fuerte que pensó que se le magullaría el pecho de tanto hacerlo.

O moriré aquí en este río, pensó, y nunca volveré a ver a Miriam, o salvaré a su hijo.

El enorme grupo de vegetación se movió en diagonal durante una corta distancia y luego se detuvo de nuevo, girando en la corriente. Ahora el agua hacía espuma alrededor del cuello y la barbilla de Jonathan. Entonces, de repente, pudo sentir el fondo del río bajo los dedos de sus pies.

Jonathan consiguió agarrar con firmeza al aterrorizado muchacho y empezó a retroceder hacia la orilla. Pronto sus hombros estuvieron por encima del agua, luego su pecho, después su cintura. Sus piernas temblaban violentamente por el frío y el esfuerzo. Tropezó pero recuperó el equilibrio, sin perder nunca el agarre del niño que sollozaba.

Empapado, exhausto, con las fuerzas agotadas, finalmente se tambaleó sobre una roca plana, dejó su preciosa carga y se tumbó jadeando.

David se estremeció. Todos sus miembros temblaban. Luchó por no llorar, pero las lágrimas brotaron y corrieron por su cara, mezclándose con el agua del río y la lluvia.

—Ven aquí. —Jonathan le tendió las manos—. Ven aquí, hijo.

David fue. Jonathan lo cogió en brazos y lo estrechó con fuerza hasta que cesaron los estremecimientos. Después, el chico se quedó quieto contra el hombro de Jonathan y los grandes brazos de éste lo acunaron como lo habían hecho los del propio padre de David cuando era pequeño. El chico respiró hondo y por fin se relajó. Estaba a salvo.

David se durmió. Cuando despertó, Jonathan aún lo sostenía en brazos y las luces de la granja parpadeaban. La voz de su madre emitía sonidos suaves y cariñosos. Daniel le cogía de la mano. Betsy Ann estaba gorjeando.

Como quien se despierta, abrió los ojos y los cerró brevemente.

Los volvió a abrir. Y todo seguía siendo verdad.

Capítulo 17

La primavera llegó como una ola. Los brotes se hincharon. Los sauces ostentaron sus mullidos penachos. Los manzanos blanquearon con la flor. Los coros de ranas chirriaron en la noche. Vuelos de aves acuáticas aparecieron en el cielo del sur, volaron en círculos, giraron y se dejaron caer con mucho chapoteo bullicioso al estanque. El aire vibraba con los urgentes graznidos de los gansos salvajes, los petulantes graznidos de los patos y las atronadoras llamadas del cisne trompetero.

Daniel y David habían crecido definitivamente durante el invierno. Sus calzones mostraban aberturas en los tobillos y sus muñecas sobresalían de las mangas de sus camisas. Miriam también había crecido. Era tan redonda como un tonel y tan cascarrabias como un oso despertado demasiado pronto de su sueño invernal.

Lo cual fue una de las razones para darle un rapapolvo a Jonathan cuando lo encontró ayudando a Daniel y David a fabricar un anemómetro. Los tres estaban cubiertos de grasa y la mesa de la cocina era un desastre, con trozos de alambre y chatarra por todas partes.

—¿Qué estáis haciendo? —le preguntó enfadada. Inmediatamente después se arrepintió de su tono.

Daniel sopló en una ruedecita, haciéndola girar. Le tocó a David responder.

—Haciendo una estación meteorológica, mamá. Este libro tiene un diagrama que muestra cómo hacer una máquina que controle el viento.

— ¿Qué pasa? ¿Estás bien? —preguntó Jonathan, mirándola con un brillo en los ojos. Realmente tenía un cerebro maravilloso, pensó Miriam, inventivo y brillante, y podía hacer todo tipo de cosas... pero no en la cocina.

Ella asintió. Sí, estaba bien, pero no se sentía bien con su voluminoso cuerpo. Impaciente, cuando debería estar esperando plácidamente el nacimiento de su hijo. Cómo deseaba que todo hubiera terminado. Se ajustó el delantal de percal sobre su circunferencia cada vez más gruesa y empezó a preparar una tarta de manzana.

Daniel jugueteaba con un pomo.

— Si funciona, Jonathan dice que podremos saber cuándo lloverá y si será un poco o a cubos. Mamá, ¿sabías que es la electricidad en el cielo la que provoca las tormentas?

Miriam fulminó a Daniel con la mirada y luego frunció el ceño.

—No, no lo sabía. ¡Y preferiría que no usaras palabrotas en presencia de una mujer! No es decoroso.

Jonathan bajó las pestañas y dio un codazo a Daniel con la rodilla. Daniel inclinó gravemente la cabeza.

—Lo siento, mamá.

Miriam colocó un trozo de masa sobre la tabla y lo extendió con su rodillo. Tenía a mano una fuente bien engrasada y colocó la masa sobre ella, recortando el borde con el dorso de un cuchillo.

La mapache, atado a la pata de una silla, castañeaba y mordisqueaba la sujeción. Miriam peló y cortó en rodajas un montón de manzanas. Puso otro plato a un lado, tapado para que se mantuviera caliente.

David se inclinó para rascar al animalito detrás de las orejas, chasqueándole los dientes. Sin levantar la vista de su cocina, su madre le espetó:

—¡David! Te das cuenta de que Betsy Ann masticará ese trozo de cuerda antes de que acabe la tarde, ¿verdad?

Como un cachorro, el mapache castañeó y dio saltitos aún más enérgicos al oír su nombre. Jonathan levantó la vista del diagrama que había estado estudiando y vio exasperación en el rostro de Miriam.

—Y en cuanto a ti, Jonathan Colberth, ¡empiezas a irritarme! Mira esa grasa por toda mi mesa fregada. —Se encaró a él, con las manos harinosas en las caderas. La postura enfatizaba la plena madurez de su cuerpo.

Él la miró con sus brillantes ojos dorados.

—Lo siento, Miriam. Bajaremos al cobertizo. —Su voz era profunda y pausada—. Pensé que te gustaría nuestra compañía. Es agradable tener a la familia cerca, pero si estás cansada y enfadada, bueno...

Echó la cabeza hacia atrás y enroscó la nariz de la forma que siempre hacía cuando estaba molesta.

—¡Oh, no importa! Estoy un poco malhumorada, eso es todo. —Volvió a su repostería.

Jonathan la observó, admirando la habilidad y la rapidez de sus manos mientras el cuchillo recorría el borde del plato y la cinta de hojaldre caía a la tabla.

—Tu padre dijo que le gustaría visitarnos. ¿Por qué no le escribes y le invitas a venir? —Sus manos se movían borrosamente por el mostrador de madera, alegremente disociadas de sus palabras.

Jonathan jugueteaba con un trocito de alambre, retorciéndolo y desenroscándolo. Una extraña sonrisa rondaba el borde de su boca.

—No le veo mucho sentido a hacer eso.

La mirada de Miriam parpadeó hacia su rostro.

—¿Ni siquiera por mi bien y el de nuestro bebé cuando nazca?

—No sirve de nada engatusarme así, Miriam. Ya lo hemos hablado una docena de veces. —Jonathan haría muchas cosas para complacerla, pero en esto se mantuvo inflexible—. Y no empieces a pedirme cosas imposibles, te lo ruego.

La reacción de él la hizo arrepentirse inmediatamente de haber dicho eso. Ella debería estar por encima de ese tipo de comportamiento petulante. Enérgicamente, se volvió de nuevo hacia su tarta, amontonando las manzanas cortadas en el plato y espolvoreando azúcar de arce machacada sobre ellas. Con cuidado de mantener una expresión serena para que él no pudiera acusarla de enfurruñada, cogió la masa restante del bol y empezó a extenderla sobre la tabla.

—¡Ya está! —Jonathan le guiñó un ojo a Daniel—. Me parece que la he enfurruñado aún más.

El tono de Miriam fue repentinamente ácido.

—¡Eres abominable! Haciendo pasar a tu esposa por una niña tonta.

Jonathan se levantó con gracia fácil y masculina y cruzó la habitación hasta donde ella trabajaba. Deslizó las manos sobre su vientre lleno y depositó un suave beso en la vulnerable nuca de ella.

—Eso jamás, Miriam. —Intentaba ser razonable, pero su paciencia se estaba agotando. Hizo otro intento de distraerla—. Huele delicioso —murmuró, acariciándole la oreja.

En un giro inesperado, Miriam cogió un trozo azucarado de manzana de la tarta y se lo metió en la boca.

—Qué tonto eres. —Se limpió las manos en el delantal y se sentó, un poco torpemente, a la mesa—. ¿Te ha dicho alguien alguna vez, Jonathan Colberth, que es un trabajo duro cocinar con alguien mirándote por encima del hombro?

Jonathan retomó su asiento.

—Quizá la conciencia puritana se altera fácilmente —dijo en un tono que sabía que la provocaría.

Miriam hizo una mueca irónica, pero él pudo ver que estaba disfrutando. Ella se puso la mano en el estómago y continuó con su petición como si él no hubiera intentado esquivar el tema.

—Has estado escribiendo a lord Brougham. ¿Por qué no le invitas a él y a mi madre a Connecticut? Podrían venir para el bautizo del bebé.

Miriam levantó la vista de debajo de sus pestañas. Él seguía mirándola.

—Si realmente estás en contra, Jonathan, no te presionaré más. —Su voz sonaba tentativa, casi tímida.

—¿No se me permite cambiar de opinión? ¿O eso es sólo una prerrogativa de las mujeres? —Él la miró con su lenta sonrisa, sus ojos dorados adquiriendo un color muy profundo—. ¿Alguna posibilidad de una segunda ración o está demasiado ocupada para pensar en esas cosas?

Pero Miriam era muy consciente de su mirada, y le envió una mirada brillante y reluciente con sólo un toque de burla en ella.

—Te diré lo que puedes hacer, Jonathan Colberth. Puedes deshacerte de esta grasa y basura que abarrota mi cocina. Probablemente también haya aquí chatarra suficiente para un pluviómetro.

Jonathan ladeó la cabeza y rio, una risa tranquila y satisfecha. Su mirada había encendido un nuevo calor en él. Se puso perezosamente en pie y, pasando por detrás de la silla de ella, dejó que sus dedos se posaran ligeramente sobre la piel lisa y suave de su nuca.

Miriam ladeó la cabeza con una tierna sonrisa. Permaneció de pie un momento o dos y luego se inclinó, poniendo su cara a la altura de la de ella. De repente, sus labios presionaron los de él de cerca, con lentitud.

Jonathan se enderezó. Respiró hondo.

—Estoy suficientemente reprendido. Vamos, chicos. Será mejor que hagamos caso a vuestra madre.

Se desentendió de Miriam y siguió a lo suyo, pero la sonrisa permaneció en sus ojos durante el resto de la tarde. Y era la sonrisa de un hombre que capta el deseo de su corazón.

Tumbada en la cama aquella noche, con la cabeza apoyada en el pliegue del hombro de Jonathan, Miriam le dijo:

—Escribí a tu padre hace un mes.

Jonathan la estrechó entre sus brazos y sintió el temblor recorrer sus músculos como una tormenta de verano.

—¿Ah, sí? —Suspiró profundamente y murmuró una frase ininteligible.

Hubo un largo silencio.

— No blasfemes, Jonathan. No está bien. —Su cuerpo se había puesto tenso.

Jonathan la miró a través de unos ojos entrecerrados y con los párpados pesados. A corta distancia, vio sus pupilas dilatarse y contraerse. La conciencia era una compañía terrible. Sonrió.

—Sí, ya lo sé. Sólo pensé en hacerte saber que estaba bien, eso es todo.

Revolviéndose, ella giró su cuerpo hacia el de él y se durmieron abrazados.

A pesar del repliegue francés, no era, en definitiva, seguro. Jonathan lo sabía. Donde había hombres, siempre había conflictos. Pero el problema no carecía de solución.

El general Pakenham llegó al pueblo para presidir un tribunal militar encargado de tratar con los pequot y concertar un tratado. Entregó un cinturón de wampum blanco a Blue Bonnet en nombre de Jorge II, declarando que, en adelante, los pequot eran considerados hermanos.

Blue Bonnet correspondió con un cinturón de paz blanco, una muestra de renovación de su amistad con los ingleses. Declaró que los pequot locales enviarían un cinturón similar a los miembros de su tribu y les pedirían que también se aferraran a la cadena de la amistad.

Jonathan había viajado solo a la ceremonia, dejando a los gemelos al cuidado de su madre. Miriam estaba cerca de su hora y él no quería que nada saliera mal. También quería visitar a Charles, que estaba recuperando rápidamente la salud.

En el viaje de regreso, pasó por Whitewater para ver cómo estaban los Schofield. Cotton estaba fuera en los campos, pero Martha estaba allí. Sus mejillas volvían a estar rosadas y se mostraba bastante serena y filosófica sobre la pérdida de sus bebés.

Jonathan tomó una taza de té con ella, y cuando se iba, ella le dio un trozo de tela para Miriam. Estaba teñida de un bonito azul. Miriam debía confeccionar el vestido de novia de Leah Saybrook. Se habían fijado las amonestaciones y Leah se casaría con Will Sutcliffe dentro de tres domingos.

Jonathan tomó el atajo a través de Green Valley, desmontando en la cima para contemplar las vistas.

Muy por debajo, la línea del río brillaba en la luz menguante, mientras que la casa, los graneros, los pastos y otros claros no eran más que formas diminutas en el páramo.

Jonathan vio que las orejas del castrado se erizaban y supo que alguien había hecho ruido cerca. Miró a su alrededor y poco después oyó el ruido de las ruedas de un carruaje.

Bajando por el camino, tirado por dos briosos grises, venía un faetón con ruedas amarillas y carrocería escarlata. En la caja del conductor, llevando las riendas con un aplomo más habitual en un cochero, iba sentado Charles Cornwall.

Detrás de él se sentaba el general Pakenham en uniforme de gala. Y frente a Sir Thomas se sentaba George Arthur Philip Colberth, lord Brougham, sexto conde de Hampshire y ecuestre de Su Alteza Real, el rey Jorge II.

Charles saltó al suelo, bajó el escalón del carruaje y extendió una mano enguantada a los visitantes. Jonathan, totalmente sorprendido por la visión, se quedó helado.

Sir Thomas alisó la pesada tela de su chaqueta trenzada. Jonathan se quedó muy quieto por dentro. El rostro del conde era el de un extraño, ocultándolo todo tras los ojos, tan amarillos como los del propio Jonathan, pero hundidos en la máscara blanca y envejecida.

El teniente parecía ajeno a la cargada atmósfera. Saludó a Jonathan con una inclinación de cabeza y luego se volvió hacia Sir Thomas.

—El papel que quería, señor. —Sacó un documento doblado de su bolsillo y se lo tendió al

general.

Pakenham miró a Jonathan.

—Queda usted liberado, capitán Colberth. Ya no es prisionero del ejército de Su Majestad, habiendo obtenido un indulto completo e incondicional sobre los cargos de traición presentados contra usted. —Habló con no poco gusto, su voz clara, profunda, resonante.

Jonathan se quedó inmóvil, con la espalda erguida.

—¿Y las pruebas anteriores? ¿Los papeles que encontró...?

La mano levantada del general desestimó la pregunta de Jonathan.

—Había simplemente una carta de un sastre, ofreciendo un descuento en un uniforme de gala. Difícilmente un documento de traición, creo.

¡Maldita sea! ¿Seguro que todo no había sido un montaje? Sin duda, el ejército británico estaba más interesado en la gallardía que en los cerebros.

—En efecto. —La voz de Jonathan era bastante apagada. Gracias a Dios por su entrenamiento militar. Podía estar de pie y escuchar, responder como debe hacerlo un soldado, mientras por dentro se desmoronaba.

—No es traicionero en absoluto. Pero en su búsqueda, Jonathan, el coronel Fitzpatrick denunció que su capitán simpatizaba con la causa francesa. —La voz de Sir Thomas carecía igualmente de expresión.

Mientras el pobre tonto, Jonathan Colberth, sufría por el deber y el honor, el rey y la patria y varios otros sentimientos altisonantes. No es de extrañar que los hombres sensatos huyeran a las colonias.

—Fue una lástima que el episodio iroqués interfiriera en sus planes, señor. El retraso permitió al verdadero culpable llevar a cabo su villanía y hacer llegar más mensajes a los franceses.

Pakenham se encogió de hombros.

—Así es. Fue una lástima que la información fuera adulterada antes de que él la recibiera. Fitzpatrick confesó todo tipo de transgresiones cuando fue capturado por un líder de guerra pequot llamado Tewah. No tiene muchas tonterías.

—Estoy seguro de que le complacerá oírle decir eso.

—Le haré explorador, para recompensar su hazaña.

Jonathan sonrió y suspiró. Al fin y al cabo, le debía un gran favor al ejército. Sus estúpidos y taimados planes le habían conducido hasta Miriam y su amor sin límites.

—Estoy seguro de que Tewah se lo agradecerá, señor.

—También es gratificante que haya aportado tanto entusiasmo a la prosecución de la guerra, muchacho. Su valor el día de Navidad será recompensado. —El general lanzó a Jonathan una mirada de conmiseración—. Por no hablar del heroico papel que desempeñó como cautivo de los iroqueses y más tarde como sirviente. Nada de eso estaba planeado.

El oficial tosió, como si no estuviera seguro de continuar, y luego continuó.

—Necesitamos hombres con iniciativa. El futuro mando del Connecticut es suyo, muchacho.

Jonathan no estaba tan seguro. ¿No había dicho siempre su padre:

—Las palabras no tienen sentido. Los hombres dirán cualquier cosa si creen que les dará ventaja. Sólo la acción tiene sentido?

—Gracias, general, pero debo declinar.

Sir Thomas vaciló, algo que raramente hacía.

—¿Ah, sí?

—Sí, señor. Tal como yo lo veo, los franceses serán derrotados, y entonces el ejército inglés

tendrá que volver y completar la pacificación de las colonias.

Por segunda vez, el general pareció sorprendido, y eso fue aún más raro.

—¡Exactamente!

—Lo que usted defiende es un escenario de pesadilla —explicó Jonathan—. Las colonias han probado el sabor de la independencia, y me costaría mucho negarles esta nueva autonomía. Ahora, si me disculpa, señor, me gustaría saludar a mi padre.

Jonathan se inclinó de nuevo, miró al rostro de su padre. Lord Brougham devolvió el gesto, con el rostro marcado por líneas duras. Era un rostro fuerte todavía, pero tenía más de setenta años y lo parecía. Podía verse un tenue trazo de venas azules en cada mejilla.

Hubo una larga pausa mientras padre e hijo se miraban...

—Siento haberte alejado de casa, Jonathan. En mi propia pena y desesperación privadas, descuidé fijarme en la tuya. —La voz del conde, cuando hablaba, era antinaturalmente alta y tensa, como si sus cuerdas vocales estuvieran constreñidas.

Jonathan sonrió, pero le dolía por dentro. Era como si estuviera en medio de un vendaval, siendo golpeado por los sentimientos del otro. Nunca imaginó que vería así a aquel hombre, envejecido antes de tiempo. Siempre había pensado que su padre era invulnerable.

Aunque sabía que no servía de nada culparse a sí mismo de la debilidad de su padre, eso era precisamente lo que estaba haciendo. Los pensamientos sobre Miriam intentaron ahuyentar los fantasmas con los que estaba jugando.

—Creo que tal vez los dos tengamos la culpa, señor. Las cosas que nos dijimos cuando David murió fueron imperdonables. —Jonathan levantó una mano—. Sabes que daría mi propia vida por traerlo de vuelta.

El conde estudió a su hijo durante un momento con el mismo grado de intensidad con que los ojos brillantes como tigres de Jonathan le habían examinado a él. Su pecho se agitó por un momento. ¿De agotamiento? ¿De tristeza? ¿O era amor?

—Lo sé, hijo, pero no podemos, porque estamos vivos y él está muerto. Nada lo traerá de vuelta.

Jonathan volvió la cabeza hacia otro lado, mirando hacia donde el río brillaba a la luz del sol. ¿Cuántas veces había ido a pararse junto al estanque del molino cuando era joven? ¿Cuántas veces había oído a su madre llamarle para que se alejara del agua?

—Es peligroso, Jonathan. Te pones en peligro.

No tenía sentido que lord Brougham dijera:

—Todos los días, todo el mundo está en peligro. Así es la vida. —El mundo era demasiado amenazador para ella y quería a Jonathan vivo y a salvo, por eso se había escapado de ella y había elegido la ocupación más peligrosa que pudo encontrar.

—Te has comportado bien. Tu madre estará orgullosa de ti. —El viejo no tuvo que añadir que él también estaba orgulloso, pensó Jonathan. Siempre lo había estado.

—¿Madre? ¿Está bien? —Jonathan encontró una calma repentina, inmóvil como un estanque en invierno.

El anciano hizo una pausa.

—Ella viajó conmigo y está deseando verte a ti, a Miriam y a los niños. Hoy está descansando, recuperándose del viaje. —Cuanto más se acercaba Lord Brougham al meollo del asunto, más cortas y entrecortadas se volvían sus frases—. La verás mañana. No podía esperar a... —El conde dejó sus palabras suspendidas en el aire, pero no había duda de lo que quería decir.

Mi padre, el incondicional, pensó Jonathan. A su lado, su mano se apretó y sus uñas clavaron heridas de media luna en la dura carne de su palma.

—Me alegro. Díselo de mi parte.

Hubo un relajamiento en el rostro del conde, el parpadeo de un músculo sobre su ojo.

—Todos tenemos demonios con los que luchar —dijo Jonathan suavemente, sin una pizca de dolor—. Miriam dice que ayuda hablar de ello.

El conde tembló, una breve convulsión. Respiró hondo.

—Quizá tenga razón. Me alegra esta oportunidad de aclarar las cosas. Poner las cosas en su sitio de nuevo.

—Yo también, señor. —Jonathan abrazó bruscamente al conde—. Me alegro de verle, padre.

Algún tiempo después, Jonathan se puso al paso de Charles Cornwall mientras la pequeña compañía regresaba al carruaje. Caminaban despacio, para acomodarse al lento y torpe avance de Miriam. Ella iba a su lado, con la mano de él en la cintura.

—No he tenido ocasión de preguntar, Charles. ¿Cómo estás?

—Ya estoy curado y ha llegado de nuevo la hora de luchar. Dos centros estratégicos del poder francés en el San Lorenzo —Louisbourg y Fort Frontenac— han caído ambos ante los asaltos angloamericanos. Me alegro de que haya llegado la primavera. Todo el mundo lo está. El invierno crispa los nervios, ¿verdad?

—Sí.

—Y qué duros inviernos tienen aquí. Me alegra tener esta oportunidad de hablar contigo, Jonathan. Quería darle las gracias antes de irme. Me han dado órdenes de unirme al brigadier Washington en las bifurcaciones del Ohio, así que supongo que también será una despedida, ya que supongo que ahora no dejará a su pequeña dama.

Jonathan miró a Miriam, que permanecía apoyada contra su cuerpo, inmóvil.

—Bueno, supongo que podré aguantar un par de años más. —Se rio, el sonido provenía de lo más profundo de su garganta—. Después de eso...

Su anhelo por él, la certeza de que no quería que se fuera, la absoluta fragilidad del momento en el que ahora existían la aterrorizaban. Sus dedos se cerraron sobre los acordonados músculos de la parte superior del brazo de él.

—¡Adiós! —gritó Charles. El carruaje empezó a alejarse lentamente, luego más deprisa, los gemelos y el mapache corriendo en el polvo detrás de él.

La mano de Miriam se deslizó entre las suyas, agarrándolas con fuerza.

—¿Lo decías en serio?

Los ojos de Jonathan se la bebieron, el rostro móvil, los ojos verdes azulados, su largo cuello de cisne, la madurez de su cuerpo, y supo...

Cerró los ojos y pensó en Harry, su querido hermano. Harry, ya desaparecido, pero no perdido para él mientras lo recordara. Haría las paces con sus padres. Y había descubierto un nuevo mundo con Miriam y sus hijos.

Había cambiado desde que había llegado a Connecticut, desde que se había casado con Miriam. No físicamente, sino emocionalmente. Era como había dicho Blue Bonnet: se había encontrado a sí mismo.

—Es un buen país, Miriam. —Hizo una pausa, no porque temiera decir las siguientes palabras, sino para saborear el placer de pronunciarlas—. Un buen país para formar un hogar y criar hijos.

Miriam sintió una oleada de alegría tan fuerte que la asombró. No había explicación para el amor, pensó, y sólo un tonto querría una.

Se apoyó en él, apoyando la cabeza en su hombro, e hizo un gesto con la mano para que el carruaje se perdiera de vista.

—¿Es este tu hogar, Jonathan? —preguntó entonces.

Él le tomó la cara entre las manos. Su mirada se encontró con la de ella, tigre brillante y dorada.

—El hogar es donde amas. Y donde te aman.

Miriam sintió que algo se expandía en su pecho, como si algo de ansiedad se hubiera desvanecido. Sus brazos se deslizaron alrededor de su cintura. Ella rio, un rico sonido musical, lleno de calidez.

—Éste es tu hogar, Jonathan, y lo será... para siempre.

Epilogo

Miriam se inclinó sobre la barandilla del porche. El cielo azul, sin mancha, ofrecía una vista clara del carril. No había llovido en más de dos semanas y el suelo se había cocido con fuerza. Observó a Jonathan que subía del huerto, los hombros rectos, el paso medido, espirales de polvo que se levantaban al aterrizar cada pie calzado con botas.

¿Cuántas veces se había quedado así, observando y esperando a ver por primera vez aquella querida figura, para poder precipitarse colina abajo y sentir el calor de sus brazos a su alrededor? Miriam había perdido la cuenta.

Hoy, sin embargo, se detuvo, un resplandor de amor irradiaba todo su ser mientras seguía esperando, observando la escena que tenía ante sí. Hoy no estaba solo.

A un lado, con largas piernas que salían a paso militar casi idéntico, estaban sus hijos gemelos. David tenía un brazo colgado cariñosamente sobre los anchos hombros de Jonathan, y el otro enganchado en los de su gemelo. A los catorce años, ya eran tan altos como Jonathan, sus largas extremidades tan desgarbadas como las de un potro recién nacido.

La afinidad entre los tres varones era casi tangible cuando Jonathan inclinó la cabeza hacia atrás, riendo en respuesta a alguna ocurrencia de David, mientras Daniel palmeaba sus muslos. La sonrisa en la cara del hombre mayor lo decía todo, la cicatriz rasgada de su frente sólo una tenue línea blanca contra el saludable bronceado, los ojos brillando como tigres a la luz del sol.

Un brazo rodeaba firmemente a una niña pequeña pelirroja que se retorcía a horcajadas sobre su cadera y que estiraba unas manos regordetas hacia sus hermanos. La diminuta mano de otra pequeña pelirroja, que saltaba a su lado, se perdía en la grande de él.

El corazón de Miriam se sentía a punto de estallar de amor y orgullo al pensar en su familia. De Jonathan, el apasionado amante, compañero y amigo, su fiel compañero a través del viaje de la vida. Sus oscuros recuerdos se habían desvanecido como sus cicatrices, imperceptibles e imperturbables.

Seguía siendo el capitán del ejército, un fanático de la pulcritud, un rigorista de la rutina, pero se estaba suavizando con la edad como el buen vino tinto. Las chicas se encargarían de ello. Conocían la dulzura del arce bajo el exterior rudo y, jóvenes como eran, explotaban esa debilidad en cada oportunidad.

¡Las chicas! Cada una había heredado el cabello cobrizo de Miriam, pero cada una era benditamente diferente. Christine, con el humor seco y las maneras firmes de su padre, actuaba como su sombra. A los cinco años, ya estaba trasteando en el huerto o rebuscando en el cobertizo de las herramientas, y volvía a casa negra de grasa.

—¡Una niña nunca es demasiado joven para aprender la diferencia entre un trinquete y una carraca! —Jonathan había aplastado las débiles protestas de Miriam con una sonrisa socarrona y un beso.

¡Y Harriet! Con dos años, era una réplica de sus hermanos mayores: brillante, de buen carácter, dispuesta a ayudar, pero un desastre andante. La travesura era su compañera constante,

y donde ella iba, seguro que la seguían los problemas.

Miriam esperaba con pesar que las actuales rabietas de Harriet, sus luchas por la independencia y su resistencia a cualquier forma de autoridad se debieran sobre todo a su edad.

Jonathan no parecía demasiado preocupado.

—No hay de qué preocuparse, amor. Se le pasará, igual que a su madre, que es cariñosa y afectuosa, ¡aunque a veces un poco tragafuegos! Recuerda, fue tu enfoque audaz e inconformista lo que me conquistó... ¡en cuerpo y alma!

Miriam se sonrojó incluso ahora al recordar las acciones que habían acompañado a estas tiernas palabras. Incluso después de todos estos años, había en él un hambre excitante y embriagadora a la que ella respondía al instante.

Y Emma. La querida Emma. Hoy con cuatro meses y díscola con su primer diente, la más reciente incorporación al hogar de los Colberth empezaba a mostrar lo que rápidamente se estaba convirtiendo en una tendencia familiar.

La boca de Miriam se torció al recordar la furia que había mostrado su hija cuando la encía dolorida e hinchada le impidió disfrutar plenamente de su última comida. E igual de repentinamente, la sonrisa desdentada, inocente y candorosa, antes de que la niña volviera a apretar los labios contra el pecho lleno, mamando con renovado vigor y determinación.

David y Daniel estaban al borde de la edad adulta, sus futuros se extendían brillantes e inmaculados ante ellos mientras se preparaban para matricularse en la universidad más prestigiosa del país.

Samuel estaría orgulloso de sus hijos si pudiera verlos hoy. La influencia de Jonathan había moldeado lo que ya era una buena cepa sólida.

Las visitas a través del Atlántico habían forjado un vínculo entre los niños y sus abuelos. Lord Brougham le había dicho a Miriam que haber vivido para mirar atrás con placer era haber vivido dos veces. El conde y su esposa tenían pendiente otra visita.

Miriam observó cómo Jonathan le pasaba una alegre y retorcida Harriet a Daniel antes de agacharse para coger a la niña mayor en brazos y alzarla sobre sus hombros. Los cinco reían entre dientes mientras se acercaban a la granja.

Casi era hora de ir a reunirse con ellos. Emma estaba dormida. David y Daniel seguro que querían llevar a las dos niñas mayores a llamar a las vacas.

La mesa estaba puesta. La cena estaba lista. Ella podría saborear la atención sin diluir de Jonathan durante una hora más o menos. Ya podía sentir el calor de su amor envolviéndola.

Hoy era un día perfecto. Nada podía salir mal hoy. Los pies de Miriam volaron.

La vieja mapache asomó la cabeza por la puerta trasera. Sus ojos, opacos por el tiempo, escudriñaron la habitación de forma sombría. Desafiando su gran edad, y con toda la agilidad y gracia de un animal seis años más joven, Betsy Ann levantó sus patas delanteras sobre el mantel blanco.

Escuchó un momento los sonidos apagados de las risas humanas, emitió un suave gorjeo de satisfacción y mordió el gran pastel de manzana que allí la esperaba.

Notas

[1] Los pequot son una tribu algonquina de Nueva Inglaterra,

[2] Michaelmas es una fiesta cristiana menor observada en el calendario litúrgico anglicano, el luterano o de ciertas iglesias ortodoxas el 29 de septiembre,

[3] Succotash es un plato de verduras norteamericano que consiste principalmente en maíz dulce con habas u otras judías con cáscara.

[4] Termagante era el nombre dado en la Europa Medieval cristiana a un dios imaginario que se creía que era adorado por los musulmanes.

[5] El Whippet es una raza de perro de origen británico, esbelto y de porte elegante.